EL SÉPTIMO CÍRCULO

LA MUERTE TOCA EL GRAMÓFONO

POR

MARJORIE STAFFORD

Dos hombres —un millonario que recorre el planeta y un escritor famoso— mueren asesinados la misma noche, casi a la misma hora, uno en París y otro en Bruselas. Las circunstancias son idénticas, y en ambos crímenes figura un gramófono, con una grabación del *Capricho vienés* de Kreisler. Por razones de tiempo, parece imposible que una sola persona haya ejecutado los dos asesinatos; pero no menos imposible es imaginar que lo planearon dos personas distintas. El criminólogo Donald Clive investiga el misterio y, sucesivamente, sospecha de un cantor vienés, de un violinista húngaro, de un financista belga y de un chofer checo. Por fin, desbarata una coartada casi perfecta y logra una solución asombrosa.

Marjorie Stafford

La muerte toca el gramófono

El séptimo círculo - 121

ePub r1.0

Café mañanero 05-04-2022

Título original: *Death plays the gramophone*
Marjorie Stafford, 1954
Edición EPL, 2022
Rige bajo normativa RAE 2010
Traducción: Ivonne Bengelsdorff de Barousse
Portada, José Bonomi
Retoque de portada, Café mañanero

Editor digital: Café mañanero
ePub base r2.1

noVeno
Aniversario
epublibre
más libros, más libres

LA MUERTE TOCA EL GRAMÓFONO

Marjorie Stafford

A
PATRICIA Y VERNE HASS,
quienes insistieron en que se
escribiera esta historia

La trama de esta novela y todos sus
personajes (inclusive el gato) son
puramente imaginarios.

CAPITULO PRIMERO

En años posteriores Donald Clive a menudo rememoraba cierta noche del mes de mayo, poco después de 1930, en que tuvo principio uno de los casos más raros que le hubiera tocado investigar. Cuando ya la Segunda Guerra Mundial parecía haber borrado por completo aquellos años transcurridos entre ambas contiendas y había visto su vida engolfada en un torbellino de trabajo y aventuras, seguía recordando aquel caso como un suceso de extraños caracteres, desagradables, por cierto, y extraños.

El comienzo de todo el asunto tuvo lugar en una recepción realizada en la Embajada Estadounidense en París: no en la residencia del embajador, ya que esta era decorada nuevamente, sino en el hermoso y nuevo edificio situado en la esquina de l'Avenue Gabriel y la rue Boissy-d'Anglas.

Fue entonces que se produjo la llegada de una luminaria del Senado de Washington, teniendo que ser debidamente agasajada.

La Place de la Concorde hacía resplandecer todas sus luces cuando Clive pagó el taxi y paseó su mirada sobre la larga hilera de automóviles que se liberaban de su elegante carga humana. Condecoraciones y diademas: a esa categoría pertenecía la fiesta.

No bien hubo entregado el sombrero y el abrigo a un aburrido individuo de librea y hecho su entrada en el salón donde los anfitriones recibían a sus invitados, pudo identificar al agregado militar rumano, a la esposa de un prominente senador del Ala Izquierda y a un popular novelista que debía la mayor parte de su éxito al hecho de que muchos de sus personajes eran extraídos de la vida real, y a que toda persona de cierta importancia abrigaba la secreta esperanza de llegar a figurar en alguno de sus libros.

Después de saludar debidamente al embajador y a su esposa, se abrió paso lo mejor que pudo entre la concurrencia, esquivando con gran destreza dos o tres personajes notoriamente pesados que evidentemente estaban tratando de atraer su atención, y respondió agradecido al llamado de un gerente de banco estadounidense que se hallaba saboreando pacíficamente un cigarrillo con otros dos caballeros en el relativo refugio que ofrecía el hueco de una ventana.

—Hola, Clive, ¿cómo está usted? Veo que cumpliendo con su deber para con la madre patria como todos nosotros. Sin duda ya conoce al capitán Tisdale. El señor Copeland. El señor Clive. *Donald* Clive.

Clive recordó con un dejo de melancolía, mientras estrechaba la mano del hombre llamado Copeland, que había existido una época en que el oír recalcar su nombre lo había hecho sonrojarse de satisfacción —«Donald Clive, saben, el criminólogo, el que escribe todos esos libros sobre la psicología del crimen»—, pero que, desde que ciertos reveses financieros lo habían obligado a aplicar sus conocimientos técnicos al uso práctico, convirtiéndose en una especie de glorioso detective privado, esta fama le resultaba más molesta que ventajosa.

Tisdale, el agregado naval, era un viejo amigo. A Copeland no lograba catalogarlo: un hombre alto y delgado que podía tener cualquier edad entre treinta y cinco y cuarenta, o más; moreno, de pequeño bigote oscuro, inteligentes ojos pardos y ropa de excelente calidad. No podía ser un hombre de negocios; posiblemente era abogado; quizás escritor; con más probabilidades, diplomático. ¿Por qué esto último? ¿Por el modo de dar la mano, con una especie de cordialidad medida y correcta? ¡Maldita costumbre esa de clasificar a la gente, del mismo modo que un biólogo clasifica sus ejemplares…!

Curtis, el banquero, aclaró las cosas.

—Copeland es consejero de nuestra embajada en Bruselas. Está aquí por unos pocos días para echarle un vistazo a París y honrar con su distinguida presencia este festín.

Martin Copeland, por su lado, estaba verdaderamente interesado en este hombre de quien tanto había oído hablar. De haberse detenido a pensar en ello alguna vez, se lo hubiese imaginado como

un individuo carienjuto, del tipo de Sherlock Holmes combinado con Woodrow Wilson, o, de lo contrario, un Chesterton regordete y sedentario. Lo que en realidad vio fue un hombre alto y delgado, de aspecto distinguido, que aparentaba poco más de treinta años (tenía en realidad cuarenta), de ondulado cabello cobrizo, ojos verdes y claros, una encantadora sonrisa y manos sumamente finas y expresivas. Una mezcla de escritor y jugador de polo o de hombre de ciencia y miembro de club… o, más exactamente, ¿qué? Su elegancia no era la que cuadraba a un intelectual cien por cien; pero sus ojos y sus manos no lo colocaban en la fácil categoría de hombre de mundo.

—Precisamente nos estábamos preguntando cuándo nos sería posible escapar de aquí —añadió Curtís.

—Por mi parte —comentó Tisdale—, no tengo ninguna esperanza. Yo trabajo aquí. Pero Copeland ya ha cumplido su fatigoso trabajo en su puesto y ha cenado con el embajador y conversado sobre los temas que debía con más de la mitad de viejas apolilladas del Faubourg Saint-Germain, de modo que no hay motivo para que no pueda escabullirse al llegar la medianoche. Y esa es precisamente la hora en que París comienza a despertarse.

Copeland respondió con tono quejumbroso:

—Les aseguro que me ha resultado bastante cansador. En Bruselas conozco a casi todo el mundo, por lo menos de vista, de modo que no cuesta mucho trabajo conversar. Pero aquí me han presentado a no pocas personas que pueden ser radicales, socialistas, comunistas o realistas rabiosos, todos iguales entre sí; de manera que vivo con el terror de decir algo que no debo. Durante la comida me tocó de vecina una señorona con apariencia de institutriz sin empleo que resultó ser una marquesa; y hace alrededor de una hora me presentaron una criatura deslumbrante que parecía ser por lo menos la reina de Ruritania y que en realidad era la mujer de un diputado de la Extrema Izquierda. Este París es sencillamente desconcertante.

—La diplomacia —opinó Clive— es una carrera que no deja ni un solo momento libre. Nadie pretenderá que un banquero tenga que hablar de finanzas mientras juega al golf, o que un abogado diserte sobre jurisprudencia en el transcurso de un banquete; pero un diplomático nunca puede dejar de serlo, aun estando en uso de

licencia.

Poseía una voz particularmente atractiva, con esa peculiar entonación del estadounidense que ha hablado un idioma extranjero antes de aprender el propio —en este caso, evidentemente el francés —. Copeland recordaba haber oído que el padre de Clive había estado en el servicio diplomático y que Clive fue educado casi por entero en Europa antes de entrar en una universidad estadounidense.

Una dama aparatosamente ataviada pasó junto a ellos, dejando una turbadora sensación de gigantescas esmeraldas y el último perfume de Lanvin. Curtis la contempló pensativamente.

—Esto es lo que aleja a los galanes de la puerta de Cartier —observó—. Esta vieja debe llevar encima casi un millón de dólares en piedras. ¿No es algo digno de tentar a cualquiera de nuestros más conocidos ladrones de joyas, Clive?

Clive levantó los hombros con indiferencia.

—Probablemente —respondió—. Mas, para serle franco, no me interesa mayormente. Sin duda están aseguradas por todo su valor, y cualquier ladrón podría llevarlas a través de la frontera dentro de panes de jabón o algo por el estilo a las pocas horas. No es que me quiera hacer el interesante, pero ese tipo de delito no me atrae. Lo dejo enteramente en manos de las compañías de seguros.

—Me figuro que lo que más estará en su especialidad será el crimen en gran escala —dijo Copeland—. Me refiero a los asesinatos y a todo lo demás…

Clive hizo una profunda reverencia al embajador de los Balcanes y volvió su clara mirada hacia Copeland, esbozando una vaga sonrisa.

—¿Y por qué no? —replicóle—. Pensándolo bien, el homicidio es el Delito máximo. Es lógico que atraiga al criminólogo más que cualquier otro, aunque más no sea porque… bueno, porque lleva un precio más alto sobre la cabeza.

—¿Quiere usted decir —inquirió Tisdale— que se necesita más coraje para cometer un crimen, que puede costarle a su autor la vida, que cualquier delito menor, que solo puede acarrearle unos años de cárcel, en el caso de ser atrapado?

Clive lo miró atentamente.

—No sé si «coraje» es la palabra indicada. Pero por cierto que

hace falta un alto grado de desesperación o una mente más o menos desequilibrada o un motivo extremadamente grave para cometer un crimen que puede suponer la pena máxima. El robo, la falsificación y la estafa resultan delitos comparativamente poco interesantes, ya que todos proceden del mismo motivo: la codicia. El asesinato presenta un atractivo mucho mayor para quien se dedica al estudio de la criminología, porque puede estar inspirado por innumerables motivos —dejando siempre a un lado al loco homicida, ya que pasa de la jurisdicción del criminólogo a la del psiquiatra.

—¿No escribió usted alguna vez —preguntó Copeland— que prácticamente cualquier persona normal puede cometer un crimen bajo la presión de una emoción violenta, el terror o una sensación de profunda injusticia, pero que el hombre que ejecuta más de un crimen debe ser *necesariamente* un desequilibrado?

El verdadero toque diplomático. Siempre resulta buena la idea de demostrar a un autor que uno ha leído sus libros. Clive reprimió una sonrisa.

—Es probable —respondió—, y como principio general lo considero una gran verdad; a menos que el motivo de un crimen continúe sirviendo para una larga serie de ellos. Pero, aun así, hace falta una mentalidad muy especial para llegar a perpetrar varios asesinatos premeditados; yo opino que un homicida en gran escala como Jack el Destripador o el asesino de Düsseldorf no pueden estar en su sano juicio, por mejor que contesten a las preguntas del psiquíatra.

—Mi criminal favorito —opinó Curtís— es aquel que descuartiza a su novia, la mete dentro de un baúl y la deja en el depósito de una estación. Es deliciosamente simple: queda ahí sin que nadie se dé cuenta durante varias semanas, y cuando empiezan a oler algo extraño ya está prácticamente irreconocible y el amiguito se anda paseando por Guatemala, Bombay u otro lugar igualmente inaccesible.

—O, si tiene un poco de sentido común —añadió Clive—, la esconde en su propia oficina o fábrica o donde trabaje. El criminal que huye simplifica la tarea del detective.

—No dejaré de recordarlo la próxima vez que despache a alguien —dijo Tisdale—. Pero no es muy oportuno sacar a relucir sus temas profesionales cuando a lo mejor está deseando dar una

vuelta por ahí y ver gente. Además, sin duda estará con ganas de tomar algo.

—Puede ser que quiera ver gente —opinó Curtis—, pero tiene muy pocas probabilidades de conseguir una copa; el *buffet* está como el hipódromo en un día de gran premio. Más bien sugiero que, ya que Copeland y yo hemos cumplido cortésmente con todos los que debíamos, le demos tiempo a Clive para saludar a unas cuantas viejas y diplomáticos y luego nos encontremos aquí mismo para ir a algún sitio donde el *champagne* esté frío y el caviar fresco. ¿No puede venir con nosotros, Tisdale?

—Temo que no, aunque me agradaría. En estas ocasiones me pongo un poco nostálgico. Espero que se diviertan…

—¿Sabe que me está tentando? —dijo Clive—. Tendría que hablar con algunas personas que veo por ahí, pero creo que me podré escapar dentro de una media hora. ¿Pueden aguantar hasta entonces?

—Yo tengo que despedirme del personal y de la gente que conocí en la comida; si es que los puedo encontrar —dijo Copeland —. Esta operación supongo que me llevará el mismo tiempo que a usted, y entonces estaremos en condiciones de recoger a Curtis e irnos de juerga. Creo que tengo un auto estacionado en algún lugar, o, por lo menos, lo tenía.

—¿Se vino en automóvil desde Bruselas?

—Sí, se necesita más tiempo que en tren, pero ¡el panorama es tan hermoso en esta época! Además quería tenerlo aquí para ir a Fontainebleau, Chantilly y todos esos sitios…

Mientras se despedía del pequeño grupo, Clive reflexionó que Copeland le resultaba un individuo muy simpático, no demasiado diplomático y nada echado hacia atrás.

CAPITULO II

Esta impresión aún permanecía cuando Clive se despertó a la mañana siguiente con el ruido producido al ser descorridas las cortinas y el agradable aroma del café recién hecho. Los tres hombres habían pasado un entretenido par de horas en la suave penumbra de una *boîte* de Montmartre, bebiendo *champagne* seco e intercambiando opiniones sobre todos los temas posibles, desde política internacional hasta pintura abstracta. Copeland había demostrado estar excelentemente bien informado, y su trato con Clive había tenido ese ligero toque de deferencia que el profano confiere al hombre de ciencia y que, Clive admitía para sus adentros, no resulta desagradable a alguien que a veces es tratado solo como una especie de policía extraordinario. Cuando se separaron, Copeland le expresó sus deseos de tenerlo muy pronto como huésped de fin de semana en Bruselas, invitación que aceptó con no disimulado placer.

La bandeja con el desayuno fue traída, como de costumbre, por Hippolyte, acompañado de Dagobert, el gato. Nadie sabía exactamente por qué el gato se llamaba como el rey de la canción y nadie podía comprender cómo Clive, cuyo amor por lo bello se manifestaba en su pequeño pero delicioso departamento, podía conservar consigo un animal tan poco atractivo. La verdad era que Hippolyte había hecho su aparición cierta mañana a la hora del desayuno acompañado de un pequeño gato barcino con media cola y un ronroneo que parecía necesitar algo de aceite. Cuando Clive interrogó: «¿Qué es esto?» aquel había respondido firmemente: «Este es nuestro gato. Se llama Dagobert». Y eso era todo.

La firmeza era una de las características sobresalientes de Hippolyte. Nadie más alejado que él de lo que se considera por lo general como un correcto valet. Y por cierto que hacía relativamente pocos años que Hippolyte había adoptado la carrera

del servicio doméstico; anteriormente había sido ladrón. Y no un ladrón vulgar, sino uno de los más distinguidos de su oficio, un hombre que gozaba del mayor respeto no solo de sus colegas, sino también de la policía de París, y cuyos métodos de trabajo, que no dejaban absolutamente la menor huella de su identidad, le habían valido el apodo de «le Spectre». Había abandonado la profesión por la que había demostrado un talento tan excepcional en un momento de sentimentalismo; en el lecho de muerte, su mujer le había implorado que renunciara a una ocupación que solo podía traerle un mal fin y que mancharía la vida de su única hija a la que ella deseaba ardientemente ver convertida en una dama. Ante esta solemne promesa que él consideraba sagrada, Hippolyte había abandonado la tentadora senda del delito, colocado a su hija en un convento, invertido sus pocos ahorros en títulos bien seguros y respondido al aviso de Clive en que pedía un mucamo.

Su aspecto personal no recordaba para nada al del inmortal Jeeves. De rostro ceñudo y mal afeitado, con una nariz que aparentemente había sufrido una fractura en algún momento de su carrera, no constituía el personaje más apropiado para llevar el clásico chaleco a rayas amarillas y mangas negras y el inmaculado delantal blanco del sirviente francés; pero se movía dentro del departamento con una destreza felina digna de su espectral apelativo, y los hábiles dedos que habían sabido abrir la más complicada cerradura sin dejar el menor rasguño en el metal, se mostraban igualmente diestros para preparar una ensalada o batir una salsa. Al principio, Clive se había sentido algo irritado por la insistencia de Hippolyte de hacer todo su trabajo con los guantes puestos; pero cuando se atrevió a insinuar una protesta, Hippolyte respondióle con su modo categórico que no tenía interés en dejar impresiones digitales; y al recordársele que eso no tenía mayor importancia en la casa de uno, limitóse a observar: —*Question d'habitude*
—, y ahí terminó el asunto. Había aprendido en el cine, del que era un asiduo concurrente, que el correcto sirviente francés se dirigía generalmente a su amo o ama en tercera persona, y la mayor parte de las veces lo recordaba; pero cuando se hallaba excitado siempre tendía a evocar un rico y colorido argot que hubiese hecho suspirar de envidia al mismo François Villon.

Depositó la bandeja junto con un par de periódicos y comentó desdeñosamente:

—Ninguna noticia interesante. Un gran robo de joyas en Passy, pero detuvieron al imbécil dos horas después. ¡Y llaman a eso un ladrón!

La paz europea hallábase en un estado muy precario y las cancillerías de media docena de países celebraban sesiones nocturnas tratando de evitar la crisis; pero asuntos tan triviales nunca retenían la atención de Hippolyte. Así como el aficionado al tenis pasa por alto las noticias de inundaciones, carestías y terremotos, para buscar los últimos resultados de los partidos para la copa Davis, del mismo modo paseaba la vista por encima de las columnas periodísticas solo en busca de un crimen realmente sabroso.

Clive sonrióse con simpatía y se sirvió el café. Dagobert se instaló al pie de la cama y comenzó a limpiarse escrupulosamente las orejas, mientras Hippolyte recolectaba las prendas que su amo había usado la noche anterior.

—Hubo un llamado telefónico para *monsieur* hace unos minutos —observó con aire indiferente—. Un tal M. Copeland; está en el *Georges Cinq*. Le dije que *monsieur* aún no se había despertado y que lo llamaría más tarde. Dijo que era urgente.

—¿Copeland? ¿Y qué diablos puede querer a esta hora? Bien, llama al *Georges Cinq*, ¿quieres?

Clive ponía fuertes reparos a ser molestado antes del desayuno, pero Copeland no le parecía hombre de usar la palabra «urgente» sin tener buenos motivos.

Apenas oyó la voz de Copeland comprendió que su impresión había sido correcta. La agradable voz del diplomático parecía ligeramente ronca y algo insegura.

—¿Clive? ¡No sabe cuánto lamento molestarlo tan temprano!, pero acabo de tener una larga conversación telefónica con mi jefe, desde Bélgica, y tiene un enorme interés en ponerse en contacto con usted; de ser posible, quisiera emplear sus servicios profesionales. Ha ocurrido una dolorosa tragedia en Bruselas y el primer pensamiento del embajador ha sido usted.

—Me parece sumamente amable de parte de su excelencia. ¿Qué ha ocurrido?

—Peter Garrison fue asesinado anoche.

—¿Peter Garrison? ¿De Nueva York?

—Sí. Sin duda usted lo conocerá de nombre. Era… era uno de mis mejores amigos.

—¿Y cómo fue?

Copeland se dio cuenta enseguida de que el que estaba al otro extremo de la línea ya no era más el encantador hombre de mundo de la noche anterior, sino el célebre especialista en criminología que ordenaba sus ideas para entrar en acción; su voz lo revelaba.

—Fue apuñalado por la espalda, en su departamento de l'Avenue Emile Duray, más o menos entre las ocho y media y las nueve y media.

—¿Conoce usted algún detalle?

—El embajador me dio a conocer todo lo que se sabe hasta el momento, lo cual no es mucho. Garrison había cenado solo a las ocho; su mucamo le había llevado café y coñac a la sala, alrededor de las ocho y media y regresado luego a la cocina, que se encuentra en el otro extremo del departamento. Cuando volvió en busca de la bandeja del café, como una hora más tarde, halló a su amo boca abajo, muerto, con un cuchillo clavado en la espalda.

—¿Sabe usted qué tipo de cuchillo era?

—Uno de esos comunes de cocina, bien afilado; de esos que se pueden comprar en cualquier parte por unos pocos francos. La puerta de entrada estaba cerrada, las ventanas estaban fuera de toda cuestión como medio de entrada o salida…

—¿Por qué?

—Porque el departamento está en el segundo piso, al estilo europeo…; lo que en Estados Unidos llamaríamos el tercer piso; de modo que resultaría imposible escalar la pared. La puerta no tiene huellas de haber sido forzada; pero, si mal no recuerdo, la cerradura no es de seguridad, sino de esas corrientes que se pueden abrir fácilmente con una llave maestra.

—¿Hay señales de lucha?

—En absoluto. Garrison fue atacado desde atrás y es probable que no haya podido ver a su asaltante. Pero de todos modos los criados tendrían que haber oído cualquier ruido fuerte, aunque estaban detrás de una puerta cerrada y no hubiesen podido

escuchar una conversación corriente. Lo único que oyeron durante esa hora fue una suave música pero solo unos pocos minutos, cosa que les llamó la atención ya que Garrison no era especialmente aficionado a aquella, y raramente conectaba la radio o el gramófono. Con todo, se encontró este abierto con un disco del *Capricho Vienés* de Kreisler sobre la platina.

—Me imagino que no habrán hallado impresiones digitales.

—Ninguna hasta ahora. La absoluta ausencia de rastros es una de las cosas que han hecho pensar al embajador que será necesaria una técnica más experta y sutil que la de la policía para descubrir al asesino, y es por eso que solicita su intervención.

Aun en aquellas circunstancias, Copeland empleaba justo las palabras que convenían. La carrera diplomática tiene sus ventajas.

—¿Y qué hay del personal de servicio? ¿Cuántos son?

—Solo dos; un matrimonio. Ya estaban en el departamento cuando Garrison lo alquiló, amueblado, a unas personas que están haciendo un viaje alrededor del mundo. Los sirvientes están en la casa desde hace varios años y son de mucha confianza. Hay también un chofer, pero no vive allí y anoche estaba fuera de servicio.

—¿No hubo robo?

—No han tocado ni una sola cosa. Garrison tenía varios miles de francos en la billetera y las alhajas habituales: reloj de oro, una valiosa perla negra de corbata, y cigarrera y encendedor de oro. Todo estaba en su sitio. Su escritorio parecía encontrarse en perfecto orden y la platería del comedor se hallaba intacta.

—¿Se sabe si tenía algún enemigo en Bruselas?

Por primera vez Copeland pareció vacilar un instante.

—Era universalmente querido, por lo que yo sé, aunque, por supuesto, sus anteriores actividades como anticomunista militante le deben de haber acarreado algunos enemigos.

—Sí, me parece recordar algo al respecto. Ayudó a fundar una liga anticomunista en Nueva York, ¿no es así? Este sería un hilo que la policía podría seguir. Porque me parece que la policía local estará mucho mejor capacitada que yo para investigar dicho asunto. No conozco muy bien Bruselas y nunca traté personalmente a Garrison, de modo que tendría que empezar prácticamente desde la nada.

—Lo sabemos perfectamente; pero sucede que Garrison era un viejo y querido amigo del embajador y este no quiere dejar ni una

piedra sin remover hasta encontrar el criminal; además… bueno, usted posee métodos de deducción que van mucho más allá que los del detective policial común. El señor Wilcox, mi jefe, me ha rogado le comunique que no habrá ninguna cuestión por dinero; está dispuesto a tomar sus servicios bajo su propia responsabilidad, sin tener en cuenta a los herederos de Garrison, y no tendrá inconveniente en pagarle el doble de sus honorarios habituales por tener que obligarlo a salir de París.

—Mi buen amigo, no se trata de eso. Es cierto que me trastornaría considerablemente el tener que dejar París en este momento, pues tengo un par de asuntos entre manos que me desagradaría tener que dejar enteramente a cargo de mi ayudante. Pero fui sincero al decirle que seré menos efectivo en Bruselas que una persona del lugar.

Se produjo una breve pausa. Luego Copeland dijo titubeando:

—Lamentaré tener que comunicar al embajador que he fracasado. ¡Está en un estado tal, el pobre! ¿No podría pensarlo un poco más, mientras se viste, y llamarme más tarde? Como es natural, deseo volver a Bruselas lo antes posible, pero puedo esperar una hora o dos. Ahora me voy a la Embajada; podría usted llamarme por teléfono allí.

Clive reprimió un suspiro de impaciencia.

—Perfectamente; se lo haré saber tan pronto llegue a la oficina y haya visto cómo andan las cosas por allí. Dentro de una hora, más o menos. Pero en realidad no veo cómo me será posible escapar.

—Espero su llamado. Perdone que sea tan cargoso y muchísimas gracias.

—Al contrario. Hasta luego.

Mientras colgaba el auricular, Clive percibió la mirada reprobatoria de su valet y comprendió al instante el motivo de su expresión severa. La razón principal que había impulsado a Hippolyte a tomar ese determinado puesto era porque le ofrecía alguna posibilidad de permanecer en contacto, aunque fuese indirectamente, con el fascinante mundo del delito que él había abandonado. Mostraba un ardiente interés por todo lo que podía aprender de los casos de Clive y nada había que lo molestara más que escuchar una larga y sin duda importante conversación de la que no podía comprender ni una palabra, pues, como la mayoría de

sus compatriotas, Hippolyte no era un lingüista ni mucho menos. Clive sonrióse divertido y se sirvió una segunda taza de café.

—Siempre te he dicho que tendrías que tomarte la molestia de aprender inglés —le dijo—. Quizás no sea un idioma tan hermoso como el francés, pero es muy útil.

—No cabe duda —asintió Hippolyte—. *Monsieur* tendrá que encargar muy pronto un nuevo par de zapatos.

—Ya lo sé. Hoy me pondré el traje gris de *tweed*. ¿Está listo mi baño?

Saltó de la cama con una caricia de despedida a Dagobert y se encaminó hacia el baño. Al llegar a la puerta se detuvo.

—Han asesinado a un millonario estadounidense en Bruselas —comentó.

—*Tiens*! —dijo Hippolyte—. ¿Lo robaron también?

CAPITULO III

Las oficinas de Clive estaban situadas en uno de esos edificios nuevos de los Champs Elysées que tienen agencias de automóviles y tiendas de modas en la planta baja y oficinas en la parte superior. Su personal consistía: en un ayudante llamado Forbes, inteligente joven estadounidense que había abandonado la carrera de abogado que iniciara, para emprender la poco definida profesión de investigador criminal, siguiendo así su inclinación innata hacia la criminología y la intensa admiración por el trabajo que Clive realizaba en dicho campo; un estrafalario francés llamado Durand que tenía a su cargo la tarea de seguir la pista a los personajes sospechosos y revisar los archivos; y, finalmente, una secretaria más bien madura, de impecable honorabilidad y dignidad, que respondía al nombre de *mademoiselle* Moreau. Este singular trío trabajaba en medio de una perfecta sincronización y eficiencia, unido por una común devoción hacia su jefe.

Cuando Clive abrió la puerta de la oficina de entrada, alrededor de una hora después de su conversación con Copeland, encontró a *mademoiselle* Moreau escribiendo una carta a máquina, mientras Durand pegaba diligentemente recortes en un álbum. Ambos lo saludaron con toda solemnidad.

—Buenos días, *mademoiselle*. Buenos días, Durand. ¿Está el señor Forbes?

—El señor Forbes no ha llegado aún —replicó la secretaria con un tono ligeramente frío.

Clive levantó las cejas asombrado. En Jimmy Forbes un atraso semejante era tan raro que resultaba alarmante. Por más tarde que se acostara la noche anterior, se lo encontraba invariablemente frente a su escritorio a las nueve de la mañana siguiente. ¿Le habría ocurrido algo? Ese caso de chantaje que estaban investigando… Los

ojos de Clive traslucían preocupación cuando entró en su despacho privado y se puso a mirar la correspondencia.

Acababa de leer la última carta cuando oyó en el cuarto vecino una voz jovial que distribuía saludos en un francés matizado con un leve acento de Boston. Instantes después sonreía con evidente alivio a un joven alto y desgarbado, de brillantes ojos azules y cabello color ratón.

—Creía que esta vez te habían atrapado, Jimmy —dijo—. ¿Qué te ocurrió? ¿Te quedaste dormido?

—Nada de eso. Me encontré con mi viejo amigo el inspector Padoux que me invitó a echar un vistazo al más precioso caso de asesinato que se puede ver, justamente en mi barrio. No me pude resistir. Creo que tiene una especie de debilidad por nosotros.

—Buen tipo, ese Padoux —comentó Clive—. Debe ser algún caso de importancia. No lo desperdician en asuntos insignificantes. ¿Cuándo y dónde fue?

—Anoche, en la rue de Vaugirard, entre las nueve y las once de la noche, según el informe médico. Y creo que me perdonará el retraso cuando le diga el nombre de la víctima: Walter Searle.

—¿Searle, el corresponsal?

—Corresponsal, periodista, autor de media docena de libros… el mismo.

—Muy interesante, Jimmy. ¿Y quién puede haber tenido interés en eliminarlo? ¿Escribió algo contra el gobierno francés últimamente?

—Me sorprende, por no decir que me escandaliza, lo que pasa por su mente, señor. Los estadistas que conducen los destinos de este grande y glorioso país pueden tener sus fallas, pero no creo que los considere capaces de participar en un crimen.

—Pues así es, y lo mismo harías tú —respondióle Clive secamente—. Cualquier escritor que se especialice en política internacional, crisis financieras o temas similares haría bien en tener un chaleco a prueba de balas en su ropero. ¿Cómo lo mataron?

—Fue apuñalado por la espalda.

—¡Parece que todo el mundo ha sido apuñalado por la espalda esta mañana! —Pasó por alto la mirada sorprendida de Jimmy—. Bueno, cuéntame un poco. Veamos cuánto has sido capaz de

observar.

Jimmy no se sintió ofendido por esto último. Sabía perfectamente que Clive tenía muy buen concepto del poder de observación de su ayudante y que siempre lo estimulaba a aumentarlo. Sacó una libreta de su bolsillo y se sentó en un rincón del escritorio.

—Número xxx, rue de Vaugirard, tercer piso, departamento a la calle —empezó a leer rápidamente—. No se ven señales de que la puerta haya sido forzada; fue encontrada cerrada por la mujer que hace la limpieza, al llegar esta a las ocho de esta mañana y encontrar el cadáver. Afortunadamente tuvo la suficiente presencia de ánimo como para llamar inmediatamente por teléfono a la policía sin tocar nada. No hay rastros de lucha. Searle fue hallado boca abajo; sin duda murió instantáneamente. Fue una hermosa cuchillada, según dijo el médico. Exactamente en el lugar apropiado. En el cuarto no se encontró nada fuera de su lugar, según declaración de la mucama, y, hasta el momento en que me fui, no parecía haber habido robo. Se halló mucho dinero en el bolsillo de Searle y un cofre en el cajón del escritorio con una buena cantidad de plata extranjera que probablemente guardaba para sus frecuentes viajes; ningún papel fuera de su sitio. En resumen; un perfecto asesinato sin motivos visibles.

—¿No hay indicios?

—Al llegar Padoux y yo, el lugar se hallaba concurridísimo con el *juge d'instruction*, el médico, los de las impresiones digitales, los fotógrafos, etc., etc.; y todos cumplían su tarea a una milla por minuto. Cuando se apagaron un poco el tumulto y los gritos y hubimos oído los poquísimos datos que habían logrado juntar, me dediqué a curiosear por mi cuenta. Padoux se portó muy bien y les dijo a los demás que yo era un amigo suyo, de la mayor confianza; pero jamás he presenciado un escenario de crimen que dijera tan poco. Es un lindo departamento, en uno de esos viejos edificios del barrio Luxemburgo, con artesonado estilo Luis XVI y pisos de *parquet* ondulado, decorado con cosas traídas de todos los rincones del mundo: alfombras persas, marfiles antiguos, un Buda o dos, algunas armas orientales…

—Un momento —interrumpió Clive—. Hablando de armas, ¿qué clase de cuchillo se utilizó para el crimen?

—Un cuchillo común de cocina, más pequeño que los de trinchar…; de esos que se podrían usar para cortar un pomelo o un melón. Se los puede comprar en cualquier parte.

—¡Cada vez más extraño! —murmuró Clive. Había sacado el «Quién es Quién en Estados Unidos» de la biblioteca de al lado del escritorio y había hallado el nombre de Searle—. Searle, Walter… mm… pobre tipo, no tenía más que cuarenta y cinco años… Yale, periodista, corresponsal de guerra en Méjico, luego en Francia, Salónica, A. E. F [1]. Parece haber vivido un poco en cada lugar del mundo después de la guerra. Libros publicados: «Francia Victoriosa», «Las Consecuencias Austríacas», «¿A qué Precio Alemania?», «El Enigma Chino», «Rusia Impía»… bien. Continúa. ¿En el edificio no hay nadie que tenga algo que declarar?

—Prácticamente no. La puerta de calle es de las del tipo corriente. De esas que la *concierge* puede abrir tirando de una cuerda o apretando un botón.

La portera puede afirmar que el número de gente que entró y salió por la noche fue el habitual. El inquilino del primer piso sacó a pasear a su perro más o menos entre las diez y las once, no está segura de la hora. Es un profesor de la Sorbonne deliciosamente distraído. Y advirtió que un hombre subía las escaleras delante de él cuando regresaba. No puede describir al individuo, pues lo vio de espaldas, pero dice que *cree* que era más bien alto y que llevaba sobretodo oscuro y sombrero de copa. Una linda descripción aplicable a más de mil hombres del París nocturno. La gente del segundo piso *cree* haber oído música de radio o gramófono en el momento de irse a dormir, lo cual fue alrededor de las once. O, por lo menos, eso *creen*. Como ve, todo se encuentra perfectamente confuso. Ni siquiera están seguros de que la música fuera en el departamento de Searle o en la casa de al lado. La cuestión es que Padoux y yo nos abalanzamos simultáneamente sobre lo único que podía resultar un posible indicio. Era una pequeña perla caída sobre la alfombra cerca del cadáver, más o menos de este tamaño. —Jimmy le enseñó la libreta, donde se veía dibujado un pequeño círculo.

—¿Una mujer, entonces?

—Podría ser. No estaba perforada como para enhebrar; sin duda había estado engarzada en un broche o en cualquier otro tipo de alhaja. No pudimos encontrar nada perteneciente a Searle que tuviese perlas. Dentro de todo, es una prueba bastante pobre.

—Dijiste hace un momento que los vecinos oyeron música. ¿Hay alguna radio en el departamento?

—Sí. Estaba apagada, y la *femme de ménage* dijo que Searle la usaba bastante, especialmente para escuchar los boletines de noticias de los distintos países. Además hay un gramófono en la sala, que alguien puede haber oído, que tenía colocado un disco del *Capricho Vienés*.

—*¡¿Qué?!*

Desde que estaba asociado con Clive, Jimmy no le había visto perder jamás ni una fracción de su templada y risueña serenidad. Pero ahora el joven lo miraba consternado.

—El *Capricho Vienés* de Kreisler —repitió—. Una linda pieza…; un poco machacada, quizás, pero siempre agradable. Searle había estado escribiendo. Encontróse un artículo inconcluso acerca de los planes de Mussolini en el Mediterráneo sobre la máquina de escribir. Pero no escribía cuando lo mataron. Debía hallarse de pie en medio de la habitación, de espaldas a la puerta que comunica con el *hall* de entrada. Quizás se había levantado para estirar las piernas o fumar un cigarrillo, y sintió deseos de escuchar un poco de música…

Por un momento Clive no pronunció palabra. Su vista se hallaba perdida en el espacio. Tenía los labios apretados, y con los dedos tamborileaba sobre el escritorio. La voz de Jimmy se apagó indecisa. Conocía los síntomas. Algo se preparaba.

—Y, por supuesto —dijo Clive bruscamente—, el cuchillo se materializó en el aire… y se fue a enterrar en su espalda mientras se estaba deleitando con un poco de música ligera. ¡Cuéntame otra, Jimmy!

Jimmy esbozó una tímida sonrisa.

—Quizás no me he explicado bien. A mi entender, el disco no parece tener un significado muy especial. Después de todo, es una pieza muy común y popular…

—Muy popular —asintió Clive—. Y te diré que ha sido *demasiado* popular en estas últimas veinticuatro horas como para

que me quede tranquilo. —Volvió a sumergirse en sus pensamientos, ignorando que su ayudante se estaba muriendo de curiosidad. Cuando habló nuevamente, su voz había recobrado la clara modulación que le conocía—. ¿Qué sabes de Searle? Me refiero a su vida privada.

—No mucho. Lo he visto una o dos veces, pero no tengo la menor idea de quiénes eran sus amigos más íntimos, si es que existían. Creo que era un tipo más bien retraído. Soltero. Trabajaba mucho, y, pese a que debe haber sido uno de los hombres mejor pagados en su ramo, vivía muy sencillamente; tenía como única persona de servicio a una mujer que iba todos los días a limpiarle el departamento y hacerle la comida cuando decidía comer en su casa. Dice ella que pasaba la mayor parte del tiempo escribiendo y leyendo, y que rara vez recibía visitas. Parece haberlo apreciado mucho y estar sinceramente afligida por su muerte.

—Quisiera que averiguaras todo lo que puedas sobre él —pidióle Clive—. Mantente en contacto con Padoux: la *Sûreté* podrá sin duda desenterrar muchos detalles del pasado de Searle, y puedes decirle a Padoux que tengo motivos muy especiales para querer conocerlos. Además, trata de obtener todos los chismes que puedas de la gente que lo conoció; no será difícil, ya que todo el mundo hablará del crimen. Mucho me temo que tengas que encargarte tú solo del asunto, durante unos pocos días. He de ausentarme de la ciudad.

Mientras hablaba tenía el auricular del teléfono en la mano y marcaba rápidamente un número. Jimmy lo observaba con la mirada angustiada de un perro que ve un hueso particularmente sabroso fuera de su alcance.

—¿Con la Embajada Estadounidense? ¿Está el señor Copeland?… ¿Es usted, Copeland? Le habla Clive. Siento haberlo hecho esperar, pero acabo de encontrar novedades bastante importantes en la oficina. He vuelto a considerar nuestra conversación y tendré mucho gusto en ir a Bruselas con usted… Sí, puedo estar listo para salir dentro de una hora si usted me recoge en la oficina… Sí… Champs Elysées, cerca de la rue du Colisée. Le diré a mi criado que me prepare el equipaje, y podemos pasar a buscarlo en el camino… Al contrario… Perfecto. Hasta luego.

Empujó el teléfono a un lado después de un breve coloquio con Hippolyte y extrajo un cigarrillo de un estuche de piel de tiburón.

—Jimmy —dijo—, excepto en muy raras circunstancias, no creo en las coincidencias.

—Yo tampoco; pero algunos de nuestros más afamados escritores de novelas policiales parecen creerlo. ¿Cuál es la respuesta?

—Aún no lo sé. Pero, como el difunto Sherlock Holmes solía observar, hay algo en todo esto, Watson, que llama la atención. ¿Oíste hablar alguna vez de Peter Garrison?

—Por supuesto, ¿y quién no lo puede encontrar aquí —Jimmy señaló el volumen de «Quién es Quién en Estados Unidos»—, clasificado? Me imagino, como capitalista, escritor, explorador aficionado y miembro de casi todos los clubes más cerrados del mundo, o algo así. ¿Qué hay con él?

—Simplemente —respondió Clive, lanzando una fina espiral de humo hacia el cielo raso—, que el señor Peter Garrison fue hallado muerto en Bruselas anoche, apuñalado en la espalda con un cuchillo de cocina, y con un disco del *Capricho Vienés* en el fonógrafo.

—¡Caracoles! —Jimmy permaneció unos instantes en silencio y luego añadió con tono admirado—: Pues sí que nuestro asesino se mueve.

—Eso es lo más endemoniado del asunto. Nos vemos obligados a reconocer que nuestro asesino está constituido por… un par de mellizos: dos cerebros con un solo pensamiento, dos corazones que laten al compás del *Capricho Vienés*. Garrison fue asesinado entre las ocho y media y las nueve y media, y Searle no más tarde de las once, o quizás antes. Es imposible que la misma persona haya podido cometer ambos crímenes. Aunque tuviese un avión privado esperándolo, los aeropuertos están demasiado lejos de la ciudad, y no pudo haberse trasladado desde

l'Avenue

Emile Duray, en Bruselas, hasta la rue de Vaugirard, en París, en tan corto tiempo.

—¿Están seguros de la hora del crimen de Bruselas?

—Parece que sí. Por supuesto, hasta ahora no conozco más que los hechos esenciales. El hombre a quien acabo de llamar es Copeland, el consejero de la embajada estadounidense en Bruselas. Está en París aprovechando la licencia y lo conocí en la embajada anoche. Su jefe lo llamó esta mañana temprano para comunicarle lo

de Garrison y encargarle que requiriese mis servicios. En un principio no acepté, pero esto de Searle ya cambia enteramente las cosas. Parece ser el trabajo de una pandilla organizada, en cuyo caso habrá que aclararlo antes que caiga alguien más. Mientras husmeas los antecedentes de Searle, podrías tratar de indagar todo lo que puedas acerca de Garrison. Debía tener muchos amigos en París. Averigua si existía alguna relación entre él y Searle. Yo me mantendré en comunicación contigo; me podrás encontrar en el *Astoria* de Bruselas. Ahora saca ese expediente de Angelotti y veremos cuál será nuestro próximo paso en ese asunto.

—Lo que yo quisiera saber —dijo Jimmy mientras abandonaba el escritorio— es por qué clavan sus cuchillos al son de la música.

CAPITULO IV

El auto de Copeland era uno de los más lujosos modelos estadounidenses; un convertible cuya capota de lona blanca contrastaba elegantemente con el verde oscuro del coche. Bajo el tibio sol de aquella mañana de mayo, con la capota baja y una suave brisa que les acariciaba el rostro, los dos hombres emprendieron el camino a Compiègne, donde habían decidido almorzar. Copeland, el semblante fino e inteligente algo retraído y sombrío, conducía con eficiente soltura, manteniendo una velocidad bastante alta, pero sin correr riesgos innecesarios. Clive, antes de abordar una conversación seria aguardó pacientemente hasta que hubieron abandonado el pesado tránsito de la ciudad, pero una vez que se encontraron en la pista recta y despejada de la *route nationale* y que la tensión del conductor se pudo aflojar un tanto, entró directamente en el tema que ocupaba la mente de ambos.

—Comprendo perfectamente —comenzó— que la muerte de su amigo debe haber significado un duro golpe para usted; pero si pudiera proporcionarme una relación lo más amplia posible de su vida, me significaría una grandísima ayuda antes de empezar mi investigación en Bruselas. Lo único que sé de él es lo que todo el mundo conoce: que era, ante todo, el hijo menor de James Garrison…

—Quien logró absorber todos los ferrocarriles que no pudieron explotar Harriman y Hill —completó Copeland—… y quien también fundó el Garrison National Bank… y fue director de innumerables compañías. Murió a una edad relativamente temprana, como sucede con muchos hombres de ese tipo, dejando una de las más grandes fortunas de Estados Unidos dividida en partes iguales entre sus dos hijos, David y Peter. David heredó una buena parte del genio financiero de su padre y desde entonces ha administrado los bienes

y ha seguido como presidente del banco y los ferrocarriles. En cambio, Peter nunca poseyó el menor sentido comercial y tuvo el coraje de desafiar a la vieja y establecida tradición estadounidense de que un hombre debe trabajar para hacer más dinero cuando ya tiene más del que puede gastar. No era haragán ni mucho menos, y sería absolutamente injusto catalogarlo de calavera; pero no veía el sentido de pasarse la vida encerrado en una oficina tratando de comprender cosas que lo aburrían. Dejó la administración de su parte de la herencia a su hermano, con quien siempre estuvo en las mejores relaciones.

—David Garrison ya habrá sido notificado, por supuesto —interrumpió Clive. Había sacado un anotador de su bolsillo y escribía apresuradamente en una misteriosa taquigrafía de su propia invención.

—El señor Wilcox lo llamó anoche por teléfono, y él le contestó que se embarcaría inmediatamente. Cuando llamé al jefe para decirle que me lo llevaba a usted conmigo, me comunicó que acababa de recibir un telegrama en el que Garrison le informaba que salía hoy en el *Aquitania*. No sé qué habrán decidido acerca del funeral; supongo que lo llevarán de vuelta a los Estados Unidos. ¡Pobre Peter!

Permaneció un momento silencioso, con la vista fija en la carretera.

—Peter estudió en Groton y Harvard —prosiguió finalmente—. Fue en Harvard que lo conocí; es decir, no lo conocí en el verdadero sentido de la palabra, pues él estaba en el último año y yo en el primero, pero era el mejor corredor del colegio y fue en ese deporte que nos hicimos amigos; yo tenía una enorme admiración por él. Pero fue solo durante la guerra que llegué a conocerlo bien. Estábamos en el mismo O. T. C[2]. y más tarde nos encontramos nuevamente en Francia, en el sector de Argonne. Peter había dedicado su tiempo, después de terminados sus estudios, a viajar por todo el mundo, y luego actuó en la Comisión de Ayuda en Bélgica. Es así como llegó a conocer tan bien Bruselas. Fue de gran utilidad tanto en la Comisión como en el ejército, ya que era un excelente lingüista y poseía un don natural para hacer las cosas con minuciosidad y eficacia. Como ya le dije, no era un hombre de negocios, pero tenía una mente lúcida y una notable comprensión

de la naturaleza humana. No creo haber conocido a nadie que supiera juzgar mejor el carácter.

—Nunca se casó, ¿no es así?

—No. Se me ocurre que nunca se pudo reponer del golpe causado por un enredo amoroso que tuvo al salir del colegio. Creía que ella estaba tan enamorada como él y luego se enteró que estaba comprometida con otro. Después de esto, siempre desconfió de las mujeres. Con todo, tuvo gran cantidad de amoríos; pero cuando la dama comenzaba a tomarse muchas atribuciones, desaparecía tranquilamente para China, África o las Islas del Pacífico, dejándole un abrigo de visón o una pulsera de brillantes a modo de premio consuelo. Siempre resultó muy atractivo para las mujeres, pero supo evitar que lo atraparan en forma definitiva.

—¿Y a qué se dedicó después de la guerra? Usted mencionó esta mañana que había sido un anticomunista activo. ¿Cuándo ocurrió tal cosa?

Copeland asintió con evidente satisfacción.

—Estaba llegando a eso —dijo—. Merece cierta consideración, pues estimo que puede tener alguna relación con lo ocurrido. Recordará usted la violenta campaña antirroja que se produjo en Estados Unidos después de la guerra y que alcanzó también a Inglaterra. Todo aquel que expresara un punto de vista político ligeramente radical era tachado de peligroso emisario de Lenin; y el Peligro Rojo asomaba en el horizonte lo mismo que el Peligro Amarillo en aquellos días en que el Kaiser lo inventó para distraer la atención de sus propias actividades.

—Así es —opinó Clive, un poco secamente— salvo que nadie necesitaba inventar el Peligro Rojo. Estaba allí, en persona, como dicen de las estrellas de cine. Yo estaba en el *Intelligence Service* en aquella época, y conozco el problema. Siempre he creído que el *Komintern* es como los pobres… siempre está rondándonos.

—¡Ya lo creo! ¡Así es! pero lo que quise decir es que, en aquellos primeros años subsiguientes a la revolución rusa, eso era lo que estaba en la idea de todo el mundo, especialmente en Nueva York, el lugar de residencia de Peter en los Estados Unidos. Lo cierto, es que él fue uno de los fundadores de la Liga Anticomunista, y durante algunos años se lo consideró uno de sus miembros más notorios; contribuyó generosamente con dinero, escribió artículos

para el periódico que publicaba y hasta pronunció conferencias. En los últimos años comenzó a dedicarle menos tiempo al asunto, persuadido de que el peligro comunista ya había pasado para los norteamericanos; pero nunca retiró su ayuda monetaria a la Liga y su nombre se ve frecuentemente mencionado en relación con ella. En cierta oportunidad me dijo que durante años enteros estuvo recibiendo casi todos los días cartas amenazadoras.

El delgado lápiz de oro de Clive garabateó una cantidad de signos ininteligibles que terminó con un interrogante, cosa que acostumbraba hacer cuando quería subrayar algún punto dudoso.

—¿*Estuvo* recibiendo? —inquirió—. ¿No sabe si le llegaron otras últimamente?

—Nunca me lo mencionó; pero ello no significa que no las haya recibido. No era de esas personas que hablan mucho de sí mismas, y si me habló de esas cartas fue porque yo le pregunté en qué consistía la labor de la Liga y su participación en ella. Lo que quiero recalcar es que Peter era tan querido por todo el mundo (que yo sepa no tenía ni un solo enemigo personal) que no puedo imaginarme que nadie haya tenido interés en matarlo a no ser algún agente comunista que lo considerase como una amenaza para la causa.

—Es muy posible. Sin duda la policía de Bruselas será capaz de descubrir a todas las personas de conocida filiación comunista que puedan haberse cruzado en la vida de Garrison en algún momento; la policía de todas las grandes ciudades tiene muy vigilados a los rojos. Pero, ante todo, ¿qué hacía Garrison en Bruselas?

—Residía allí estos últimos meses. Como le dije, estuvo en Bélgica durante los primeros años de la ocupación alemana, antes de que nosotros entráramos en guerra, y se conquistó muchas amistades. Comenzó a escribir de una manera completamente desordenada y publicó dos o tres libros que tuvieron gran éxito: un par de libros sobre viajes y un manual sumamente útil para coleccionistas. Poseía un estilo muy simpático y entretenido (escribía exactamente como hablaba), y el éxito de sus libros y de algunos artículos que publicó en revistas lo entusiasmaron para seguir escribiendo. Últimamente había estado compilando un libro de memorias, para el cual tenía enorme cantidad de material: gente famosa que había conocido, aventuras en lugares exóticos; la

expedición que financió para estudiar las ruinas mayas… y muchas otras cosas. Quería dedicar algunos capítulos a sus experiencias en la Comisión de Ayuda a Bélgica, lo cual le dio la idea de ir a Bruselas para comprobar algunos detalles que no figuraban en su diario de guerra…

—¿Tenía la costumbre de llevar un diario? —interrumpió Clive.

—Sí. ¿Por qué?

—Es una práctica excelente —respondió plácidamente Clive, mientras agregaba algunos garabatos a su página de notas.

—Lo invité a vivir conmigo —continuó Copeland—, pero ya se había arreglado con el baron van Rylandt, un viejo amigo suyo, para instalarse en su departamento mientras la familia estuviera de viaje; se quedó también con la servidumbre, como creo que le mencioné esta mañana.

—Así es, y en aquel momento pensé que resultaba un tanto extraño que un hombre con los medios de Garrison viajara sin un sirviente personal de su confianza. ¿No llevaba nunca un *valet*?

—Siempre. Tenía uno inglés, que había estado a su servicio durante años y que lo acompañaba a todas partes; pero el hombre tuvo un serio ataque de neumonía el invierno pasado, y Garrison insistió en otorgarle una licencia de seis meses para que fuera a reponerse en Devonshire, donde tiene su familia. Los criados de los van Rylandt demostraron ser tan satisfactorios que Peter no se quiso molestar en tomar un nuevo *valet* por tan poco tiempo. ¿Por dónde iba?

—Decía usted, cuando yo lo arrastré al tema de la servidumbre —respondióle Clive, recurriendo a sus oscuros jeroglíficos—, que Garrison había venido a Bruselas para refrescar su memoria en lo referente a los años de ocupación.

—¡Ah! sí. Pues bien, había permanecido en Bruselas unos dos o tres meses, haciendo una activa vida social, jugando al *bridge*, cabalgando en el Bois de la Cambre casi todas las mañanas y dedicando un par de horas diarias a su libro, según me contó. Lo veía con bastante frecuencia (casualmente comimos juntos la noche antes de partir yo a París, un martes). Parece… parece imposible que esa fuese la última vez que lo viera con vida.

—¿Estaba… —hmm…—, estaba particularmente interesado en alguna mujer de Bruselas que usted conozca? —preguntó Clive,

tratando de dar a sus palabras el tono más desenvuelto posible. Esperaba un sobresalto de Copeland ante la pregunta y así ocurrió.

—¡Oh, no lo creo! ¡Oh, no!

(Lo creía un hombre inteligente, pero ¡qué mal sabía mentir!).

—Debo advertir a usted —explicóle Clive con tono aburrido— que cuando uno está investigando algo tan serio como un asesinato, las amenidades sociales deben ser puestas a un lado. Dios sabe que no tengo ningún deseo de sacar a luz nada que pueda causar zozobra o humillación a un ser vivo; pero en este momento nuestra función consiste en vengar a un muerto, ¿no es así? Si usted tiene aunque sea una vaga sospecha al respecto, le agradecería mucho que me lo dijera. No necesito añadir que su información no ha de ser utilizada a menos que resulte absolutamente necesaria.

Copeland tragó saliva.

—Mi querido amigo —protestó—, lo único que deseo es ayudarlo en la forma que pueda. Se trata solamente de que no sé con certeza…

—¿Quién puede llegar a saber esas cosas? —murmuró Clive.

—… pero, en realidad, se ha hablado bastante en torno a Peter y una tal *madame* Mederlinck, una hermosa y joven señora con un marido que tiene por lo menos veinte años más que ella. Peter no era ningún jovenzuelo, pero sí tenía unos cuantos años menos y era mil veces más atrayente que Mederlinck; en cuanto a ella… bueno, se puede decir que parecía interesada. Debo aclarar que nunca se produjo verdadero escándalo, pero solían salir juntos a caballo con bastante frecuencia y se los veía a menudo en las mismas reuniones sociales; además, Bruselas es amiga de murmurar ante el menor motivo. El marido es un hombre muy importante en el mundo financiero y está obligado a efectuar frecuentes viajes de negocios, de modo que ella queda sola muy a menudo. Es de mucho mejor cuna que su esposo (antes de casarse era la *comtesse de la Vergne*) y me figuro que estará harta de los magnates bancarios y grandes industriales que se ve obligada a recibir; es por eso que se vale de cualquier oportunidad que se le presenta para escaparse a un medio más de acuerdo con su modalidad. Frecuenta mucho a la gente de las distintas embajadas y es una excelente jugadora de *bridge*, juego que a su marido no le agrada. La vieja historia de siempre, un matrimonio de conveniencia con sus inevitables consecuencias. No

quiero parecer descortés, pero no debe usted creer que Peter estaba deshaciendo aquel hogar o algo por el estilo; la dama ha tenido múltiples galanteos y sabe cuidar perfectamente de sí misma. Es una persona extraordinariamente encantadora.

Clive dio vuelta a una hoja de su anotador.

—¿Tiene el señor Mederlinck tendencia a ser celoso?

Copeland replicó con la primera débil sonrisa que se permitiera esa mañana.

—Las opiniones se encuentran divididas al respecto. Algunos afirman que es intensamente celoso y que le hace unas escenas terribles cuando están solos, mientras que otros insisten en que confía ciegamente en su mujer y en que ni siquiera advierte cuando un hombre se muestra especialmente deferente hacia ella. Puede usted elegir. Por mi parte, y basándome en una observación muy superficial, me inclino a creer que el viejo es capaz de sentir celos, pero que tiene el suficiente sentido común como para darse cuenta de que es inútil agitarse.

—¿No tiene un temperamento excesivamente impetuoso?

La mirada de Copeland se desvió del camino durante una fracción de segundo para fijarse extrañada sobre Clive.

—¿Quiere decir usted si podría llegar a cometer un crimen? ¡Santo Dios, no! Al menos, yo no lo concibo haciendo semejante cosa. Me lo imagino divorciándose de su mujer si esta le llegara a proporcionar serios motivos; pero no tiene en absoluto el tipo del asesino.

—¿Y quién lo tiene? —inquirió suavemente Clive—. Los criminales que uno ve en los diarios no andan con un letrero de «Yo soy un asesino» escrito sobre la frente. Muchos de ellos se parecen asombrosamente a usted o a mí y, por lo que me ha tocado observar, ni siquiera se sienten asesinos sino en el preciso momento de cometer su crimen. El homicidio no es necesariamente una vocación, exceptuando unos pocos casos aislados.

—No… pero todos conocemos a determinados individuos que no nos sorprendería saber que han matado a alguien. Mederlinck tiene un aspecto bastante grosero y unos modales sumamente toscos, pero es un hombre de negocios perspicaz y sutil que sería capaz de arruinar a su mejor amigo si con ello pudiera ganar un millón de francos, pero incapaz de arriesgar su propio pellejo aunque fuera

para limpiar su honor.

—Uno no se arriesga a tanto en Bélgica —recordóle Clive—. La pena capital no existe allí, o por lo menos nunca se aplica. Con todo, espero que podamos eliminar al benemérito señor Mederlinck de nuestra lista de posibles sospechosos. ¿Supongo que conocería a Garrison?

—¡Oh, sí! Peter cenaba a menudo allí cuando el esposo estaba en casa. No había nada de furtivo en el asunto, y me veo obligado a repetir que considero que estaba muy lejos de ser algo más que un inocente coqueteo. Si presta usted oídos a todos los cuentos que oye en Bruselas, tiene que llegar a creer que si una mujer baila dos veces seguidas con el mismo hombre ya ha tenido un hijo con él. Siempre tomo las habladurías quitándoles una buena parte de verdad.

—Muy prudente. Y… esto supongo que será Compiègne.

Almorzaron copiosamente en el simpático hotel provincial, y Clive, que había crecido en países donde se presta el debido respeto a la gastronomía, mantuvo expresamente la conversación dentro de una huella apacible mientras comían. Fue solo cuando, acabado un trozo de exquisito Camembert, estaban contemplando el café que bullía en su globo de vidrio, que volvió a tomar el hilo del tema.

—¿Y atribuye usted alguna importancia —preguntó— al disco que fue hallado en el gramófono?

El encendedor que Copeland estaba llevando hacia su cigarrillo permaneció suspendido por un instante mientras sus ojos se clavaban en los de Clive con una mirada interrogante.

—Es extraño que me lo pregunte —dijo— ya que aparentemente parece un detalle tan trivial; con todo, no puedo dejar de sentir que tiene un significado profundo y real. He estado tratando de interpretarlo. Hay que remontarse unos cuantos años atrás.

—¿Sí?

—Pocos años después de terminada la guerra —comenzó Copeland, arrugando ligeramente el ceño en un esfuerzo por concentrarse— me habían destinado a Viena y durante mi estada en esa ciudad Peter permaneció conmigo durante varias semanas. En aquella época oímos hablar ocasionalmente de un grupo o célula, o como sea que se llame, de presuntos comunistas a los que se creía haciendo planes de derrocar el gobierno y que se consideraba que

eran ayudados financieramente por Moscú. Por lo visto nunca lograron sus propósitos, pero poseían una peculiaridad que los hacía bastante pintorescos; a modo de *leitmotif* se valían del *Capricho Vienés*.

—¿Qué quiere usted decir exactamente? —La libretita de Clive volvió a surgir y fue colocada al lado de la taza de café.

—Se dice que lo empleaban como una señal, silbando los primeros compases para llamarse unos a otros; y en el café al que solían concurrir la orquesta tocaba el *Capricho* cada vez que el director distinguía un posible agente del gobierno, para llamar la atención de sus camaradas. Le advierto que todo esto no pasa de ser un rumor y que nunca pude saber nada concreto al respecto, pero estuvo de boca en boca durante algún tiempo. La idea de una conspiración política que complotaba al compás de la música era tan deliciosamente vienesa que nos divertía.

—Mm… sí —repuso Clive, pensando en la observación de Jimmy.

—El hecho es que en el momento en que Peter estuvo viviendo conmigo, se hallaba en la cúspide de sus actividades anticomunistas y gozaba de bastante popularidad. No tenía reparos en manifestar que lamentaba que los aliados no hubiesen intervenido con poderosas fuerzas armadas para derribar a Lenin, y creo que el comunismo no tenía un enemigo más franco que él; como además su dinero ayudaba a pagar una corriente constante de propaganda antirroja, los bolcheviques no tenían ninguna razón para quererlo.

—Naturalmente —asintió Clive—; pero todo esto tuvo lugar hace unos cuantos años, según dice usted. No veo cómo los miembros de esta célula musical dejaron escapar una buena oportunidad para deshacerse de un enemigo en aquel mismo momento en lugar de esperar todo este tiempo y atraparlo ahora en Bruselas, especialmente desde que usted mismo afirma que sus actividades anticomunistas eran mucho menos intensas en estos últimos años.

—Lo sé, y no parece tener sentido; pero no puedo alejarme de la idea de que existe cierta conexión. Toda la mañana he estado tratando de recordar lo que he sabido acerca de ese grupo; pero, por desgracia, ¡es tan poco! Quizás si encontrara mi viejo cuaderno de recortes de Viena… Pero no tengo la menor idea de si lo tengo aquí

o en los Estados Unidos. Nunca le atribuí mayor importancia, pensando que cuando una sociedad secreta llega a ser conocida por las autoridades, pierde una buena parte de su peligro; pero en el cuerpo diplomático recuerdo que lo considerábamos como una cosa de pintoresco sabor local. Uno de los Secretarios italianos bautizó a aquellos conspiradores con el nombre de *i Capricciosi*, de donde terminamos llamándolos *les capricieux*. Pero en realidad no tengo ninguna prueba concreta de que la banda haya existido.

—¿Conoció usted alguna vez —inquirió Clive con aire casual— a un hombre llamado Walter Searle?

Copeland depositó su taza y lo miró con expresión asombrada.

—¿El escritor? Sí, ligeramente. Pero ¡caramba! Es usted realmente un genio.

—Gracias; sumamente reconocido. Pero ¿por qué?

—Pues, por saber que Searle estaba en Viena justamente en aquella época.

—No lo sabía —repuso Clive serenamente—; pero cuando lea usted los diarios de la tarde verá que Walter Searle fue asesinado anoche en su departamento de París exactamente en la misma forma que Garrison. Lo que puede ser que no lea —depende de la importancia que le dé la policía— es que había un disco del *Capricho Vienés* colocado en el gramófono de Searle cuando encontraron el cadáver. Me enteré de ello por pura casualidad esta mañana.

Copeland se inclinó hacia adelante, vivamente interesado.

—Entonces *tiene* que existir alguna relación con aquellos individuos de Viena —observó con gran agitación—. No puede ser una simple coincidencia.

—No, no creo que pueda serlo. Tampoco puede ser el trabajo de un solo hombre, si es que nos atenemos a los horarios. Pero, ante todo, ¿sabe usted si existía alguna relación entre Garrison y Searle?

—Lo ignoro. Nunca se lo oí mencionar a Peter, salvo en su carácter de escritor; sé que admiraba los libros de Searle. Quizás se hayan conocido en Viena. Allí es donde vi a Searle por primera vez, cuando se hallaba juntando material para «Las Consecuencias Austriacas»; pero hacía muy poca vida social. Se lo solía ver en restaurantes y cafés con gente del ambiente artístico y literario —Bohemia superior—, pero eso era todo.

—¿Garrison, supongo, estaba más en contacto con el grupo diplomático?

—Bueno, como vivía conmigo, nuestros amigos eran casi todos comunes, aunque… —Copeland se detuvo bruscamente y apagó despaciosamente su cigarrillo.

—¿Sí? —animólo a seguir Clive.

—Nada. Estaba pensando en otra persona. Pero… no tiene nada que ver. No… Dudo que se hayan conocido.

(Verdaderamente, señor Copeland, es usted un pésimo mentiroso).

—¿Pero había algo en Searle que pudiese acarrearle la venganza del Komintern? He leído la mayor parte de sus libros y encuentro que no son más que relatos imparciales y objetivos de cosas que ha observado, y que se guardaba mucho de emitir opiniones personales; o sea, que era la quintaesencia del buen periodista. La misma «Rusia Impía», fuera de su título, resulta mucho menos ofensiva a los simpatizantes comunistas que muchos otros libros que se han escrito sobre Rusia. Por otra parte, si los comunistas comenzaran a asesinar a todos los que no están de acuerdo con su sistema, se encontrarían con una lista bastante larga entre las manos.

Copeland asintió.

—Sí, y le confieso que a mí también me confunde un poco. No parece haber sido una gran amenaza para los rojos… pero ¿lo sabemos con certeza? Tiene que haber alguna conexión.

—Es evidente, a menos que nos avengamos a aceptar la teoría de una absoluta y pasmosa coincidencia, a lo cual no estoy dispuesto. Es por ese motivo que tengo tanto interés en descubrir algún denominador común entre Garrison y Searle.

—Lo sé —Copeland hizo una seña al mozo—. Tenemos que hallarlo, si es que existió. A propósito, espero que me permita alojarlo. He alquilado una casita en la rue Belliard, justo a la vuelta de la Embajada, y me sentiría sumamente contento de poder tenerlo conmigo.

—Muchas gracias. Es usted muy amable, pero, si no se ofende, creo que resultará más práctico que me hospede en un hotel. Ya le he dicho a mi ayudante que me puede encontrar en el *Astoria*. Sucede que cuando estoy con un caso entre manos tengo que salir y

entrar a cada rato y a las horas más inoportunas. Además, me veo obligado a recibir a la gente más insólita. Pero me mantendré en estrecho contacto con usted, por supuesto; más aún, me puedo llegar a convertir en un ser extremadamente molesto. ¿Supongo que iremos directamente a ver a Su Excelencia?

—Nos espera a cenar; canceló un compromiso anterior por consideración hacia Peter. Conoce a ambos Garrison desde que eran niños.

Mientras se sentaban nuevamente en el auto y emprendían el camino a Maubeuge, el rostro de Clive denotaba una profunda cavilación. Sea lo que fuere aquello que Copeland había estado a punto de decir, era evidente que se había refrenado; pero Clive estaba muy lejos de pensar que fuese algo que realmente no viniera al caso.

CAPITULO V

Fue en el curso de la mañana siguiente que Clive visitó la escena del crimen. Por de pronto, había pasado la más interesante y amena velada en compañía del señor Malcolm Wilcox y su esposa en el suntuoso marco del *Palais d'Assche*, sede de la embajada del gobierno de los Estados Unidos. El señor Wilcox, como la mayoría de los diplomáticos estadounidenses de categoría más elevada, no era un hombre de carrera, sino abogado de profesión, descendiente de una prolongada generación de ricos industriales de Nueva Inglaterra. Su figura alta y delgada, sus cabellos canosos y su expresión finamente intelectual hacían de él el tipo ideal de embajador, en mayor medida que si hubiese dedicado toda su vida a ejercitarse para el cargo. Su esposa, una hermosa mujer, cuyo rostro juvenil y grácil figura desmentían sus cabellos grises, acogió a Clive con una afabilidad espontánea que lo cautivó inmediatamente. La conversación, como es de suponer, giró esencialmente en torno al crimen, y el embajador demostró tener muy poco que agregar a lo que le había relatado a Copeland aquella mañana. Los indicios se reducían a un cuchillo barato que podía haber sido adquirido en cualquier comercio corriente y al disco del *Capricho*, que parecía tener algún significado, pues se sabía que Garrison jamás acostumbraba utilizar el fonógrafo.

Respondiendo a las preguntas de Clive sobre la servidumbre, Wilcox le informó que el baron van Rylandt había sido localizado por radio y les había proporcionado las mejores referencias. El chofer, un checoslovaco que Garrison había tomado en Praga el año anterior cuando su otro chofer se había visto obligado a dejarlo, parecía un poco más digno de atención, pero aseguraba haber pasado la noche con un amigo que estaba dispuesto a presentar

para probar su coartada. Era ridículamente fácil penetrar en el edificio, ya que la puerta de la calle quedaba abierta hasta las diez de la noche, y la *concierge*, cuyo departamento se hallaba a la derecha de la entrada, no hacía caso de quién entraba o salía a menos que alguien tocara la campanilla; además, la puerta del departamento de Garrison podía ser abierta con la ganzúa más sencilla.

A la pregunta de Clive de si Garrison había parecido inquieto o preocupado en los últimos tiempos, tanto Wilcox como Copeland habían respondido categóricamente en forma negativa.

La investigación había sido confiada a un tal inspector Lejour y fue para encontrarse con él que Clive se encaminó a
l'Avenue
Emile Duray a la mañana siguiente. El embajador le había preparado con todo tacto el camino, explicando que sentía que era su deber hacia la familia Garrison el emplear los servicios de un célebre experto para ayudar a resolver el misterio, y agregando, con una persuasiva sonrisa, que una de las ventajas de ser embajador consistía en que ni siquiera la policía le podía decir que no metiera las narices donde no le importaba.

La campana de la vieja y pintoresca abadía de la Cambre estaba dando las nueve cuando Clive se encontró frente a la calle donde Garrison había vivido. Era una avenida flamante y lujosa que rodeaba los vistosos jardines de Val de la Cambre, bordeada de elegantes edificios, aunque un poco uniformes. El que le interesaba se hallaba situado en la esquina de
l'Avenue
de la Folie Chanson; paseó la mirada por el impecable vestíbulo mientras se dirigía al ascensor que lo llevó al segundo piso y donde una tarjeta colocada sobre el timbre le indicó cuál, entre dos, era la puerta de Garrison. Un policía uniformado lo hizo pasar, pese a que divisó un sirviente que rondaba en un corredor que se dirigía hacia la derecha. Atravesó el pequeño *hall* de entrada y penetró en una amplia sala.

Clive tenía preparada su propia tarjeta y la del embajador, de modo que presentó ambas con una pequeña inclinación al hombre que se adelantó para recibirlo. El inspector Lejour era un hombre alto y fornido de unos cuarenta años, con los brillantes ojos azules y

tez rubicunda que uno observa en los antiguos retratos flamencos. Saludó a Clive con un firme apretón de manos y unas breves palabras pronunciadas con la cadenciosa entonación de Lieja.

—Estoy encantado de conocerlo, *monsieur l'inspecteur* —díjole Clive—. Conozco su reputación, por sus colegas de la *Sûreté* de París, y será un gran placer colaborar con usted.

Esto, por supuesto, era pura invención: Clive nunca había oído hablar de Lejour hasta la noche anterior, pero no era probable que el honorable inspector llegara a enterarse de ese trivial detalle, cosa que, por otra parte, era esencial para captarse su buena voluntad. Lejour, por su parte, sí había oído hablar de Clive. Por principio, sentía un leve desprecio por aquellos sabios criminólogos que encaran su trabajo siguiendo toda clase de vías científicas y teóricas y que atribuyen la mayor importancia a la psicología, la herencia y otras cosas igualmente aburridas. Pero era un hombre equitativo y miró con buenos ojos a este elegante extranjero que se parecía a los aristocráticos caballeros que uno veía salir del *Cercle du Parc* y que hablaba francés con el hermoso y puro acento de Turena.

—*Monsieur* Clive es por cierto muy conocido por todos los que se ocupan de problemas criminales —informóle cortésmente—. Me sentí sumamente aliviado cuando su excelencia me comunicó que había consentido usted en ayudarnos. Pues le prevengo, *monsieur*, que es este un asunto por demás oscuro.

Clive sentóse en un sofá Luis XV y echó una ojeada alrededor de la habitación. El departamento hacía esquina y presentaba ventanas sobre ambas avenidas, Emile Duray y de la Folie Chanson; la sala, en forma de abanico, estaba iluminada mediante cuatro ventanas con pequeños balcones de hierro forjado y tenía acceso por dos puertas dobles de vidrio, una que era aquella por la que él había entrado y la otra que comunicaba con el comedor. Los van Rylandt evidentemente no habían sacado nada del departamento cuando se lo alquilaron a Garrison, pues el cuarto estaba delicadamente amueblado con auténticas piezas de época y los cuadros parecían ser retratos de familia. Entre las ventanas había unos nichos revestidos de espejos que contenían soberbios cofres de laca Shansi del siglo XVIII con algunos admirables ejemplares de *blanc de Chine*. Por lo visto los dueños de casa habían tenido entera confianza en

que no solo su inquilino, sino también la servidumbre, tendrían buen cuidado de tales tesoros mientras durara su ausencia. Lo único que denotaba la reciente presencia de Garrison eran unos cuantos libros diseminados, en inglés y francés, algunas revistas estadounidenses e inglesas y una máquina de escribir portátil apoyada sobre el gracioso escritorio de marquetería. Sobre una pequeña mesa situada en un rincón cercano a la puerta se veía un fonógrafo abierto. Clive acercóse para mirarlo. El disco del *Capricho Vienés* estaba aún allí y su reluciente superficie parecía absolutamente virgen de impresiones digitales.

Lejour había prescindido pronto del fonógrafo.

—¿Dónde fue encontrado el cadáver? —inquirió Clive.

—Allí, al lado del escritorio, de espaldas a la puerta. Debe de haber sido tomado completamente de sorpresa, pues no se halló el menor signo de lucha. Puede que el asesino haya usado zapatos con suela de goma, y el pobre M. Garrison posiblemente murió antes de sospechar la presencia de alguien en el cuarto. No creo que haya gritado, pues los criados lo hubiesen oído desde la cocina.

Clive encaminóse hacia la puerta y observó el corredor que había visto al entrar. Corría todo a lo largo del departamento, teniendo a un lado el comedor y dos dormitorios, y al otro el vestuario y la cocina. El departamento, aunque lujoso, no era grande, y Lejour tenía razón al decir que ningún ruido fuerte podía pasar inadvertido en un espacio tan reducido.

Clive volvió al sofá y sacó su cigarrera.

—¿Usted no ve ninguna razón para sospechar de los sirvientes? —preguntó.

Lejour abrió las manos en un gesto de ignorancia.

—¿Qué puedo decir? Por un lado, tengo todos los motivos para sospechar de ellos, ya que estaban aparentemente solos con la víctima en el momento de cometerse el crimen y podrían haberlo realizado con la mayor comodidad. Por el otro, son personas de antecedentes irreprochables, según el baron van Rylandt, y carecían en absoluto de móviles visibles. Como es natural, estamos obligados a considerarlos bajo sospecha; pero no podría conscientemente arrestar a ninguno de los dos. He examinado un buen número de sospechosos durante mi carrera y debo decir que estos dos me dan la impresión de ser perfectamente inocentes.

—¿Fue el mayordomo quien dio la alarma?

—Sí, llamó por teléfono a la estación de policía de Ixelles alrededor de las nueve y media —extrajo un pequeño cuaderno de notas— o, mejor dicho, exactamente a las nueve y veintiocho de la noche del jueves. El sargento que atendió el llamado dijo que se hallaba en un estado de violenta agitación y que apenas podía articular palabra. Alcanzó apenas a dar la dirección e informar que alguien había sido asesinado. Al llegar la policía ya había recobrado un poco la calma, pero estaba tan pálido y tembloroso que le tuvieron que hacer beber un poco de coñac para que pudiera contar lo ocurrido. Su mujer, como a menudo sucede, estaba más sosegada, aunque igualmente turbada. Se los interrogó separadamente y sus narraciones concordaron perfectamente.

—¿Podría verlos?

—Por supuesto —Lejour hizo una señal al policía que con aire aburrido estaba sentado en el vestíbulo—. Dígales a Adrien y a su mujer que vengan, por favor.

Clive estudió detenidamente a la pareja mientras Lejour les explicaba brevemente su presencia. Constituían los sirvientes típicamente pulcros y respetables que a uno le es dado observar en cualquier casa de cierta categoría de Francia o Bélgica: él, cuarenta a lo sumo, y ella unos años más joven. Ambos tenían ese aspecto demacrado que dan la preocupación y la falta de sueño, pero sus modales eran tranquilos y correctos y se inclinaron cortésmente al ver a Clive. Este se dirigió al marido.

—El señor inspector me ha proporcionado excelentes referencias suyas —díjole, para inspirarle confianza—, pero yo desearía oír personalmente lo que usted tiene para contar. Sé que no es mucho. ¿Cuándo vio al señor Garrison por última vez? Pero, antes, dígame, ¿cómo es su nombre?

—Adrien Lecocq, *monsieur*. Mi esposa se llama Germaine. Estamos al servicio de *monsieur le baron* van Rylandt desde hace ocho años; pero ya le he dicho todo esto a este caballero. —Miró con aire suplicante a Lejour y Clive hizo un gesto afirmativo con la cabeza—. Vi a *monsieur* Garrison por última vez (vivo) cuando le traje aquí el café después de la cena, el jueves.

—Dígame —le preguntó Clive—. ¿Tuvo *monsieur* el aspecto de siempre ese día? ¿No ocurrió nada fuera de lugar que usted pudiera

advertir?

—*Monsieur* Garrison se mostró exactamente como de costumbre, *monsieur*. No almorzó aquí y permaneció fuera de casa toda la tarde; regresó a eso de las siete y media, justo a tiempo para cambiarse para la cena. Por la mañana, antes de salir a almorzar, estuvo escribiendo un par de horas, como acostumbraba. Solía dar un paseo a caballo por el Bois después del desayuno, cuando el tiempo era propicio; luego volvía para darse un baño, se cambiaba y escribía hasta el mediodía. En ocasiones escribía también por la tarde; pero por lo general jugaba al *bridge*, unas veces en casa y otras afuera. El jueves cenó solo aquí, cosa que no ocurría frecuentemente, pues por regla general cuando *monsieur* no cenaba afuera tenía invitados en casa. —Y Adrien repitió lo que Clive ya sabía, o sea, que había servido la comida y dejado el café en la sala.

—¿El señor Garrison no le mencionó si esperaba a alguien esa noche?

—No, *monsieur*, y de haber sido así creo que me hubiese ordenado traer más tazas de café y las copas de licor.

—Probablemente. ¿Y qué más?

—Luego levanté la mesa y regresé a la cocina para cenar con mi mujer. Cuando *monsieur* comía solo le agradaba pasar un buen rato con el café y el coñac, pues ese era el momento que aprovechaba para leer los diarios de la noche; así es que solo volví para buscar la bandeja cuando ya habíamos terminado de comer y lavar los platos. Cuando vi que ya eran cerca de las nueve y media, entre aquí y… ¡oh, fue terrible, *monsieur*! —Retorcióse angustiado sus inmaculadas y regordetas manos al recordar el episodio—. *Monsieur* Garrison estaba tirado ahí en el suelo, al lado del escritorio, con la cabeza hacia la ventana; tenía el diario aún en la mano, como si hubiese estado a punto de dejarlo sobre el escritorio y pude ver el mango de madera de un cuchillo que tenía clavado en la espalda, debajo de la paletilla izquierda. He visto muchos cadáveres durante la guerra, *monsieur*, así que sabía que no tenía que tocarlo. Corrí hacia el teléfono, allí en el vestíbulo. Estaba tan aterrado que ni siquiera atiné a llamar a mi mujer, y fue solo cuando me oyó hablar con la policía que se enteró de lo ocurrido.

—Casi me dio un ataque al corazón —corroboró esta.

—Me lo imagino —comentó Clive con tono comprensivo—. Ahora bien, Adrien, he advertido que en su primera declaración a la policía manifestó haber oído música —de radio o fonógrafo— mientras estaba en la cocina. ¿Podría decirme cuándo fue eso exactamente?

—Creo que no, *monsieur. Monsieur l'inspecteur* me lo preguntó, pero nunca se me ocurrió mirar el reloj. ¿Por qué iba a hacerlo? Todo lo que sé es que habíamos terminado de cenar y que estábamos ocupados con los platos. Puede haber sido poco después de las nueve, o quizás más tarde. Nos llamó la atención la música pues era la primera vez que la oíamos desde que *monsieur* Garrison estaba aquí. Jamás usaba el gramófono, y conectaba la radio únicamente para escuchar las noticias.

—Comprendo. ¿Dónde se guardan los discos?

—En el estante inferior de la biblioteca, *monsieur*.

La biblioteca en cuestión era un magnífico mueble de marquetería Luis XVI, con un delicado enrejado dorado a través del cual relucían valiosas y antiguas encuadernaciones. Clive la abrió y se arrodilló para examinar el contenido del estante inferior. Había un amplio surtido de discos ordenados alfabéticamente. Sacó el montón correspondiente a la letra K y se puso de pronto rígido como un pointer que acabase de localizar un pájaro.

—¡Cáspita! —exclamó en inglés.

—*Pardon, monsieur?* —indagó Lejour, que había estado escuchando con paciente hastío el relato que ya conocía tan de memoria.

—Mire usted aquí —respondió Clive, poniéndose de pie—. Vea lo que he encontrado, *monsieur l'inspecteur*. ¿No le parece un tanto extraño?

Lejour tomó el disco y lo sacó de su funda.

—«Capricho Vienés; Fritz Kreisler» —leyó en voz alta, sin comprender—. *Tiens!*, deben tener dos discos de la misma pieza.

—Es raro, ¿no le parece? A menos que sean dos grabaciones distintas —Clive dirigióse al gramófono y comparó ambos discos—. No; el mismo número, la misma marca; los dos grabados por Kreisler mismo… Son idénticos. Yo diría que todo esto es muy

extraño.

—No tiene por qué serlo —replicóle el inspector, siempre con un aire ligeramente aburrido—. *Monsieur* Garrison puede haber comprado el segundo, sin saber que había otro aquí.

—Es posible, por supuesto, pero no dejaría de ser sorprendente, pues no parece haberle interesado mucho la música, ya que ni siquiera acostumbraba sintonizar los excelentes programas que se pueden escuchar en la radio todos los días. Adrien, ¿notó usted si *monsieur* Garrison trajo a casa algún paquete de esta forma o si le mandaron alguno?

—No, *monsieur*. Cuando llegaban paquetes yo tenía la orden de abrirlos, y *monsieur* nunca traía nada a casa personalmente, fuera de cigarrillos o libros.

Clive volvió a guardar el segundo disco en su lugar y cerró la biblioteca. No regresó enseguida a su asiento, sino que se quedó contemplando la alfombra de Ispahan como si esperara obtener alguna inspiración de su intrincado dibujo. Lejour lo observaba con creciente curiosidad.

—¿Por cierto —dijo— que no achacará usted ninguna importancia especial a ese trozo de música? No puede tener ninguna relación con el crimen…

—Por el contrario me inclino a creer que la tiene —replicó Clive —. Oportunamente le diré por qué, aunque le confieso que hasta el momento no puedo deducir nada concreto de todo esto —volvióse una vez más hacia el criado—. No lo voy a detener mucho más tiempo, Adrien; pero dígame, ¿recibió *monsieur* Garrison alguna visita el jueves?

—No, *monsieur*. Como le dije, estuvo afuera casi todo el día.

—¿Algún llamado telefónico?

Adrien reflexionó algunos instantes.

—No muchos. *Madame* Mederlinck llamó alrededor de mediodía, y la esposa del embajador de Italia llamó durante la tarde y dejó un mensaje acerca de un partido de *bridge* para la próxima semana. *Monsieur le comte*
d'Urval
lo llamó poco después de la cena.

—¿No oyó lo que le dijo *monsieur* Garrison?

—No escuché, *monsieur* —repuso fríamente Adrien.

—¡Por supuesto! —La sonrisa de Clive fue completamente desarmadora—. Pero a menudo ocurre que no se puede evitar enterarse de lo que la gente habla por teléfono; y usted pudo haber estado en el comedor en aquel momento…

—Oí que *monsieur* decía en francés: ¡Ah, *cher ami*!, ¿cómo está usted? Luego siguió hablando en inglés, idioma que no comprendo. Pero sé que la conversación fue breve, pues un minuto o dos más tarde *monsieur* Garrison me pidió que le trajera el cóctel.

—¿Por casualidad no oyó usted nada de su conversación con *madame* Mederlinck? —Y luego, como el rostro de Adrien adquiriera una fría y lejana expresión, Clive añadió—: No debe usted creer que lo estoy forzando a cometer una indiscreción. Cuando se ha cometido un crimen, las indiscreciones desaparecen y el único deber que queda es el de tratar de llegar a la verdad, para lo cual hasta los menores detalles pueden adquirir gran importancia. Vea usted; yo ya sé, por ejemplo, que *monsieur* Garrison y *madame* Mederlinck eran… buenos amigos.

Lejour se irguió en su asiento y tomó unas rápidas notas. Por el interés que evidenciaba, Clive dedujo que se estaba enterando de algo que no sabía y que el embajador no había considerado necesario imponer a la policía de una habladuría que concernía a la vida privada de Garrison.

Adrien pareció aliviado.

—Comprendo, *monsieur*. *Madame* solía telefonear bastante seguido, pero *monsieur* por lo general hablaba inglés con ella, de modo que aunque hubiese querido escuchar no podría haber entendido lo que decía.

(¡Cómo simpatizaría Hippolyte contigo!).

—Ya veo. ¿Era el *comte*
d'Urval
un amigo íntimo de *monsieur* Garrison?

—Era uno de los caballeros que venían aquí más frecuentemente. Él y los señores de la embajada estadounidense eran, según creo, los amigos más íntimos de *monsieur*.

—Así es. Y… hmm… ¿recibía *monsieur* Garrison damas de vez en cuando?

—Por cierto, *monsieur*; teníamos a menudo pequeñas reuniones de damas y caballeros que venían a almorzar o cenar, o bien a jugar al *bridge*.

Clive miró persuasivamente los impasibles ojos opacos del mayordomo.

—Creo que sabe usted que eso no es precisamente lo que le quise preguntar —le dijo muy suavemente—… me refiero a señoras solas, Adrien.

Adrien miró incómodo a su alrededor.

—Ninguna que yo haya visto, *monsieur*. Como *monsieur* comprenderá, *monsieur* Garrison era un amigo personal de mi amo, el baron van Rylandt; de modo que no era probable que cayera en alguna indiscreción que yo pudiese repetir más adelante a *monsieur le baron*… Aunque —se apresuró a añadir, virtuosamente— yo jamás sería capaz de cometer un acto semejante; pero hay gente que lo haría.

—Dice usted que ninguna que haya *visto*… —repitió Clive para aguijonearlo—. Pero ¿hubiese sido posible que vinieran damas aquí sin que usted las viese?

—Hubiese podido ser posible a ciertas horas, *monsieur* —admitió Adrien, retorciéndose incómodamente—. A menos que *monsieur* Garrison nos necesitara, mi mujer y yo acostumbrábamos irnos a nuestro cuarto entre las diez y las diez y media de la noche; después de esa hora cualquiera podía entrar sin que lo supiéramos. No hay cuartos de servicio en estos departamentos y estamos todos alojados en el séptimo piso.

—¿Alguna vez —prosiguió Clive— tuvo usted motivos para sospechar que pudiese haber estado aquí una dama después de haberse retirado a descansar usted y Germaine?

—En una o dos oportunidades —murmuró míseramente Adrien, mientras miraba el retrato de un antepasado van Rylandt—, al venir a limpiar este cuarto por la mañana, me pareció estar casi seguro de sentir perfume; y una vez… una vez encontré una pequeña horquilla dorada. Nunca mencioné esto a nadie; ni siquiera a mi mujer. —Se abstuvo de mirar a su cara mitad, quien le lanzó una mirada de evidente reproche.

—Después de todo —dijo Clive, plácidamente—, *monsieur*

Garrison era soltero. Son cosas que pasan… Bueno, creo que esto bastará por ahora. Les agradezco mucho. Sus datos me han resultado muy útiles.

La correcta pareja hizo una ligera inclinación y desapareció con un gesto de alivio.

CAPITULO VI

Tan pronto oyó cerrarse la puerta de la cocina, Lejour se volvió ansiosamente hacia Clive.

—¡Pero todo esto es muy interesante… *sumamente* interesante! —exclamó—. Nadie me había dicho ni una sola palabra acerca de *madame* Mederlinck. Lo único que sé de Garrison es lo que el embajador consideró prudente decirme; y usted sabe muy bien cómo son estos malditos diplomáticos: preferirían dejar a un asesino sin su castigo antes que cometer una indiscreción. ¿Cómo diablos llegó a enterarse de todo esto? Bueno… perdóneme…

—Mi querido inspector —protestó cordialmente Clive—, considero que entre usted y yo no tiene que haber ningún secreto —Lejour pareció muy satisfecho—. Recogí esta información, no sin bastantes dificultades, del señor Copeland, el consejero de la embajada, que estaba en París cuando ocurrió el crimen y que fue quien me trajo ayer en su automóvil hasta Bruselas. Por supuesto tuvimos tiempo de hablar en el camino y, como Copeland era un íntimo amigo de Garrison, le pude sacar unos cuantos datos. Le advierto que no creo que esas relaciones hayan llegado a constituir un escándalo; pero hubo suficiente coqueteo como para dar pie a que los amigos murmuraran. Cuénteme algo acerca del señor Mederlinck. Copeland me dijo simplemente que es una personalidad en el mundo financiero y de mucho más edad que su mujer…

—En lo que se refiere al medio financiero, es uno de los hombres más importantes del país: es vicegobernador de la *Société Continentale*, que tiene control sobre Dios sabe cuántos bancos e industrias, y además es todopoderoso en el Congo. Es un hombre que se ha hecho gracias a sus propios esfuerzos; comenzó como empleado de banco, luego combatió en la guerra, a continuación empezó a ascender metódicamente en la *Société*, fue su

representante durante un tiempo en Viena…

—¿Viena?

—Sí, y luego creo que también en China, para volver finalmente a la función que ocupa actualmente. Será gobernador cuando el que está ahora se muera o se retire, no cabe la menor duda. Es director de innumerables compañías, y el Primer Ministro lo consulta a cada momento. Si tenemos que indagar sus antecedentes, le agradecería infinitamente que diera usted los primeros pasos. Es una situación algo delicada; además, como representante de la familia Garrison y del embajador estadounidense, podrá usted aventurarse dentro de un terreno en el que un oficial de policía se sentiría… bueno, como una mosca en una taza de leche.

—*Monsieur* Mederlinck no es, por lo que veo —sugirió Clive—, el tipo de persona a la que uno puede ofender impunemente.

—Bueno —respondióle el inspector, mientras su tez rojiza se tornaba aún más rosada—, estoy seguro de que usted comprende mi posición. Si tenemos buenos fundamentos para sospechar ya sea de Mederlinck o de su esposa, perfectamente, cumpliré con mi deber. Pero hasta el presente no sabemos nada, excepto que a Garrison y la señora les agradaba su mutua compañía; y mejores hombres que yo se han visto arruinados por tomar medidas injustificadas contra personas influyentes. Créame que es una situación muy delicada.

—Por supuesto que lo es. No se preocupe, que yo me ocuparé del asunto, y le prometo que procederé con la mayor discreción posible; además, si los Mederlinck se sienten agraviados, yo cargaré con la responsabilidad. Y ahora, veamos, ¿quién es este *Comte d'Urval?*

Conozco el apellido, pero ¿quién es el hombre?

—¡Oh…! —dijo Lejour haciendo un amplio ademán— es un personaje muy distinguido, cabeza de una de las más viejas familias belgas; inmensamente rico; tiene un magnífico *château* sobre el Mosa y una lujosa mansión en el *boulevard* du Régent; es amigo íntimo del rey. Es un hombre de edad, más cerca de los setenta que de los sesenta, diría yo. No creo que pueda recaer ninguna sospecha sobre él.

—Este caso —quejóse Clive— está repleto de gente de la que es imposible sospechar. Estoy empezando a desear que aparezcan algunos personajes dudosos.

—Puede ser que tenga uno para presentarle, aunque hasta ahora no tengo nada definido en contra de él. Es el chofer de Garrison. No me gusta la cara que tiene. Pero, ante todo, ¿me permite que le pregunte por qué está tan interesado en ese disco fonográfico?

Clive le contó brevemente lo del asesinato de Searle, agregando la información que le había proporcionado Copeland acerca de la sociedad secreta de Viena y la presencia simultánea de Garrison y Searle en aquella ciudad unos diez años antes. Lejour emitió un prolongado y musical silbido, y su actitud perdió gran parte de su anterior formalidad.

—*Sapristi!* ¡Esto sí que le da un nuevo giro a la cuestión! Pero, con todo, los criminales no acostumbran ir dejando sus tarjetas de visitas bajo la forma de discos fonográficos.

—Ya lo sé —murmuró Clive, mirando pensativamente el espacio—. Y eso es precisamente lo que me preocupa.

—¿*Monsieur* Copeland cree que puede haber sido obra de los comunistas?

—No ve qué otra causa puede haber impulsado a alguien a querer matar a Garrison… que era un activo opositor del comunismo.

—Sí, el embajador me lo dijo. Pero, si es así, hay que reconocer que se tomaron bastante tiempo para consumar su venganza. Con todo, si realmente fue así —prosiguió lentamente Lejour—, las cosas se simplificarían enormemente. No son difíciles de localizar, *cette canaille-là*, y quién sabe si ellos no nos guiarían hasta el chofer.

—¿Qué se sabe de él?

Lejour volvió rápidamente las hojas de su anotador.

—Ya tendría que estar aquí. Le dije que viniera. Es checoslovaco, de treinta y cinco años de edad, soltero; ha estado al servicio de Garrison desde hace catorce meses; antes estuvo con un rico cervecero de Praga que murió. Garrison lo tomó provisoriamente durante una visita que hizo a dicha capital, pues su anterior chofer lo había dejado. Le agradó el modo de guiar de este hombre y se quedó con él en forma permanente. He telegrafiado a la policía de Praga y me han informado que los únicos antecedentes policiales que registra son una o dos detenciones por haber tomado parte en actos comunistas que tuvieron que ser reprimidos. Se sabe que estuvo afiliado a la extrema izquierda. He ordenado una

investigación de sus actividades aquí, pero el informe está aún incompleto; no obstante, he averiguado que pasa sus ratos libres en esa clase de cafés que están siempre llenos de toda clase de extranjeros de carácter dudoso.

—Eso podría ser debido a que le gusta escuchar su propio idioma —repuso Clive cautelosamente—. A los extranjeros que se encuentran en una ciudad extraña les agrada juntarse en lugares donde pueden leer los diarios de su país y hablar de sitios que conocen… prescindiendo de sus opiniones políticas.

—Es verdad, y hasta este momento no he descubierto nada que se le pueda imputar; quiero decir, nada serio. Parece tener una coartada perfecta para la noche del jueves; pero en cierto modo tengo la impresión de que miente. ¿Quiere usted interrogarlo?

—Sin duda alguna.

El hombre que apareció en ese momento viniendo de la cocina era muy distinto del eminentemente respetable matrimonio Lecocq. Pese a su impecable uniforme gris oscuro, no constituía la encarnación del tradicional sirviente de familia; y, aunque sus modales eran bastante correctos, había en él algo de cauteloso y agresivo que no inspiraba confianza. Alto y de contextura recia, de cabellos y ojos intensamente negros, tenía los pómulos salientes y el perfil ligeramente achatado de los campesinos del centro de Europa; y su boca de labios gruesos tenía una expresión decididamente desagradable. No era un individuo tranquilizador. Clive se preguntó por qué Garrison, que por lo visto estaba habituado a tener siempre la mejor servidumbre y que podía pagar los más altos sueldos, había ido a elegir a este sujeto con aspecto de bandolero para guiar su auto.

—¿Su nombre? —preguntóle amablemente.

—Jani Srb.

—Deletréeme el apellido.

—S-r-b.

Clive rindió un tributo mental a las excentricidades del idioma checo y anotó el nombre.

—Según tengo entendido, estuvo usted al servicio del señor Garrison algo más de un año. ¿No es así?

—Catorce meses —Jani hablaba francés con faltas gramaticales y un fuerte acento eslavo, pero con bastante fluidez; y, por lo visto,

consideraba superfluo agregar la palabra *monsieur* a sus respuestas.

—¿Lo acompañó en sus viajes durante todo ese tiempo?

—Sí.

—¿En qué países?

—*Monsieur* Garrison me contrató en Praga en marzo del año pasado. Su chofer, un francés, había sido llamado de vuelta a Francia debido a una muerte ocurrida en la familia. De Praga salimos en una gira por Checoslovaquia, Hungría y Austria; luego a Italia hasta Nápoles, donde nos embarcamos para Nueva York en junio.

—¿Y durante su visita a Austria pasaron por Viena?

—Sí, permanecimos allí una semana o diez días —Clive observaba detenidamente al individuo, pero su rostro sombrío no reveló ninguna turbación.

—¿Y una vez que llegaron a Nueva York?

—Nos quedamos allí nada más que unas pocas semanas. Luego fuimos a pasar el verano a la casa del hermano de *monsieur* Garrison, en Newport. Después, nuevamente a Nueva York, hasta diciembre; luego partimos en un viaje a través del continente, por Nueva Orleans, Texas, Arizona, hasta el sur de California, donde permanecimos alrededor de un mes; después nuevamente a Nueva York, y allí nos embarcamos con destino a El Havre en febrero, pasamos un par de semanas en París y finalmente vinimos aquí.

Jani podía tener la apariencia de un bandido y sus modales eran quizás un poco bruscos; pero no cabía duda de que constituía un testigo satisfactorio. ¿O sería, a lo mejor, un tanto *demasiado* satisfactorio? ¿Sus respuestas rápidas y precisas no sugerían, en cierto modo, que las había preparado cuidadosamente con anticipación?

—Ahora dígame —continuó Clive, marcando bien sus palabras—, durante todo ese tiempo que usted lo acompañó en sus viajes por Europa y América, ¿nunca tuvo oportunidad de observar alguna persona sospechosa que pareciese tener un interés excesivo en el señor Garrison y que lo haya podido estar siguiendo o espiando?

—Absolutamente ninguna.

—¿Está usted completamente seguro?

—Nadie que yo haya visto —refunfuñó Jani—. Pero mi empleo

consistía exclusivamente en guiar el auto; rara vez veía a mi patrón cuando me encontraba fuera de servicio y no tengo idea de lo que hacía o a quiénes veía. Lo único que le puedo decir es que nadie lo molestó mientras yo estaba con él.

—¿Nadie, por ejemplo, intentó nunca hacerlo hablar o sonsacarle alguna información referente al señor Garrison?

—Solo la gente que uno encuentra siempre en los *garages* y en la puerta de los grandes hoteles; que siente curiosidad cuando ven un *Rolls-Royce* y quiere averiguar a quién pertenece; pero yo sé muy bien cómo hacer para que no metan la nariz en lo ajeno. En Estados Unidos no hablé casi con nadie, porque sé muy poco inglés.

—Le debe haber resultado muy aburrido… —comentó Clive.

—Me gusta leer —repuso Jani brevemente—. Aprendí un poco de inglés, naturalmente, pero no lo suficiente como para poder hablar con esos estadounidenses, que solo saben hablar en *slang*.

Habiendo definido así a todo el pueblo estadounidense, clavó la vista en la pared por encima de la cabeza de Clive, con aire aburrido.

—¿Mientras permanecieron en Viena, no reparó en nadie que pareciera estar particularmente interesado en los movimientos de Garrison?

—No.

—¿Vivía en casa de algún amigo?

—No; paraba en el Bristol; pero —añadió Jani, en un repentino y expansivo arranque— parece que tenía una gran cantidad de amistades allí, pues almorzaba y cenaba afuera todos los días.

—¡Ajá! —comentó Clive, agregando uno que otro gancho a sus extravagantes apuntes—. Ahora, veamos, ¿dónde estaba usted la noche del jueves?

El semblante de Jani tornóse más adusto, si ello era posible; pero no dejó traslucir ninguna inquietud, y repuso impasiblemente:

—Ya se lo he dicho a la policía.

Clive adquirió un aire repentinamente arrogante. Lejour, que lo observaba, fue incapaz de analizar la naturaleza precisa del cambio que se operó en él; en realidad no se puso físicamente tenso, ni levantó el tono de voz; pero daba la impresión de tener la rigidez del mármol y sus palabras atravesaron el aire como si fuesen dardos con puntas de acero.

—Lo sé perfectamente —dijo—. Deseo que me cuente exactamente a *mí* lo que hizo la noche del jueves.

La expresión de Jani no era agradable, pero su voz tomó un tono perceptiblemente más sumiso al hablar.

—*Monsieur* Garrison me había dejado la noche libre. Fui al cinematógrafo con un amigo.

—¿A qué cine?

—Al Agora.

—¿Quién es el amigo que fue con usted?

—Se llama Jean Cloquet. Trabaja como chofer de una familia que vive en este mismo edificio.

Clive miró a Lejour, que asintió con la cabeza. Por lo visto esto ya había sido verificado.

—¿A qué hora fueron al cine?

—Debe haber sido alrededor de las ocho. Nos encontramos a las siete para cenar en un lugar de la rue des Bouchers, y fue pocos minutos antes de las ocho cuando salimos del restaurante, que no está a más de unos tres o cuatro minutos a pie del Agora.

—¿Había estado usted de servicio esa tarde?

—Solamente hasta las cuatro. Llevé a *monsieur* a un compromiso que tenía para almorzar en la *rue de l'Industrie* a la una, y regresé por él a las dos y media; y luego lo conduje a l'Avenue des Nations, donde hizo una visita; por último, alrededor de las cuatro, lo llevé al *Royal Automobile Club*, donde me dijo que ya no me necesitaría más, pues volvería a casa caminando. Pasé el resto de la tarde en el *garage*, trabajando en el auto; después me cambié y me fui a la rue des Bouchers.

—¿Vive usted en este edificio?

—No, tengo un cuarto en l'Avenue de l'Hippodrome, dando vuelta a la esquina.

—¿Hasta que hora se quedó en el cinematógrafo?

—Hasta las diez o poco después; el programa dura unas dos

horas. Luego tomamos un vaso de cerveza en uno de los cafés que están cerca de la Bolsa y volví a casa en tranvía. Llegué poco después de las once y encontré un mensaje que me citaba aquí; la policía quería interrogarme. Esa fue la primera noticia que tuve de la muerte de *monsieur* Garrison.

Ante la mirada inquisitiva de Clive, Lejour dijo:

—Cloquet ha confirmado todo esto. Vive no muy lejos de aquí, cerca de la place Sainte-Croix. Hemos enseñado las fotografías de los dos hombres al boletero y al portero del Agora, pero en realidad no esperábamos tener mucho éxito en ese sentido. Las ocho de la noche es una hora en la que hay una gran afluencia de público en todos los cinematógrafos y resulta imposible recordar dos caras entre cientos de ellas.

El tono de voz de Clive se volvió un poco más suave, pero su inflexión no era del todo indulgente.

—De modo que esto explica cómo pasó la noche. Muy bien. ¿Y está usted completamente seguro de que no puede echar ninguna luz sobre este terrible asunto? ¿Desde que está usted en Bruselas no ha visto a nadie ni ha presenciado ningún incidente que le pudiese hacer pensar que el señor Garrison tuviera algún enemigo que deseara su muerte?

El rostro sombrío de Jani reconcentróse aún más y sacudió la cabeza en forma decidida mientras respondía escuetamente: «No»; pero Clive advirtió una extraña chispa en sus pequeñas pupilas negras, y tuvo la impresión de que el chofer había estado a punto de añadir algo.

—¿Iba usted a decir algo?

—Nada —replicóle Jani inflexivamente—. *Monsieur* Garrison tenía muchos amigos; nunca supe que tuviese enemigos. Siempre fue muy bueno conmigo y he perdido el mejor empleo que tuve en mi vida. No me hace nada feliz lo ocurrido, se lo puedo asegurar.

—¿Y no notó usted si el señor Garrison parecía intranquilo o preocupado últimamente?

—Un hombre como *monsieur* Garrison jamás hubiese condescendido en discutir cuestiones personales con un pobre diablo como yo. Lo único que sé es que tenía el mismo aspecto de siempre y parecía de muy buen humor.

—Ya veo. Bueno… creo que esto es todo por ahora. Gracias.

Jani hizo una seca inclinación de cabeza, golpeó los talones y salió. Clive intercambió una mirada con Lejour.

—No es un sujeto muy atrayente, ¿eh? —comentó el inspector.

Clive encendió un cigarrillo y midió a grandes pasos la habitación, mirando meditativamente el suelo.

—Lejos de eso. Personalmente, preferiría que un puerco espín me condujera el auto; no me imagino cómo un hombre como Garrison podía aguantar semejante animal. Con todo, puede que sea un chofer excelente.

—Aparentemente lo es. He practicado indagaciones entre los otros choferes del edificio y el hombre que está a cargo de los *garages* y el surtidor de nafta, y todos tienen un excelente concepto de él como mecánico; y hasta lo consideran muy honesto. Eso significará que no roba tanto en las cuentas como la mayoría de ellos. Parecen respetarlo profesionalmente, aunque lo desprecian como hombre; y todos concuerdan en manifestar que sus opiniones políticas son demasiado rojas. ¡Lindo tipo para estar al servicio de un anticomunista!

—Garrison posiblemente lo ignoraba. Supongo que necesitaría un conductor, se topó con este hombre por casualidad, descubrió que conducía bien y que estaba dispuesto a viajar, y eso es todo. Es poco probable que haya pensado en averiguar las ideas políticas de Jani. Pero no estará de más tratar de saber cómo ha pasado sus horas libres este muchacho desde que está en Bruselas, pues estoy de acuerdo con usted en que da la impresión de que oculta algo.

—Supuse que usted lo notaría. Averiguaré todo lo que pueda sobre él. Por supuesto, le estoy haciendo seguir.

—Y ahora —dijo Clive— pasemos a esos dos distinguidos miembros de la sociedad, *monsieur* d'Urval y *madame* Mederlinck. Trataré de ver primero al caballero, aunque puede que sea más acertado sorprender a la dama. ¿Dónde está el teléfono? ¿En el *hall*?

Lejour le mostró dónde estaba, sobre una mesita cerca de la puerta del comedor, y Clive pasó rápidamente las hojas de la guía hasta encontrar el nombre del conde d'Urval.

Anotó la dirección y el número telefónico en su libreta y luego

buscó en la letra M.

—Veo —comentó— que los Mederlinck viven en l'Avenue des Nations. Ahí será probablemente donde Jani llevó a Garrison el jueves después de almorzar.

—Quizá ella lo llamó por teléfono a mediodía para pedirle que fuera. Es una hora un tanto temprana para una visita común, ¿no le parece?

Clive asintió y marcó el número del *comte* d'Urval. El conde podría ser todo lo que Lejour alegaba, pero, con toda probabilidad, era, con la excepción de Adrien, la última persona con la que Garrison había hablado antes de morir.

Cuando Clive retornó a la sala, después de una breve conversación con un criado sumamente cortés, traía una expresión extrañada.

—¿Consintió en verlo hoy? —preguntó el inspector.

—No solo accedió en recibirme, sino que quiere tener el placer de que lo acompañe a almorzar a la una. Ahora bien, ¿por qué… *por qué* se muestra tan excesivamente amable?

CAPITULO VII

Clive pasó el resto de la mañana discutiendo el asunto con Lejour y concordando con él en que los Lecocq, por equívoca que pareciese su situación, era difícil que estuviesen complicados en el crimen, ya que a raíz de él llevaban todas las de perder. El pirata Jani, en cambio, era más digno de ser tenido en cuenta, en especial como posible miembro de alguna organización dirigida desde Moscú, que podría, o no, ser la de los comunistas melómanos que Copeland había conocido en Viena.

Antes de abandonar el departamento, revisaron el contenido del escritorio de Garrison. Fuera de una prolija pila de manuscritos y una cierta cantidad de notas pertenecientes al libro que había estado escribiendo, lo único que encontraron fue unas pocas cartas, algunas invitaciones y un manojo de recibos. Era evidente que Garrison había sido una persona ordenada, que no habría permitido que sobre su escritorio se amontonaran papeles superfluos. Lo único que podía ser de algún posible interés era un diario encuadernado en cuero, escrito hasta la mitad con una letra pequeña y clara. Podía ser de alguna utilidad; de modo que Clive se lo metió en el bolsillo previa autorización de Lejour.

Traspuso a pie con toda tranquilidad la distancia que separaba l'Avenue Emile Duray del *boulevard du Régent*, caminando por l'Avenue Louise, que ostentaba sus magníficos castaños de Indias en plena floración; unos pocos jinetes trotaban por el sendero para caballos, y los niños y perros jugaban entre los canteros de flores. El Rond Point ardía con el rojo vivo de los rododendros y las lilas se asomaban por encima de las rejas de las soberbias mansiones. Costaba creer que, menos de cuarenta y ocho horas antes, se había

cometido un brutal crimen a solo unos pasos de este ambiente de reposada elegancia. Mientras andaba, se puso a pensar en esa interesante pareja que constituían el señor y la señora Mederlinck: El marido había vivido en Viena y bien podía haber oído hablar de los *capricieux*; y la mujer había telefoneado a Garrison el último día de su vida. Posiblemente, respondiendo a su llamada, había ido a verla… a menos, por supuesto, que tuviese otros amigos en l'Avenue des Nations.

Por el momento tenía que habérselas con el conde d'Urval. El tal caballero habitaba en una enorme casa precedida por un jardín bordeado de flores que cercaba una reja de hierro exquisitamente forjado. En todo el distinguido *boulevard* du Régent no se veía una casa más majestuosa. Un mayordomo de aspecto aristocrático lo hizo pasar a un *hall* de mármol que tenía el frío encanto del Gran Trianon y cuya austera blancura se hallaba compensada por delicados tapices del siglo diecisiete. Varias puertas de gran tamaño rodeaban el vestíbulo, y el mayordomo, después de depositar delicadamente el sombrero y los guantes de Clive sobre una consola dorada Luis XIV, lo guio hacia una de esas puertas y anunció: «*Monsieur Claive*».

Se trataba por lo visto de la biblioteca, a juzgar por las hileras de libros encuadernados en antiguo oro labrado, que cubrían las paredes en su totalidad, y la primera ojeada de Clive le dijo que debía tratarse de un paraíso para coleccionistas. Todo, desde la soberbia alfombra Ferahan que cubría el suelo hasta el Van Dyck que colgaba sobre la chimenea, era perfecto en su especie, y el conjunto daba la impresión de no haber sido escogido deliberadamente, sino de haber crecido naturalmente en el lugar. No era el plan cuidadosamente estudiado de un hábil decorador, sino el resultado de generaciones de buen gusto, y todo parecía estar en uso. Un valiosísimo jarrón K'ang-hsi decorado con hojas de espino negro contenía un enorme ramo de peonías blancas; un cofrecillo del *Cinquecento* era empleado evidentemente como caja para cigarrillos, y los libros, antiguos y valiosos como eran, daban la impresión de ser abiertos y leídos

frecuentemente.

El cuarto constituía el marco perfecto para su dueño. El conde d'Urval (Maurice-Etienne-Baudouin-Ghislain, si uno se daba el trabajo de buscarlo en el Almanaque de Gotha) era alto y muy delgado y se parecía más bien a un hermoso y bien cuidado galgo ruso. Su ondulado cabello blanco y corto bigote hacían resaltar un perfil aguileño que parecía tallado en marfil antiguo, y sus ojos de un azul pálido contemplaban el mundo con una mirada benevolente que se asomaba debajo de unos párpados un tanto caídos. Mientras tomaba su mano surcada de venas azuladas, Clive se preguntó más que nunca por qué este portentoso sobreviviente de una era gloriosa le había concedido aquella entrevista bajo la forma de una invitación a almorzar.

Las primeras palabras de su anfitrión aumentaron su perplejidad.

—Lo hubiese reconocido en cualquier parte.

Por primera vez, su habitual verbosidad dejó a Clive desamparado. Solo supo sonreír y levantar las cejas en muda interrogación.

D'Urval lo invitó a instalarse en una *bergère* tapizada en terciopelo de Génova color cobrizo, y a su vez sentóse en un pequeño sillón cercano.

—Es cierto —dijo, en un nítido inglés con acento de Eton— que la última vez que lo vi estaba usted corriendo una carrera con su perrito en los jardines Borghese de Roma, de modo que ha tenido tiempo para cambiar; pero se parece extraordinariamente a su querido padre.

Clive halló por fin la voz.

—Nunca me imaginé que tendría el placer de encontrarme con el mismo conde d'Urval que tantas veces oí mencionar a mi padre. Su familia es muy numerosa y siempre lo creí a usted en el servicio diplomático.

El mayordomo entró con una pesada fuente de plata.

—¿Una copa de jerez? —preguntó el conde—. Creo que le va a gustar. Siempre mando traer el jerez de Inglaterra, que es donde realmente saben apreciarlo. No. Abandoné la diplomacia hace años,

cuando murió mi padre. Me desagradó tener que hacerlo, pero me había convertido en el jefe de la familia y las responsabilidades que tenía aquí me hacían imposible vivir en el extranjero. Su padre y yo estuvimos juntos en dos puestos y nos mantuvimos en estrecha correspondencia hasta su muerte. Esto me hace volver a aquellos felices y despreocupados días anteriores a la guerra. ¡Qué jóvenes éramos entonces! Y ahora su padre ya no está más, y su hermosa madre, y mi pobre esposa… —Clive apreció con qué tacto le explicaba el motivo de la ausencia de una dueña de casa para recibirlo—. Y yo soy una especie de reliquia de la Edad Media. Usted —agregó con una encantadora sonrisa— se ha hecho famoso. He leído sus libros; son admirables.

Clive no era ningún pedante, pero le resultaba agradable oírse llamar escritor famoso por un amigo de su padre.

—¿Y vive usted en París, según tengo entendido? —prosiguió su anfitrión—. Su padre prefería Londres, pero recuerdo que a su madre le encantaba París.

—Mi elección de París —explicó Clive— fue en gran parte casual. Siempre lo he conocido bien, pues fui allí a la escuela varios años; pero me radiqué en París porque allí estaba cuando me enteré de que una buena parte de los bienes de mi padre se había perdido al producirse la bancarrota de la compañía que los administraba. Comprendí que me convendría encontrar una ocupación más lucrativa que la de escribir libros que solo interesaban a un público muy limitado, y que París podría dar cabida a un investigador privado más. No es siempre un trabajo agradable, pero me ha resultado altamente instructivo.

—No puede ser siempre agradable —observó su interlocutor— ser un cirujano que se especializa en cáncer; pero se rinde un inmenso servicio a la humanidad. —Luego, como el mayordomo reapareció y murmuró: *Monsieur le comte est servi*, agregó—: ¿Pasamos?

El comedor resultó ser inesperadamente veneciano, con unos deliciosos muebles barrocos de patinada laca amarilla; de las paredes pendían cuatro encantadores Longhis. El conde, en lugar de colocar a Clive frente a él, lo hizo sentar familiarmente a su derecha, y continuó hablándole de sus padres y de sus días juveniles hasta que los huevos Mornay hubieron dado lugar a las costillas de

cordero con tiernas arvejas. Luego, haciendo girar lentamente su tornasolada copa de cristal de Venecia entre sus viejos y frágiles dedos, abordó el tema del crimen.

—Es un triste asunto el que lo trae a Bruselas, pero me alegro de que el señor Wilcox lo haya persuadido para que venga; pues estoy seguro de que se trata de un problema demasiado difícil para la policía, aunque tenemos algunos hombres muy buenos aquí. ¡Pobre Peter! Era uno de los mejores… Después de mis propios hijos, creo que no hubo nadie en el mundo a quien yo quisiera más sinceramente. Lo conocí en los días de la ocupación, cuando ambos trabajábamos para el Comité de Ayuda a Bélgica; y, de todos los jóvenes estadounidenses que allí colaboraban, él fue quien más me agradó. Desde entonces nunca perdimos contacto, pues, pese a la diferencia de nuestras edades, congeniábamos mucho; nos veíamos con mucha frecuencia. Solía ir a visitarme a mi casa de campo, o bien nos encontrábamos en el sur de Francia; en cierta oportunidad, hasta en Marruecos. Pero usted ya debe saber todo esto, o si no, no me hubiese buscado. —Lo observó con mirada interrogante.

—No. Para serle franco —díjole Clive—, no sé prácticamente nada acerca de las relaciones existentes entre usted y Garrison, excepto que parece haber sido usted la última persona que habló con él la noche que lo mataron; además, el criado de Garrison se refirió a usted diciendo que era un amigo muy íntimo. Estoy tratando de averiguar todo lo que puedo con relación a su vida privada, sus amigos y sus enemigos, si es que los había, en la esperanza de dar con una posible pista. Obtuve ayer una buena cantidad de datos, gracias al embajador y a Copeland, pero hasta ahora no me han conducido a nada, fuera de que Copeland sustenta la teoría de que fue obra de los comunistas.

—¿De los comunistas? —repitió el conde con cierto aire de reserva. Luego, como Clive estaba esperando evidentemente algo más, añadió—: ¡Oh! Copeland es un individuo muy listo, destinado a alcanzar altas posiciones en su carrera, y respeto su opinión. Puede que tenga razón, pero la idea me parece un tanto rebuscada. ¿Sin duda creerá que lo hicieron porque Peter financió el movimiento anticomunista en Estados Unidos? ¿Por qué, entonces, los comunistas franceses nunca mataron a Coty, que hizo exactamente lo mismo en Francia?

Clive le proporcionó un rápido resumen del asesinato de Searle y de lo que Copeland le había relatado acerca del grupo de Viena. D'Urval
lo escuchó profundamente interesado.

—Es todo muy curioso —dijo finalmente—. Sumamente curioso. Casi diría que es casi demasiado curioso; hay algo… diríamos, de inverosímil en todo esto. ¿Me imagino que esta será su misma impresión?

—Sí, lo es. Pero la misma persona o grupo debe haber planeado los dos crímenes, tratando claramente de fijar la atención en el *Capricho Vienés*, hasta el mismo punto de hacer funcionar el disco a fin de que alguien lo advirtiera sin lugar a dudas. Si efectivamente fue la célula vienesa, ¿por qué esperaron tanto? Garrison y Searle no eran difíciles de hallar; en el caso de que alguien tuviera intenciones de matarlos.

—Precisamente. Este es uno de los puntos incomprensibles.

—Por otra parte —prosiguió Clive— el chofer checo de Garrison no inspira ninguna confianza y no parece ocultar en absoluto sus tendencias comunistas. Podría ser perfectamente un agente del partido, designado para eliminar a Garrison. Pero, en ese caso, ¿por qué elegir una ciudad relativamente pequeña como Bruselas para la tarea, en lugar de un centro como Nueva York, Londres o París, donde un criminal perseguido puede desaparecer tan fácilmente? ¿Cuándo vio usted a Garrison por última vez?

—El martes pasado, creo… sí, el martes. Almorzó conmigo y fuimos a ver una exposición de cuadros en el *Beaux-Arts*. Después, el jueves por la tarde, lo llamé para invitarlo a cenar la semana próxima. No hablamos más que un momento; aceptó la invitación, hicimos un comentario sobre el buen tiempo, y eso fue todo.

—¿Lo había notado como de costumbre últimamente; con el buen humor de siempre, quiero decir?

—No —repuso el conde inesperadamente.

—¡Por fin! —exclamó Clive. El otro lo miró extrañado—. He formulado la misma pregunta a todo el mundo, al señor Wilcox, a Copeland, a los sirvientes, aun al chofer, y todos insisten en que Garrison estaba en el mejor de los ánimos, lo cual indicaría que no tenía ningún presentimiento de su cercano fin. Comprenderá usted lo importante que sería para mi investigación el poder descubrir

que tenía conocimiento del peligro que se avecinaba y, de ser así, cómo lo manifestaba.

—No corra tanto —interrumpiólo d'Urval—. ¿Tomamos el café en la biblioteca? No quise decir que me diera la impresión de creerse en peligro. De haber ocurrido así, estoy seguro de que le hubiese parecido muy divertido. Había arriesgado la vida innumerables veces; no solo en el ejército, sino como explorador, cazador de fieras, piloto de su propio avión… Para él la muerte no era otra cosa que la última aventura. Lo que quise decir es que últimamente parecía tener algo que lo preocupaba, estoy casi seguro. Parecía presa de una ansiedad que quizás no fuese evidente para el resto de las personas, pero que para alguien que lo conocía tan bien como yo resultaba inconfundible.

—No pudo haber sido a causa de dinero —dijo Clive, como reflexionando—. ¿No sería, supongo, la salud? — D'Urval sacudió decididamente la cabeza—. Entonces… ¿una mujer?

El conde ofreció cigarrillos y encendió el de Clive y el suyo antes de responder.

—No lo sé —dijo lentamente—. Esta parecería ser la mejor explicación y quizás sea la verdadera. Quién sabe. Pero es que no estaba en su carácter dejar que una mujer llegara a turbar seriamente la tranquilidad de su espíritu. Tomaba sus amoríos como el deporte, como parte de la alegría de vivir, y no permitía que se convirtieran en una obsesión. Tengo entendido que tuvo un desencanto amoroso siendo muy joven y que como resultado de ello se había rodeado de una muralla defensiva. Hubo muchas mujeres en su vida. Fue hasta… bueno, bastante deferente ante los encantos de cierta joven señora de aquí en Bruselas. ¿Pero sin duda usted ya habrá oído hablar del asunto? —Los ojos astutos del viejo escudriñaron a Clive.

—En efecto.

—Hmm… sí, Solange Mederlinck. La conozco desde que era una niña; Solange de la Vergne se llamaba. Yo solía cazar con su padre en Ardennes. El pobre de la Vergne era un tipo excelente, aunque un jugador de alma, conocido por todos los *croupiers* desde Ostende hasta Montecarlo. Se jugó su propia fortuna y la de su mujer, y

cuando los hijos fueron mayores, apenas si quedaba lo suficiente como para meter a los varones en el ejército y comprar un ajuar para Solange. Ni siquiera, creo, pudo darle una dote. Era una joven ambiciosa, amante del dinero, y Mederlinck es dueño de casi todo el dinero de Bélgica… ¡En fin! Uno puede llegar a pagar muy caros esos apetitos. Mederlinck es… bueno, me disgustaría mucho ver a mi hija, como usted a su hermana, casada con él. Simplemente no es un caballero. Aunque, para ser justo, considero que ha sido un buen marido para Solange. No debe ser nada fácil estar casado con una mujer cuyas ideas, tradiciones y gustos son enteramente diferentes a los de uno; y que, para colmo, tiene una belleza casi increíble.

En fin, no seamos demasiado duros con Mederlinck.

—¿Cree usted que estaba celoso de Garrison?

D'Urval contempló meditativamente la punta de su cigarrillo.

—No tengo la menor idea. En realidad apenas lo conozco. Lo veo de tanto en tanto cuando su mujer lo arrastra a alguna fiesta de las que a ella le agradan, pero sé muy poco acerca de él. Es un hombre sumamente ocupado y la mayor parte del tiempo está ausente, viajando por toda Europa. Solange nunca trató de ocultar sus devaneos con Peter; pero el marido es siempre el último que se entera, ¿no es así?

—Así tendría que ser —opinó Clive—, a menos que sus amigos sean muy entremetidos. ¿Me han dicho que *monsieur* Mederlinck vivió un tiempo en Viena?

—¿En Viena? Es muy probable. La *Société Continentale* tiene ramas en todas partes del mundo. ¡Ah, ya veo! Está usted pensando en los *Capricieux* de Copeland.

—No puedo evitarlo. Y voy a hacerle una visita a *madame* Mederlinck. Debo hacerlo.

—Tenga mucho cuidado —le aconsejó gravemente el conde—. Está usted pisando un terreno muy inseguro ahí, pues nadie sabe en realidad qué proporciones alcanzó el asunto. Pero no necesito aconsejar al hijo de su padre que sea discreto. Si puedo serle de alguna utilidad, no vacile en llamarme, ¿me lo promete?

—Cómo no, y le estaré muy agradecido. ¿Supongo que no se le ocurre ninguna otra persona que me pueda ayudar?

—Por el momento no; pero puede contar conmigo en que le daré

a conocer cualquier idea que se me ocurra.

Clive tuvo la sensación de que podía contar con esa promesa.

CAPITULO VIII

L'avenue des Nations se le presentó como una arteria muy ancha y nueva. Los árboles no habían tenido aún tiempo de alcanzar las espléndidas proporciones de aquellos de los bulevares más viejos y las casas mostraban todas una apariencia de extraordinaria dignidad. La más grande de ellas era la colosal villa seudoitaliana de *monsieur* Gustave Mederlinck. Sus espaciosos jardines requerían indudablemente el cuidado de varias personas para conservar su aspecto impecable, y los vidrios de las altas ventanas relucían como si no solo acabaran de ser lavados sino también pulidos por un diamantista. Era todo muy suntuoso y excesivamente pomposo.

Clive había decidido de antemano cuál sería el único medio probable de ganar acceso hasta la castellana de toda esa grandeza (siempre que la encontrara en casa) y había escrito en su tarjeta de visita: *De la part de des Etats-Unis*
l'ambassadeur
. El señor Wilcox podría o no aprobar este procedimiento, pero le pagaba generosamente a Clive para que descubriera al asesino de Garrison, y la señora Mederlinck era incuestionablemente un factor importante en la investigación.

La actitud del alto y ornamentado lacayo que le abrió la puerta hizo sospechar inmediatamente a Clive que la señora estaba en casa. Después de mirar la tarjeta, el hombre dijo: «Iré a ver, *monsieur*», y lo dejó esperando en un inmenso *hall* que parecía diseñado para una de las películas más fastuosas de Cecil B. De Mille. Los términos de la tarjeta surtieron el efecto deseado, ya que el lacayo regresó para hacerlo pasar a una sala con la información de que *madame* bajaría enseguida.

No era este un cuarto que se hubiera formado por la acumulación de innumerables generaciones de versados

coleccionistas. Algún decorador de fama había trabajado a sus anchas, y no había reparado en gastos. Las alfombras eran blancas y fabricadas, sin duda, especialmente; las cortinas y gran parte de los tapizados eran de raso blanco anacarado, matizado con toques de color damasco y verde limón, todo lo cual se reflejaba en grandes espejos rosados. En jarrones blancos de Sung había enormes ramos de lirios y calas y el único cuadro era de Derain. Todo era magnífico, aunque con algo de afectación y falta de naturalidad que Clive encontró mucho menos atrayente que el ambiente lleno de señorío que acababa de dejar.

La entrada de *madame* Mederlinck fue precedida por la de un pekinés blanco, evidentemente escogido para hacer juego con la habitación, que se detuvo en el umbral de la puerta para examinar a Clive con arrogante aire de desaprobación. Clive era un amante de los perros, pero no era este el tipo de animal con el que uno quisiera trabar amistad; parecía más bien capaz de retroceder con altivez e inquirir: «¿No nos han presentado?». Esperaba que el perro no fuese un anticipo de la recepción que lo aguardaba. Y entonces vio a la dueña del can.

Copeland la había llamado extraordinariamente encantadora y d'Urval
había hecho referencia a su belleza; pero, aun así, no se hallaba preparado para nada parecido. Bueno, después de todo, Meterlinck era belga y pudo haber sido en este país donde conociera al original de Mélisande. Aunque la cabellera dorada de *madame* Mederlinck no caía, como la de Mélisande, a lo largo de su espalda, sino que estaba graciosamente recogida en la parte baja de la nuca, y su vestido verde opaco de Madeleine Vionnet no tenía nada de medieval. Era, con todo, una Mélisande; rediviva; y Clive admitió para sus adentros que no recordaba haber visto nunca una criatura más deliciosa. Era uno de esos raros y cautivadores prodigios: una rubia natural con ojos negros; tenía la nariz delicadamente respingona de las mujeres de Van Dyck, y la anhelante curva de sus labios constituía uno de los rasgos que ningún hombre es capaz de resistir. Además, como si todo esto no fuese bastante, tenía una figura como para hacer enmudecer de admiración a cualquiera.

Lo cual, sin embargo, no pudo impedir que Clive recordara que la horquilla que Adrien había encontrado era dorada…

—¿El señor Clive? —preguntó la dama, pronunciando el nombre con un perfecto acento inglés.

Clive respondió en francés. Estaba resuelto a mantener la conversación en un idioma en el que no hubiese posibilidad de malas interpretaciones, por más corrientemente que *madame* Mederlinck hablara el inglés.

—Le ruego me perdone que la moleste —dijo—, pero el embajador de los Estados Unidos me ha solicitado que investigue el asesinato del señor Garrison y es usted una de las personas a las que este solía ver con más frecuencia. Es de esencial importancia que obtenga toda la información que pueda de sus amigos en lo que se refiere a su vida en Bruselas.

La actitud de *madame* Mederlinck se tornó repentinamente remota. ¡De modo que no se trataba más que de un detective privado! Su tono fue absolutamente amable, pero con esa cortesía algo distante que uno confiere a las personas de casta inferior.

—Tendré sumo placer, por cierto, en ayudarlo en todo lo que pueda, *monsieur*. Es este un asunto terriblemente desagradable. Pero realmente dudo que pueda serle de alguna utilidad. Solo conocí al señor Garrison durante un tiempo muy corto. Pero hay muchísimas personas que lo conocieron mientras estuvo aquí durante la guerra y que desde entonces conservaron su amistad… y que deben saber mucho más acerca de él que yo.

—Naturalmente, trataré de ver a toda esa gente para averiguar cuanto puedan decirme —replicó Clive con suavidad—. Ya he hablado con algunos. Pero creo no equivocarme al pensar que vio usted muy a menudo al señor Garrison durante las últimas semanas de su vida. ¿No es así?

Los grandes ojos negros despidieron un leve destello. Era indudable que Mélisande estaba pensando, y muy aprisa. Este no era más que un mero detective; pero era muy lógico que le formulara tales preguntas, cuyas contestaciones transmitiría al embajador. De modo que no tenía sentido el despertar sus sospechas respondiendo con evasivas. Por otra parte, la personalidad de Clive la desconcertaba; ¡su aspecto era tan asombrosamente el de un caballero, y hablaba un francés tan puramente académico…! Se inclinó un poco hacia adelante con una vehemencia no desprovista de melancolía.

—Lo veía bastante seguido, es verdad. Monto todos los días a caballo en el *Bois* y él acostumbraba cabalgar allí casi todas las mañanas; de modo que paseábamos a menudo juntos. Además era un excelente jugador de *bridge* y con frecuencia jugábamos en reuniones. Pero encontrarse así con una persona no significa conocerla a fondo. No sé prácticamente nada de su vida privada.

(Tú, mi primor, mientes peor aún que mi amigo Copeland. Tendría que existir un curso por correspondencia para enseñar a mentir).

—Por supuesto… Pero, sin duda, en el transcurso de sus conversaciones con él se debe de haber enterado de *algo*. Podría, por ejemplo, haberle oído mencionar si durante su vida tan activa y aventurera se había granjeado algún enemigo…

Sacudió la cabeza con todo candor.

—¡Oh, en cuanto a eso, estoy segura que no! Muy por el contrario, recuerdo que en cierta oportunidad comentó que nadie era más afortunado que él en tener infinidad de buenos amigos. Creo que la amistad tenía un alto significado para él y le agradaba poder hacer favores a todos los que podía. Tengo la certidumbre de no haberle oído emplear jamás la palabra «enemigo». Es… es *imposible* que los haya tenido.

(La dama protesta, efectivamente, demasiado).

—De cualquier manera, estamos obligados a aceptar el hecho de que alguien le profesaba la suficiente aversión… como para matarlo —hízole notar Clive.

—¡Oh, lo sé, lo sé! ¡Y qué pensamiento horrible es ese! Pero sin duda debe haber sido la obra de un loco o de un sirviente ladrón o algo parecido. No puede haber existido un verdadero motivo para desear su muerte.

—Esto es lo que estoy tratando por todos los medios de descubrir. Para la persona corriente, nunca puede existir una razón válida para cometer un crimen; mas el asesino opina de otro modo. ¿Pero considera usted —Clive la observó atentamente mientras soltaba su pregunta de fondo— que el señor Garrison se hallaba con el humor de siempre en los últimos días? ¿Nunca lo encontró deprimido o preocupado alguna vez?

Estaba completamente seguro de que respondería «No», ya que la preocupación de Garrison, si era cierto que había existido fuera

de la imaginación de
d'Urval,
podía haber sido debida posiblemente a ella. Y cuanto más la miraba, más comprensible le parecía. Para su mayor sorpresa, Mélisande vaciló.

—Pues, no podría decirle… Pero sí, ahora que me lo pregunta, es cierto que por momentos parecía un tanto pensativo y distraído; especialmente en las últimas semanas. Lo noté un día mientras jugábamos al *bridge*, y recuerdo haberle hecho alguna broma. Dijo que no era nada, que le estaba dando trabajo el libro que escribía, pues parecía haber llegado a un punto muerto. Supuse que me decía la verdad.

(Yo me pregunto si *tú* la estás diciendo…).

—¿Tengo entendido que usted lo vio en la tarde del día que lo mataron?

Estaba persuadido de que en su fuero interno reaccionó exclamando: ¡Maldito hombre! —Su ceño se frunció imperceptiblemente, pero logró responder con bastante calma.

—Sí. Me vino a visitar esa tarde.

—¿A pedido suyo?

Esta vez advirtió que se estaba enojando seriamente y que demostraba a las claras ser hija del conde de la Vergne; pero él prosiguió imperturbable:

—El mayordomo del señor Garrison mencionó, entre los llamados telefónicos que su amo recibió ese día, uno suyo, alrededor de mediodía.

Ella conservó su serenidad.

—Efectivamente, le rogué que viniera para darme algunos consejos acerca de una fiesta de caridad al aire libre que estoy organizando. No hablamos nada más que de eso. Creo que permaneció aquí cerca de una hora.

La astuta Mélisande supuso sin duda que el chofer habría proporcionado ese detalle. Pero era realmente una pena que damas que parecían ángeles de Fra Angélico, con sus cabezas doradas recortadas contra un manojo de azucenas, fuesen capaces de decir mentiras tan grandes sobre fiestas de beneficencia al aire libre.

—Y ahora, perdóneme, pero esta es simplemente una pregunta de fórmula, ¿podría usted decirme dónde estaba usted el jueves

entre las ocho y media y las nueve y media de la noche?

Había hecho esta pregunta nada más que para ver cuál sería su reacción, y lo logró. Esta vez su impavidez la abandonó.

—Realmente, *monsieur* Clive —prorrumpió, presa de evidente irritación—, si está usted tan interesado en las coartadas, ¿por qué no se ocupa en buscar las de sus otros amigos, el señor Wilcox, el señor Copeland, el *comte*
d'Urval,
por ejemplo…?

—Ya lo he hecho —replicó con tranquilidad—. El señor Wilcox estaba cenando en la Legación de Portugal, *monsieur*
d'Urval
se encontraba en el *Princesse de Bray* y el señor Copeland se hallaba en París.

Ella se percató enseguida de su error y su reacción fue instantánea.

—Le ruego me perdone; fue una tontera de mi parte. Cené en casa de mi prima, la baronesa van der Leden, y luego fuimos al *Théâtre du Parc*.

—Gracias. ¿*Monsieur* Mederlinck, me imagino, estaría con usted?

Y entonces la mirada de Clive se tornó fija y vigilante como la de un gato en la entrada de una ratonera. Porque *madame* Mederlinck se había puesto pálida. Muy pálida. El delicado colorido de sus mejillas, que él había juzgado con toda razón como natural, se transformó en una palidez lechosa, y la exquisita boca pareció reducir su tamaño, como una flor que se prepara para cerrarse con el anochecer. Su voz respondió con firmeza, pero algo en ella había cambiado; parecía más profunda, y ligeramente ronca.

—Mi esposo tenía una comida de negocios esa noche… y no pudo acompañarnos.

Estaba convencido ahora de que estaba aterrada; pero conservaba un buen dominio de sí misma, excepto por el incontrolable cambio de color que había sufrido su semblante. Su instinto le aconsejó que por el momento sería inútil seguir interrogándola. Por otra parte, ella había abierto un nuevo programa para su exploración y estaba ansioso por internarse en él.

Se levantó.

—Ha sido usted sumamente amable, *madame* —díjole con una cortés reverencia—, y le estoy extremadamente agradecido por su colaboración. Le ruego me perdone por haberla incomodado.

Ella le respondió con una fría inclinación de cabeza. Su rostro estaba aún cubierto por una máscara de temor mientras hacía sonar la campanilla, pero su voz se mantenía bajo un perfecto control.

—Al contrario. Siento haberle sido de tan poca ayuda…

El arrogante lacayo lo acompañó hasta la puerta. Se detuvo en la acera, hundido en sus pensamientos, golpeando un cigarrillo en el estuche hasta que lo hubo dejado casi sin tabaco.

¿De modo que *monsieur* Mederlinck había tenido una cena de negocios el jueves, cuya sola mención había hecho palidecer a su esposa…? Una visita a *monsieur* Mederlinck se hacía absolutamente indispensable.

CAPITULO IX

La tal visita resultó ser más difícil de concertar que una audiencia con el rey. El señor Mederlinck era por lo visto uno de esos personajes cuyos compromisos eran arreglados por lo menos con quince días de anticipación, y su secretario estuvo a punto de desmayarse ante la idea de que alguien tuviese la osadía de sugerir una entrevista para esa misma tarde. Para colmo, era sábado y se suponía que las oficinas estaban cerradas. Finalmente Clive se vio obligado a movilizar al embajador y fue solo ante el urgente requerimiento de este caballero que obtuvo el enorme privilegio de que Mederlinck lo recibiera a las cinco, con la condición de que hiciera su visita lo más breve posible.

Por consiguiente, con la última campanada de las cinco, Clive se hizo presente ante el imponente edificio de piedra que albergaba la empresa financiera más importante del reino; en su interior fue pasando de escritorio en escritorio hasta penetrar por fin en el santuario íntimo del gran hombre. El ambiente era opresivamente pesado y opulento, repleto de muebles imitación Imperio y paredes recubiertas de damasco verde, que combinaban asombrosamente bien con la persona que se hallaba sentada detrás del inmenso escritorio.

Gustave Mederlinck parecía tener algo más de cincuenta años (Clive había calculado la edad de su mujer en no más de treinta), era de mediana estatura, corpulento, y tenía la tez congestionada del hombre que vive demasiado bien y practica poco ejercicio. Sus prominentes ojos azules, nariz indefinida y gruesos labios no contribuían a hacer una fisonomía atrayente, y la mejor habilidad de un sastre excelente no podía hacer mucho por esa silueta irremediablemente bulbosa. Clive recordó la observación de d'Urval de que había que pagar muy caras las propias ambiciones. Este no

era de ninguna manera el compañero ideal para la fascinante Mélisande. Por el otro lado, seguramente debía pagarse bien caro el privilegio de tener por esposa a Mélisande.

—¿Viene usted de parte del embajador de los Estados Unidos? —preguntó Mederlinck con desagradable acento flamenco—. ¿En qué puedo ser útil a su excelencia? Comprenderá usted que estoy sumamente ocupado…

—Le robaré el menor tiempo posible, *monsieur*. Por encargo de la embajada norteamericana estoy investigando el asesinato de Peter Garrison…

Mederlinck arrugó el entrecejo con irritado aire de sorpresa.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo, *monsieur*? Apenas conocí a *monsieur* Garrison.

—¿De veras? —repuso Clive, con su tono más suave—. Esto me sorprende, pues entre la lista de nombres que me han proporcionado de la gente que Garrison solía ver más frecuentemente he encontrado el suyo… y el de su esposa.

La flecha dio en el blanco. El rostro rubicundo de Mederlinck tomó un tono aún más rojizo y su mirada se desvió un poco.

—Lo conocía algo, es verdad —admitió sin entusiasmo—, venía ocasionalmente a comer a mi casa y creo que concurría a veces a los partidos de *bridge* que organizaba mi señora. Soy un hombre muy ocupado y tengo muy poco tiempo para hacer vida social. Encontré a Garrison un hombre muy agradable; pero no sé nada absolutamente de su vida privada ni del motivo de su larga estada aquí.

—¿Nunca oyó decir que tuviese enemigos aquí o en alguna otra parte?

Mederlinck movió la cabeza con impaciencia.

—Por cierto que no. Le repito que nunca me interesé mayormente en él y que jamás me tomé la molestia de hacer preguntas a su respecto. Parecía estar en muy buenas relaciones con el personal de la embajada estadounidense; de modo que supuse que sería un hombre que gozaba de una buena posición en su país. Pero, realmente, si es este el único motivo de su visita…

—Unos minutos más, se lo ruego. ¿Dice usted que veía muy poco al señor Garrison?

—Muy poco —Mederlinck comenzó a dar muestras de creciente

exasperación y se puso a juguetear nerviosamente con un gran cortapapeles de marfil—. Lo habré visto un par de veces en mi propia casa y otras tantas en otros lugares. Sé que nos invitó a cenar; pero yo me vi obligado a viajar a Londres, de modo que le dije a mi esposa que me excusara. Nunca estuve en su casa; ni siquiera sé dónde vivía, o por lo menos no lo supe hasta que leí en los diarios que había tomado el departamento de los van Rylandt.

—¡Ajá! —comentó Clive apaciblemente—. De modo que nunca fue usted a su casa. Así pues, veo que no podrá decirme nada que me ayude en mi averiguación. Pero… permítame que le haga una sola pregunta más, y esto a modo de simple formalidad: ¿Tendría inconveniente en decirme dónde se encontraba usted entre las ocho y media y las nueve y media de la noche del jueves?

El efecto de esta pregunta fue sorprendente. Del color rojo, el rostro de Mederlinck pasó al púrpura; sus ojos se abultaron en forma alarmante y manifestó todos los síntomas que generalmente se asocian con un ataque de apoplejía. Se puso de pie y comenzó a tantear una larga fila de botones que estaban sobre su escritorio.

—¡Por supuesto que tengo inconvenientes! —rugió.

(Verdaderamente, Mélisande, tendrías que decirle a este inculto marido tuyo que es una grosería levantar la voz).

—¡Considero a esa pregunta como una inexcusable impertinencia y no dejaré de decírselo al embajador! Y ahora le tengo que pedir que me deje. Esta entrevista ya ha durado demasiado.

Clive se levantó e hizo una irónica reverencia.

—¿Debo entender, entonces —dijo con énfasis metálico—, que se niega usted terminantemente a decirme dónde estaba en aquel momento?

—¡En el nombre de Dios! —bramó el banquero—. ¿Cuántas veces debo repetirlo? ¿Quiere tener usted la bondad de retirarse, o tendré que hacerlo echar?

—No será necesario. Estoy seguro de que su excelencia, por no decir la policía hallarán interesante mi informe. —Al llegar a la puerta, Clive volvióse como si se le hubiese presentado una idea repentina:

—A propósito, ¿creo que vivió usted en Viena durante un tiempo?

—Dónde he vivido, *monsieur*, es algo que solo a mí me concierne.

—¡Qué cosa tan cierta! —convino Clive de buen humor.

Mientras se orientaba por los corredores de mármol para encontrar la salida, se preguntó hasta qué punto se puede uno poner rojo sin estallar.

—¿Y se niega rotundamente a dar cuenta de lo que hizo el jueves por la noche? —preguntóle Lejour un poco más tarde.

—No solo eso, sino que llegué a pensar, por un momento, que me pondría las manos encima. Además no debemos olvidar que su mujer palideció mortalmente cuando le formulé la misma pregunta. Temo que tendrá usted que tomar medidas para averiguar cuáles fueron las actividades de *monsieur* Mederlinck el jueves.

—¡Sin lugar a dudas! Lo haré inmediatamente. Pero, si Mederlinck es nuestro hombre, ¿cómo se explica lo del disco fonográfico y el crimen de París?

—No se olvide que Mederlinck vivió en Viena y puede haber pensado en el *Capricho* como un ardid. En cuanto al asesinato de París, no sé absolutamente nada hasta ahora, fuera de lo que le he contado.

—Supongo que no tuvo usted oportunidad de preguntar a Mederlinck si alguna vez conoció a Searle…

Clive respondióle riendo:

—Tuve suerte de poder escapar con el pellejo sano, sin introducir un segundo crimen en la conversación. Es muy probable que se hayan conocido… Ambos habían viajado mucho.

—Pero —observó Lejour— es completamente imposible que un mismo individuo haya cometido los dos crímenes. Lo he pensado detenidamente y, aun teniendo en cuenta las mejores condiciones de vuelo entre Bruselas y París, es necesario trasladarse desde l’Avenue
Emile Duray hasta el aeropuerto de Evere y desde Le Bourget hasta la rue de Vaugirard, lo cual no es posible.

—Lo sé; pero si bien los dos asesinatos no pueden haber sido cometidos por una misma persona, esta sí puede haberlos planeado. Los cómplices se pueden comprar y luego es fácil deshacerse de ellos.

—¡Oh, sí! —admitió Lejour, no muy convencido—. Mientras

tanto, me ha llegado el informe del hombre que está estudiando los antecedentes de Jani. El muchacho puede que sea inocente del crimen, pero no cabe duda de que tiene amistades muy particulares en Bruselas. Su guarida preferida parece ser cierto café que está cerca de la *Gare du Midi*, que es conocido por ser un hervidero de comunistas, anarquistas y sabe Dios qué otras cosas. Si de mí dependiera, haría una redada en ese antro y me llevaría a una docena o más de sus *habitués*; pero Bélgica es un país libre y la extrema izquierda tiene sus representantes en el Parlamento.

—Y sin duda está muy bien organizada.

—Organizada por Moscú, financiada por Moscú y lista para sumergirse bajo tierra como una multitud de topos en cualquier momento. Pero mientras no alteren la paz, esos pajarracos tienen exactamente los mismos derechos que el rey; y más aún, ya que ellos pueden votar y él no. Lo más que puedo hacer es introducir un hombre vestido de paisano en el café, a fin de que invite a beber a algunos de los clientes y los haga hablar; y aun así supongo que serán lo suficientemente astutos como para conocer de vista a todo el cuerpo de policía en pleno.

Una súbita idea hizo brillar la mirada de Clive.

—Creo que en esto podré ayudarlo —dijo—. Puedo hacer venir a alguien de mi entera confianza desde París, a quien nadie reconocería aquí.

—Sería una gran cosa y yo se lo agradecería muchísimo. He telegrafiado al jefe de policía de Viena para averiguar si Jani es conocido allí y si pueden determinar alguna conexión entre él y la gente del *Capricho Vienés*. Esto puede dar lugar a una rigurosa investigación, de modo que no espero una respuesta inmediata.

—Bueno, creo que con esto basta por hoy —dijo Clive, levantándose—. A propósito, averigüé lo del almuerzo de Garrison el jueves pasado. Fue en casa del agregado militar británico, quien afirma que Garrison parecía de excelente humor. Si quiere usted hablarme esta noche, voy a comer en casa del señor Copeland, en la rue Belliard.

Antes de redactar el informe con los hallazgos del día, para Wilcox, Clive hizo dos llamadas telefónicas a París: la primera a Hippolyte, pidiéndole que estuviese en Bruselas a la mañana siguiente; la segunda a Jimmy, para encarecerle que se mantuviera

en estrecho contacto con el inspector Padoux con referencia al caso Searle. Cierto lazo misterioso unía
l’avenue
Emile Duray con la rue de Vaugirard, y él sabía que el enigma no sería resuelto hasta que lograra descubrir cuál era ese vínculo.

CAPITULO X

Copeland habitaba en una de esas casas elegantes y color crema del *quartier* Léopold, que traen a la memoria los primeros años del siglo diecinueve, en que la Duquesa de Richmond dio su inmortal baile en la víspera de Waterloo y Byron se alojó durante un breve tiempo en una casa de la rue Ducale, que luego sería señalada con una placa de mármol. La rue Belliard carece de la majestuosa belleza de la rue Ducale; pero tiene una personalidad bien definida, y contempla con cierto desprecio las arterias más modernas como l'avenue Emile Duray y l'avenue des Nations. La casa de Copeland no tenía pretensiones arquitectónicas, pero Clive pensó que era probable que su dueño figurase en el almanaque de Gotha y que el monto de su alquiler pendiese más de la aristocracia del vecindario que de las comodidades que ofrecía.

Un criado lo acompañó hasta una sala: Esta demostraba que el señor era un hombre de buen gusto como así también de medios. Mientras estrechaba la mano de su amigo, Clive tuvo una rápida visión de antiguas alfombras persas, grabados de Rembrandt, sillas renacentistas italianas y una preciosa cómoda María Teresa.

—Estaremos los dos solos; espero que no le importe —díjole Copeland, invitándolo a sentarse en el sofá y volviéndose hacia una bandeja con cócteles—. Hay varias personas aquí que quisiera presentarle, pero no me fue posible conseguir a ninguna de ellas esta noche; de modo que, antes de invitar a cualquier otro, pensé que sería preferible conservarlo para mí solo.

—Nada me podría haber resultado más grato. He tenido un día agobiador.

—Me lo imagino. ¿Averiguó usted algo? —Copeland añadió una medida extra de *gin*, un poco de hielo y sacudió enérgicamente la coctelera.

—Aún no se puede decir nada. He trabado relación con dos sirvientes irreprochables, un chofer insolente, un viejo conde que me conoció cuando niño, una dama extraordinariamente hermosa y un marido más bien irascible. No es una mala cosecha para un solo día… pero sigo ignorando quién mató a Garrison.

Copeland llenó dos copas y le alcanzó una a Clive.

—Nunca me gustó la cara de ese chofer y no creo que a Peter le agradara especialmente, pero es un excelente conductor y no es cosa fácil dar con un individuo carente de lazos familiares y a quien no le importe estar constantemente de viaje. Parece ese tipo de sujetos capaces de meterle a uno una cuchillada simplemente para divertirse. ¿Pero por qué meterse con Peter y perder así un buenísimo empleo? No hay nada que indique que él haya sido. Más aún; parece tener una perfecta coartada; pero su actitud frente a la sociedad en general lo hace sospechoso y aparentemente frecuenta ambientes dudosos.

—No es raro. ¿Así que ha estado usted también con los Mederlinck? No creo que haya podido sacar mucho en limpio de allí.

Clive sonrió, mientras saboreaba su delicioso Martini. Estaba suficientemente seguro de la discreción de Copeland, pero no había ningún motivo especial para que, a esta altura de la investigación, le diese a conocer las reacciones de ese matrimonio.

—Obtuve bien poco de ellos —admitió—. *Madame* me aseguró con toda inocencia que su amistad con Garrison se había estrictamente limitado a una que otra cabalgata y algunos partidos de *bridge*. *Monsieur* me dio a entender que apenas conoció a Garrison y que era un hombre demasiado importante para estar discutiendo el asesinato de una persona relativamente desconocida. Le confieso que hubiera deseado que la señora demostrara un poco de aflicción por la muerte de su examigo. En el fondo debo ser un sentimental.

—Me pregunto si realmente existió algo serio entre ellos —murmuró Copeland.

—Lo deseo por él. Debe ser un lindo recuerdo para llevarse

consigo al otro mundo. Es una criatura gloriosa.

—Probablemente sea la mujer más hermosa de Bruselas; y muchas cosas se le pueden perdonar… con ese marido que tiene. Si yo fuese mujer, preferiría fregar pisos para ganarme la vida antes que estar casada con él.

—No lo dudo. Pero, hablando como hombre, tengo el presentimiento de que debe ser mucho mejor tener a la *belle blonde* como amante que como esposa. Esto último debe dar la impresión de que uno es depositario responsable del diamante Cullinan o de la Mona Lisa.

Copeland tenía un buen cocinero, y su comedor, con muebles Chippendale y grabados de Hogarth, constituía un ambiente sumamente acogedor para una charla tranquila. Clive sabía perfectamente hacia dónde quería dirigir la conversación, pero no tenía ninguna prisa. Dejó que la comida siguiera su curso y congracióse aún más con su anfitrión, elogiando cálidamente el exquisito Gevrey-Chambertin antes de abordar el tema que absorbía sus pensamientos desde Compiègne.

—Recibí una llamada telefónica desde París antes de venir aquí —observó con tono casual—. Mi ayudante me dice que la *Sûreté* no ha hecho grandes progresos en el caso Searle. Nuestros dos asesinos parecen tener un gran talento para no dejar huellas.

—No se olvide del *Capricho Vienés* —recordóle Copeland.

—No puedo dejar de pensar en que esos discos constituyen una pista demasiado buena para poder confiar en ella. A propósito, ¿oyó usted decir alguna vez que los *Capricieux* hayan cometido algún crimen dejando un disco fonográfico a modo de firma?

—N… no, no recuerdo haber oído nada parecido; pero se rumoreaba que los miembros del gabinete recibieron a veces cartas amenazadoras firmadas con los dos primeros compases del *Capricho*, y que los mismos compases eran garabateados con tiza en las paredes del Hofburg; aunque no conozco bastante música como para asegurarlo.

—Estos individuos, a mi entender, tienen algo de fascinante —reflexionó Clive—. Creo haberle escuchado que usted no conoció mucho a Searle en Viena. ¿No es así?

—No mucho; no. Solía ir a la legación de tanto en tanto para buscar información o hablar de la situación política, pero nos hizo

saber desde un principio que nunca concurría a grandes fiestas. Lo encontraba a veces cuando iba a reuniones de tipo literario o musical: conciertos y otras *soirées* por el estilo.

—¿Podría Garrison haberse encontrado con él del mismo modo?

Copeland titubeó.

—Que yo sepa, no; pero supongo que es posible. Peter fue mi invitado (y no tenía más que un pequeño departamento, pero estaba bien situado y contaba con un cuarto de huéspedes) durante el apogeo de la temporada social, y nos encontrábamos saturados de compromisos diariamente. Durante su estada allí, desatendí en parte a mis amigos bohemios, ya que a Peter no le atraía la música y solía decir que los escritores rara vez resultaban tan interesantes como sus libros. Nunca se tomó a sí mismo muy en serio como escritor, sino que lo hacía simplemente a modo de diversión. No me imagino dónde puede haber conocido Peter a Searle, a menos…

—¿Sí? —lo aguijoneó Clive con cautela.

Copeland sonrió melancólicamente.

—Pensé en ello ayer, pero me pareció completamente fuera de lugar en la presente situación. Se trata de Mitzi.

—¿Mitzi?

—Mitzi Schramm. Debe de haberla oído nombrar.

Tuvo un gran éxito en París hace algunos años, y desde entonces ha cantado en Londres y en casi todas las capitales de Europa. Creo haber oído que el próximo invierno tiene proyectado ir a Nueva York y Hollywood. Cuando estuve en Viena, ella se hallaba en los comienzos de su carrera. No creo que tuviese entonces mucho más de veinte años; pero ya era una cantante de *cabaret* muy popular, y la mitad de los hombres jóvenes de Viena estaban enamorados de ella, incluyendo a Searle. Concurría regularmente al café donde actuaba y se los veía almorzar y cenar juntos con bastante frecuencia. Nadie daba importancia a estas cosas. Todo el mundo tenía su pequeña amiguita en Viena; la mía se llamaba Christl y, así como Mitzi era morena, ella era rubia. Pero Searle parece haber estado a la cabeza de sus admiradores hasta que llegó Peter.

—¡Oh!

—Sí, ya sé. Pero no saque usted conclusiones apresuradas. No creo en absoluto que haya existido una gran pasión, ni nada parecido. Mitzi era terriblemente bonita y Peter poseía un gran

atractivo, aparte de ser inmensamente rico. Al poco tiempo, ya le estaba dedicando todos los ratos libres que le dejaban sus actividades sociales. No creo que renunciara a Searle completamente, pero no cabe duda de que tuvo muy poco tiempo para consagrarle mientras Peter estuvo allí. Nunca oí decir que la partida de Peter la hubiese dejado transida de dolor. Como recuerdo guardó una hermosa pulsera de brillantes, a más de un sinnúmero de otros regalos. Y, por los datos que tengo, el asunto quedó definitivamente liquidado.

—¿Tiene usted alguna idea del paradero actual de Mitzi?

—¡Ahí está la cuestión! —respondió Copeland, con aire desdichado—. Está en Bruselas.

Clive depositó su copa sobre la mesa y su voz se hizo ligeramente severa.

—Mi querido amigo, eso me lo tendría que haber dicho antes.

Copeland sacudió la cabeza incrédulamente.

—Quizás sí; pero estoy completamente persuadido de que no ha tenido nada que ver con la muerte de Peter. Estoy seguro de que me dará la razón cuando la vea. No será más que una vulgar cantante de *cabaret* y supongo que habrá tenido infinitos amantes; pero es una buena chica y no pertenece para nada al tipo de *femme fatale* que arrastra a los hombres a su muerte. Creo que Peter la vio una sola vez aquí en Bruselas; me dijo que había ido para oírla cantar y recordar los buenos tiempos pasados, que no había cambiado mayormente y que cantaba mejor que nunca. Me dio la impresión de que el encuentro no lo había dejado particularmente impresionado. Peter no era ningún Casanova: tomaba sus amores de a uno por vez, y siempre tenía especial cuidado de no enredar los hilos. Cuando le dije que su única intriga sentimental en Bruselas fue con *madame* Mederlinck, le estaba diciendo la estricta verdad.

—Y lo creo. He visto a la señora Mederlinck y no me es posible imaginar que un hombre pueda perder el tiempo con otra teniéndola a ella cerca. Pero ¿y Mitzi? ¿No será de naturaleza celosa? ¿No habrá conservado una chispa de afecto hacia Garrison durante todos estos años?

—Mi respuesta es no a ambas preguntas. Conocí bastante bien a Mitzi en Viena, pues era muy amiga de mi amiguita Christl. Le puedo asegurar que es la persona menos celosa que he conocido y

en cuanto a conservar encendida una chispa de amor durante diez años, no creo que lo lograra aunque quisiera. Es más probable que le haya costado un gran trabajo recordar el nombre de Peter.

—¿Cuánto hace que está aquí?

—Alrededor de un mes, creo. Actúa en el *cabaret* más elegante de la ciudad, *Le Hibou*, y tiene un éxito tremendo. Toda la juventud aristocrática de Bruselas está loca por ella. No ha necesitado a Peter para estar rodeada de orquídeas y perfumes. He ido algunas veces a oírla cantar y ha venido a sentarse a mi mesa después de su número para tomar una copa de vino. Al principio no recordó mi nombre, pero enseguida me reconoció como «el estadounidense de Christl».

—¿Le parece a usted que pueda tener alguna relación con los *capricieux*?

—¿Ella? ¡Por Dios, no! Mitzi fue siempre una monárquica ardiente; tenía la costumbre de llevar flores a la cripta de Kapuziner en el Día de los Muertos y encendía velas por el retorno de los Habsburgo. Su madre había sido también cantante y se dice que fue la mimada de uno de los archiduques, y Mitzi estaba convencida de que el arte solo puede prosperar bajo la monarquía.

De nuevo en la sala, Clive se puso a deambular pensativamente, con la taza de café en la mano, considerando este nuevo aspecto de la cuestión. Finalmente, enfrentóse con Copeland y habló con tono decidido.

—Puede que sea todo lo inocente que usted dice, pero el hecho es que era amiga tanto de Peter Garrison como de Walter Searle, y esta es otra coincidencia que no puedo dejar pasar por alto. Le advierto que tengo toda la intención de terminar la velada en *Le Hibou*.

—Iremos juntos —repuso Copeland con resignación—. Reservaré una mesa. El número de Mitzi es a las once.

Le Hibou era un lugar sumamente elegante y moderno, con cristales negros y muebles cromados, tapizados de cuero escarlata; estaba repleto de gente con trajes de noche y plagado de trípodes con baldes para *champagne*. Mientras se abrían paso hasta su mesa, Clive notó con satisfacción que en Bruselas no faltaban mujeres hermosas que supieran llevar la ropa. Había dos orquestas, una de *jazz* y otra tzigana, la última de las cuales estaba ejecutando una

selección de *El murciélago* con sumo acierto. El director era un hombre menudo, de larga cabellera negra y un rostro que recordaba a Chopin. Clive alabó su modo de tocar.

—Sí, es muy bueno. Es un húngaro que ha estado al lado de Mitzi desde sus comienzos en Viena. Ella considera que le debe gran parte de su éxito, ya que es un músico excelente y le ha enseñado mucho. En cierto modo, supongo que debe haber constituido un estorbo en su carrera, pues al tener que llevar consigo a Arany y su orquesta a todas partes, su actuación queda convertida en algo más importante que un simple número de canto; pero él también es popular y nunca les faltan contratos.

Clive examinó al pequeño violinista con más interés que al principio. ¿De modo que este era otro eslabón que ayudaría a penetrar en aquel oscuro pasado de Viena que a cada momento parecía aflorar en el curso de su investigación? En apariencia se trataba de un sujeto bien inofensivo; parecía como si nada existiese para él fuera de la música; como si tuviese cuerdas de violín en lugar de nervios y como si su cerebro, al ser disecado, tendiese a formar una sucesión de arpegios y terceras diminutas.

Hacía apenas diez minutos que se habían instalado, cuando se apagaron todas las luces y un reflector iluminó el escenario, anunciando el número principal de la noche. Entonces una joven alta y esbelta, con un elegante vestido de tela plateada, apareció entre las cortinas de terciopelo negro, promoviendo una salva de aplausos en la sala repleta.

Una cosa era segura: el difunto señor Garrison había tenido un extraordinario buen gusto en lo que a mujeres se refería. Mitzi no tenía nada en común con *madame* Mederlinck, fuera de unos enormes ojos negros y las líneas largas y afinadas de su cuerpo; pero era también una mujer maravillosa, cuya chispeante mirada traslucía todo el calor y la alegría de su ciudad natal, y cuya boca estaba expresamente hecha para ser besada, una boca que hacían aún más hechicera dos graciosos hoyuelos que se formaban cuando sonreía. Tendría por lo menos treinta años, según lo que había dicho Copeland; pero la tónica de su personalidad estaba dada por la juventud, una juventud gozosa, impulsiva y despreocupada. No había en ella nada de esa atracción algo corrompida que inspiran las artistas de *cabaret* francesas; poseía la frescura de una flor

campestre y daba la impresión de estar pasando un rato excelente y desear que a los demás les ocurriera lo mismo. Pese a su vestido de París y a su artificioso peinado, hizo pensar a Clive en una niña divirtiéndose enormemente en una fiesta.

Su número resultó bastante largo. Tenía una cálida voz de *mezzosoprano* y su aptitud para dar emoción a lo que cantaba le recordó más de una vez a Yvette Guilbert. Interpretó dos canciones de Reinaldo Hahn, en francés, un aire gitano, en húngaro, una tonada popular siciliana, en un italiano tan correcto como su francés, que era excelente, y por último un par de valses de Strauss, en alemán. El público evidentemente quedó fascinado, y Mitzi tuvo que volver a aparecer varias veces después de haber declarado cortésmente que no cantaría más.

Cuando se hubieron apagado los aplausos y la orquesta dio comienzo a la música bailable, Copeland envió una tarjeta suya por intermedio de un mozo, solicitando a *mademoiselle* Schramm el placer de su compañía. Aceptó enseguida, y al cabo de unos pocos minutos apareció, radiante en su traje plateado y despertando el murmullo de admiración a su paso.

—¡Ah, el estadounidense de Christl! ¿Cómo está usted? —exclamó en perfecto inglés, al tiempo que miraba curiosamente a Clive. Copeland hizo la correspondiente presentación y ella aceptó la silla que Clive le arrimó.

No cabía dudas de que la tal Mitzi no era una mujer vulgar. Evidentemente conocía un sinnúmero de idiomas, poseía unos modales desenvueltos y espontáneos y parecía tan ajena a la multitud de ojos clavados en ella como si hubiese estado sola con los dos hombres en la cima de una montaña. La mirada rápida de Clive advirtió unas orejas bien formadas, unas manos largas y finas, y un perfil perfectamente delineado. Su madre habría sido una cantante, lo cual daba razón de su talento, pero le hubiese gustado saber qué clase de persona había sido su padre.

Escuchó ella sus elogios con una sonrisa satisfecha, muy distinta de la aburrida condescendencia con que aceptan tales tributos la mayoría de los artistas. Su conversación ofrecía la variedad de un noticioso internacional pues, aunque su inglés era fluido y correcto, solía recurrir al francés o al alemán cada vez que se veía en dificultades para hallar una palabra. Su voz al hablar era profunda y

acariciante.

—¿Usted no vive en Bruselas, verdad?

—No, vivo en París.

—¡Ah, París! —exclamó—. Adoro París. Uno se siente lleno de vida allí; *gai, ça vous stimule c'est*. Aquí es diferente. Me gustan los belgas. Son gentiles, *gemütlich*, pero parece que temieran mostrarse alegres como si pensaran siempre: ¿Nos estará mirando el vecino?

Mientras los dos hombres reían apreciativamente ante esta descripción del mesurado temperamento nórdico, tomó un sorbo de champaña e hizo una apaciguadora inclinación de cabeza a un ansioso joven que había estado tratando desesperadamente de lograr una mirada suya.

—Ya tengo arreglado mi viaje a su país —dijo, volviéndose a Copeland—. Contratos firmados, todo *en règle*. Canto primeramente en Nueva York, en el Plaza; luego, en enero, voy a Hollywood a filmar una película. Piensen un poco ¡Mitzi *vedette de cinéma*! Chic, ¿no? Tuve mucho trabajo con Arany; tiene miedo de marearse en el barco; pero por fin dijo: «¡Por Dios, haremos lo que tú quieras!». De modo que nos vamos.

—¡Ah!, ¿así que Arany va con usted?

—*Mon cher*, ¿cree usted que podría ir a algún sitio sin él? Una vez tuve un ofrecimiento, un ofrecimiento muy bueno, pero sin la orquesta, y cuando le pregunté a Arany si podía aceptar, solo por esa vez, me dijo que se mataría. No creo que lo hubiese hecho, pero… *lieber Gott!* no podría arriesgarme a una cosa tan horrible. Me tiene un gran afecto, ¡pobre Sandor! Además creo que me resultarla muy raro cantar sin que él me acompañara.

Clive no había perdido de vista al violinista, cuyos ojos no se despegaban de la mesa de ellos desde la llegada de Mitzi. Creía no equivocarse al intuir que la mirada de Arany revelaba una abierta hostilidad cuando se posaba sobre Copeland o él y en cambio adquiría un carácter de ciega devoción cuando se dirigía a Mitzi.

—Toca muy bien —comentó Clive.

—¡Oh, sí! Arany es un gran artista y si a veces es un poco… bueno, *difficile*, sabe usted, me digo que no es posible ser un verdadero artista y poseer al mismo tiempo sentido común. Además

ha hecho muchos sacrificios por mí. Tuvo varias oportunidades de tocar en grandes orquestas sinfónicas y siempre rehusó por no separarse de mí. *beau, ça! vous savez*
C'est
.

Clive admitió que eso evidenciaba una conmovedora lealtad, pero tuvo la sospecha, por una repentina expresión de abatimiento que apareció en el encantador rostro de Mitzi, que a veces tanta veneración le debía resultar algo agobiadora.

Por fin, Copeland introdujo el nombre de Garrison en la conversación.

—¿Estará usted enterada de lo ocurrido al pobre Peter Garrison? ¡Terrible, ¿no es cierto?

Los magníficos ojos de Mitzi se cerraron durante un instante y su expresiva boca se contrajo presa de súbita emoción.

—Es espantoso, *schrecklich!* —suspiró—. ¡Era tan bueno, tan alegre y encantador! ¿Quién puede haber deseado su muerte? No lo podía creer cuando leí la noticia. ¿Sabe usted si… si la policía ya descubrió al que lo hizo?

Copeland miró rápidamente a Clive, quien respondió con una inclinación casi imperceptible de cabeza.

—Aún no. El señor Clive está aquí a pedido de nuestro embajador para ayudar a la policía a encontrar el asesino.

Mitzi clavó su mirada en Clive, con un semblante grave, casi trágico. Tuvo él la sensación de que en cualquier otra mujer esa expresión extraña e insondable hubiese tenido como causa el temor.

—Quiera Dios que encuentre usted al culpable —musitó—. Pero no será fácil, ¿no es así? Cuando ocurre un crimen como este, *pas? n'est-ce*
, siempre hay gente que puede parecer culpable y no serlo. —Permaneció un momento en silencio, tuvo un estremecimiento, vació su copa y se puso de pie—. Lo siento muchísimo —dijo, dirigiéndose a Copeland (Clive no había dejado de percibir la mirada casi amenazante que Arany, que ahora había empezado a tocar el *Vals Triste* de Sibelius, les acababa de lanzar)—, pero de veras no me puedo quedar más con ustedes. Tengo que cantar de nuevo a la una y siempre acostumbro descansar un rato entre mis números. *Monsieur*… —se volvió hacia Clive con una sonrisa.

Tenía que ser ahora o nunca. Clive atrapó la espléndida mirada con sus ojos y la retuvo.

—*Mademoiselle* —dijo—, le voy a pedir un tremendo favor y sé que es usted demasiado amable como para negármelo. Sucede que no conocí al señor Garrison personalmente y estoy tratando de hablar con todos los amigos de él que me puedan ayudar a representármelo. ¿Podría verla mañana en algún momento? Le prometo no ocuparle mucho tiempo.

Los hoyuelos habían desaparecido ahora del todo, pero su mirada no vaciló.

—Si usted lo desea —respondió con voz muy baja—. Hacía muchos años que no lo veía, pero si puedo ayudarlo en algo… estoy en el Hotel Plaza. ¿Mañana a las tres? —Les tendió su mano pequeña y firme, que Clive halló asombrosamente fría, dado el calor que reinaba en el ambiente—. Buenas noches, *messieurs*.

—No me haga ninguna pregunta todavía —dijo Clive, respondiendo a la mirada interrogante de Copeland—. No sé. Esperaba obtener mucho, pero resultó ser tan… tan deliciosa. ¿No cree que su amigo el violinista parece un poco… celoso?

CAPITULO XI

Clive pasó la mañana siguiente poniendo sus ideas en orden y tratando de formar un plan en el que los Mederlinck, Jani, Mitzi y el perro guardián Arany pudiesen calzar con cierta lógica. No era fácil, pues no bien creía haber encontrado una explicación razonable para algunos aspectos del caso Garrison, surgía el asunto Searle con sus consiguientes dificultades. Finalmente, tomó la firme resolución de olvidar lo de Searle hasta que Jimmy tuviese algo que informarle, y concentrarse en el caso cuya solución le habían encomendado. Pensando en eso, se puso a leer el diario de Garrison.

Abarcaba solo unos pocos meses justamente el período de la permanencia de Garrison en Bruselas, y resultaba sumamente entretenido con sus comentarios sarcásticos e incisivos sobre política, personas, libros, obras de teatro y reuniones a las que había asistido. Mientras leía, Clive tuvo la impresión de que estaba conociendo a Garrison, quien se le reveló como un hombre agudo, perspicaz y de ideas amplias, rápido para percibir las debilidades de sus semejantes, pero sin llegar nunca a ser hiriente en sus juicios. Sus comentarios sobre los acontecimientos políticos del día eran perfectamente equilibrados y, si bien había sido un anticomunista activo, no se revelaba como un terco reaccionario. No había ninguna mención de *madame* Mederlinck, fuera de algunos párrafos tan triviales como «Cena en casa de los Mederlinck con el ministro de Finanzas; charla muy sabrosa a la hora del café», o bien, alguna ocasional referencia a «S.»: «Partido de *bridge* por la tarde con S. y los de Windt», o «Cabalgata más larga que de costumbre con S. esta mañana; no trabajé mucho en el libro». Se trataba de declaraciones absolutamente inocentes, incapaces de causar ningún perjuicio aunque un eventual lector llegase a identificar a «S.» con Solange. ¡Todo un caballero este Peter Garrison!

Fue entonces cuando encontró una frase que lo dejó confundido y que podía tener alguna vinculación con la preocupación que, tanto *madame* Mederlinck como
d'Urval
habían notado en él:

«Algo cansado hoy, después de una noche de insomnio. Tuve gran dificultad en conciliar el sueño pensando en ese asunto de M. No me lo puedo quitar de la cabeza. Quisiera ser católico para poder confiar mi problema a un confesor y obtener un consejo desinteresado. Es un dilema atroz. ¿Quién tendrá precedencia: la lealtad personal o la pública? *Autrement dit*, ¿debe uno delatar a un amigo en aras de una noble devoción por el principio abstracto del deber cívico? La única respuesta que se me ocurre es: ¡Maldito sea!».

Ahora bien, ¿quién diantres podía ser M. y qué quería decir todo esto?

Poco después de mediodía llegó Hippolyte, siempre con sus impecables guantes y llevando una maleta de cartón y un gran canasto que maullaba débilmente. Clive miró este último bagaje con desaprobación.

—¡Hippolyte! —protestó—, ¿no me querrás decir que has traído a ese animal contigo?

Hippolyte depositó el cesto sobre una silla y procedió a desembalar a un mustio Dagobert.

—¿Creía acaso, *monsieur* —inquirió fríamente—, que iba a dejar a nuestro pobre gatito con esa vieja bruja que tenemos por *concierge*?

Clive carraspeó.

—Bueno, la responsabilidad es tuya. Tendrás que buscarle alojamiento. Además, ¡hmm!, te prevengo que los sirvientes de este hotel son muy educados y muy correctos; de modo que harás bien en moderar tu lenguaje.

—¿Espero que *monsieur* no tendrá muchas quejas a ese respecto? —dijo Hippolyte adustamente.

—¡Vamos! Acabas de llamar a nuestra respetable *concierge* una vieja bruja. No lo puedes negar.

—Para empezar —aclaró el fiel servidor—, no es respetable. Si ya no es una prostituta es simplemente porque está demasiado vieja

y gorda, y si su hija anda por las calles es porque su madre le dio el ejemplo. ¡Respetable!

Clive decidió cambiar el tema.

—Está bien. Hablemos ahora de mis motivos para hacerte venir a Bruselas. Tengo reservado un trabajito especial para ti. Ante todo, eres un comunista.

—No, *monsieur* —respondió Hippolyte firmemente—, yo soy bonapartista.

Por extraño que parezca, era verdad. Totalmente ignorante en materia de historia. Hippolyte había llegado de algún modo a conocer bastantes detalles sobre la vida del primer Napoleón y abrigaba la inquebrantable convicción de que solo un hombre que llevara el mágico apellido corso sería capaz de salvar a Francia. Cuando se le recordaba que el Segundo Imperio no había sido todo un éxito, alegaba que el Emperador se había llevado de los consejos de su esposa y que no se puede confiar en los españoles.

—Lo sé y no estoy tratando de hacer tambalear tus convicciones políticas. Pero, en bien de mis actuales investigaciones, en las que necesito tu ayuda —el pétreo semblante de Hippolyte se ablandó un tanto—, es de esencial importancia que simules ser un comunista; un comunista francés que está aquí en Bruselas para ver qué hacen sus camaradas belgas. Quiero que vayas al *Café du Lapin Rouge*, cerca de la *Gare du midi*, y entres en conversación con todos los parroquianos que puedas. No te apresures demasiado, no queremos despertar sospechas y además no espero obtener grandes resultados hasta después de uno o dos días. Convídalos a beber, sin ostentación, pero lo suficiente como para hacerles soltar la lengua. Aquí tienes dinero belga. Algunos vasos de cerveza pueden ser de un valor incalculable para granjearse la confianza de la gente. Pero primeramente tienes que ir a esta dirección, la *Police Judiciaire d'Ixelles*, donde te mostrarán una fotografía del hombre en que me hallo interesado, a fin de que lo reconozcas si lo ves entrar en el café. Es poco probable que trabes relación con él, pues sin duda sospecha que lo están vigilando y desconfiará de la gente extraña; pero puedes averiguar algo acerca de él hablando con otros. Puedes decir que te parece haberlo conocido en algún lado pero que no recuerdas dónde; esto puede dar buenos resultados. Siendo domingo,

encontrarás sin duda mucha gente en el café; es un excelente día para comenzar. Mantente bien alerta y procede con cautela. Cuida de que los otros tengan bastante para beber, pero ten cuidado con lo que tomas tú.

—*Monsieur!* —Hippolyte logró dar a esa sola palabra toda la dramaticidad requerida por las circunstancias.

—Perfectamente. Sabes, es un asesinato lo que estamos investigando —(el «estamos» no dejó de surtir su efecto en Hippolyte)—, y el hombre cuya fotografía te mostrará la policía es el chofer de la víctima. No sabemos nada en contra de él excepto que no nos gustan sus amistades, y queremos averiguar todo lo posible acerca de esos individuos con el mayor disimulo. Seguramente conocen de vista a todo el cuerpo de policía de Bruselas, pero no hay ningún motivo para que sospechen de ti. Por una vez, Hippolyte, trabajarás para la policía.

Algo parecido a una mueca torció el áspero semblante de Hippolyte.

—*C'est drôle, ça* —comentó.

—Podría ser peor. Veamos qué imitación eres capaz de hacer de un agente secreto y vuelve a presentarme tu informe a las siete. Por si llegaras a oír mencionar el asunto, te diré que el hombre que mataron es un estadounidense de nombre Garrison.

—Ya lo sé, *monsieur* —replicó Hippolyte jactanciosamente—. Me enteré por los diarios.

¡Cómo iba a dejar de saborearse un lindo crimen!

—Bien. Esto es todo. El portero te dirá qué tranvía debes tomar para ir a Ixelles, y en la comisaría te proporcionarán la dirección exacta del café. Y te ruego, Hippolyte, que no lleves el gato contigo. Nunca oí que los comunistas anduviesen con gatos.

Hippolyte recibió esta frívola observación con impertérrito silencio y abandonó la habitación, cerrando suavemente la puerta tras sí.

Clive volvió a tomar el diario. Había una sola referencia a Mitzi, lo que parecía confirmar la declaración de Copeland, de que Garrison casi no la había visto en Bruselas.

«Fui a *Le Hibou* para oír a Mitzi Schramm ¡reminiscencias de Viena, de Sacher y de las caminatas a Schönbrunn! Sigue siendo encantadora y canta mejor que nunca, pero la verdad parece ser que

Mitzi no ha cambiado y, por el contrario, yo sí. Me fue posible contemplarla y escucharla con la insensible complacencia de un viejo tío. ¡O témpora, O Mitzi!».

Esto último estaba fechado «Miércoles», o sea, la víspera del crimen. Y a continuación de un comentario sobre las últimas noticias de la Liga de las Naciones, se veía este desconcertante párrafo final:

«Me sigue torturando el problema de M. Ayer, mientras almorzaba en el *boulevard du Régent*, estuve a punto de sacar a relucir el tema. Luego, comprendí que estaba fuera de lugar; es algo que simplemente no se puede hacer. Sea como sea, debo resolver esto yo solo».

El rostro de Clive reflejaba una extrema gravedad cuando cerró el libro con tapas de cuero. De modo que el viejo conde había estado acertado al suponer que su amigo estaba preocupado; Clive abrigaba la fuerte sospecha de que aquí yacía la verdadera clave del misterio. Faltaba descubrir la identidad de M. ¿Sería alguien que estaba fuera de Bruselas? Hojeó distraídamente la Guía Social de Bélgica, el libro que Copeland le había prestado con los nombres de los amigos de Garrison subrayados para su comodidad. Un nombre atrajo su atención y luego otro. Los descartó a ambos con un impaciente movimiento de cabeza y volvió a sumergirse en el estudio del diario con interés creciente. Por último lo arrojó sobre el escritorio y exclamó en voz alta:

—No tiene ningún sentido.

Con todo, mientras se preparaba para ir a almorzar antes de concurrir a su cita con Mitzi, su mirada tenía esa extraña y fija expresión en la que se adivinaba que estaba absorbido por una idea perturbadora.

Mitzi lo recibió en una atrayente salita llena de flores. Estaba vestida con excelente gusto; su maquillaje era discreto y, vista bajo la luz del sol que penetraba por las amplias ventanas, parecía aún más bonita que la noche anterior. La mano que le tendió esta vez era cálida y su mirada se enfrentó abiertamente con la de él.

—Venga y siéntese aquí —le dijo, señalándole un cómodo sofá—. ¿Prefiere los cigarrillos estadounidenses, ingleses, turcos? La gente me los manda de todas clases, pero yo solo fumo búlgaros.

Clive aceptó un cigarrillo entre todos los que ella le ofreció,

mientras echaba una mirada a una pequeña pila de libros que descansaba sobre la mesa. La novela más reciente de Thomas Mann, el «Lincoln» de Emil Ludwig y una biografía de Catalina II, en alemán; «Enrique VIII» de Hackett, en inglés; y obras nuevas de André Maurois y Octave Aubry, en francés.

—Dígame qué es lo que desea saber —díjole sin ambages—. No creo que pueda ayudarlo en mucho, pero todo lo que pueda contarle, se lo diré.

—¿Tengo entendido que conoció bien al señor Garrison en Viena?

—Muy bien, sí, durante el corto tiempo que estuvo allí; creo que no fue más de un mes o dos. Fue hace muchos años y nunca más lo volví a ver, excepto en una oportunidad en que fue a *Le Hibou* y hablamos sobre Viena.

Esto concordaba perfectamente con el diario de Garrison. No obstante, insistió.

—¿Pero usted… sentía bastante afecto por él? —preguntóle con una sonrisa destinada a despojar a sus palabras de toda sombra de impertinencia.

—Así es, y creo que yo le agradaba —contestó sin titubear—. Una artista conoce a mucha gente en el transcurso de su vida, particularmente a hombres; pero nunca tuve oportunidad de ver uno más atento y más bueno que Peter Garrison. Sabía tratar a una pobre cantante como si fuese una princesa; recordaba si a una le gustaban las violetas o si detestaba el vino dulce… ¡Ah!, y ya que escribía libros, tendría que haber publicado uno con el nombre de «Cómo Tratar a una Mujer» para que lo leyeran todos los hombres. *Mon Dieu, oui!*

—¿Cuando se veían, solían hablar de política?

Mitzi abrió los ojos enormemente y los hoyuelos entraron en escena.

—¿Política? *En voilà une idée!* ¿Cree usted que el pobre Peter pertenecía a esa categoría de hombres? Teníamos temas mucho mejores para conversar, *voyons!*

Esta vez la sonrisa de Clive fue sincera.

—No me cabe la menor duda. Pero, siendo usted una mujer tan inteligente —señaló los libros que estaban sobre la mesa— y él un hombre tan bien informado, podían haber hablado a veces, *dans*

vos moments perdus, de lo que estaba ocurriendo en el mundo.

—¡Ah, de eso sí, por supuesto! Efectivamente, en aquellos días había mucho de qué hablar, especialmente en mi pobre país. Es verdad, a menudo le preguntaba a Peter su opinión sobre la situación europea y es mucho lo que aprendí de él.

—¿Usted sabía, entonces, que era un fuerte oponente del comunismo?

—¡Oh, sí! Me habló de lo que había trabajado en Estados Unidos. Este era uno de los rasgos que más admiraba en él.

—¿Oyó mencionar alguna vez a una célula comunista vienesa que los extranjeros habían bautizado con el nombre de les *capricieux*? Los llamaban así porque se valían del *Capricho Vienés* de Kreisler como medio de identificación.

—Recuerdo haberlos oído nombrar —dijo Mitzi, después de reflexionar unos instantes—, pero no sé cuándo ni en relación con qué. Fue hace mucho tiempo. De eso estoy segura.

—¿No recuerda habérselos oído mencionar a Garrison?

—No. Quizás lo haya hecho; pero, si es así, lo he olvidado.

Clive admiró el modo directo con que contestaba sus preguntas, sin adornar sus respuestas con rodeos superfluos.

—¿Este señor Arany —preguntó— frecuentó también al señor Garrison en Viena?

El rostro de Mitzi quedó de pronto como paralizado, con excepción de sus ojos, que se clavaron en él con alarma. Contestóle con una voz perfectamente natural, pero las palabras no surgieron con la espontánea prontitud de sus respuestas anteriores.

—¿Arany? Que yo sepa, no. Peter solía venir a menudo al café donde yo cantaba y, como Arany tocaba también allí, es probable que se hayan encontrado; pero creo que eso fue todo.

—Anoche tuve la impresión —dijo Clive, sin dar énfasis a sus palabras— que *monsieur* Arany parecía quizás un poco… diríamos, celoso, de sus amistades.

Mitzi encogióse de hombros, casi con exasperación.

—¡Bah, el pobre Sandor! Cualquiera se da cuenta, ¿no? Sí, está celoso, como uno lo puede estar de un perrillo al que se le ha enseñado a hacer pruebas. El perro no debe mostrarse demasiado afectuoso con otras personas. Sandor me ha ayudado muchísimo y no debo olvidarlo. Dejó Budapest para seguirme a Viena; me ha

enseñado mucha música, me ha obligado a aprender idiomas, ha rechazado ofertas de convertirse en *Konzertmeister* de grandes orquestas por no separarse de mí. Todo esto ha hecho por mí y, en retribución, pretende que lo mire solo a él, que lo quiera solo a él y que no piense más que en él. Y si no lo hago se desespera y amenaza suicidarse. *Lieber Gott!*

Sus expresivas manos hicieron un gesto de exasperación, pero los asustados ojos negros permanecieron fijos en los de Clive.

—¿Y se mostraba muy celoso del señor Garrison? —preguntó este con un tono que, si bien gentil, no dejaba de ser insistente.

—Supongo que sí. ¡Ha pasado tanto tiempo! ¡Ha tenido celos de tantos hombres desde entonces! Pero nunca mató a nadie ni a sí mismo, ni a mí, ni al otro. *Il ne fait pas ça! Voyons!*

—No, probablemente no. Pero debo tener en cuenta todas las posibilidades, sabe usted. ¿Pareció fastidiado cuando el señor Garrison fue a *Le Hibou*?

—Fastidiado no; simplemente, bueno… sarcástico. Me dijo: «Vi a tu estadounidense de Viena, el que te regaló el brazalete. ¿Qué está haciendo aquí?». Es verdad que Peter me dio una preciosa pulsera, ¿y por qué no? No soy ninguna *Sainte Nitouche* para negarme a aceptar regalos de los hombres que… que han… en fin, *vous comprenez!* Le dije a Arany que Peter estaba en Bruselas escribiendo un libro y me respondió: «¿Otro que escribe libros? *Himmel!*». Y eso fue todo. Peter no volvió nunca más a *Le Hibou*, excepto una noche en que fue con un grupo grande de gente y en que yo, por supuesto, no le hablé. Había varias damas.

Clive admiró el modo desenvuelto con que pronunció esas palabras. Detestaba la actitud agresiva que la común *demimondaine* adopta por lo general contra las mujeres de «la sociedad». Tomó anotación mental de la frase «Otro que escribe libros» (por consideración a Mitzi no tomaba notas escritas de la conversación) y prosiguió:

—¿Supongo que Arany no profesaba simpatía por el partido comunista?

La respuesta de Mitzi llegó sin la menor vacilación.

—¿Sandor? *Mon Dieu, no!* No creo que esté enterado de que hay comunistas en Rusia o rey en Inglaterra. Lo único que le

interesa es la música y yo. Creo que sabe quién es el almirante Horthy y considera que el Tratado de Trianon fue una barbaridad, como todo buen patriota húngaro; pero estoy segura de que ignora la existencia de los soviéticos, con la probable excepción de Bela Kun.

Esto concordaba tan bien con la apariencia general de Arany, que Clive se sintió inclinado a creerlo.

—¿Por casualidad sabe usted (es esta una simple pregunta de fórmula que le hago a todo el mundo) dónde se encontraba Arany el jueves entre las ocho y media y las nueve y media de la noche?

¡Endemoniadas mujeres! ¿Por qué todas parecían turbarse de tal forma cuando les hacía esa pregunta sobre sus hombres? La experiencia teatral de Mitzi contribuyó a sostenerla y se mostró evidentemente menos sobresaltada que *madame* Mederlinck; pero el color de su semblante se alteró y sus labios se apretaron en un determinado esfuerzo por no revelar la agitación que la dominaba.

—Eso lo ignoro; no lo vi esa noche hasta que fui a *Le Hibou*. Vive en el *Hôtel Terminus*, cerca de aquí, en la place Rogier y generalmente cena en algún restaurante de las inmediaciones.

—¿Y usted? —Clive consiguió dar un tono trivial a su pregunta, pero Mitzi alcanzó a comprender su importancia.

—Estaba comiendo con un amigo. Fuimos a un lugar del *Bois*. No recuerdo cómo se llama, era la primera vez que iba. Nos quedamos allí hasta la hora de ir a *Le Hibou*.

—¿Le molestaría decirme el nombre de su amigo?

—Lo siento, pero no puedo hacerlo. Pero créame si le digo que no tuvo nada que ver con la muerte de Peter.

—No insinúo nada parecido, pero sucede que en una investigación como esta es eliminando a los inocentes, uno por uno, que llegamos hasta el culpable. Sé lo embarazoso que esto resulta a la gente que interrogo.

—No trato de poner dificultades a su tarea —contestóle ella con una débil sonrisa—. Si no le puedo decir quién estaba conmigo el jueves por la noche, es simplemente porque se trata de un hombre… casado y no puedo ponerlo en un conflicto semejante, me cueste lo que me cueste. Usted… usted comprende ¿no?

Todo, su expresión, su voz y un vago gesto que hizo con la mano, revelaban que estaba profundamente enamorada de este

desconocido compañero de cena y que preferiría morir antes de perjudicarlo. Clive pensó que hasta el momento le estaba diciendo la verdad; pero que le estaba ocultando algo fuera de la identidad de su amante era algo evidente. ¿Cómo hacérselo revelar? ¿Sería algo que sabía positivamente o simplemente una sospecha? Tanteó por otro lado.

—¿Tengo entendido que solía usted ver a un estadounidense llamado Walter Searle?

Mitzi lo miró con ojos dilatados por el asombro.

—¡*Seigneur,* qué buena memoria tiene el estadounidense de Christl! ¿Le ha dado los nombres de todos los hombres que he conocido?

Clive sacudió la cabeza y rióse con ella.

—No y no quiero que piense mal de Copeland; bastante trabajo me dio sacarle el nombre de usted. Pero tengo un motivo muy especial para querer examinar a toda la gente que Garrison conoció en Viena y sé que Searle estaba allá en aquella época.

—Así es, pero creo que Peter no lo conoció. Si alguna vez se encontraron, no fue por mi intermedio. ¿Sabe usted? —lo miró con aire indeciso, como un niño que ha sido sorprendido con los dedos dentro de la dulcera—. Mi cariño por Searle se acabó cuando conocí a Peter, y entonces… Bueno, si hubiese usted conocido a Peter, comprendería.

—Comprendo perfectamente —le aseguró Clive—. Debe haber sido una persona encantadora. Pero, desde entonces ¿volvió usted a ver a Searle?

—Lo vi unas pocas veces después que Peter abandonó Viena, pero no muchas. Estaba un poco enojado conmigo, y con toda razón —admitió Mitzi con imparcialidad—. Luego, hace unos dos años, lo encontré accidentalmente en París; ya había olvidado su enfado y me invitó a cenar, en *souvenir d'autrefois*. Lo volví a ver una o dos veces más mientras estuve en París, pero no más que eso, porque estaba… en fin… ocupada.

A menos que Mitzi llegara a encontrarse en un lugar donde todos los hombres estuviesen por debajo de los dieciocho o por encima de los ochenta, lo más probable era que estuviese, efectivamente, muy ocupada.

—¿Estaba usted al corriente de la muerte de Searle? —preguntóle con calma.

Mitzi inclinóse hacia adelante, con un rostro que revelaba sorpresa y ansiedad.

—¡No! ¿De veras? ¡Pobre Walter! ¡Qué pena! Era demasiado joven para morir y, además… sumamente inteligente. ¿Leyó usted sus libros? Son verdaderamente admirables. ¿Cuándo murió?

—El jueves por la noche —respondió Clive lentamente—. Fue asesinado en su departamento de París, apuñalado, exactamente igual que Garrison.

Mitzi lo contempló con expresión aterrada mientras surtía su efecto el impacto de las palabras de Clive. Pasóse nerviosamente una mano por la suave cabellera negra y luego, ante la sorpresa de aquel, se santiguó. Después se sentó, muy erguida, con las manos entrelazadas y la mirada fija.

—¡Esto… esto es terrible, señor Clive! Parece una pesadilla. Dos hombres que conocí, ambos asesinados el mismo día. Pero no tiene nada que ver conmigo; nada, *je vous le jure*. Solo que ¡se trata de una coincidencia tan… espantosa!

—Si es que es una coincidencia… En ambos casos apareció un disco del *Capricho Vienés* en el fonógrafo.

Mitzi meditó unos instantes y cuando habló, Clive hubiese jurado que en su voz se notaba cierto alivio.

—¿Entonces ese es el motivo por el que me preguntó usted acerca de esa gente que utilizaba el *Capricho* como una señal? ¿Cree usted que son ellos los autores?

—Todo parece apuntar hacia esa dirección.

Lo penetró con la mirada, lista para percibir el significado de su tono de voz.

—¿Quiere decir que podría ser un… ardid?

—No lo sé, pero nunca supe de ningún asesino que dejara una tarjeta de visita tan visible. Por supuesto, podría también ser la obra de una pandilla como la Mafia Siciliana y la firma tener por finalidad atemorizar a la gente. Es por eso que estoy tratando de obtener datos de aquellos comunistas de Viena.

—Quisiera poder decirle algo. Todo lo que puedo recordar es haber oído hablar de ellos hace mucho tiempo. Viena estaba en aquellos días repleta de gente de todo tipo que conspiraba contra el

gobierno. Supongo que esto es lo que siempre ocurre después de una revolución. Pero la policía de allá podría ayudarlo, ¿no es cierto?

—Así lo espero. Ya la he consultado.

—¿Pero qué interés podían tener en matar a Walter? —preguntóse Mitzi—. Aunque escribiera algo en contra del comunismo, ¿quién no lo ha hecho? Pero a la gente no se la asesina por eso, *pas vrai? Ach, Gott!* ¡Qué desagradable es todo esto!

Clive juzgó que no ganaría nada más prolongando la entrevista. Se puso de pie.

—Gracias por mostrarse tan paciente conmigo, *mademoiselle* —dijo—; y perdóneme que le haya robado tanto tiempo. Pero ¿puedo pedirle un último favor? Si llegara a recordar algo, por más insignificante que sea, sobre Garrison o Searle, que pudiese arrojar alguna luz sobre este asunto, ¿me lo hará saber? El subconsciente guarda muchos recuerdos en estado latente y a veces basta con detenerse un poco a pensar para que salgan a la superficie.

Ella le tendió la mano, forzando una sonrisa.

—Téngalo por seguro. *Croyez-moi* que haré todo lo posible por recordar lo que he olvidado.

Él ya había llegado a la puerta cuando Mitzi volvió a hablar.

—¿Fue… cree usted que haya sido la misma persona la que mató a los dos?

Clive volvióse para mirarla. Estaba convencido de que ella esperaba que respondiera Sí.

—No —contestó gravemente—. No pudo ser la misma persona.

CAPITULO XII

La próxima persona a entrevistar era, sin lugar a dudas, el excitable señor Arany, cuyo hotel se hallaba a corta distancia del de Mitzi. Había salido y no regresó hasta cerca de las seis, cuando ya Clive creía que se moriría de aburrimiento en el *hall* del hotel. Aguardó hasta que el pequeño músico pidiera su llave en el mostrador y luego lo abordó con una sonrisa conquistadora.

—¿El señor Arany, creo?

El semblante del húngaro expresó el desagrado del que encuentra un cabello en la sopa. Hizo una seca inclinación de cabeza y quedó a la expectativa.

—Me llamo Clive. Discúlpeme si lo molesto, pero le estaría sumamente agradecido si me prestara unos minutos de su tiempo, por un asunto de considerable importancia.

—¿Qué puedo hacer por usted, *monsieur*? —Arany hablaba francés con fluidez y bastante corrección, aunque con un acento que vibraba como el címbalo de su propia orquesta.

—Estoy investigando el asesinato de Peter Garrison, a pedido del embajador de los Estados Unidos y busco todas las personas que lo pueden haber conocido, aunque sea superficialmente.

Clive cuidó que su voz pareciera lo más indiferente posible y trató de no acentuar demasiado la siniestra palabra «asesinato», pero el efecto de lo que dijo fue sorprendente. El violinista dio un paso hacia atrás, se puso más pálido de lo que era (su cabeza se asemejaba normalmente a un dibujo hecho con carboncillo; no se veía más que blanco y negro); y su tono desganadamente atento se transformó en decididamente hostil.

—Entonces se ha equivocado usted de persona, *monsieur* —dijo —. No conocí al caballero en cuestión. Le ruego me excuse.

—Un momento, por favor. —La voz de Clive no podía ser más

suave—. Sé que no lo conoció usted personalmente; *mademoiselle* Schramm me lo dijo; pero es posible que recuerde usted algo relacionado con su estada en Viena de hace algunos años, lo que podría serme de gran utilidad.

Arany pareció evidentemente desconcertado ante la mención de Mitzi. Contempló ceñudamente a Clive durante un momento y luego preguntóle con aire desconfiado:

—¿*Mademoiselle* Schramm le dijo que viniera a verme?

—Francamente, no. Por el contrario, me dijo que usted casi no conoció al señor Garrison en Viena y que probablemente no lo vio aquí en Bruselas. De modo que no puedo esperar que me proporcione muchos datos acerca de él; pero hay algunas cositas que desearía preguntarle sobre la Viena de la época en que Garrison estuvo allí.

Esta invitación formulada en forma tan poco agresiva tuvo la virtud de apaciguar por completo al receloso Arany. Aún parecía molesto, pero sugirió, con bastante buen modo, que se instalaran en algún rincón tranquilo del *hall* donde pudiesen conversar sin ser molestados.

Mientras se sentaban y encendían unos cigarrillos, Clive estudió disimuladamente a su compañero. Poseía un tipo indiscutiblemente magiar con cierto toque gitano; rasgados ojos tártaros, nariz aguileña, pómulos salientes y una boca de finos labios que hubiera denotado crueldad si no hubiese sido tan extremadamente sensible. Además, todo revelaba en él al artista: los rasgos bien delineados, los dedos finos y alargados, el nervioso movimiento de sus ojos, boca y manos. Un hombre no hecho para enfrentar el prosaico trajín diario, sino uno de esos cuyo ideal de felicidad estaría constituido por un cuarto aislado, con un gran piano de cola, un violín, una amplia biblioteca musical y unos pocos amigos muy escogidos. Contrastaba singularmente con la vivaz y apasionada Mitzi, cuya función era estar eternamente «ocupada» con relaciones demasiado humanas. Y el destino había querido que el pobre diablo viese su vida atada a la de ella.

Con términos breves y claros Clive le reveló lo que sabía de la sociedad conocida familiarmente como *les capricieux* y le preguntó a Arany si los había oído nombrar.

Las ventanas de su nariz se dilataron y sus delicados dedos

jugueteaban nerviosamente con el cigarrillo, mientras clavaba su oscura mirada en los ojos de Clive. Pero respondió con calma y cortesía.

—Me parece recordar haber oído algo, sí, hace unos cuantos años. Es el *Capricho* que me los trae a la memoria. Alguien los mencionó durante una fiesta cierta noche y los llamó conspiradores de opereta que confabulaban al son de la música; pero quienes eran o dónde se reunían o cuál era su finalidad es algo que nunca supe. En aquellos días había mucho desasosiego político en Viena y corrían toda clase de rumores; pero nunca les presté mucha atención. Jamás me ha interesado la política. Mi trabajo me ocupa todo el tiempo; además no recuerdo en qué año estuvo el señor Garrison en Viena; tengo muy mala memoria para las fechas. ¿Pero cree usted que esa gente del *Capricho* tuvo algo que ver con su muerte?

—En apariencia, sí —replicó Clive con cautela—. Era un anticomunista muy activo. Además, esa misma noche hubo un asesinato similar en París: otro estadounidense, de nombre Walter Searle, que casualmente estuvo en Viena el mismo año que Garrison.

La sorpresa de Arany pareció sincera. Si no, se trataba de uno de los mejores actores que Clive había conocido.

—¿Searle? ¿El escritor, *le chavalier á la triste figure*? Lo recuerdo perfectamente; le gustaba mucho la música y solía ir al café donde Mitzi Schramm y yo trabajábamos. ¿Dice que también lo mataron?

—Sí, le clavaron un cuchillo en el corazón igual que a Garrison; y en ambos casos se encontró un disco del *Capricho Vienés* en el gramófono. —Disimuló la atención con que observaba a Arany inclinándose hacia adelante para sacudir la ceniza de su cigarrillo.

El efecto que estas palabras surtieron en el músico fue curioso, por no decir sorprendente. Del simple asombro, su expresión pasó a una profunda concentración y finalmente al más puro terror. Aplastó su cigarrillo con un gesto convulsivo que recordaba a un brioso caballo de raza retrocediendo atemorizado ante algo que no comprende. Cuando por fin habló, lo hizo con voz entrecortada.

—¡Qué… qué extraordinario! —musitó.

—Sí, ¿no es cierto? —convino Clive placenteramente—. ¿Sabe

usted si Garrison y Searle se conocían?

Arany realizó un visible esfuerzo por hablar con naturalidad, pero su voz era insegura.

—No tengo la menor idea. Le repito que mi trato con el señor Garrison se limitó a verlo ocasionalmente en el café donde yo actuaba. *Mademoiselle* Schramm me lo presentó y él siempre me saludaba desde su mesa; pero creo que no sentía el menor interés por la música. No era… por eso… que frecuentaba el café. El otro, Searle, amaba la música; me solía pedir que le tocara determinadas piezas y tenía un excelente gusto musical. Me sorprendería saber que él y Garrison eran amigos; pertenecían a dos mundos completamente opuestos. Searle era un hombre de letras, un bohemio, y Garrison era un gran señor, de los que solo se codean con la diplomacia y la nobleza.

Esta última observación tenía una buena dosis de despecho, que Clive consideró bastante natural dadas las circunstancias. Searle también había estado enamorado de Mitzi, pero su éxito se había visto truncado ante la aparición del rutilante Garrison. Arany podía recordarlo con cierta condescendencia, pero de ningún modo podía perdonar el atractivo, la posición social y la fortuna de Garrison.

—¿Supongo que nunca vio a Garrison aquí en Bruselas?

El violinista había logrado sobreponerse de la inexplicable impresión que le había causado la noticia de la muerte de Searle y estaba retornando a su anterior hosquedad.

—No. Lo vi en una o dos oportunidades en *Le Hibou*. Invitó a *mademoiselle* Schramm a su mesa después de su número y me vino a estrechar la mano antes de irse; eso fue todo.

—¿Y nunca supo usted que tuviese algún enemigo?

—*Voyons, monsieur*, ¿acaso se interesa uno por los enemigos de un hombre que apenas conoce? No, por cierto que no.

Clive recogió su sombrero y sus guantes.

—Una última pregunta, la misma que he formulado a todo el mundo, inclusive al embajador —dijo con una pequeña sonrisa de excusa—. ¿Me podría decir dónde se encontraba usted entre las ocho y media y las nueve y media en la noche del jueves?

Aguardó la sacudida que sin duda provocaría su pregunta. No podía haber estado más equivocado. La respuesta de Arany llegó rápida y sin vacilar, con tanta soltura que Clive pestañeó.

—¿El jueves? Cené a las siete y media con un amigo, Henri van Eck, que toca en la Orquesta Filarmónica de Bruselas. Comimos en un pequeño restaurante italiano de la rue du Cirque. Salimos de allí a eso de las nueve menos cuarto, ya que mi amigo tenía un compromiso a las nueve. Volví al hotel unos minutos antes de las nueve, la rue du Cirque se halla a unos pocos pasos de aquí, para vestirme antes de ir a *Le Hibou*. El portero me vio y me detuve a hablar con él. Salí del hotel a las nueve y media y me fui caminando a *Le Hibou*, adonde llegué poco antes de las diez. Puede interrogar a van Eck, vive en la rue de la Tulipe y al portero de aquí; le confirmarán lo que le acabo de decir.

Clive estaba seguro de que lo harían. A nadie se le ocurre presentar una coartada si no sabe que puede contar con los datos que darán de él. Pero mientras daba las gracias al violinista y se despedía ceremoniosamente, lo asaltó una nueva preocupación que venía a unirse a todas las demás que había estado acumulando en las últimas cuarenta y ocho horas. ¿No era un tanto extraño que Arany no hubiese tenido necesidad de explorar su memoria ni por un instante para recordar sus movimientos de la noche del jueves, él que parecía tan olvidadizo en lo que a fechas se refería? ¿O sería que Mitzi lo había puesto sobre aviso?

—El inconveniente de este caso —recapituló Clive un poco más tarde— no lo constituye la carencia de gente sospechosa, sino su exceso. Hasta ahora, todas las personas que he interrogado, con excepción del personal doméstico de los van Rylandt, han manifestado reacciones violentas en extremo.

Cómodamente instalado en la biblioteca de la embajada y mientras saboreaba un *whisky* con soda, había proporcionado a Wilcox una reseña de las actividades del día, complementada con sus notas de la víspera. El embajador escuchó atentamente, intercalando de tanto en tanto alguna oportuna pregunta.

—Es curioso —comentó finalmente— y lleno de colorido, si me perdona usted la ligereza. Por lo visto, dos damas se pusieron pálidas, el chofer se volvió negro, Mederlinck se tornó morado y Arany se puso verde. Esto se asemeja a la Vista de Toledo de El Greco…

—Aunque sin ser tan hermoso… exceptuando las damas, que lo son, sea cual sea su color. Pero todos dan la impresión de ocultar

algo y por lo menos tres de ellos, Mitzi, Arany y Mederlinck, tienen algo que ver con Viena.

—¿Y está usted convencido de que hay una vinculación entre la muerte de Peter y el asesinato de París?

—Usted sabe tanto como yo con referencia a ambos crímenes, señor. ¿Cree en la posibilidad de una coincidencia?

—No —admitió Wilcox—. Y no cabe duda de que existe una conexión entre Peter y Searle, cuyo nombre es Mitzi; esta proviene de Viena y puede haber conocido a Mederlinck, según mi opinión. Y, a propósito —su rostro se iluminó—, ¿no podría ser él el hombre casado que cenó con ella el jueves?

No le faltaba imaginación, para ser embajador.

—La idea no es mala —admitió Clive—. Pero ocurre que Mitzi me dio la impresión de estar perdidamente enamorada de ese amigo desconocido y… yo he visto a Mederlinck. Lo de Arany es diferente: no estará enamorada de él, pero le profesa una profunda lealtad; sabe lo celoso que es de los otros hombres y está preocupada por él. Lo mismo se puede aplicar a *madame* Mederlinck: quizás sepa que su marido sentía celos de Garrison y, como no estuvieron juntos el jueves por la noche, estará inquieta por él. Por otra parte, la actitud de él para conmigo fue ciertamente mucho más agresiva de lo que requerían las circunstancias.

Wilcox descartó al vicepresidente de la *Société Continentale* con el breve comentario de: «Carece de modales», pero agregó que no veía la relación de Searle con Mederlinck.

—Yo tampoco; pero si existió tengo la intención de descubrir cómo y cuándo fue. Todo parece señalar con pavorosa precisión hacia los *Le Hibou*, lo sé; pero quisiera saber por qué dejaron pasar tantos años antes de cumplir su venganza sobre estos dos hombres —Clive hizo una pausa y revisó sus anotaciones hasta dar con las copias que había sacado del diario de Garrison. Las leyó en voz alta y luego preguntó a Wilcox si podía recordar algunos amigos íntimos del muerto cuyos nombres comenzaran con M.

—¿Con M.? Déjeme pensar. Había un hombre llamado Mitchell en aquella expedición que Peter realizó para explorar las ruinas mayas; pero está muerto. Se mató en un accidente de aviación. Luego están los primos Meredith de Peter; pero creo que casi no los veía. No, no recuerdo a ningún M. entre sus amigos más cercanos.

—Podría ser la inicial de un nombre de pila —señaló Clive.

—Es cierto, tiene usted razón. ¡Caramba!, ¡yo me llamo Malcolm! Pero solamente mi mujer me llama por ese nombre; todos mis amigos me dicen Bill. De modo que no puedo ser yo. ¿Por qué no Mitzi?

—Porque la menciona con todas las letras en otra página del diario.

—Pero eso no prueba nada. ¿Supongamos que de golpe descubriera que se trataba de una agente del Komintern o algo así? —insinuó Su Excelencia, encantado con su teoría. Y viendo que Clive se mostraba más bien escéptico, repitió distraídamente «M», frunció el ceño, pareció ensimismarse en sus pensamientos y terminó diciendo—: No, en realidad no se me ocurre nadie. Si tengo alguna idea se la haré saber.

Clive despidióse sin querer sondear más; pero mientras atravesaba la bonita plaza Frére Orban preguntóse qué era lo que el señor Wilcox *no* le había dicho.

CAPITULO XIII

Mientras tanto, Hippolyte Dulac, primitivo habitante de uno de los rincones menos respetables de Montparnasse, domiciliado actualmente en un elegante departamento del Quai
d'Orsay
y empleado temporariamente como ayudante de una investigación criminal, había estado conociendo Bruselas. Le satisfizo comprobar que el portero del *Astoria* hablaba un francés bastante inteligible, si bien con acento belga, y que le proporcionaba indicaciones para llegar al departamento policial de Ixelles que resultaron fáciles de seguir. Además se vio forzado a admitir que Bruselas, contemplada desde la ventanilla de un limpio y cómodo tranvía, era una ciudad sumamente linda (algo provinciana, por supuesto, comparada con París, pero ¿qué más se podía pretender?). Los magníficos castaños, que elevaban sus delicados candelabros blancos en dirección al cielo, recordaban a Hippolyte los Champs Elysées; su mente ordenada aprobaba plenamente la limpieza de las calles y se sentía atraído por las uniformes hileras de casas color crema con vidrios relucientes en sus ventanas. Era un hombre muy prolijo, este Hippolyte, y aquel era el tipo de ciudad que admiraba. La gente que salía de la última misa o la que se veía sentada en las aceras de los cafés, parecía sólida y digna, y un miembro (aunque reciente) de la sociedad respetable no podía dejar de considerarla favorablemente.

El oficial de guardia de la policía lo recibió con gran amabilidad, ya que el inspector Lejour lo había puesto en antecedentes de su visita. Hippolyte, que había pasado la mayor parte de su vida esquivando a la policía, se sintió interiormente un poco desconcertado al verse tratado en términos tan amistosos por un representante de la ley; pero existe cierta disposición histriónica en todo francés que le hizo fácil tratar al individuo de uniforme con un

espíritu fraternal. Se le proporcionaron detalles sobre la identidad de Jani, vio una fotografía de ese poco atractivo personaje y recibió claras instrucciones para llegar al *Café du Lapin Rouge*, justo frente a la *Gare du Midi*. Por su propia iniciativa averiguó el nombre del principal diario izquierdista de Bruselas (un toque muy hábil, pensó) y compró un ejemplar en el primer quiosco que encontró. Podía servirle de pasaporte en el desconocido territorio que estaba a punto de explorar.

El vecindario de la *Gare du Midi* se le mostró muy distinto de la pomposa elegancia de la rue Royale, donde estaba situado el *Astoria*, o de la atmósfera agradablemente burguesa de Ixelles; pero tenía un aspecto perfectamente respetable. Los árboles eran tan grandes y bien cuidados como los de los otros bulevares y el *Lapin Rouge* era semejante a todos los otros cafés que había visto; limpio, ordenado y lleno de gente. Se veían las familiares mesas con tablas de mármol, los espejos comunes con marcos dorados y esas arañas semivictorianas hechas para la luz de gas y adaptadas luego a la electricidad. Lo único que resultaba distinto en este café era la clientela: en lugar de los ciudadanos eminentemente respetables con sus oscuros trajes domingueros, en su mayor parte acompañados de sus esposas, contenía gente vestida en forma más parecida a los *habitués* de algunos cafés de Montparnasse que ya no ocupaban ningún lugar en la vida de Hippolyte; y los hombres constituían decididamente la mayoría. En la atmósfera se respiraba un aire que podríamos llamar rufianesco.

Hippolyte observó con agrado que prácticamente no había mesas vacías, de modo que, sin riesgo de llamar la atención, podía pedir permiso para compartir su mesa con otro hombre. Su elección de compañero resultóle fácil: optó por un individuo de larga barba negra que llenaba en todos los aspectos la idea que tenía de un ruso y, más aún, de un bolchevique. Aun cuando sus correctas palabras de introducción fueron contestadas en un marcado acento valón, seguía aferrado a su teoría roja, ya que nunca había oído hablar de los valones. El próximo paso suponía pedir una cerveza y abrir el periódico (que, incidentalmente, resultó no ser comunista, sino simplemente socialista; pero fue lo mejor que se le pudo ocurrir al sargento de policía). De esto a dejar traslucir expresiones de simpatía derivadas de la lectura de un editorial referente a una

posible huelga entre los maquinistas hubo un solo paso, y la conversación se inició sin dificultades.

—¿Usted es nuevo en Bruselas, *monsieur*? —preguntó el de la barba.

—Sí, vivo en París. Vine por unos pocos días para ver con mis propios ojos en qué condiciones se encuentran los trabajadores de este país. Hay un gran desasosiego en Francia, como usted sabrá, y Bélgica ha sido siempre considerada muy progresista en lo concerniente a reformas sociales —dato este que Hippolyte había recogido un minuto antes mediante la lectura del diario que tenía en la mano—, aunque uno no puede dejar de preguntarse cómo es que toleran una monarquía.

—La monarquía no sería lo único malo, si bien no deja de ser un delito que el rey habite en un par de palacios lo suficientemente grandes como para alojar cientos de niños pobres.

(«¡En un lindo estado quedarían los palacios después que los niños hubiesen acampado en ellos!» fue lo que Hippolyte pensó para sus adentros).

—Se trata de los banqueros y los grandes industriales. Tendrán que desaparecer, indudablemente, pero llevará tiempo mover a los trabajadores. Los belgas somos mucho más flemáticos que los franceses, pero cuando nos llega el momento de actuar no nos quedamos atrás.

De modo que no era ruso, después de todo. Era una lástima; a Hippolyte le hubiese agradado conocer a un ruso de verdad. Pero quizás uno del lugar pudiese proporcionarle más informaciones.

—¿Usted vive aquí?

—Actualmente sí, pero soy de Mons. Fui minero en el Borinage, pero es una vida de perros; así es que ahora trabajo en un almacén. La paga no es tan buena, pero se vive más tiempo. Dice usted que hay descontento en Francia. ¿Cree que la revolución está en camino?

Hippolyte pidió perdón en silencio al alma de Napoleón I y respondió solemnemente que estaba casi seguro de ello. Luego, viendo que el vaso de su compañero estaba vacío, propuso tomar otra cerveza, invitación que fue aceptada de buen grado.

Mientras tanto, nuestro pesquisante aficionado escudriñaba con disimulo las otras mesas. Y, de pronto, su búsqueda dio resultados.

En un rincón, acompañado de otros dos hombres, estaba el original de la fotografía que le habían mostrado; el rostro era inconfundible. (La expresión que Hippolyte empleó más tarde al describírselo a Clive fue, deplorablemente, la de «*une sale gueule*»). Sin apresurarse demasiado, llamó la atención de su nuevo amigo sobre Jani.

—Ese tipo moreno que está en aquel rincón… ¿sabe quién es? Estoy casi seguro de haberlo visto en alguna parte, pero no puede ser aquí, ya que es la primera vez que vengo a Bruselas. En París, quizás.

El hombre de Mons echóle una ojeada y respondió sin gran entusiasmo.

—Lo conozco. Es un checoslovaco con un apellido que nadie puede pronunciar. Es posible que lo haya visto en París. Parece haber estado en todas partes, y si no tiene un poco de cuidado se va a encontrar con que no está en ninguna.

—*Sans blague?* ¿Por qué?

El belga inclinóse hacia adelante y bajó la voz.

—Era chofer de un rico estadounidense que fue asesinado hace pocos días.

—¿Asesinado? Pero ¿y qué tiene que ver con este hombre?

—¡De veras! ¿Qué? Eso es lo que la policía quisiera saber o mucho me equivoco.

Hippolyte sintió algo parecido (en menor intensidad, naturalmente) a la emoción que una vez experimentara al abrir una caja fuerte y que, a más de las valiosas joyas que esperaba encontrar, contenía una enorme suma de dinero en efectivo.

—¿Quiere usted decir que la policía sospecha que él sea el asesino?

—No digo tanto; no lo han arrestado y los diarios no mencionan su nombre; pero cuando una persona se pasa la vida comentando lo antisocial que resulta que un solo hombre posea el dinero suficiente como para mantener cómodamente a cinco familias, tenga un *Rolls-Royce* y gaste miles de francos en un traje (todo lo cual reconozco que es verdad); si uno habla así, repito, y cuenta a la gente cómo odia a su patrón, ¿qué se puede pensar cuando este es encontrado con un cuchillo clavado en la espalda? Preferiría que se mantuviese alejado de aquí; lo más probable es que esté vigilado, lo cual daría

una mala reputación al café.

—¿Pero no tiene alguna coartada para la hora del crimen? —Hippolyte era una especie de experto en el difícil arte de proporcionar coartadas completamente ficticias y sentía un comprensible desprecio por todo trabajo *amateur* en ese sentido.

Su compañero bufó.

—¿Coartada? No hace más que hablar de la coartada perfecta que tiene… ¿y en qué consiste? Que cenó y fue al cinematógrafo con ese pequeño gusano de Cloquet, que sería capaz de mentir como Ananías por cincuenta francos.

—Pero a mí me parece —aventuró Hippolyte— que debe ser un asunto muy peligroso sobornar a alguien para una cosa semejante. Ninguna persona con un poco de sentido común lo haría, a menos que esté preparado a pagar el chantaje durante el resto de sus días.

—¿Y quién dijo que este pájaro tiene sentido común? Si quiere que le dé mi opinión, está chiflado. Sostiene que todos los ricos deben ser exterminados y no me sorprendería si pensara que él puede hacer el trabajo liquidándolos uno por uno en lugar de esperar la revolución. Además, piensa mucho en las mujeres. Ese es uno de los motivos que le hacen odiar a los ricos, ya que estos pueden mantener mujeres hermosas y regalarles joyas y pieles, mientras que para un pobre diablo como él ¿qué probabilidades existen? Siempre dijo que era mucho más joven y mejor parecido que su patrón.

—El tal patrón debe haber sido un perfecto engendro —observó Hippolyte, mirando nuevamente a Jani.

—Nunca lo vi; pero no cabe duda de que este no es ninguna belleza. Según él, lo único que interesa a las mujeres son las cenas con *champagne* y los autos lujosos.

—¿Quién es el otro… el que le facilita la coartada? ¿Es de los nuestros? —Hippolyte se felicitó interiormente por esta identificación de sí mismo con la hermandad roja.

—¿Uno de la izquierda? Simula serlo, pero estoy persuadido de que es capaz de votar por cualquiera que le ofrezca un billete de cien francos. Es también chofer; trabaja con una familia que vive en el mismo edificio donde habitaba el asesinado. Es de los que se jactan de lo bien que se desempeñan en su puesto. Un tipo repugnante. No digo que haría la vista gorda frente a un crimen,

pues para eso hace falta más coraje del que tiene.

Hippolyte admitió con él que hacía falta coraje y luego decidió con prudencia no llevar su encuesta más allá de lo conveniente; de modo que desvió la conversación hacia el apasionante tema del partido comunista de Bélgica. Esto dio resultado durante unos minutos, pero cuando el exminero comenzó a mostrar un profundo interés por las actividades de sus camaradas franceses, el flamante detective (que sabía menos que nada de todo eso) se despidió después de un último trago de cerveza, con la promesa de volver al *Lapin Rouge* antes de abandonar Bruselas. El resto de la tarde lo pasó visitando la ciudad.

Cuando Clive regresó al hotel, su valet estaba ordenando la ropa mientras charlaba con Dagobert siempre ocupado con sus pelos, que el viaje en tren había dejado en condiciones poco satisfactorias. Hippolyte le rindió un informe claro y preciso de su misión, que le valió una cálida alabanza por la habilidad con que la había llevado a cabo.

Un punto que llamó la atención de Clive fue el referente a las mujeres. Recordó el rostro de Jani, con su expresión apasionada y voraz de hombre primitivo al acecho. ¿De modo que una de las razones que lo impulsaban a aborrecer a los ricos era su facilidad para obtener mujeres hermosas? ¿Sería posible que un destello de la cabellera dorada y ojos negros de Mélisande hubiese inflamado un temperamento ya peligrosamente desequilibrado y que el crimen hubiese sido realmente, como *madame* Mederlinck había sugerido, la obra de un loco?

Hippolyte propuso volver al café esa noche y al día siguiente para tratar de hacerse más amistades, sugestión que su amo aceptó enseguida. Fue solo entonces que Hippolyte se acordó de mencionar un telegrama que había llegado una hora antes.

Más tarde, sentado junto a Lejour en la *Taverne Royale*, donde habían dispuesto encontrarse para cenar, Clive seguía cavilando sobre el contenido de un extenso cable del comisario de policía de Viena, a quien había enviado un segundo mensaje después de enterarse de la complicación de Mitzi. Lejour, que también había recibido una respuesta a esa consulta, observaba a Clive con la mirada fascinada de un niño que espera ver salir toda clase de animales de un sombrero de prestidigitador. El digno inspector

hallaba el caso cada vez más confuso y deseaba que su distinguido colaborador se sintiese más optimista que él al respecto.

Punto por punto, Clive estudió las respuestas a sus preguntas. Nada se había podido encontrar en los archivos policiales de Viena con relación a Peter Garrison o a Walter Searle, fuera de los datos ya conocidos. Gustave Mederlinck era conocido simplemente en su carácter de antiguo administrador general de la sección vienesa de la *Société Continentale*. El nombre de Jani Srb figuraba una sola vez en los archivos, como habiendo pasado por Viena con visa de tránsito el año anterior, empleado con Peter Garrison.

El informe sobre Mitzi era más pintoresco, aunque no más provechoso. En su parte estrictamente oficial se limitaba a declarar que no tenía prontuario policial de ninguna especie. Luego, en forma confidencial, revelaba que era hija única de la difunta Margarethe (Gretl). Schramm y un padre «desconocido», que siempre se sospechó fuese cierto archiduque, también fallecido, conocido por haber sido el «protector» de Gretl. Mitzi había recibido una buena educación, gracias a una pensión que su madre percibía presumiblemente de su archiducal amante, la cual cesó después de la caída del imperio. Había debutado como cantante en una compañía de ópera ligera, donde atrajo la atención del propietario de un gran café, después de lo cual dio comienzo a una brillante carrera como cantante de *cabaret*. Se consideraba que había tenido «numerosos admiradores», pero nunca había sido una prostituta y era universalmente popular, no solo como artista sino por sus generosas contribuciones a las obras de caridad.

Sandor Arany, nacido en Budapest, había llegado a Viena pocos años después de la guerra como primer violinista en el café donde actuaba Mitzi. Se había ido con ella cuando inició su carrera triunfal como cantante en varios países europeos. Se ignoraba que tuviese afiliaciones políticas dudosas ya sea en Viena o en otra parte, y poseía antecedentes impecables.

Y a continuación venía lo que había traído preocupación al rostro de Lejour y ensombrecido la mirada de Clive.

Había existido una sociedad secreta, que abarcó un período de varios años después de la revolución, que se reunía en un café llamado el *Kaiser Karl* y que, según se creía, utilizaba el tema del *Capricho Vienés* como señal. Fuera de garabatear los primeros

compases del *Capricho* en las paredes de los edificios públicos y de enviar cartas amenazantes firmadas con esos mismos compases, la sociedad no había hecho nada que fuese de interés para la policía. Su objeto y orientación política siguieron siendo motivo de simples conjeturas, hasta que algunos de sus miembros resultaron implicados en un disturbio callejero y fueron arrestados. Entonces se supo que la sociedad estaba compuesta por un club de estudiantes, integrado en su mayor parte por hijos de familias nobles que habían quedado arruinadas a causa de la revolución y que tenían por objeto la restauración de la monarquía. Nada se había sabido del club desde hacía varios años y se creía que estaba disuelto. El *Kaiser Karl* ya no existía, pues había sido demolido para dar lugar a una casa de departamentos.

Clive levantó la vista después de estudiar estos últimos párrafos.

—¡Monarquistas! —se limitó a comentar.

CAPITULO XIV

Lejour parecía sumamente desdichado.

—Bueno —dijo—. ¿Entonces…?

—Pues bien, el que mató a Peter Garrison casi con seguridad no perteneció a ese club monarquista que por lo visto ya no existe. En aquella época, por otra parte, lo hubiese considerado como un posible amigo.

—Sí, pero… ¿por qué dejó el asesino ese maldito disco fonográfico tras él?, si es que lo dejó…

—¡Oh, sí! Creo que lo dejó; y el que mató a Searle hizo exactamente lo mismo para arrojar las sospechas sobre ese club, en la equivocada creencia de que era una célula comunista. A juzgar por este informe, el club mantuvo secreto su verdadero objeto durante un largo tiempo y en aquellos días de perpetua alarma roja cualquier organización ligeramente misteriosa era inmediatamente rotulada como comunista. Las personas a quienes he interrogado acerca de *les capricieux* admiten que solo oyeron vagos rumores sobre ellos y que simplemente dieron por sobreentendido que se trataba de comunistas. Nuestro asesino o asesinos pueden haber caído en el mismo error.

—Sí, ¿pero por qué emplear ese recurso tan engorroso del disco? ¿Por qué no dejar un trozo de papel con unos compases de la música o escribirlos simplemente en la pared?

—Demasiado peligroso —explicó Clive—. La música escrita puede resultar tan característica como las palabras y un experto puede identificarla con toda facilidad. Un disco fonográfico es un objeto maravillosamente impersonal; aunque no estaría de más poner a alguien que recorra los comercios de música para comprobar si ese disco fue comprado recientemente y tratar de obtener una descripción del comprador. Es una probabilidad muy lejana, pero vale la pena intentarlo.

Lejour tomó nota con aire resignado.

—Me he estado informando de los movimientos de Mederlinck el jueves por la noche —anunció—. Se ignora qué es lo que hizo, pues nadie parece haberlo visto. El chofer llevó a *madame* Mederlinck en el auto grande a una comida y luego al teatro. Mederlinck salió en un coche que él mismo conduce, un *Buick* Sedan. Hasta ahora me ha sido imposible encontrar una sola persona que haya visto el auto esa noche, aunque he interrogado a agentes de tránsito y vigilantes que se hallaban de servicio en los barrios que él suele frecuentar. Ocurre que a menos que un auto esté estacionado donde no debe o bien violando alguna otra regla de tránsito, es difícil que un policía lo note; además, en este caso se trata de un modelo *standard*, azul oscuro, sin nada especial que llame la atención.

—¿No hay datos del banquete al que se supone que concurrió?

—Todo lo que sé es que no hubo nada por el estilo en ninguno de los principales restaurantes o clubes a que pertenece Mederlinck. Es cierto que puede haber tenido lugar en una casa particular, en cuyo caso me veo con las manos atadas; no puedo empezar a interrogar a los amigos y compañeros de negocios de Mederlinck sin tener nada concreto en contra de él.

—No; claro que no. Por otra parte, tengo la impresión de que no es ese el tipo de crimen que sería capaz de cometer. Podría, en un momento de enardecimiento, estrangular a un hombre o aplastarle la cabeza con cualquier objeto que tuviese a mano, pero me cuesta imaginarle entrando furtivamente en una casa y apuñalando a alguien por la espalda. Con todo, muy poca gente procede *siempre* de acuerdo a su apariencia y es esta precisamente una de las cosas que más dificultan la investigación criminal.

—Ahora pasemos a Arany —propuso Lejour, con tono más esperanzado—. Conoce la existencia de los *capricieux* o, al menos, sabe algo, y parece estar celoso de todos los amantes de Mitzi, pasados y presentes, y no hemos comprobado aún su coartada.

—Es verdad; pero Garrison es un amante demasiado remoto. Ojalá supiésemos el nombre del actual, aunque más no fuera para verificar la coartada de Mitzi.

—¿Entonces no elimina usted absolutamente a Mitzi?

—Yo no elimino absolutamente a nadie —repuso Clive

lentamente—. Puede ser ella la culpable, no lo niego; pero no consigo encontrar la menor sombra de motivo en su caso. Más aún, lo único que la hace aparecer interesante es la extraña coincidencia de que tanto Garrison como Searle fueron sus amantes; y, si bien parece algo molesta cada vez que se menciona a Arany, se muestra perfectamente calma y sincera cuando se trata simplemente de ella.

—Pero después de Arany, y posiblemente de Mederlinck, ella es la única persona que conocemos en Bruselas que puede haber pensado en los *capricieux* para desorientarnos.

—Por lo que sabemos, hay solo cuatro personas en Bruselas que pueden haber planeado lo de los *capricieux* y uno de ellos se hallaba muy distante del lugar de ambos crímenes, aparte de no tener ningún motivo imaginable. Pero, suponiendo que los dos asesinatos hayan sido ideados por alguien que no estuviese ni aquí ni en París, pero que tuviera cómplices en ambas ciudades, ¿qué mejor cómplice que Jani? Es aparentemente comunista, se le han oído expresiones desdeñosas hacia su patrón, llamó la atención a la policía de Praga por sus actividades subversivas y además posee todas las características de un sujeto poco recomendable. Parece un hombre capaz de matar a media docena de personas si cree que vale la pena. Por otra parte, estaba en una posición como para saber que Gurrison se iba a quedar solo en su casa esa noche, tuvo todas las oportunidades que quiso para mandar hacer una llave que abriese la puerta de entrada, probablemente conocía las costumbres de los sirvientes y sabía dónde se encontrarían a esa hora… de modo que si nos empeñamos, podemos construir un lindo cargo en su contra, sin nada que lo contradiga, excepto su coartada; y hasta esta puede resultar algo sospechosa si nos atenemos a lo que Hippolyte oyó decir en el *Lapin Rouge*.

—¡Tiene usted razón! —exclamó Lejour, mientras una amplia sonrisa se expandía por su rostro—. Estaba dispuesto a eliminar a Jani por falta de motivos lógicos, pero en un individuo como ese el motivo puede existir solo en su mente deforme, voy a atrapar al tal Cloquet mañana por la mañana para ver si logro desbaratar esa coartada. Jani no es un tipo fácil de asustar, pero Cloquet es un individuo rastrero y no creo que cueste mucho demostrar que está mintiendo. Luego podemos dar a Jani la noticia de que su famosa coartada no sirve y ver cómo reacciona.

—Perfecto —aprobó Clive—. Telefonearé a mi ayudante de París y le mandaré averiguar ciertos detalles que necesito saber acerca de Searle; además quiero saber si hay alguna novedad en ese caso. Por otra parte, le quiero traducir algunos párrafos muy singulares del diario de Garrison que parecen indicar que la depresión y preocupación que algunos de sus amigos advirtieron en él existieron realmente. Puede ser que no tenga nada que ver con el asesinato… o bien que tenga mucho que ver. Y luego me parece que, simplemente para divertirme, verificaré la coartada del maestro Arany.

—Pero si fue Jani…

—Si fue Jani y podemos probarlo, entonces mi labor aquí habrá terminado y podré volver a París para meter la nariz en el caso Searle, aunque no me hayan invitado. Pero siento una particular aversión por la gente capaz de sacar a relucir una coartada para cualquier día y hora sin detenerse a pensar ni un instante. Es sencillamente antinatural.

CAPITULO XV

—¿No hay nada nuevo en el caso Searle, Jimmy?

Clive dio a Dagobert el último fragmento de un panecillo (comestible que el malcriado felino solo se dignaba aceptar si estaba untado con bastante manteca), y hundió el codo en la almohada mientras escuchaba la voz que tan claramente le llegaba desde París.

—No mucho. Un conductor de taxi que andaba rondando por la rue de Vaugirard poco después de las diez el jueves por la noche afirma haber visto un hombre alto, con sobretodo negro y sombrero de copa, que venía caminando desde la rue Bonaparte y se introdujo en el edificio donde habitaba Searle. Esto confirma la declaración del inquilino del primer piso. El chofer no vio la cara del hombre y se fijó en él simplemente porque tiene una amiguita que trabaja como cocinera en ese edificio, de modo que siempre que pasa por allí mira por razones sentimentales. El amor es algo maravilloso, ¿no lo cree? Pero ayer oí algo curioso.

—¿Sí?

—Encontré a un tipo en el bar del *Crillon* que conoció a Searle y me dijo que este estaba reuniendo una cantidad de datos sobre escándalos inéditos, políticos y financieros, de los últimos diez a quince años, que estaba casi decidido a publicar en forma anónima a fin de no correr el riesgo de sufrir juicios por difamación. Su primera idea había sido la de retener su publicación hasta después de su muerte, pero su editor lo había persuadido de que para entonces ya estarían completamente pasados de moda y que era su deber patriótico hacer saber al mundo la verdad de lo que estaba ocurriendo. Si esto es verdad, hemos dado con un motivo estupendo.

—¡Y mucho más que eso! —exclamó Clive, entusiasmado—. Ahora bien, Jimmy, escúchame con atención y toma nota. Trata de

que Padoux te dé acceso a los manuscritos de Searle. Fíjate si se hallan en orden o si hay señales de que hayan sido revueltos. Busca esas notas que me mencionaste y ten presente a Viena. Varsovia, Lisboa y Bruselas como puntos de posible interés. Revisa con todo cuidado para comprobar si alguien ha metido la mano en los ficheros; Searle era probablemente un hombre metódico y si falta algo creo que te será fácil advertirlo. Si Padoux te pone trabas, dile que ello puede servir para aclarar dos crímenes en lugar de uno y, si es necesario, puedes pedir a la gente de la embajada que te secunde. Mantente alerta sobre todo lo que se refiera a Viena y si puedes encontrar alguna alusión a la cantante de *cabaret* Mitzi Schramm… Sí, S-c-h-r-a-m-m. Si tenía sus fichas ordenadas por orden alfabético y pareciera faltar alguna, toma nota de la letra a que corresponda. ¿Entendido?

—Sí, señor. ¿Si encuentro algo interesante y Padoux no se opone, quiere que saque una copia y se la envíe?

—Sí, por avión. ¿Has podido averiguar si Searle conocía a Peter Garrison?

—Aún no. He interrogado a varios miembros del *American Club* que conocían a los dos, pero nadie recuerda haberlos visto juntos. Se lo estaba por preguntar al individuo que conocí en el *Crillon* (se llama Wells) pero nos interrumpieron en ese preciso momento. Aún puedo intentarlo. Y en cuanto al disco fonográfico: a Searle le gustaba la música y tenía una gran colección de discos. De modo que, a lo mejor, lo estaba escuchando por placer…

—Jimmy —dijo Clive con tono solemne—, en el caso de que algún día llegue a ver resueltos estos dos casos, no quiero oír hablar nunca más del *Capricho Vienés*. Si Walter Searle lo estaba escuchando para deleitarse los oídos, te juro que me lo como con mayonesa.

—Sí, señor. ¿Cómo andan las cosas por Bruselas?

—No hay nada concreto hasta el momento. Todos los que tienen algo que ver con el asunto actúan de la manera más sospechosa y como no pueden ser todos culpables, la cosa tiene cada vez menos sentido. Pero he conocido a dos damas bellísimas.

—¡Ah! —suspiró Jimmy—. ¿No me necesita usted por allá?

—No, ya he puesto a trabajar a Hippolyte y al gato en el caso. De todos modos te lo agradezco. Muchos besos a *mademoiselle*

Moreau. Comunícate conmigo en cuanto sepas algo de los manuscritos de Searle.

—Muy bien, señor. Adiós.

Clive se estaba haciendo el nudo de la corbata cuando sonó el teléfono. Un instante después Hippolyte le informaba que el inspector Lejour quería hablarle. La agradable voz del inspector vibraba presa de la mayor excitación al otro extremo de la línea.

—¿Puede venir a l'avenue Emile Duray? Acabo de someter a Cloquet a un severo interrogatorio y he obtenido algunos datos nuevos de bastante importancia. Tenía usted mucha razón anoche. Creo que hemos dado con el asesino, pero quisiera interrogarlo en su presencia.

—Muchas gracias. Iré enseguida… Mi sombrero y mis guantes, Hippolyte, por favor. No puedo darte ninguna instrucción por el momento. Nuestro amigo checoslovaco puede estar en la cárcel y no en el *Lapin Rouge* esta tarde.

—Que es indudablemente el lugar que le corresponde. Aguardaré aquí las órdenes de *monsieur*. (El elegante mozo italiano que había traído el desayuno era indudablemente quién había inspirado esos dignos modales de Hippolyte).

Clive encontró a Lejour recorriendo a grandes pasos la salita del departamento de los van Rylandt con una radiante expresión de satisfacción. Le dio la mano cordialmente y lo hizo sentar.

—Todo esto se lo debo a usted, ¡sí, sí! —exclamó—. No presté la menor atención a ese animal de chofer hasta que usted dijo que podría ser un cómplice ideal; solo entonces comprendí lo interesante que podía resultar. Eso y el dato que su valet obtuvo en el *Lapin Rouge* de que Cloquet podía no ser un testigo digno de confianza. De modo que vine aquí esta mañana temprano, encontré a Cloquet lavando el auto de su patrón en el patio donde se encuentran los *garages* y lo sometí a un severísimo interrogatorio, del que obtuve más de lo que esperaba. Escuche.

Sacó a relucir su cuaderno de notas y lo abrió con la emoción de alguien que desenvuelve un regalo de Navidad muy especial.

—Cloquet comenzó insistiendo en la historia que ya había contado. Pero no me gustaba su aspecto; mientras lo interrogaba se iba volviendo cada vez más evasivo y nervioso. Era evidente que no me decía toda la verdad, de modo que probé otra táctica, diciéndole

que sabíamos de buena fuente que Jani no había ido al cinematógrafo esa noche; el método dio resultado. Se amilanó por completo y replicó: «Le había prometido no decir nada». «¿Decir qué?». «Que se ausentó unos quince o veinte minutos. Pero le aseguro que no fue para nada malo». Entonces le expliqué que si ocultaba algún dato importante sería detenido como encubridor, mientras que si decía la verdad cumpliría su deber como ciudadano y ayudaría a que se cumpliese la ley. Con esto terminó confesándolo todo.

—¡Espléndido! Una patraña como la empleada por usted resulta a veces muy útil en nuestro tipo de trabajo.

—*Et comment!* Parece que él y Jani fueron efectivamente al *Agora* a las ocho, sacaron dos entradas y presenciaron el espectáculo durante una hora y media más o menos. De repente Jani le murmuró al oído: «*Mon Dieu!* Me había olvidado por completo lo de esa maldita llave del *garage*… ¡la dejé en la puerta!». Cloquet le respondió que no tenía importancia, pues el portero siempre estaba en la casa; pero Jani replicó que si el portero se lo contaba a *monsieur* Garrison, podía costarle el empleo y que no podía disfrutar la película con esa idea en la cabeza. Cloquet había traído su motocicleta, una máquina de segunda mano que usa en sus ratos libres y le dijo a Jani que la usara para ir en busca de la llave. Yendo en motocicleta son solo unos pocos minutos desde el *Agora* hasta
l’avenue
Emile Duray e insiste en que no transcurrieron más de veinte minutos antes de ver a Jani de regreso. Mientras tanto el asiento de este había sido ocupado, pero encontró otro no muy lejos. Abandonaron la sala poco después de las diez, tomaron una cerveza en un café cerca de la Bolsa y se fueron a su casa, tal como nos dijo Jani, con la diferencia de que viajaron en la motocicleta y no en tranvía. Cloquet afirma que Jani parecía perfectamente normal, nada inquieto o nervioso; más bien aliviado por haber encontrado la llave en la cerradura del *garage* y el auto intacto. Interrogué al portero del *garage* y me dijo que recordaba haber oído entrar una motocicleta en el patio, que salió pocos minutos después. Se asomó para ver quién era y reconoció a Jani. *Et voilà!*

Hizo una pausa dramática y luego, como Clive no decía nada, añadió:

—¿Dónde está su coartada ahora?

—Desbaratada —concedió Clive—. Pero aún no sabemos si penetró en el departamento y cometió el crimen.

—No, pero, si no fue así, ¿por qué esforzarse de tal modo en ocultar que tuvo que volver al *garage*? Antes de separarse de Cloquet aquella noche, o sea, antes de que pudiese saber que *monsieur* Garrison había muerto, hizo prometer a Cloquet que no diría nada acerca de su breve fuga, alegando que no quería enterar a su patrón de su negligencia. ¿Pero fue esa la razón?

—No lo sé. Mas… si no tuvo ocasión de comunicarse con Cloquet antes de que usted lo interrogara, no pudo arriesgarse a contar una historia distinta a la que había propuesto a su amigo. Si Jani no vio al portero, probablemente pensó que nadie lo había visto entrar en el *garage*, de modo que ¿por qué echar a perder una coartada tan excelente y hacer recaer las sospechas sobre él mismo? Y si subió al departamento, ¿dónde dejó la motocicleta para que nadie la viera? ¿Por qué entró en el patio con la motocicleta, que hace tanto ruido, si luego pensaba negar haber estado cerca de la casa en toda la noche?

—Pero… supongamos que tenía oculto el disco fonográfico en el *garage* y tuvo que ir a buscarlo…

—En ese caso, ¿no hubiese sido mejor apearse de la motocicleta en la calle y hacerla entrar silenciosamente? No es que quiera descubrir fallas en su teoría, pero, a primera vista, parece que las cosas hubiesen ocurrido tal como Cloquet ha dicho: entró de prisa, sin fijarse en nada o en nadie, se apoderó de la llave y volvió lo más rápidamente posible a fin de no perder mucho de la película.

Lejour lo miró con la expresión de quien ha sido injuriado.

—¿Pero no pudo haberlo hecho a propósito? A lo mejor procedió así para que su acción pareciese perfectamente inocente.

—¿Pero por qué ir hasta el *garage*? Podía lo mismo haber dicho cualquier mentira a Cloquet acerca de la llave, pedirle su motocicleta, ir precipitadamente hasta su habitación, meterse el disco bajo el brazo, dejar allí la motocicleta, venirse hasta aquí a pie (por lo visto está solo a un paso), matar a Garrison, salir tan silenciosamente como entró y recoger su vehículo en

l’avenue
de
l’Hippodrome.

Por otra parte, en el caso de que este crimen fuera planeado por el mismo cerebro que concibió el asesinato de París, ¿cómo hubiera podido ser trazado de antemano con tanta precisión? ¿Y si, por ejemplo, Cloquet no hubiese llevado consigo la motocicleta? En ese caso Jani se hubiera visto obligado a tomar un taxi, lo cual habría resultado peligroso.

—A menos que Cloquet sea un cómplice… —sugirió Lejour.

—Entonces me veré forzado a no pensar tan bien como hasta ahora de mi hipotético cerebro criminal. Un cómplice resulta indispensable cuando se quieren cometer dos asesinatos simultáneos en lugares distantes; pero más de uno… solo puede servir para complicar las cosas.

—Sí, pero ¿no podríamos suponer que Jani, al descubrir que necesitaría la colaboración de Cloquet, lo hubiese implicado bajo su propia responsabilidad?

—Puede ser posible. Y… a propósito, ¿dónde está Jani?

—En la cocina. Lo haré llamar.

Jani no mostró síntomas de inquietud al entrar y hacer una seca inclinación de cabeza. Tenía su habitual expresión de hostilidad, pero no parecía en absoluto nervioso.

Lejour, obedeciendo a una muda indicación de Clive, dirigió el interrogatorio.

—Acabo de enterarme —dijo el inspector, severamente, pero sin aspereza— de que fue usted visto en este edificio entre las ocho y las nueve de la noche del jueves, hora en que usted afirma haber estado en el cinematógrafo.

El semblante oscuro de Jani palideció levemente, y un músculo de su mejilla se contrajo. Sus manos se crisparon, pero contestó con voz firme.

—¿Quién dijo eso? —preguntó.

—Fue visto por el portero del *garage*, y será mejor que le diga que he interrogado a su amigo Cloquet, quien me ha confesado que no estuvo usted con él durante todo el transcurso de la noche.

—¡Puerco! —se limitó a comentar Jani—. Muy bien, es cierto que no estuve. ¿Le dijo Cloquet por qué volví al *garage*?

—Sí, pero preferiría que usted me lo contara. Este es un asunto muy serio, Srb, y no quiero más mentiras.

—No le mentí la otra vez; simplemente omití un detalle. Estando en el *Agora* recordé de pronto que había dejado la llave del *garage* en la puerta. Me intranquilizó pensar que si *monsieur* Garrison llegaba a saberlo, ello me podía costar el puesto. Me pagaba bien y quería estar bien servido. Así es que le pedí prestada la motocicleta a Cloquet y vine a buscar la llave. Pensé que nadie me habría visto, pues de otro modo se lo hubiese dicho —Clive reprimió una sonrisa ante este impasible despliegue de ética utilitarista—. Encontré la llave donde la había dejado, eché una ojeada al auto para cerciorarme de que todo estaba en orden, cerré la puerta y regresé al cinematógrafo.

—¿Volvió directamente?

—Me detuve un instante frente al vendedor de tabaco del *boulevard Général Jacques*, que está a la vuelta; luego me dirigí directamente al cine por la Chaussée
d'Ixelles.
En total creo que no tardé más de un cuarto de hora.

—¿Por qué hizo prometer a Cloquet que no contara nada de lo ocurrido?

—No tenía interés en que nadie se enterara de mi descuido —replicó Jani con tono malhumorado—. Era la primera vez que me sucedía una cosa así, y no estaba nada orgulloso de mí mismo. Pero si hubiese hecho algo más grave, como por ejemplo, un crimen, ¿cree usted que hubiera ido al vendedor de tabaco, que me conoce?

Clive asintió con la cabeza. Ya había anotado ese punto a favor de Jani. Por primera vez tomó la palabra.

—Tengo entendido que la arcada que conduce a los *garages* está situada justamente al lado de la entrada principal a los departamentos. ¿Vio usted en algún momento entrar o salir a alguien de la casa?

Jani consideró la pregunta durante irnos instantes.

—Recuerdo haber tenido que aminorar la marcha cuando iba a cruzar la acera para dejar pasar a un hombre que parecía dirigirse hacia la entrada. No podría decir qué aspecto tenía, aparte de que no era muy alto y que llevaba un sombrero de fieltro negro con ala ancha similar a los que usan los diputados socialistas. No sé quién

era. No vi a nadie más. Pero… —Se detuvo, frunciendo el ceño.

—¿Sí? Será mejor que nos lo cuente todo, Srb. No es este el momento de ocultar nada.

Jani tomó un aspecto más torvo que nunca; luego echó la cabeza hacia atrás en forma desafiante.

—Entonces, ¡perfectamente! —dijo— mientras iba por l'avenue de la Folie Chanson hacia el *boulevard Général Jacques*, vi uno de los autos de *monsieur* Mederlinck estacionado frente a la casa de departamentos vecina a esta.

CAPITULO XVI

Lejour tragó saliva y miró con ojos asombrados a Clive, quien se inclinó hacia adelante con la tensión de un mastín que se esfuerza por seguir una pista.

Clive fue el primero en recobrar el uso de la voz.

—¿El auto de *monsieur* Mederlinck? ¿Y cómo lo reconoció? —preguntóle severamente.

Jani lo miró a los ojos, con un aire de superioridad.

—Es un *Buick* sedán; el número 142.201. El señor Garrison iba muy a menudo a casa de los Mederlinck, cuyo chofer me ha llevado a los *garages* para enseñarme los autos: un *Hispano-Suiza*, un *Bugatti* convertible y el *Buick*. Le puedo decir todos sus números; conozco los de todos los automóviles de este vecindario. Así como algunas personas tienen facilidad para recordar números de teléfono, yo la tengo para las chapas de los autos. El *Buick* estaba estacionado en la casa de al lado cuando volví al cine. No me interesa saber qué hacía allí, pero la cosa es que estaba.

Lejour, pasando rápidamente las hojas de su libreta, había evidentemente dado con el número del auto en cuestión, pues levantó su preocupada mirada hacia Clive e hizo un signo afirmativo con la cabeza.

—¿Estaba allí cuando usted llegó? —preguntó Clive.

—Creo que sí, pero no lo podría asegurar. Vine desde la otra dirección, por
l'avenue
Emile Duray, y vi un auto oscuro estacionado en
l'avenue
de la Folie Chanson, pero estaba un poco lejos para divisar el número de la chapa. Parecía sí un *Buick*…

—¡Maldición! —murmuró entre dientes Clive.

Lejour sacudió tristemente la cabeza. Sabía que Clive estaba persuadido de que no era este un tipo de crimen que Mederlinck pudiera cometer… y a nadie le agrada que le echen por tierra una teoría.

—¿No vio a nadie en el auto? —preguntó Lejour.

—No; estaba vacío. Pero, *messieurs* —dijo Jani con un tono visiblemente despectivo—, antes de ponerse a sospechar de honestos hombres de trabajo, podrían pensar un poco más en *monsieur* Mederlinck. Sé que los sirvientes son considerados más o menos como perros, pero ven y oyen muchas cosas. Estoy al tanto de lo que pensaban de *monsieur* Garrison y de *madame* Mederlinck los criados de
l'avenue
des Nations, y de que el mayordomo oía frecuentes y violentas disputas entre marido y mujer. Se lo dijo al chofer y este me lo contó a mí. Pero no necesitaba que me lo dijeran; yo también tengo ojos. *Monsieur* Mederlinck tiene el aspecto de un gordo imbécil; pero es un hombre y un marido y, ya que su automóvil estaba parado casi frente a esta casa en el momento en que mataron a *monsieur* Garrison, mi consejo es que traten de averiguar algo más.

—Gracias —replicó Lejour secamente—. No le hubiese hecho ningún daño mencionar esto antes. Ya puede retirarse. Pero esté preparado para recibir una citación en cualquier momento; puede ser que quiera seguir interrogándolo. Y en el futuro trate de recordar que es siempre preferible no ocultar nada a la policía.

Jani hizo una áspera reverencia y se retiró. Lejour volvió una mirada inquisitiva a Clive, quien ya había tomado su sombrero y sus guantes.

—Iremos al lado —dijo este con resignación—. Quizás la portera haya visto algo.

La dama en cuestión era gruesa y remilgada, y los recibió con una marcada falta de entusiasmo. Al principio fue incapaz de recordar nada del jueves por la noche; luego se acordó que había ido a visitar a una prima en
l'avenue
de
l'Hippodrome,

alrededor de las ocho, y le parecía que al salir de la casa había visto un auto estacionado frente a la puerta; pero como prácticamente todos los inquilinos tenían automóvil, casi siempre había uno parado allí. De modo que no estaba segura y… además, tenía que ocuparse de su trabajo. Viendo que de ahí no iban a pasar, los dos hombres le dieron las gracias cortésmente y se despidieron. Al llegar a la acera se miraron.

—¿Le parece que yo…? —comenzó a decir Lejour con tono vacilante.

—No —respondióle Clive, mirando pensativamente los frondosos árboles del Val de la Cambre—. Haré otra tentativa por mi cuenta. Pero si no logro ningún resultado (cosa que mucho me temo), el ilustre *monsieur* Mederlinck tendrá que trabar conocimiento con el Departamento de Policía.

La segunda entrevista con dicho caballero fue concertada mucho más fácilmente que la primera. Clive se limitó a hacerle llegar una nota, concebida en términos sumamente correctos, pero que no dejaban de destacar la amenaza oculta del mensaje: «que una breve conversación con el señor Clive sería preferible a una entrevista posiblemente desagradable con las autoridades policiales». Dio resultado. Había esperado solo unos pocos minutos cuando le informaron que *monsieur* Mederlinck lo recibiría.

Estaba preparado para hacer frente a la misma hostilidad que encontrara en su visita anterior. Quizás intensificada. Su sorpresa fue, por lo tanto, considerable cuando el corpulento hombre de negocios abandonó precipitadamente su asiento frente al enorme escritorio y lo saludó con las mayores muestras de cordialidad.

—Siéntese, *monsieur*, siéntese —le dijo locuazmente, acompañando sus palabras de una sonrisa que Clive encontró aún menos atractiva que su expresión enfadada—. Tengo que pedirle disculpas por haberlo recibido tan mal el otro día. Estaba sumamente ocupado y me desagradó que me molestaran por un asunto que evidentemente no me concernía; mucho me temo que mi impaciencia haya influido sobre mis modales. Ya he escrito a su embajador rogándole que le presente mis excusas. —Clive se mostró más bien escéptico ante este detalle, pero luego supo que el señor Wilcox había recibido efectivamente la carta—. Me doy perfecta cuenta de que en un caso como este todas las personas que hayan

tenido una relación aunque sea remota con la víctima revisten siempre interés para el que se ocupa de investigar el crimen. Solo que… ¡conocí tan poco al pobre *monsieur* Garrison!

Le dio a elegir entre una caja de *Coronas* y un tipo de cigarrillos que no se compran en las cigarrerías comunes. Clive, pensando que era útil alentar tantas muestras de amabilidad, aceptó un cigarrillo y sonrió placenteramente.

Mederlinck estaba visiblemente incómodo. Sus pequeños ojos azules se movían intranquilos y sus gruesos dedos no dejaban de juguetear con el cortapapel de marfil. Pero era indudable que esta vez estaba decidido a mostrarse conciliatorio.

—¿Ha descubierto algo en definitiva con respecto al asesino? —preguntóle con la mayor cortesía que pudo aparentar.

—No; nada concreto —repuso Clive cautelosamente—. Pero la policía está demostrando una gran eficiencia y tenemos algunos rastros muy interesantes para seguir. El motivo de esta nueva intromisión mía es que, para decírselo sin rodeos; es que… una de esas pistas está dirigida hacia usted.

—¿Hacia mí? Realmente, *monsieur*, no veo cómo puede ser eso. Pero, dígame, ¿de qué se trata?

—¡Oh, no es nada que lo pueda incriminar seriamente y estoy seguro de que la explicación será bien simple, pero…! bueno, no podemos prescindir de una explicación. Se trata solamente de que ha llegado a conocimiento de la policía que un automóvil de su propiedad, un *Buick* sedán, número 142.201, estuvo estacionado frente al edificio vecino al de Garrison, en
l’avenue
de la Folie Chanson, aproximadamente a la hora en que tuvo lugar el crimen.

Por cierto que todo esto carecía de mayor fundamento. Hasta el momento, la única prueba que tenían de que el coche de Mederlinck hubiera estado cerca de
l’avenue
Emile Duray el jueves por la noche residía en la declaración de Jani, declaración que no había sido confirmada por la portera de dicha casa y que la policía aún no había comprobado.

—Comprenderá usted —prosiguió Clive con su tono más suave— que nos vemos obligados a atribuir cierta importancia a ese hecho

aparentemente trivial, en vista de la amistad que unía a… hmm… su familia con la víctima. Por eso pensé que preferiría usted discutir el asunto conmigo, antes de tener que pasar por el incómodo trance de ser interrogado por la policía.

La treta surtió su efecto. El rostro rubicundo de Mederlinck tomó un desagradable tinte violáceo y la mano que jugueteaba con el cortapapeles se puso tensa. Tosió nerviosamente antes de contestar.

—Y yo… yo se lo agradezco mucho —dijo—. Como usted mismo dijo, la explicación es perfectamente sencilla; es decir, sencilla para usted o para mí. Pero hay ciertas cosas que uno preferiría que no constaran en los archivos policiales, especialmente si uno es… casado. —Emitió una risa nerviosa y entrecortada—. Lo más absurdo de todo el asunto es que yo no tenía la menor idea de que Garrison viviera por allí. Si alguna vez oí mencionar que había alquilado el departamento de los van Rylandt, no presté ninguna atención al hecho.

Esto, pensó Clive, es posiblemente una mentira; pero no importa, parece que se estuviese esforzando por decir al menos una parte de la verdad.

—Sucede —continuó Mederlinck con expresión desdichada— que todo fue una desgraciada coincidencia: que mi auto estuviese estacionado en ese lugar precisamente esa noche. Cuando usted me preguntó dónde había estado yo entonces, mi reacción fue… bueno, sé que fue tonto de mi parte, pero…

Clive trató de dar a su actitud el afectuoso estímulo de una madre que ayuda a su hijito a arrojar una espina que tiene clavada en la garganta.

—Yo… yo no estaba haciendo nada malo allí —masculló Mederlinck.

—Eso es precisamente lo que quiero creer —aseguróle Clive—. Pero me resulta difícil formarme una opinión a menos que usted me diga exactamente qué hacía. Me parece inútil agregar que puede usted contar con mi discreción.

—¡Oh, de eso estoy perfectamente seguro! Como hombre de mundo, le será fácil percatarse de la delicada situación en que me encuentro. Verá usted… sucede que tengo una… una amiguita en l’avenue
de la Folie Chanson.

Hubiese significado un gran placer, pensó Clive, para ciertos hombres arruinados por Mederlinck en su implacable ascensión hacia el poder y la fortuna, contemplar al gran hombre en ese momento. Parecía un niño que acaba de recibir un reto.

—Se trata… se trata de una joven que posee un notable talento como bailarina; he tomado un particular interés en su carrera y… hmm… la he ayudado para que estudiara con el maestro de *ballet* de la *Monnaie*… usted comprenderá. Le alquilé ese departamentito en
l'avenue
de la Folie Chanson y, como es natural, me agrada ir de vez en cuando para ver cómo andan las cosas. El jueves por la noche mi mujer había prometido a unos primos suyos ir a comer con ellos para ir luego a ver una obra de Maeterlinck, que a mí me resulta soberanamente aburrida; así es que inventé una comida de negocios y… bueno, me fui a
l'avenue
de la Folie Chanson. Llegué a eso de las ocho y permanecí allí hasta poco después de las once, de modo que mi auto estuvo frente a la casa por lo menos durante tres horas. Eso no lo puedo negar. ¿Y cómo iba a saber yo que mientras tanto estaban asesinando a ese pobre… en la casa de al lado?

—Por cierto que no tenía por qué saberlo. Ahora bien; sé que le desagradará la pregunta y lo comprendo, pero debe reconocer que es de esencial importancia: ¿podría saber el nombre de la señorita en cuestión?

Mederlinck se retorció como un pez recién sacado del agua. Evidentemente había estado aguardando que Clive pasara por alto ese detalle, pero no fue tan tonto como para poner objeciones.

—Se llama Yvonne Masson —respondió con aire desamparado—. Espero que usted… que la policía, no la atemoricen innecesariamente.

—La iré a ver personalmente y no le mencionaré a la policía —lo tranquilizó Clive. Sabía que, como coartada, el testimonio de ella no tendría ningún valor, ya que Mederlinck se abalanzaría indudablemente sobre el teléfono, apenas quedara solo, para indicarle lo que tenía que responder—. Por supuesto, me veré obligado a decir a la policía que estaba cenando en una casa de esa

calle, para dar razón de la presencia de su automóvil allí, pero no veo motivo de que se puedan mostrar interesados en su… amiga.

—Mi querido *monsieur* Clive, no me preocupa en absoluto la policía. Gracias a Dios no tengo nada que temerle. Es mi esposa la que me aflige.

Clive trató de disimular una sonrisa. Sabía demasiadas cosas como para no suponer que Mélisande se mostraría bastante tolerante si llegara a enterarse de los pecadillos de su marido.

—No hay ninguna razón para que *madame* Mederlinck llegue a saber algo de esta entrevista. Supongo que no sospechará nada…

—No veo cómo sería ello posible —repuso Mederlinck, pero su ceño denotaba preocupación—. He tenido sumo cuidado y, además, no hay nada malo en todo esto. Nada, en absoluto. Pero… ahora que menciona el asunto, ella me dio un buen susto el viernes pasado al preguntarme dónde había estado la noche anterior. Me tomó completamente desprevenido con la pregunta, pues muy a menudo tengo reuniones de negocios por la noche y nunca ha demostrado curiosidad al respecto; así que mucho me temo haber titubeado un poco al contestarle. Me miró de una manera extraña, y desde ese día me siento algo intranquilo.

—¿No puede haber sido —preguntó Clive lentamente y marcando sus palabras— que, enterada de la muerte de Garrison por los diarios, haya querido asegurarse de dónde andaba usted en el momento del crimen? —Sintió que pisaba un terreno peligroso.

Mederlinck le clavó la mirada y su rostro se congestionó de tal modo que las venas de la frente parecieron a punto de estallar. Clive tuvo la impresión de que se vio demasiado sorprendido y molesto por este súbito ataque para mostrarse enojado.

—Pero ¿por qué, *monsieur*? —preguntó con toda la dignidad que pudo asumir—. ¿Por qué habría de preocuparse mi mujer a ese respecto?

La tensión había llegado a su punto máximo. Clive optó por una política conciliatoria e hizo acopio de todo su tacto para enfrentar la situación.

—*Monsieur* —dijo, con una sonrisa subyugadora—, una de las desventajas de mi profesión consiste en que a menudo debo parecer imperdonablemente indiscreto. Por nada del mundo quisiera ofenderlo, pero debo recordarle que su esposa es una mujer

sumamente hermosa y que era una creencia general que el señor Garrison se sentía muy atraído hacia ella. Por supuesto, todos aquellos que los conocieron bien parecen estar persuadidos de que su amistad fue absolutamente inocente —Clive esperaba que el Supremo Hacedor le perdonara esa mentira tan notoria—. Pero los esposos son frecuentemente celosos, aun sin mayor razón; es por eso que el simple motivo de que usted hubiese hecho notar alguna vez a *madame* Mederlinck que veía a Garrison con demasiada frecuencia, hubiese contribuido a que ella se sintiera inquieta por usted al recibir la noticia de su muerte. Así mismo, ello explica el fastidioso interés que nos hemos visto obligados a tomar con respecto a los movimientos de usted el jueves por la noche…

Clive no tenía la menor idea del resultado que produciría este acto de audacia. O bien Mederlinck estaba al tanto de las relaciones de su mujer con Garrison, comprendiendo por consiguiente que todo el mundo estaba enterado y que su propia posición era decididamente equívoca; o bien lo ignoraba todo y esta súbita revelación podría provocar alguna reacción reveladora y establecer su inocencia. También podría precipitar una crisis en la familia Mederlinck, pero de eso se tendrían que encargar ellos mismos.

Otro hombre de temperamento más sensible se hubiese rebelado ante esta incursión dentro de sus sentimientos más íntimos; pero Mederlinck no era un caballero, y su primer pensamiento fue más para él que para la reputación de su esposa. La mente astuta del victorioso hombre de negocios que siempre anteponía el fin a los medios había entrado en acción, y era evidente que se había propuesto no perder la paciencia por mayor que fuese la provocación. El color de su rostro seguía tirando a violáceo, pero el tono de su voz fue sorprendentemente sosegado.

—Me parece perfectamente lógico. Es natural que una mujer joven y hermosa tenga admiradores; y cuando su marido se ve obligado a ausentarse frecuentemente por razones de negocios, como sucede conmigo, debe existir el mejor entendimiento entre ellos. Ese entendimiento, *monsieur*, está presente entre mi mujer y yo. Nunca dejé de notar que el pobre Garrison no era del todo insensible a los atractivos de mi esposa y que a ella le agradaba andar a caballo y jugar al *bridge* con él; pero, fuera de hacerle alguna que otra broma al respecto, jamás le concedí mayor

importancia al asunto. Nunca sentí celos de Garrison y, de haberlos tenido, hay mil modos de hacer frente a una situación como esa. Uno lleva a su mujer de viaje; o bien insinúa al individuo en cuestión que sus visitas ya no son gratas; o, sacrificando los propios intereses, se resuelve a acompañar a su mujer a todas partes, a fin de acallar las habladurías… en fin, todo lo que usted quiera, pero uno no comete un crimen, *voyons!*

Miró fijamente a Clive y en sus pequeños y penetrantes ojos azules apareció por fin un destelle de jovialidad.

—He estado investigando algunas cositas por mi cuenta desde nuestra última entrevista del sábado, señor Clive, y puedo leer lo suficientemente bien el inglés como para sacar provecho de la información contenida en ese interesante libro llamado «Quién es Quién». Estoy al tanto de la reputación que usted posee en su especialidad y no necesito ninguna garantía en cuanto a su discreción. De modo que le voy a confiar ciertos detalles que ni siquiera he considerado oportuno discutir con mis amigos más íntimos. Gozo de una gran prosperidad y desde el punto de vista económico no puedo desear nada más; pero estoy muy lejos de considerar terminada mi carrera. El partido político a que pertenezco tiene interés en proponerme para el Senado, lo cual podría traer como consecuencia un puesto en el Gabinete. Además, sé de buena fuente que Su Majestad está considerando la posibilidad de nombrarme baron, lo cual es algo que uno no rehúsa fácilmente. Ahora bien, con tan brillantes perspectivas, ¿le parece lógico que comprometa mi futuro y aun que me exponga a la deshonra y la cárcel en un arranque estúpido de celos juveniles? Le pregunto, ¿le parece razonable?

Clive había estado estudiando atentamente a Mederlinck mientras hablaba y, aunque sabía que este no vacilaría en mentir si ello convenía a sus fines, admitió que sus palabras tenían un acento de veracidad. Era un individuo tosco e inculto, desprovisto de sutileza; pero su vertiginosa trayectoria hasta la posición que ahora ocupaba denotaba inteligencia y un profundo conocimiento de la naturaleza humana. Debió darse cuenta de que al casarse con una mujer veinticinco años menor que él y perteneciente a un mundo totalmente distinto corría el grave riesgo de pasar a la categoría de los maridos engañados. Mas, por otra parte, si su mujer *debía* tener

un amante, podría haber hecho algo mucho peor que elegir a un extranjero como Garrison, que al fin y al cabo estaba solo por un tiempo limitado en Bruselas y que pronto se alejaría para siempre de su vida. Es cierto que, según la servidumbre (de acuerdo con el testimonio de Jani), se habían producido disputas; pero el mismo Mederlinck admitía haber «hecho bromas» a su mujer con respecto a Garrison. Clive se imaginaba la delicadeza de esas bromas, como asimismo la poca paciencia con que serían recibidas por su exquisita consorte. Por lo demás… ¿y aquel maldito disco fonográfico…?

—Le agradezco su confianza, *monsieur*, y créame que no he de defraudarlo. Creo que todavía no le pregunté si conoció a Garrison con anterioridad; por ejemplo, cuando estuvo aquí ayudando a la Comisión de Ayuda a Bélgica durante la guerra…

—Pasé toda la guerra en el frente junto a mi rey, *monsieur* —replicó Mederlinck con grandilocuencia.

—¡Ah, sí, naturalmente! Somos de la misma generación… Pero yo hice la guerra en Francia —Clive consideró que había llegado el momento de suavizar un poco la situación y pensó que siempre resulta agradable a un hombre de la edad de Mederlinck que otro que no aparenta más de treinta y cinco años lo trate como un contemporáneo—. ¿Nunca tropezó con él en el curso de sus viajes…? ¿En Viena, por ejemplo?

—No. Viví en Viena un par de años, mientras estuve a cargo de nuestra filial allí, pero no recuerdo haber conocido a Garrison.

—Pasando a otro tema, ¿nunca oyó hablar de una sociedad secreta vienesa que se valía del *Capricho Vienés* de Kreisler a modo de distintivo?

El cortapapeles detuvo su movimiento por un instante y Mederlinck clavó en Clive su mirada sorprendida.

—*Mon Dieu*, no había pensado en esos imbéciles durante años. Sí, los recuerdo. ¿Por qué?

CAPITULO XVII

Clive reclinóse en su silla y trató de no dejar traslucir el estupor que experimentaba. Había formulado la pregunta sin pensar ni remotamente que obtendría una respuesta provechosa; solo como simple cuestión de rutina. ¿Era posible que nada menos que Mederlinck pudiese proporcionarle algún dato de interés con respecto a los *capricieux*?

—¿Puede contarme algo acerca de ellos?

—No mucho. Ni siquiera llegué nunca a saber exactamente quiénes eran o qué hacían. Pero, cierto día, al salir de nuestro banco de Viena en compañía de un colega austríaco, advertí un compás de música garabateado con tiza en la pared. Hice un comentario, atribuyendo el hecho a una nueva forma de vandalismo, y entonces mi amigo austríaco me informó que se trataba de las primeras notas del *Capricho Vienés* y que debía ser obra de una banda de jóvenes, posiblemente estudiantes de música, que habían formado una sociedad secreta y que utilizaban el *Capricho* para identificarse. Dijo que se reunían en cierto café y me preguntó si me divertiría ir allí a tomar un aperitivo; de modo que allí nos dirigimos. Lo cierto es que había un grupo de muchachos jóvenes hablando acaloradamente en un rincón, hasta que de pronto apareció otro en la puerta y silbó un trozo del *Capricho Vienés*, con lo cual los demás se esfumaron como por arte de encantamiento. Pero ¿me permite que le pregunte qué tiene todo esto que ver con el presente asunto, *monsieur*? —El tono de Mederlinck seguía siendo amable, aunque ya comenzaba a mostrar signos de impaciencia.

A Clive parecióle innecesario ocultarle lo de los discos fonográficos y terminó preguntándole si alguna vez había conocido a Walter Searle. Mederlinck contestó sin la menor vacilación.

—No, pero he leído algunos de sus libros… sumamente

informativos. Leí en el *Paris-Soir* que lo habían matado. Ni en sueños me imaginé que su muerte podía estar relacionada con la de Garrison, ¿o no es así?

—Eso lo dejo a su criterio. Sería una coincidencia bastante asombrosa si no fuese así, ¿no le parece?

Mederlinck pareció experimentar cierto desasosiego y Clive se preguntó si estaría arrepentido de haber admitido tan espontáneamente su vinculación con los *capricieux*. Pero, los minutos transcurrían inexorables y Clive tuvo que levantarse.

—Perdóneme si le he hecho perder gran parte de su mañana y muchas gracias por haber sido tan paciente conmigo.

—¡Al contrario, al contrario! —Mederlinck lo acompañó hasta la puerta con efusivos ademanes de cordialidad, pero siempre mirándolo con un ojo alerta—. Espero que ya no me mirará como un posible asesino…

—¡Nunca dije nada de eso! *Au revoir, monsieur*.

La visita a l'avenue de la Folle Chanson era simplemente una cuestión de fórmula, pero tenía que hacerse. La puerta del departamento de Yvonne Masson fue abierta por una joven campesina flamenca de semblante fresco y grandes ojos azules, sumamente pulcra y aparentemente muy tonta. Ante la información de que *mademoiselle* estaba en la casa, Clive se demoró en el pequeño vestíbulo antes de penetrar en la sala. ¡Allí tenía a alguien que sin duda no sabía mentir!

—Aguarde un instante antes de llamar a *mademoiselle* —díjole con una sonrisa, al tiempo que exhibía una moneda de veinte francos en la palma extendida de su mano—. Estoy investigando un… accidente ocurrido a uno de sus vecinos hace pocas noches y creo que usted podrá ayudarme. *Mademoiselle* tuvo un caballero a cenar el jueves pasado, ¿no es así?

—¿El jueves? Sí, *monsieur*. —La muchacha estaba insegura, pero era evidente que se sentía atraída por Clive.

—¿Estuvo usted aquí esa noche?

—Oh, sí, *monsieur!*

—El caballero, según tengo entendido, ¿no llegó alrededor de las ocho? —Asintió ella con un movimiento de cabeza y lo miró completamente desconcertada—. ¿Se quedó aquí toda la noche?

—Yo me fui a dormir a eso de las diez y todavía no se había ido.

—Lo que quiero decir es si se quedó aquí todo el tiempo, sin salir ni por unos instantes.

Arrugó la frente en un esfuerzo por concentrarse.

—Solo cuando fue en busca del *Cointreau* —dijo por último.

—¿Qué quiere decir con eso? ¿A la bodega? —Clive no concebía a Mederlinck en el papel de *sommelier*; pero todo es posible en un hombre enamorado.

—No, *monsieur*. Mientras yo estaba sirviendo el café, *mademoiselle* me pidió que trajera el coñac que le gusta a *monsieur* y *Cointreau* para ella; pero la botella de *Cointreau* estaba vacía y *mademoiselle* se mostró tan contrariada, pues tiene preferencia por los licores dulces, que *monsieur* insistió en ir a comprar una botella a
l'avenue
de
l'Hippodrome.
Me ofrecí para ir yo, pero contestó que no, que tenía el coche en la puerta y que solo tardaría un minuto, y que, además, le agradaba hacerlo por *mademoiselle*.

—¿A qué hora ocurrió esto?

—Creo que alrededor de las nueve.

—¿Estuvo mucho rato ausente?

—Más de lo que pensaba; quizás un cuarto de hora. Cuando me entregó la botella para que la destapara, dijo que la tienda en que generalmente hace sus compras estaba cerrada y que, por lo tanto, tuvo que ir hasta la place Saint-Croix.

—Muchísimas gracias. ¿Ahora quisiera entregar mi tarjeta a *mademoiselle*? Y… no necesita decirle nada de lo que acabo de preguntar.

Los veinte francos cambiaron de mano. Quizá se lo contaría o no a su ama, pero deseaba por su bien que no lo hiciera, pues si Mederlinck llegaba a saberlo, la ingenua muchacha flamenca se encontraría pronto sin trabajo.

La sala era tal como él esperaba: una mezcla de vulgar estilo moderno con un supuesto Luis XVI, acompañado de horribles pantallas y flamantes jarrones de Satsuma. La alfombra era un Tabriz rosa fuerte, las cortinas de seda rosada estaban recogidas

mediante grandes ramos de flores de vidrio. Mederlinck había sido generoso y su amiguita había dado rienda suelta a su dudoso gusto.

Al hacer su aparición, demostró estar de acuerdo con el cuarto. Era el polo opuesto de *madame* Mederlinck: pequeña, morena y vivaz, contrastaba con la Mélisande alta, rubia y majestuosa que Clive había admirado. Un pijama de satén azul realzaba las líneas de una silueta que, de no haber estado sujeta al estricto régimen de una bailarina, hubiese tenido tendencia a ser regordeta; además, su maquillaje era más indicado para el escenario que para una luminosa mañana de mayo. La acompañaba un pequeño bulldog francés, accesorio casi obligado en las damas de aquel tipo.

Saludó a Clive con desenvoltura y lo invitó a tomar asiento con una voz que sugería el populoso barrio de Bruselas conocido con el nombre de Marolles. Era evidente que se hallaba perfectamente prevenida con respecto a su visita. Con todo, Clive procedió, como siempre, a explicar lo que lo traía y manifestar que se hallaba verificando cuáles habían sido las actividades de las amistades de Garrison durante la noche del crimen. Una vez cumplido esto, le preguntó si *monsieur* Mederlinck había cenado con ella el jueves.

—Sí —trinó ella—. Ha sido un perfecto padre para mí, ese buen señor Mederlinck. Me está ayudando en mi carrera, a fin de que, en lugar de permanecer simplemente en el cuerpo de baile, pueda llegar a ser una verdadera *bailarina*. En realidad, lo considero como un segundo padre.

¡Cómo le hubiese gustado a él oír aquello!

—¿Tendría inconveniente en decirme a qué hora llegó y cuándo se fue?

—Yo siempre como a las ocho, y recuerdo que no llegó con retraso; de modo que podríamos decir que vino a las ocho; y creo que era alrededor de las once cuando se fue. No más tarde.

—¿Y se quedó aquí todo ese tiempo… desde las ocho hasta las once?

—Claro que sí.

La miró fijamente y sus brillantes ojos oscuros sostuvieron su mirada.

—¿Está usted segura de lo que dice, *mademoiselle*?

—Por supuesto que sí —respondió ella con un dejo de impaciencia—. Es un hombre muy ocupado y le agrada pasar de vez

en cuando una velada tranquila conmigo; lo descansa. Jugamos al *bezique*.

Clive tuvo cierta dificultad en reprimir una sonrisa ante la revelación de este modo verdaderamente hogareño de pasar la velada.

—Sucede —dijo, marcando sus palabras— que me veo forzado a insistir sobre este punto porque *monsieur* Mederlinck fue visto en momentos en que salía de este edificio alrededor de las nueve. De modo que me pregunto si algún pequeño detalle no habrá escapado a su memoria.

Esto era depositar la más absoluta confianza en las palabras de la criada, pero Clive estaba persuadido de que esa criatura tonta de grandes ojos inocentes era incapaz de mentir sin delatarse irremediablemente. En cambio, su ama tenía la mirada límpida y cándida de una mentirosa congénita.

Por lo pronto, las palabras de Clive la obligaron a dar un brinco y le hicieron perder por completo su aplomo. Era evidente que le habían indicado lo que tenía que decir y que en ningún momento había sospechado el giro inoportuno que tomaría el interrogatorio. Tampoco poseía la experiencia social de *madame* Mederlinck o la práctica teatral de Mitzi para que la ayudaran a salir del trance. Estaba indudablemente confundida y no sabía qué rumbo tomar.

—Pero le aseguro, *monsieur*, que está usted equivocado. En verdad…

—¡Vamos!, *mademoiselle*, su misma hesitación demuestra que estoy diciendo la verdad. Usted sabe que *monsieur* Mederlinck no permaneció ininterrumpidamente aquí toda la noche. Es preferible que se muestre sincera conmigo.

Pero ella había tenido tiempo de recobrar la calma y recordar cuál debía ser su actitud. Le habían dictado su lección y estaba decidida a aferrarse a ella.

—Le *estoy* diciendo la verdad, *monsieur* —replicó con firmeza —. Le doy mi palabra de que *monsieur* Mederlinck no salió para nada de este departamento entre las ocho y las once de la noche del jueves.

Clive la contempló meditativamente. De nada serviría espetarle la historia del *Cointreau*; se limitaría a negarla y podría costarle el

puesto a la criada. Por otra parte, él sabía que sería extremadamente difícil, si no imposible, verificar esa declaración. Por más cosas que hubiese hecho Mederlinck durante su ausencia, lo cierto era que a su regreso había traído consigo una botella de *Cointreau*. Cualquier averiguación entre los cafés y comercios de las inmediaciones solo traería como consecuencia una rotunda negativa, ya que, bajo la legislación belga, los cafés y restaurantes no tenían permiso para expender otra clase de bebidas que el vino de mesa, e incluso los establecimientos con permiso especial solo podían vender tales bebidas alcohólicas en cantidad de dos litros a la vez. Clive sabía que la ley era infringida con frecuencia, en el caso de personas conocidas por los dueños; pero era inútil tratar de obtener el reconocimiento de una contravención semejante, con la fuerte multa que traía aparejada.

La única posibilidad consistía en tratar de asustarla. Dio a su voz un tono severo.

—Lo siento, pero no parece usted darse cuenta de la gravedad de la situación. Un hombre ha sido asesinado, el crimen más atroz que existe, y todo esfuerzo resultará pequeño hasta que encontremos al asesino. El deber de cada ciudadano observante de la ley es el de colaborar con las autoridades en todo lo que esté a su alcance, para aclarar este misterio, ya que reteniendo cualquier información, por menos importante que parezca, puede ser considerada como cómplice. No está usted ayudando para nada a *monsieur* Mederlinck al negar que abandonó la casa durante unos minutos aquella noche; por el contrario, lo perjudica. Es muy posible que haya salido por un motivo completamente inocente, a comprar cigarrillos o un periódico de la tarde, pero al no querer decir la verdad puede usted conducirnos a conclusiones erróneas.

Ella vaciló y Clive creyó adivinar el proceso mental que se desarrollaba detrás de ese menudo rostro pintado. Sus palabras la habían impresionado y lo del *Cointreau* proporcionaría a Mederlinck una razón absolutamente inofensiva para explicar su salida; pero, por otra parte, ella había recibido sus instrucciones y si se dejaba abatir ahora y decía la verdad, ello podía costarle la protección de uno de los hombres más ricos de Bruselas, quien, además, era capaz de perseguirla y en su afán de venganza comprometer seriamente su futuro. Por mayor que fuese su miedo a

la ley, este pesaría muy poco al ser colocado en la balanza junto con el temor que le produciría incurrir en el desagrado de Mederlinck. Su vanidad le permitía apreciar que era posible encontrar en Bruselas cientos de jóvenes muchachas con su tipo común de belleza y su fresca vivacidad, mientras que no abundaban tanto los Mederlinck dispuestos a pagarles el alquiler y comprarles lindos vestidos. Su voz adquirió un timbre metálico y el fuerte acento de Marolles se hizo aún más evidente.

—Lo sé perfectamente, *monsieur* —observó con tono desafiante —, y solo le puedo repetir que le he dicho la pura verdad.

Clive se puso de pie, hizo una fría inclinación de cabeza y dejó traslucir una sombra de amenaza en sus palabras:

—Lo siento. Buenos días, *mademoiselle*.

Ella le devolvió una sonrisa seductora (sin duda por la fuerza de la costumbre) y lo acompañó cortésmente hasta la puerta. Al cerrarse esta tras sí, preguntóse cuántos segundos transcurrirían antes de que ella llegara hasta el teléfono y llamase a Mederlinck.

Mientras el ascensor lo llevaba hasta la planta baja, Clive murmuró en voz alta:

—¡Malditas sean todas las coartadas!

CAPITULO XVIII

—Pero ahora, por lo menos, sabemos —dijo Lejour con aire esperanzado— que podemos eliminar dos coartadas. Es cierto que no puedo practicar un arresto sin tener algo más positivo en que apoyarme, pero si pudiésemos encontrar a alguien que hubiese visto a uno de los dos entrar en el edificio donde vivía Garrison…

—Supongamos que ninguno de ellos lo haya hecho —sugirió Clive, mientras medía el despacho del inspector a grandes pasos.

—¿No cree usted que ninguno de los dos sea nuestro hombre?

—Francamente, no lo sé. Jani es posible, si usted quiere. Es un individuo que no se halla muy lejos del hombre de Neanderthal, y bajo el impulso de un complejo persecutorio o algo parecido podría llegar a cometer un crimen. Posee el exasperante fanatismo del comunista, pero no es ningún tonto y, si realmente es el asesino, no veo por qué anunció su presencia entrando con gran estruendo en el patio montado en la motocicleta y poniéndose en evidencia ante el vendedor de tabaco. No puedo dejar de pensar que si Jani fuese realmente el autor del crimen, lo habría hecho en forma mucho más perfecta, sin gran despliegue de imaginación, pero tampoco dejando cabos sin atar. Hubiese pensado en el detalle de pedir prestada la motocicleta a Cloquet, por ejemplo, pero se le hubiera ocurrido otro motivo para haberlo hecho, como el haber olvidado su billetera u otra cosa que no evidenciara su presencia en
l'avenue
Emile Duray en el momento del crimen.

—¿Y Mederlinck?

Clive se sentó y encendió un cigarrillo.

—En cierta oportunidad escribí un libro —dijo— llamado *La ecuación personal en el crimen*, que estoy traduciendo al francés en mis momentos libres; le haré llegar un ejemplar en cuanto se

publique. Trata de la inmensa importancia que tiene para el detective la fórmula personal del sospechoso.

—Sí, pero usted dijo anoche —observó Lejour, haciendo un despliegue de excelente memoria— que son muy pocas las personas que se ajustan siempre a la misma regla.

—No se ajustan *siempre* es verdad; pero la mayor parte de las veces así ocurre y uno de los primeros requisitos para la investigación de un crimen consiste en la clara comprensión de la naturaleza humana. Ahora bien, en el caso de Mederlinck poseemos no solo lo poco que he podido observar en él, sino la historia de su vida para orientarnos. Por lo que he podido averiguar, su origen fue sumamente modesto…

—Hijo de un herrero de aldea…

—Exacto. Y desde su infancia demostró afán por aprender y progresar; fue subiendo de puesto en puesto, cada uno mejor que el anterior, y al llegar a los cuarenta años ya era una figura importante. Pues bien, ¿qué indica todo esto? ¿Ambición? Sí. ¿Determinación? Sí, y tenacidad, y todo lo que usted quiera; pero también una suprema cualidad que no debemos pasar por alto: inteligencia. Inteligencia, Lejour; y por peor concepto que tengamos de la personalidad de Mederlinck, nos vemos obligados a admirar su talento. Ahora bien, si un hombre verdaderamente ingenioso se propone cometer un crimen, y si su inteligencia pertenece al tipo puramente práctico y materialista de la de Mederlinck, ¿qué es lo que hace? ¿O qué es lo que no hace?

Lejour permaneció a la expectativa, mirando a Clive, que comenzó a enumerar punto por punto los fundamentos de su teoría.

—En primer lugar, no estaciona su auto a solo unos pocos metros de la casa de su futura víctima; más aún, no creo que fuese capaz de escoger precisamente esa noche para pasarla en compañía de su amiguita, estando tan desagradablemente cerca del lugar del crimen. Más bien hubiese fraguado una coartada en algún lugar remoto de la ciudad, con toda la perfección que acostumbran tener las coartadas falsas, o hubiese hecho reservar por intermedio de su secretaria y a la vista de todos un pasaje para París o Amsterdam, para escabullirse luego, y volver a la ciudad, después de cuidarse de que un buen número de personas lo viesen ir a tomar el tren o el avión. Por otra parte, si fuera realmente culpable, no creo que

hubiese descuidado el detalle de una mucama que podía divulgar lo del *Cointreau*; probablemente hubiese insinuado a la pequeña Masson que dejara salir esa noche a la criada y que tomaran una cena fría para poder estar cómodamente solos. Sin duda ha olvidado lo de la mucama, ya que de no ser así se habría encargado de comprar su silencio en lo referente al incidente del *Cointreau*; si fuese culpable no podría olvidar un detalle tan importante como ese.

—Pero prácticamente todo criminal comete un traspié en algún momento —objetó Lejour—. Es gracias a eso que los pobres policías podemos hacer arrestos.

—Lo sé, pero un individuo realmente inteligente no incurre en un descuido semejante. Sé que usted me va a decir que un hombre puede ser un brillante financiero y un pésimo criminal —Lejour, que había estado a punto de decir precisamente eso, sonrió—, pero en un sujeto tan tozudo como Mederlinck, de existir una falla, esta tendría que ser en el aspecto psicológico, ya que en la coordinación de los detalles y el mecanismo del crimen procedería con la fría seguridad de un jugador de ajedrez.

—Pero erró seriamente en el aspecto psicológico, como dice usted, al hacerle un recibimiento tan absurdo la primera vez que fue usted a verlo —señaló Lejour.

—Así es, pero es que ese día había experimentado una fuerte sacudida: su mujer lo atemorizó con sus sospechas; recordaba además que su auto había estado estacionado cerca de la casa de Garrison durante varias horas; de modo que lo único que se le ocurrió fue mostrarse arrogante conmigo y enseñarme la puerta. Es astuto, pero no muy vivo. Hoy tuvo tiempo para recapacitar las cosas y se dio cuenta de que era mucho más sensato tratarme como un amigo.

—De todos modos, tuvo buen cuidado de hacer jurar a la joven Masson que no había salido para nada del departamento.

—Por cierto que sí. Mas ¿quién no lo hubiese hecho?

—Bueno —dijo Lejour—, pero el hecho es que tenemos dos hombres que tuvieron la oportunidad de matar a Garrison y que consideraron que valía la pena elaborar una coartada. Aún estoy haciendo seguir a Jani y creo que no estará de más vigilar también a Mederlinck.

—¡Oh, por supuesto! El que yo encuentre fallas en ellos como posibles asesinos no significa que sean ambos inocentes. Me he equivocado otras veces, pero solo puedo ver las cosas a mi manera. Yo soy como el especialista a quien llaman para curar a un enfermo de pesadillas, mientras el médico de cabecera le atiende el hígado. Y, hablando de pesadillas, me veo perseguido hasta en sueños por ese *Capricho Vienés*. ¿Ha puesto usted un hombre para recorrer las tiendas de música?

—Sí y esta misma tarde espero su informe. Le he dicho que vaya personalmente a los comercios, pues la gente a menudo recuerda mejor las cosas cuando se le habla en persona y no por teléfono —Lejour tampoco carecía de ciertas nociones de psicología—. Pero —agregó— si no son los culpables ni Mederlinck ni Jani, ¿quién lo es?

—¿Quién? Eso digo yo —suspiró Clive—. Con todo, una cosa es segura: Viena tiene algo que ver en todo esto.

—Viena —murmuró Lejour pensativamente. Miró de reojo a Clive—. ¿Está usted seguro de que la pista no conduce a Mitzi Schramm?

—Muy lejos de ello. Más aún, estoy por ver qué puedo hacer para echar a perder la coartada de Arany. Le sugiero que trate de telefonear a los restaurantes del *Bois*, hay unos cuantos, ¿no es así?, para averiguar si Mitzi fue vista en alguno de ellos la noche del jueves y, en ese caso, aproximadamente a qué hora. Hace ya bastante tiempo que está aquí como para que los mozos la conozcan de vista. Sigo sin creer que ella sea la autora material del crimen, pero… es un eslabón.

—Indudablemente —convino Lejour, mientras tomaba el teléfono.

—Una de las cosas más atractivas de este caso —comentaba más tarde Clive en compañía de Wilcox y Copeland— es que nadie tiene una coartada que valga algo. Esta mañana echamos por tierra las de Mederlinck y Jani, esta tarde he llegado a la conclusión de que la de Arany es muy endeble. En cuanto a Mitzi, no se ha molestado en buscarse una.

Los tres hombres se hallaban instalados en el estudio de Wilcox, recuperándose de las fatigas del día con la ayuda de un excelente *whisky* escocés. Clive les había proporcionado un resumen de las

novedades (reservándose las confidencias de carácter personal de Mederlinck) y, mientras su excelencia se inclinaba más bien a sospechar del banquero, Copeland persistía en su convicción de que Jani presentaba todas las características de un asesino nato.

—¿Qué pasa con la coartada de Arany? —preguntó Wilcox.

—Nada, fuera de una gran vaguedad. El mozo del restaurante de la rue du Cirque recuerda claramente que Arany y su amigo, ambos muy conocidos allí, cenaron el jueves por la noche y se fueron más bien temprano, aunque no pudo recordar la hora. El portero del *Hôtel Terminus* no pudo proporcionarme ningún dato de interés. Dice que Arany es un hombre de costumbres bastante regulares, que generalmente sale para cenar alrededor de las siete y media y vuelve a eso de las nueve para cambiarse antes de ir a *Le Hibou*. No recuerda nada especial acerca del jueves; dice que es muy posible que Arany se haya detenido a hablarle al entrar o al salir (como sucede a menudo), pero admite que igualmente puede haber sido el miércoles o el viernes en lugar del jueves. Su coartada puede ser perfectamente sólida o simplemente inexistente.

—No me explico qué motivo puede haber tenido Arany para desear la muerte de Peter —observó Copeland—; a menos que, después de cavilar durante varios años las infidelidades de Mitzi (pues me imagino que ella ha sido su amante en sus… digamos, momentos perdidos), se le haya subido la sangre a la cabeza, y la simple vista de un antiguo amante que podía entrar nuevamente en su vida le haya hecho perder por completo los estribos.

—Con un temperamento como el suyo se puede pensar en los procesos más extraños. Tal como lo veo, es como una polilla que insiste en volar tan cerca de la llama que termina por caer con las alas quemadas. En su afán de ser buena con él, Mitzi le ha hecho probablemente más daño que bien; hubiese sido mejor para ambos si ella se hubiera separado de él años atrás.

—Esta Mitzi parece ser una verdadera *femme fatale* —exclamó Wilcox con todo admirado.

—Pues, por raro que le parezca, no lo es —respondióle Clive—. Pero es una hija de Venus que nació para amar y ser amada, y dudo que sea capaz de dañar a una mosca voluntariamente. Se muestra perfectamente abierta y franca al hablar de sus enredos amorosos, pero parece tener un corazón muy espacioso y resulta inevitable

que de tanto en tanto se le compliquen las cosas. Si no ha borrado a Arany de su lista hace rato es porque no se resigna a la idea de herirlo; además, él ha amenazado suicidarse ante la sola posibilidad de no poder acompañarla en sus canciones. A la verdadera *femme fatale* no deja de agradarle que los hombres se maten por ella; pero una cosa semejante horrorizaría a Mitzi, y estoy seguro de que jamás se repondría del golpe. ¿No está de acuerdo conmigo, Copeland?

—¡Oh, sí, completamente! Es una buena chica, esa Mitzi; tiene un corazón de oro. Y además es muy inteligente.

—Tengo que oírla cantar una noche —dijo el embajador—. Nunca voy a ninguna parte, fuera de banquetes oficiales y conciertos sinfónicos. ¡Es una vida de perros!

—Yo lo acompañaré, cuando usted quiera —ofrecióle Clive—. Y a la señora de Wilcox también; si me concede ese honor. Es un lugar muy elegante y Mitzi canta realmente bien. ¿No estarán ustedes libres esta noche?

—Tenemos una comida —repuso indecisamente Wilcox— en la Legación de Dinamarca, pero las recepciones allí por lo general terminan bastante temprano. Espere un segundo, que le pregunto a mi mujer.

Apretó un botón de un teléfono interno, mantuvo una breve conversación que aparentemente lo dejó muy satisfecho y mostró un rostro radiante a Clive.

—Está bien; dice que somos los invitados de honor, de modo que podemos ser los primeros en irnos. La comida es a las ocho; así que podremos salir a eso de las diez y media y estar en el *cabaret* antes de las once.

—¡Espléndido! Mitzi canta a las once. Tengo in mente un pequeño experimento que quisiera probar. ¿Puede usted venir también, Copeland?

—Me encantaría. Estoy invitado a un partido de *bridge*, pero puedo escaparme.

—¿Puedo llamar a Lejour desde aquí para saber si tiene alguna noticia del disco?

—¡Por supuesto! Hable por este teléfono —Wilcox demostraba todo el entusiasmo de un niño que después de estar bajo la estricta vigilancia de una gobernanta se encuentra de pronto en medio de

un *picnic* con todos sus amigos.

La conversación de Clive con el inspector fue breve, pero sus compañeros pudieron adivinar por la expresión de su rostro que las noticias eran de cierta importancia. Colgó el auricular lentamente y volvió su mirada pensativa al embajador.

—Nada interesante se ha averiguado sobre los movimientos de Mitzi la noche del jueves —informó—. El mozo del *Châlet de Lorraine* afirma que cenó allí una noche de la semana pasada, pero no recuerda el día e ignora quién era su acompañante o qué aspecto tenía. Es una gran ayuda… En cuanto al disco fonográfico, han encontrado solo dos comercios que tienen registrada la venta del *Capricho Vienés* en esta última quincena: uno en Saint-Gilles, a una señora anciana, y otro cerca de la *Gare du Nord*, hace aproximadamente una semana, a un hombre pequeño con marcado acento extranjero.

Se produjo un silencio profundo, interrumpido por un prolongado y suave silbido emitido por Copeland. Clive sacudió gravemente la cabeza. Su semblante parecía haberse ensombrecido y su actitud era tensa.

—Sí —dijo—. Sin duda este es el momento de llevar a cabo mi pequeño experimento. Caballeros, os espero en *Le Hibou* a las once menos cuarto.

CAPITULO XIX

La señora de Wilcox miró a su alrededor con natural interés, mientras ocupaban sus asientos en la mesa que Clive había reservado cerca del pequeño escenario en el cual Mitzi haría su presentación. Con su elegante vestido negro, sus magníficas joyas, los cabellos grises suavemente ondulados y su capa de zorros plateados, llamaba la atención aun entre la gran cantidad de mujeres jóvenes y hermosas que colmaban *Le Hibou*.

—Me gusta esto —manifestó—. Malcolm, cuando ya no seas embajador, tú y yo volveremos a Europa a gozar un poco de la vida. Conozco a mucha de esta gente de vista, pero parecen más alegres aquí que en el salón de una vieja duquesa. Supongo que será la iluminación. Sea como sea, me hace sentir diez años más joven.

—Es la emoción de la caza —replicó el marido—. No olvides, mi querida mujer, que el principal objeto de nuestra presencia aquí es el de ayudar a dar con un asesino.

—No le haga caso —dijo ella dirigiéndose a Clive—. Lee novelas policiales en la cama.

Clive, después de consultar a sus invitados, pidió champaña y el caviar Molossol que constituía el orgullo de *Le Hibou*. Luego echó una ojeada a su alrededor. Tocaba la orquesta de *jazz*; la pequeña pista de baile hallábase atestada de parejas que giraban lentamente. No se veían rastros de Arany por ningún lado, pese a que los demás miembros de la orquesta tzigana estaban en sus sitios. Le complació advertir que su mesa estaba orientada de tal modo que si Arany ocupaba su lugar de costumbre les daría la espalda. De modo que, casi con seguridad, no los vería. Pero ellos tendrían una buena visión de su perfil cuando reclinara la cabeza sobre su violín. No era probable que Mitzi notara su presencia, pues estaría enceguecida por los reflectores mientras el resto del salón permanecía a media

luz. Para que su experimento tuviese éxito era indispensable que el húngaro se hallara desprevenido.

Al finalizar el baile se atenuaron las luces y Arany ocupó su lugar. El haz de un reflector fue a iluminar cálidamente las negras cortinas de terciopelo, y Mitzi, esbelta y erguida como una joven Artemisa, luciendo un vestido de seda color azulado, se adelantó hasta el frente del escenario para recibir la lluvia de aplausos con su dulce y alegre sonrisa.

—¡Es encantadora! —exclamó la señora de Wilcox en un arranque de espontánea admiración. Y su esposo respondióle:

—Al señor Clive se le ocurren métodos sumamente agradables para seguir la pista de un asesino.

—¡Querida Mitzi! —murmuró Copeland mientras sus ojos se posaban en ella con ternura. Clive creyó adivinar que su mente estaba reviviendo los días de Viena en que él y Peter Garrison eran jóvenes y Christl era tan rubia como Mitzi morena.

Su programa fue enteramente distinto al del sábado anterior. Lo cambiaba cada semana. Cantó admirablemente bien *Heiden Röslein* de Schubert, y una canción de Lehar, en alemán: *Parlez-moi de lui, Grand mère* de Béranger (aquella noche estaba llena de sorpresas) y un aria de una nueva opereta francesa, en francés; un aire gitano, en húngaro (sin duda su tributo habitual a Arany), y, finalmente, el delicioso *Stara valse*, en ruso. Este último número fue recibido con tal entusiasmo que brindó un bis, *Volga, Volga*, igualmente en ruso. Cantó esa trillada pero conmovedora melodía con tanto calor que Clive la sintió correr por sus venas como el cosquilleo que produce una bebida fuerte cuando uno tiene mucho frío. Probablemente Mitzi no sabía ni una palabra de ruso, pero era una artista demasiado consumada como para cantar una canción en otro idioma que no fuese el original, y su perfecto oído se encargaba de la pronunciación. Clive notó que evitaba cantar en inglés, pese a que lo hablaba tan bien; su buen gusto sin duda le había advertido que su acento inglés era menos puro que el de los otros idiomas que conocía.

Obtuvo el éxito de siempre, y los aplausos tardaron un buen rato en apagarse. El matrimonio Wilcox estaba encantado y la señora declaró decididamente, mientras terminaba de aplaudir:

—Esta joven nunca mató a nadie. Eso es indudable.

Copeland y Clive estallaron en una carcajada al oír esta inesperada manifestación de solidaridad; pero el embajador, evidentemente complacido, creyó necesario objetar.

—Mi querida, nadie ha dicho una cosa semejante. Pero ¿cómo es posible decir, con solo oírla cantar, si es capaz de cometer o no un crimen?

—Malcolm —repuso su cónyuge con tono de conmiseración—, tus padres deberían haberte hecho estudiar menos derecho y más psicología. ¿Esa deliciosa criatura matar a alguien? ¡No seas tonto! El señor Clive sabe lo que quiero decir.

El caballero en cuestión asintió benévolamente.

—Me ha costado desde un principio sospechar de ella. Nunca mataría a nadie excepto en defensa propia o en defensa de alguien a quien amara. Pero ¿no se le ocurre que puede pertenecer al tipo de mujer por la cual un hombre puede matar?

La señora de Wilcox consideró detenidamente esta pregunta.

—Valdría bien la pena —observó procazmente—. Pero no creo que a ella le gustara.

—¿Gustarle? Le espantaría —dijo Copeland—. Pero cuando un amante celoso se propone exterminar a un rival, real o imaginario, rara vez consulta a la dama en disputa.

—¿De modo que cree usted que puede haber sido ella el motivo del crimen? —preguntó ansiosamente la señora de Wilcox—. En ese caso, ¿quién fue?

Copeland estuvo a punto de contestar, pero la expresión de Clive lo detuvo.

—No estamos seguros —dijo este último, tranquilamente.

—Nunca supe que Peter estuviese interesado en ella. Por lo menos, aquí —observó la señora de Wilcox—. Recuerdo que cuando ella llegó y todo el mundo andaba loco de entusiasmo, él me dijo que la había conocido años atrás en Viena. Pero estaba tan interesado en *madame* Mederlinck que si yo hubiese tenido que buscar un posible sospechoso hubiera elegido a ese marido suyo tan repugnante.

—¡Bonita expresión para la esposa de un diplomático! —comentó su excelencia.

—Esta noche no soy la esposa de un diplomático; soy un aprendiz de detective sentado a los pies de Gamaliel. Ese es usted,

señor Clive. Y quisiera saber de quién estamos sospechando, si no es de *mademoiselle* Schramm.

—No puedo emplear un término tan violento como «sospechar». Digamos que estamos interesados en el director de la orquesta tzigana —explicó Clive—. Él y Mitzi Schramm han estado juntos durante mucho tiempo, y se sabe que él es extremadamente celoso, con o sin motivo.

—Pero, mi querido señor —protestó la señora de Wilcox—, no será usted capaz de hacerle la injusticia de sugerir que no le proporciona abundantes motivos.

—Montones —admitió Clive. Se inclinó luego sobre la mesa y bajó la voz hasta un susurro—. Dispuse las sillas a propósito a fin de que Copeland y yo quedemos de espaldas a la orquesta cuando Arany toque, pues preferiría que no nos reconociera al principio. Ahora bien, cuando la gente termine de bailar y comience la música tzigana, desearía que usted, señor Wilcox, enviase una nota a Arany por medio del mozo solicitándole que toque el *Capricho Vienés*. Si pregunta quién lo pide y el mozo lo señala a usted, es muy poco probable que lo reconozca a simple vista, ya que es la primera vez que viene aquí. Y usted, señora, ¿no tendría un espejo pequeño para prestarme?

Los ojos de la señora de Wilcox brillaban de entusiasmo mientras le alcanzó una gran polvera redonda, tras haber limpiado cuidadosamente el espejo con su pañuelo de gasa.

—Puede ocultarlo dentro de su servilleta —sugirió—. Es un espejo muy límpido.

Clive le dio las gracias, rindiendo un triunfo mental a la previsión femenina, que va directamente a lo esencial sin perder el tiempo con detalles. El embajador, evidentemente, ardía por hacer toda clase de preguntas, y Copeland vibraba como un brioso caballo retenido por una rienda demasiado corta; y Clive adivinaba que si hubiese pedido cualquier cosa a la señora de Wilcox, desde sus perlas hasta su abrigo de piel, se los hubiese cedido sin titubear ni un instante, intuyendo el motivo por el cual él se los pedía.

Al terminar la danza, Arany se puso de pie y comenzó a tocar un aire gitano. Wilcox, ligeramente pálido ante la responsabilidad que le aguardaba, hizo una seña al mozo y le formuló su pedido en voz baja. Clive colocó la polvera abierta dentro de su servilleta y la

orientó hasta obtener una buena perspectiva del perfil de Arany. Copeland fumaba, echando rápidas y breves bocanadas de humo, mientras observaba alternadamente a Clive y Arany con la expresión de suspenso de alguien que contempla las piruetas de un trapecista. El embajador trató de no poner de manifiesto un interés demasiado evidente en el mozo, que se había arrimado al escenario y aguardaba que terminara el número para presentar su pedido. La mirada sensata y perspicaz de la señora de Wilcox iba de una cara a otra, mientras introducía un cigarrillo en una boquilla de ónix bordeada de brillantes.

La melodía tzigana terminó con las habituales *czardas*, y en medio del fragor de los aplausos vieron que el mozo hablaba a Arany. Clive indicó con un gesto a Copeland que tratara de pasar lo más inadvertido posible, a fin de que el violinista no lo reconociese si se volvía para mirar la mesa donde estaban. Así ocurrió. Clive, con la mirada clavada en el pequeño espejo, vio que el músico estaba mortalmente pálido. Wilcox hizo un cortés saludo cuando sus ojos se encontraron con los de Arany y le rogó con el gesto que comenzara a tocar. Estaba desempeñando su papel a la perfección. El húngaro hizo una ligera reverencia y con el semblante blanco como un papel apoyó el violín contra su hombro. Los primeros compases del *Capricho* se elevaron trémulamente.

Era la misma melodía que se había oído en l'avenue Emile Duray mientras Peter Garrison caía de bruces con un cuchillo hundido en el corazón; las mismas notas que habían flotado a través de las paredes de la rue de Vaugirard cuando Walter Searle encontró su prematura muerte, la misma alegre y despreocupada canción que Fritz Kreisler había tocado tantas veces ante públicos tan diversos y entusiastas… Pero no como se la oía ahora. Ni tampoco como estaba siendo ejecutada.

Pues indudablemente algo le ocurría a Arany. Clive hubiese podido adivinar por la música, aun sin poder ver la expresión del violinista, que este se hallaba bajo los efectos de una tortura indescriptible. La dulce melodía que debía ser leve como la brisa que acaricia los árboles del Prater, liviana como la risa de los Fritzes y Mitzis que toman café con sus parejas en las confiterías del Ringstrasse, les llegaba cargada con toda la angustia de un alma

atormentada. Este Arany era todo un artista; una sonoridad profunda y pujante surgía de la conjunción de un admirable instrumento con una mano maestra, pero brotaba de su violín como un grito de desesperanza. Esta no era la Viena del amor y la alegría que había inspirado a Kreisler su *Capricho*; era la Viena que había resistido valientemente el sitio de los turcos en el siglo dieciséis, la Viena que había agachado la cabeza ante la llegada de Napoleón, la Viena que había soportado silenciosamente el hambre durante los últimos y sombríos meses de la Gran Guerra. Y de vez en cuando se producía un terrible estremecimiento semejante al desgarrado temblor de una voz que está a punto de romper en llanto.

Los Wilcox, que estaban de frente a la orquesta, podían ver a los músicos, que se miraban unos a otros con inquietud; y, en las mesas, la gente, que había estado conversando en voz baja hasta ese momento, guardaba silencio, desconcertada. La señora de Wilcox, con su cigarrillo aún sin encender, observaba el perfil de Arany, que de blanco se había convertido en ceniciento, y ocasionalmente miraba el semblante impasible de Clive. Su esposo jugueteaba nerviosamente con el pie de su copa, cerrando de vez en cuando los ojos como si no pudiese aguantar más la música. Copeland había apagado su cigarrillo y doblaba su servilleta en pequeñísimos pliegues sin quitar la vista de Clive, cuya inmovilidad casi sugería un estado de extático suspenso.

El *Capricho* estaba llegando penosamente a su fin. Se oyó nuevamente el leve gorjeo inicial, pero esta vez no terminó. En la nota más alta se detuvo bruscamente y Arany cayó hacia adelante, librándose de desplomarse al suelo gracias a la rapidez del violoncelista, que se abalanzó para sostenerlo.

Siguió un momento de confusión. La gente se levantó para ver qué pasaba y un murmullo de voces llenó el ambiente. Entonces, mientras dos componentes de la orquesta se llevaban a Arany atravesando las cortinas de terciopelo, el *jazz* estalló en estruendosos acordes.

Clive cerró la polvera y se la entregó a la señora de Wilcox. Estaba pálido y su expresión tenía cierta rigidez que Jimmy Forbes hubiese reconocido como el síntoma que precedía a los grandes sucesos.

—¡Cielo santo! —balbuceó el embajador, al tiempo que tomaba

un sorbo de vino y se secaba las manos con el pañuelo.

—Esto… esto parece ser bastante concluyente, ¿no es así? —La voz de Copeland estaba algo ronca.

—¡Pobre diablo! —comentó Clive.

La señora de Wilcox apoyó por un instante la mano sobre su brazo.

—Es duro para usted… —dijo, aparentemente fuera de la cuestión. Pero él comprendió y le dirigió una mirada agradecida. Debía ser agradable estar casado con una mujer así.

—¿Y qué vamos a hacer ahora? —preguntó Wilcox—. También a mí me parece, como dijo Copeland, que lo que acabamos de ver y oír es suficientemente claro.

Clive bebió un poco de champaña y encendió un cigarrillo. Su voz era uniforme y sosegada.

—Así parece… pero estas cosas requieren pruebas muy seguras. Arany puede alegar que ha sufrido un ataque cardíaco o una indigestión aguda o cualquier cosa parecida. Pondré a la policía tras él mañana por la mañana, por supuesto, y lo haré someter a un careo con el hombre que le vendió el disco fonográfico (dando por sentado que fuera el comprador) para ver qué explicación da. No debemos olvidar que nadie lo vio el jueves en
l'avenue
Emile Duray. A menos…

—¿Sí…? —instóle suavemente la señora de Wilcox.

—A menos que él sea el hombre pequeño, con sombrero negro de fieltro, que Jani vio entrar en el edificio. Esa sí que sería una evolución inesperada: ¡nuestro odiado Jani ayudándonos posiblemente en una identificación! No les ocultaré que necesitaremos pruebas muy sólidas antes de soñar con una detención. El solo hecho de que se haya desmayado al pedírsele que tocara el Capricho no tendría ningún valor ante un jurado.

—Pero, si se trastorna tan fácilmente, sin duda no podrá aguantar el interrogatorio de la policía sin descubrirse —opinó Copeland.

—Yo tampoco creo que sea capaz de resistir; este hombre es un manojo de nervios y tiene menos dominio sobre sí mismo que un niño mal criado. Eso es precisamente lo que tenemos que esperar: que se deje llevar por la desesperación y confiese.

La señora de Wilcox se estremeció ligeramente y tomó su cigarrillo aún sin encender. Copeland sacó prontamente su encendedor de oro y se lo ofreció.

—Me imagino que no es esta la parte más agradable de la tarea, ¿no es cierto? —dijo, adelantándose para encender su cigarrillo.

Clive aguardó unos instantes antes de contestar, aparentemente absorto en la pequeña llama del encendedor.

—Es en estos momentos que desearía abandonarlo todo y dedicarme a la horticultura o a la crianza de ovejas —respondió agriamente—. Y tampoco es para vanagloriarse pensar que uno está sirviendo a la causa de la justicia al hacer entrega de un criminal, pues me doy perfecta cuenta de que si no lo hago yo, cualquier otro lo hará.

—Bueno —dijo Copeland—, personalmente no puedo sentir mucha simpatía por un hombre capaz de matar a un tipo tan excelente como Peter a sangre fría, aunque sea en el calor de una disputa.

La mirada de Clive transparentaba una profunda tristeza cuando habló.

—Si realmente fue Arany, no lo hizo a sangre fría, pues no sabe lo que es. ¡Oh! No cabe duda de que el crimen fue premeditado y que casi con toda seguridad no tuvo un motivo lógico. Pero Arany acaso no lo viera así. No me sorprendería que terminara siendo un caso para un psiquíatra más bien que para un jurado.

El embajador, no repuesto aún de la emoción sufrida, seguía con la vista fija en el oscuro escenario donde un pequeño grupo de *tziganos* conversaban en voz baja.

—Me parece que tendría que mandar preguntar cómo sigue ese pobre hombre —dijo con aire contrito.

Clive llamó al *maître*, que, tras salir apresuradamente después del desvanecimiento de Arany, había regresado para conferenciar brevemente con los miembros de la orquesta. Se acercó con rapidez y saludó servicialmente al señor Wilcox, cuya identidad había reconocido de algún modo.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Clive serenamente.

—Simplemente, que el señor Arany ha sufrido un vahído, creo que no tiene el corazón muy fuerte. Ya está bien, pero el gerente lo ha hecho ir a su casa. El segundo violín lo reemplazará durante el

resto de la noche.

—Me alegro de que no sea nada serio. Su excelencia estaba preocupado porque Arany, al sentirse mal, tocaba precisamente algo que él le había pedido.

El *maître d'hôtel* agradeció respetuosamente la gentileza de su excelencia, lo tranquilizó una vez más y se alejó para satisfacer la curiosidad de otros clientes que estaban tratando de atraer su atención.

—Por suerte lo mandaron a su casa —dijo la señora de Wilcox —. Y ahora te llevaré a ti a casa, Malcolm. Parece que te hubieran pasado por un exprimidor.

—Creo que todos nos sentimos un poco así —observó Clive, mientras llamaba al mozo—. Le estoy infinitamente reconocido, señor Wilcox, por haberme ayudado en mi experimento. Si Copeland o yo le hubiésemos pedido que tocara el Capricho, como nos conoce, hubiera temido una trampa y se hubiese negado con cualquier pretexto. Y fue sumamente gentil de su parte el acompañarnos a lo largo de esta prueba un tanto macabra —añadió, volviéndose hacia la señora de Wilcox.

—¡Oh! Me sentí tan encantada cuando usted me invitó que me alegro de haber estado presente; aunque —sacudió la cabeza mientras se envolvía en su capa— tengo la impresión de que me moriría si volviese a escuchar el *Capricho Vienés*.

—¡Dios quiera que nunca lo tengamos que volver a oír tocado de esa manera! —respondióle su esposo.

Copeland prefirió regresar a pie a su casa, pero los Wilcox insistieron en llevar a Clive hasta su hotel. Una vez en el auto, el embajador dijo inquietamente:

—Supongo que no habrá ningún peligro de que Arany trate de fugarse antes de mañana. Debe sentirse bastante alarmado.

—¿Y abandonar a Mitzi? No hay ningún temor. La policía lo ha estado vigilando desde la llegada del informe sobre el disco fonográfico. Dejaré una nota al inspector Lejour para que lo vaya a ver mañana por la mañana. Si intenta salir del hotel será detenido, pero no creo que lo haga. Es difícil que me haya visto y no tiene ningún motivo para creer que su desmayo pueda ser atribuido a otra cosa que no sea enfermedad.

La señora de Wilcox le apretó la mano afectuosamente al

despedirse y le dijo con voz ligeramente turbada por la emoción.

—Gracias nuevamente y… trate de dormir un poco.

Clive le contestó con una sonrisa, estrechó la mano del embajador y quedóse mirando el auto que se alejaba por la rue Royale. ¡Una gran mujer!

En la suave penumbra de su cuarto llamó al *Bureau de Police*, encargó que dejaran una nota a Lejour para que fuera a ver a Arany por la mañana y se puso a recorrer el cuarto con la maquinal inquietud de un león enjaulado. De tanto en tanto sacudía la cabeza, con frecuencia se pasaba la mano por el cabello con el gesto que le era habitual cuando estaba preocupado o desconcertado y una o dos veces sus labios se movieron sin emitir ningún sonido. Dagobert, despertado de su pacífico sueño sobre la cama de Clive, entró en la habitación y lo acompañó en su caminata, pero al no recibir ninguna muestra de reconocimiento de parte de su amo, se acomodó ofendido en el sofá.

Por último Clive se sentó frente al escritorio y cubrió una hoja de su anotador con rápidos apuntes. Al terminar, los releyó, asintió satisfecho y luego redactó un largo telegrama para Jimmy Forbes, que entregó al portero de la noche para que lo despachara. Antes de retirarse a su dormitorio, tomó el diario de Garrison y lo abrió en uno de los párrafos que había marcado.

—Estoy haciendo todo lo que puedo, compañero —murmuró, casi en voz alta—. ¿Pero cómo diablos voy a probarlo?

CAPITULO XX

Clive se despertó después de una noche de insomnio para encontrar a Hippolyte guardando silenciosamente su ropa y a Dagobert sentado sobre la cómoda lavándose la cara. Realmente era extraordinario ver el tiempo que aquel gato empleaba para su higiene. Le recordaba a Clive una de esas mujeres sin atractivos que gastan incontable tiempo y dinero en la vana tentativa de embellecerse.

—Telefonea para que me traigan el desayuno, por favor. Lo tomaré en la salita —Y, sin hacer caso a la mirada de desaprobación con que Hippolyte acogía esta innovación en la rutina diaria, Clive dirigióse presurosamente al baño para mojar con agua fría sus ojos fatigados. No estaba de humor para quedarse en la cama descansando.

Hippolyte dispuso la bandeja y el diario sobre una mesa, arregló los almohadones del sofá (sobre los cuales Dagobert se instaló sin pérdida de tiempo) y se quedó aguardando con la expresión de alguien que tiene ganas de conversar un poco.

—¿Ninguna novedad en el *Lapin Rouge* ayer? —preguntóle Clive.

—Creo que él es el autor.

—¿Quién es el autor de qué?

—El checoslovaco. Del crimen. Apostaría cien francos a que él lo cometió.

—Me sorprendes —dijo Clive sinceramente—. ¿Por qué?

—Entré en conversación con él anoche. Le di a entender que yo era uno de los comunistas más activos de París. Dice que toda la Europa Occidental se teñirá de rojo con la sangre de los capitalistas en el término de un año. ¡Puerco! Pero está sumamente atemorizado por algo.

—Y tiene motivo —explicó Clive—. El inspector Lejour le echó a

perder su coartada ayer. ¿No habló del crimen?

—¡Qué va a hablar! Había un individuo sentado cerca de nosotros que olía a detective desde una legua. Estaba terriblemente nervioso.

Sonó el teléfono. Hippolyte contestó y, mencionando simplemente la palabra «París», pasó el auricular a su amo.

—¿Sí, Jimmy?

—Recibí su telegrama, señor, e inmediatamente me pondré a buscar los datos que me pide.

—¡Espléndido! Recuerda que es importante emplear la mayor discreción, pues si me llego a equivocar las consecuencias pueden ser graves. ¿Qué hay de los manuscritos de Searle?

—Padoux me ha mandado como dos toneladas; tengo la oficina llena de papeles. Me los facilitó de muy buen grado, pensando que podían contener alguna pista. Ya he descartado todo el material que ha sido publicado; pero las notas son tan voluminosas que todavía las estoy clasificando.

—¿No hay huellas que indiquen que los papeles hayan sido revueltos?

—Sí y no. Quiero decir que los ficheros parecían estar ligeramente desordenados, como si algunas de las fichas hubiesen sido sacadas y vueltas a guardar apresuradamente. Pero había una gran cantidad de anotaciones en unos portafolios que estaban encima de una biblioteca, que no parecen haber sido tocadas. Las pienso revisar esta mañana. ¿Y usted, ha tenido suerte?

—Creo que sí. Tengo la extraña sensación de que vamos a detener a alguien.

—Qué rapidez. Lo felicito.

—Gracias. Pero todavía no estoy seguro. Parecería que hubiese localizado al asesino, pero la cosa no tiene sentido.

—Esa es la ventaja que tiene el policía común sobre el profesor de criminología; mientras puede efectuar un arresto, no le importa si tiene sentido o no.

—Ya lo sé. Pero a mí me agrada encontrar aunque sea una apariencia de lógica en los crímenes que estudio, y este es completamente enrevesado.

—Anímese; todo carece de lógica en este valle de lágrimas.

—Dices una gran verdad. Muy bien, entonces. Prosigue.

Clive volvió a su desayuno, atormentado por la repentina idea de que si Searle se hallaba acumulando material realmente comprometedor para escribir un libro sobre escándalos, no hubiese guardado sus notas en ficheros abiertos o en portafolios abandonados descuidadamente encima de una biblioteca. Entonces recordó *La carta robada* de Poe y sonrió. Era más que probable que Searle hubiese leído a Poe. El teléfono volvió a sonar.

—¿*Monsieur* Clive? Habla Lejour. Lo hago desde el *Hôtel Terminus*. Arany se ha suicidado.

—¡Oh, Dios mío!

Al oír esta ahogada exclamación, Dagobert maulló plañideramente e Hippolyte volvióse para mirar ansiosamente a su patrón. El rostro de Clive estaba blanco como el mármol.

—¿Cómo fue?

—Aparentemente con veronal; encontré un tubo vacío sobre la mesa de noche. No sé cuánto hace que murió. Acabo de telefonear al médico de la policía. Llegué hace unos pocos minutos. Haciendo caso a su mensaje, subí directamente al cuarto sin hacerme anunciar y, al no recibir respuesta a mis repetidos golpes en la puerta, fui en busca del gerente y forzamos la cerradura. Lo encontramos sobre la cama, muerto.

—¿No dejó ningún mensaje?

—Hasta ahora no he encontrado nada. Pero… también puede haberse debido su fallecimiento a una dosis excesiva del hipnótico, tomada accidentalmente.

—Sí. Pudo haber sido eso, pero no fue. ¡Esto es terrible, Lejour! Saldré tan pronto como termine de vestirme.

La curiosidad fue más fuerte que los conocimientos de Hippolyte sobre cómo debe comportarse un valet correcto. Preguntó qué había ocurrido. Clive le contestó sin mirarlo.

—Un hombre se ha matado. Solamente que ahora soy yo el asesino.

—¡No, *monsieur*! —dijo Hippolyte con decisión.

El médico de la policía estaba efectuando su examen cuando Clive penetró en el pequeño cuarto del hotel. El decorado era fríamente vulgar e inexpresivo como escenario para una tragedia: el tipo de moblaje que se puede ver en miles de cuartos de hoteles por todo el mundo, la alfombra rojiza que parece ser fabricada exclusivamente

para ese tipo de habitaciones y la brillosa colcha de satén cubriendo la cama. La única nota personal estaba dada por un par de fotografías de Mitzi en marcos de cuero y algunos libros en alemán, francés y húngaro.

Lejour presentó a Clive al médico, quien al cabo de un rato se enderezó, cubrió con la sábana el rostro inmóvil que descansaba sobre la almohada y se fue a reunir con los dos hombres junto a la ventana.

—Muerte debida a una dosis excesiva de narcótico —anunció—; diría que ocurrió hace unas cinco a ocho horas, o sea, entre la una y las cuatro de la madrugada. Por su aspecto, no parece que hiciera falta mucho para matarlo. Un sujeto cardíaco. Droga traicionera, el veronal. Algunas personas pueden tomarse dos tubos enteros sin que les ocurra nada peor que dormir durante dos días (he visto un caso así), mientras que otros se van al otro mundo con solo tomar el doble de la dosis prescrita. Este hombre pertenecía sin duda a la segunda categoría.

—Sé que anoche sufrió un desvanecimiento —dijo Clive.

Lejour lo miró vivamente y vio que estaba pálido y ojeroso.

—Posiblemente era propenso a esos episodios —respondió el médico con indiferencia—. Bueno, *messieurs*, no puedo hacer más nada por ustedes fuera de redactar mi informe; y, como es natural, tendrá que hacerse una autopsia. Buenos días.

—Muerte por accidente, supongo que dirá el informe —musitó Lejour cuando él y Clive quedaron solos—. ¿Por qué está usted tan seguro de que fue un suicidio?

Clive le proporcionó un relato detallado de lo ocurrido en *Le Hibou*.

—Entonces parece que fuera realmente él quien mató a Garrison. Si no, ¿por qué lo iba a afectar tanto esa pieza de música?

—No solo eso —hízole notar Clive—, sino que cuando le hablé del asunto Searle, el efecto que le produjo la noticia fue extraordinario: quedó paralizado de terror, como si le hubiese revelado algo espantoso. Y sin embargo, Searle no parecía importarle mayormente como persona. El crimen era lo que le importaba; por alguna razón lo aterró el saber que había habido otro asesinato, idéntico hasta el último detalle al de aquí.

—Entonces —dijo Lejour lentamente— Arany puede haber sido

nuestro hipotético cómplice del verdadero criminal, aunque sin tener idea de que iba a cometerse un segundo crimen en París. ¿Es eso lo que usted piensa?

—Es esa la única explicación que se me ocurre para su insólita reacción. Pero aún nos queda demostrarlo y descubrir cuáles fueron sus móviles. No era un individuo capaz de hacer una cosa semejante por dinero o sin la convicción de tener serios motivos en contra de Garrison. Hay que registrar sus efectos y tratar de hallar algún rastro. Yo iré a ver a *mademoiselle* Schramm. Presentí desde un principio que ella sospechaba algo y quizás ahora me lo diga.

—Bueno, buena suerte. —La voz de Lejour carecía de entusiasmo—. Si ya no estoy aquí cuando usted termine con ella, véame en mi oficina. Ahora echaré una ojeada a los papeles de este pobre tipo.

Le informaron a Clive, tal como esperaba, que *mademoiselle* Schramm aún no estaba levantada. Escribió rápidamente un mensaje en francés, rogándole que lo recibiera por un asunto de extrema urgencia; inmediatamente ella le mandó decir que la esperara en la sala.

Solo tardó unos minutos. Con los ojos aún enrojecidos por el sueño, había alcanzado a pintarse ligeramente los labios y a alisar su lustrosa cabellera negra; su silueta esbelta lucía una sencilla bata de satén rojo oscuro. Mitzi era una de esas personas que nunca aparecen desarregladas, ni siquiera cuando se las saca inesperadamente de la cama. Le tendió la mano con una mirada sorprendida y él sintió que el corazón le daba un vuelco. Hubiera deseado que Mitzi no fuese tan atrayente. Pero andarse con rodeos solo serviría para empeorar las cosas.

—*Mademoiselle*, estoy aquí en una misión sumamente desagradable; de otro modo jamás me hubiese atrevido a molestarla tan temprano, motivo por el cual le pido que me perdone. Le traigo malas noticias.

—Por favor, siéntese —dijo ella, acurrucándose en un rincón del sofá—. ¿Qué ha sucedido…? ¿Arany?

—Sí. Lo siento, pero será preferible que le diga de una vez… que ha muerto.

Se puso pálida y sus labios temblaron. Se persignó y luego se retorció las manos nerviosamente.

—Quiera Dios perdonarme por no haberme quedado con él —dijo. Sus ojos se llenaron de lágrimas, pero prosiguió con voz tranquila—: ¿Cómo ocurrió?

—Lo encontraron hace más o menos una hora, muerto en la cama. El diagnóstico del médico es que tomó una dosis excesiva de veronal.

—Nunca lo hubiera debido dejar solo —repitió, y Clive estremecióse por la angustia que había en aquella voz—. Se descompuso anoche en *Le Hibou* y tuvo que marcharse al hotel. Quise acompañarlo, pero me dijo que estaba bien y que tenía que quedarme para mi segundo número. Estaba preocupada, pero otras veces lo había visto sufrir ataques al corazón y nunca le duraban mucho. Nunca tendría que haber tomado veronal, teniendo el corazón tan débil. ¡Ah, *mon Dieu*, si por lo menos hubiese insistido en acompañarlo! —Luego, como Clive permaneciera silencioso, su mente comenzó a trabajar—. Pero ¿por qué… por qué es usted quien me trae esta noticia, *monsieur* Clive? ¿Quién… quién lo encontró?

Los ojos de Clive tropezaron por fin con los de ella.

—Lo encontró un inspector de policía que había ido a interrogarlo sobre el caso Garrison y que me notificó inmediatamente. No pienso ocultarle nada y le ruego que sea igualmente franca conmigo. Llegó a conocimiento de la policía que Arany había comprado un disco del *Capricho Vienés* pocos días atrás, lo cual naturalmente despertó nuestras sospechas; más aún desde que la actitud de Arany, cuando conversé con él el domingo pasado, había sido decididamente extraña. Anoche… Créame que todo esto no me resulta nada agradable…

—¿Sí? —dijo ella en voz muy baja—. ¿Fue usted quien le pidió que tocara el *Capricho*? Sé que lo estaba tocando cuando se desmayó.

—Fue el embajador de los Estados Unidos, pero lo hizo a requerimiento mío —confesóle Clive—. Quería ver cuál sería la reacción de Arany, pero nunca creí que pudiera ser tan violenta. Debe usted comprender que yo no tenía idea del estado de su corazón… Simplemente deseaba comprobar si aquella melodía le producía alguna emoción especial. Por supuesto, al ver el efecto demoledor que le provocó, consideré que era mi deber notificar a la

policía.

—Entonces él comprendió el peligro en que se encontraba y se suicidó —concluyó Mitzi con desfallecida franqueza.

—No tenemos pruebas de que haya sido un accidente ni de que tuviese conocimiento del peligro en que se hallaba. No creo que me viera ayer, pues tuve cuidado de sentarme dándole la espalda…

—Entonces, ¿cómo pudo ver el efecto que le produjo…? Antes de desmayarse, por supuesto. —Tenía la abrumadora costumbre de ir directamente a lo fundamental. En medio de su confuso estado de ánimo, Clive pensó que Mitzi sería una excelente ayudante. Nada se le escapaba.

—Lo observé en un espejito que me prestó la esposa del embajador. Él sabía que era su excelencia quien le pedía el *Capricho*, pero no creo que haya temido una trampa o que me haya asociado con ella. El *Capricho* es una pieza popular y sin duda mucha gente la solicita. Ahora bien, si tenía la intención de matarse, ¿no es probable que haya dejado una carta… para usted?

Mitzi reflexionó gravemente.

—No estoy segura. Sandor nunca hacía las cosas como los demás. Como ya le dije, me amenazaba a menudo con suicidarse, cada vez que yo lo contrariaba, pero no creo que lo dijese en serio, aunque me escribía interminables cartas en una mezcla de distintos idiomas, en las que me decía cómo lo hacía sufrir y que ya no podía seguir viviendo. Pero esta vez no me escribió nada… y, sin embargo, ¡era tan desdichado! ¡Ah, pobre Sandor!

—¿Dice usted que era desdichado? ¿Se refiere a estos últimos días, desde la muerte de Garrison?

—Desde y… antes. Fue culpa mía; todo es culpa mía. —La desesperación había hecho presa de su voz.

Clive suspiró profundamente y luego reunió todo su coraje. Tenía que hacerlo.

—Usted cree que él mató a Garrison, ¿no es así? —preguntó con cautela.

—No —Era una mentira valiente, pero él no podía dejarla pasar así.

—Le ruego, *mademoiselle*, que no permita que su lealtad hacia un muerto pueda perjudicar a otra persona. Arany está a salvo, hasta la eternidad, de la justicia terrena; pero hay otros que están

bajo sospecha, y si Arany es absuelto debemos enfocar nuestra atención en ellos. Y, suponiendo que sean inocentes, ¿haría usted sufrir a un inocente solo para la memoria de Arany? Mientras vivía, supongo que era natural que tratara usted de protegerlo, ya que eso es lo que ha estado haciendo desde un principio —ella hizo un gesto de protesta; luego sus párpados se bajaron ante la mirada penetrante de Clive—, pero ahora está muerto y es su deber ayudarme en lo que pueda. Créame, hija mía, que es así.

Aun en esos momentos de tensión, le hizo alguna gracia comprobar el tono paternal con que se había dirigido a ella; por un instante tuvo la visión de uno de los deliciosos hoyuelos de Mitzi. Quizás ello había sido bueno para ambos.

—Tiene usted razón, lo sé —dijo Mitzi—. Pero al tratar de ayudarlo tengo un miedo horrible de ser injusta con Sandor. Porque la verdad es que en realidad no sé nada. Y le ruego a Dios que no haya sido él, pues si fue así, la culpa habrá sido mía.

—¿En qué modo?

—Porque no fui… absolutamente franca con él —explicó—. Este otro hombre de quien le hablé… lo conozco desde hace unos dos años; nos conocimos en París cuando yo cantaba allí. Vive en París, aunque es belga. Tiene un puesto muy importante en un banco, que obtuvo gracias a la influencia de la familia de su mujer. Esta es sumamente rica y, según creo, muy celosa. Es por eso que debemos ser tan discretos, pues si se llegara a enterar de mi existencia, le costaría a él todo lo que tiene en el mundo. Ella nunca lo perdonaría. Y yo no soy de las que permiten que un hombre sacrifique todo por ellas, aunque usted pueda pensar lo contrario, ya que dejé que Arany renunciara a tanto para seguirme. Ahora veo mi error.

—Probablemente lo haya sido. Es muy difícil adivinar esas cosas.

Su tono condescendiente la animó, y sonrió agradecida.

—Sandor nunca supo lo de este otro hombre. Por primera vez me siento realmente enamorada, y nos hemos encontrado tan a menudo como hemos podido, pues él tiene que realizar frecuentes viajes de negocios. Es por eso que he procurado conseguir contratos, sin que Sandor sospechase el motivo, en ciudades a donde él pudiera ir. Ha venido varias veces a Bruselas desde que

estoy aquí y hemos debido tener especial cuidado, pues esta no es una ciudad grande como París o Londres, y él tiene muchos parientes. Sandor nunca lo vio, pero desde hace un tiempo sospechaba que había alguien más importante para mí que todos los otros hombres que habían pasado por mi vida. Entonces, cuando vio a Peter Garrison en *Le Hibou* llegó a la conclusión de que se trataba de él; que yo no lo había olvidado y que habíamos estado en comunicación todos estos años. Y yo, Dios me perdone, mucho me temo habérselo dejado creer.

—¿Pero nunca se lo dijo a él abiertamente?

—No, por cierto que no. Nunca le mentí a Sandor; pero cuando mencionaba a Peter, me limitaba a negarlo a medias, me impacientaba y trataba de cambiar el tema. Me parecía una suerte que lo preocupara Peter, que ya no existía para mí. Pero nunca me imaginé que Sandor lo tomaría tan en serio, ya que Peter no venía casi nunca a *Le Hibou*; pero de algún modo a Sandor se le ocurrió que nos veíamos a escondidas, y cuanto más yo lo negaba, más seguro estaba él de que le mentía. Llegó hasta a pensar que el verdadero motivo de mi deseo de ir a Estados Unidos era para encontrarme allá con Peter. Lo hubiese podido complacer y abandonar la idea, pero no me fue posible, ya que el solo contrato de Hollywood me proporcionará una ganancia que no podría obtener normalmente en varios años. Por último cedió, pero su actitud era tan extraña que me tenía preocupada. Ahora sabe por qué me alarmé tanto cuando supe que Peter había sido asesinado. Por otra parte, Sandor se había comportado en forma más extraña que de costumbre esa noche; estaba terriblemente nervioso e irritable y al mismo tiempo curiosamente exaltado. En los días que siguieron me observaba como un gato que está al acecho de un ratón y yo sabía que esperaba encontrarme presa de un profundo dolor, cosa que no fue así. Lamentaba muchísimo lo ocurrido a Peter, pues lo había apreciado mucho y era una muerte horrible para un hombre tan bueno; pero no podía pretender estar transida de pena. Y cuando comenzó a comprender que el hombre que yo quería no era Peter, perdió por completo la serenidad y yo empecé a afligirme cada vez más por él. Sabía que usted lo había adivinado; no me hacía la menor ilusión de poder engañarlo, pero hice todo lo posible. Después de todo, aunque hubiese sabido que Sandor era

culpable (cosa que no era así) no lo hubiera podido denunciar. —Reclinóse contra los almohadones, como extenuada—. Y con esto sabe usted ahora tanto como yo —concluyó débilmente.

—Gracias —dijo Clive con tono reconocido—. Supongo que no sabrá usted dónde se hallaba Arany en el momento del crimen.

—En absoluto. Como le dije, cené en el *Bois* y llegué a *Le Hibou* justo a tiempo para cambiarme. Al día siguiente, cuando leí lo de Peter, me sentí alarmada y le pregunté a Sandor, lo más naturalmente que pude, qué habían hecho él y su amigo van Eck la noche anterior; sabía que habían comido juntos. Me miró en forma extraña y me contó rápidamente lo que había hecho, casi minuto por minuto, como si fuese una lección que se hubiera aprendido de memoria. Entonces me inquieté de verdad.

Clive asintió.

—Me lo imagino… Ese es precisamente uno de los detalles que despertaron mis sospechas cuando lo entrevisté. Se ve que el pobre no tenía ninguna experiencia en esa clase de cosas e ignoraba que es casi peor presentar una coartada demasiado preparada que no tener ninguna. Pero, ahora bien, ¿se le ocurre a usted algún motivo para el *Capricho Vienés*? ¿Le había mencionado Arany alguna vez esa sociedad secreta?

—Nunca. Pero supongo que estaría vagamente enterado de su existencia, lo mismo que yo, y el pobre pensó que podría hacerlo pasar como una venganza comunista sobre Peter.

—Es muy posible. Pero quisiera saber qué, o quién, le dio la idea. No se olvide de Walter Searle. Y, a propósito, la sociedad secreta no era comunista, sino monárquica.

Mitzi lo miró con ojos desmesuradamente abiertos.

—Sandor… París… Walter —murmuró—. ¿Qué conexión puede existir entre todo esto? Sandor no puede haber matado a Walter, ya que esa noche estaba aquí, en Bruselas. Por otra parte, ni siquiera sabía que yo había visto a Walter después de Viena. Esa es una de las cosas que logré ocultarle —añadió con una triste sonrisa. Luego su expresión cambió y lo miró atentamente—. Parece una maquinación; pero Sandor Arany era la última persona en la tierra capaz de elaborar un plan semejante. *Monsieur* Clive, ¿ha pensado usted que alguien puede haberse valido de Sandor?

Clive había estado a la espera de esta pregunta, al ver su rápida

inteligencia analizar el asunto por todos los costados para terminar, como de costumbre, dando en un punto de vista de vital importancia. Sí; Mitzi hubiese sido un ayudante muy valioso para un investigador criminal, solo que, con ella como colaboradora, no siempre hubiera sido fácil mantener la atención fija en el crimen. Se levantó.

—Usted lo ha dicho, *mademoiselle*; y ahora veré si el inspector Lejour ha encontrado algo que ayude a confirmar esa teoría. Un millón de gracias. Y, por favor, perdóneme que le haya hecho pasar este momento tan desagradable.

Ella le tendió su mano pequeña y decidida.

—Era su obligación —dijo—, y la cumplió con la mayor delicadeza. Téngame al tanto de las novedades, ¿quiere?

Él le estrechó calurosamente la mano.

—Cuente conmigo —respondió.

CAPITULO XXI

Lejour había dejado dicho en el *Terminus* que estaría en su oficina. Clive lo encontró examinando unas hojas escritas a máquina y exhibiendo síntomas de una gran excitación.

—Siéntese, siéntese y mire lo que he descubierto. Es increíble que no las haya destruido; las hallé en un portafolio cerrado con llave, junto con otros papeles: contratos, pólizas de seguro y cosas por el estilo. Arany es nuestro hombre, no cabe la menor duda. He mandado llamar al individuo que vendió el disco fonográfico para ver si lo puede identificar y también a Jani, por si reconoce a Arany como el hombre que vio entrar en la casa el jueves por la noche. Pero, aun sin ellos, todo está explicado aquí. Solo que… ¿cómo diablos vamos a averiguar quién las escribió?

El inspector entregó a Clive los papeles, y este, intrigado, comenzó a leerlos con creciente interés. Se trataba de unas cartas sin encabezamiento, firma ni fecha, escritas con una máquina que Clive juzgó ser relativamente nueva, dada la nitidez de los tipos, en un papel blanco común con marca de agua, que podía ser encontrado en cualquier papelería. En resumen, cartas anónimas cuyo origen sería sumamente difícil descubrir.

—Creo que están en orden —dijo Lejour—. No estoy seguro, ya que no están ni fechadas ni numeradas, pero Arany parece haberlas guardado una encima de otra, a medida que las recibía.

Clive asintió distraídamente, abismado en la lectura de la primera carta. Eran diez y fue solo al terminar la última que levantó la cabeza y habló.

—De modo que aquí tenemos al verdadero asesino…

Las cartas evidenciaban un conocimiento sutilmente calculado del carácter de Arany. Comenzaban informándole que Mitzi era la amante de Peter Garrison, que lo había sido durante muchos años y en muchos lugares y que el autor de las cartas sabía positivamente

que ella y Garrison se complacían cínicamente en engañar al confiado Arany, aunque recalcando el hecho de que Mitzi era más digna de compasión que de censura. Cada carta introducía un poco más la sonda dentro de la herida abierta de su vanidad como hombre y amante, pero todas estaban hábilmente tramadas para guiar su resentimiento más contra Garrison que contra Mitzi, que estaba representada como la víctima indefensa de un don Juan experimentado que se valía de todo el atractivo de su fortuna y que practicaba sus hechizos para esclavizarla. Estos retratos manifiestamente inexactos de Garrison y Mitzi jamás hubiesen engañado a un hombre normalmente razonable; pero, sin duda, hallarían eco en el temperamento neurótico y mórbidamente celoso de Arany.

Los detalles del crimen eran sugeridos al promediar la serie epistolar, junto con la advertencia de que Arany rendiría un gran servicio a la humanidad librando al mundo de ese monstruo sin corazón. El autor de la carta señalaba que la vida de Garrison había sido amenazada repetidas veces por los miembros de una célula comunista que empleaba como señal el *Capricho Vienés*, ya fuese silbado o escrito. Recomendaba un disco del *Capricho* como medio simple y seguro de hacer recaer las sospechas sobre los comunistas, y sugería un cuchillo común de cocina como arma imposible de identificar. La antepenúltima carta había contenido aparentemente una ganzúa capaz, según se leía, de abrir cualquier cerradura corriente sin dificultad. La última de todas constituía un patético llamamiento a la caballerosidad y sentido del deber de Arany para con la mujer que amaba. «¿Por qué esperar?, —concluía—. Sé que probablemente estará en su casa el jueves por la noche, solo, con excepción de dos criados que estarán en la cocina si usted va allá alrededor de las nueve. La dirección es avenue Emile Duray, 90. ¿Tiene usted miedo de librar a esa mujer maravillosa de su cautiverio?». Era todo sumamente melodramático, pero estaba dirigido a un hombre que guardaba poco o ningún contacto con la vida real. Las cartas estaban escritas en un francés absolutamente correcto en cuanto a ortografía y gramática.

Clive se las devolvió a Lejour y los dos hombres se miraron con muda consternación.

—El asesino principal no parece haber estado en París, ¿no es

así? —dijo el inspector—. El que ha escrito esas cartas debe haber estado en Bruselas, pues de otro modo ¿cómo puede ser tan preciso? Es una lástima que Arany no haya conservado los sobres. ¿Y quién podía estar tan bien informado acerca de los planes de Garrison para el jueves? ¿El criado Adrien… o Jani?

—Cualquiera de ellos puede haber proporcionado la información. Pero el lenguaje es el de una persona instruida. No es un sirviente el que escribió esas cartas.

—¿Mederlinck, entonces… o su mujer?

—¿Y por qué su mujer?

—¿No puede haber estado cansada de Garrison y querido sacárselo de encima?

—Sí, pero… ¡caramba! en ese caso todo lo que tenía que hacer era decírselo. Se trataba de gente civilizada y de mundo. Entre los dos me inclino más a Mederlinck y no a su mujer. Él vivió en Viena, oyó hablar de *Les capricieux* y es posible que supiese lo del viejo triángulo Mitzi-Garrison-Arany. Indudablemente es un hombre que sabe cómo proceder para conseguir que otros le hagan los trabajitos desagradables; y aunque afirme no haber conocido a Walter Searle, no es imposible que su nombre figurase en la lista de escándalos financieros que Searle pensaba divulgar. Y cuando uno piensa en el incidente del *Cointreau*, que le dio la oportunidad de vigilar la casa de Garrison en el momento en que Arany debía llegar, estamos en condiciones de preparar una linda acusación contra Mederlinck. Excepto —añadió, en el momento en que Lejour comenzaba a dar muestras de alborozo—, excepto que un pájaro tan astuto como Mederlinck, si realmente hubiese planeado un crimen tan intrincado, jamás se hubiese dejado ver fuera del departamento de su bienamada entre las ocho y las once, por más que esta deseara mojar sus labios en *Cointreau*. Su coartada hubiese sido así completamente inexpugnable.

—Probablemente tenga razón, pero no deja de ser una posibilidad interesante. Por lo que a Jani se refiere, su francés no es lo suficientemente bueno como para haber escrito las cartas y es dudoso que estuviese enterado de la vida sentimental de Arany. *Madame* Mederlinck admito que está muy lejos de toda sospecha. De modo que ¿quién queda? ¿Quién conocía tanto a Garrison como a Searle? ¿Quién conocía a Arany probablemente mejor que nadie

en el mundo? ¿Quién estaba al tanto de la existencia de *Les capricieux*, si bien en forma algo confusa? ¿Quién conoce a bastante gente en París como para poder tener allí un posible cómplice? ¿Quién, en una palabra, es la única persona hacia la cual convergen todas las pistas en último término?

—¿Se refiere a Mitzi? —dijo lentamente Clive.

Lejour seleccionó cuidadosamente sus palabras, procurando no parecer ofensivo.

—Después de todo, ella es el factor común entre los tres hombres, ¿no es así? Le recuerdo que nunca la he visto y que solo sé lo que usted me ha dicho, más el magro informe de la policía vienesa, todo lo cual no suma mucho. ¿Y qué sabemos acerca de su pasado? Esos dos hombres, Garrison y Searle, pueden haber sabido cosas que ella temiera pudiesen llegar a oídos de su actual amante o de los agentes que tramitan sus contratos profesionales. Usted puede decir que eso es absurdo, que no tenía nada que temer de parte de dos caballeros estadounidenses. ¿Pero podemos estar seguros de que ese sería su razonamiento? ¿Estamos seguros de nada acerca de ella, fuera de que hacia cualquier dirección que miremos allí la encontramos?

—Todos los caminos conducen… hacia Mitzi —asintió Clive con una sonrisa lastimosa—. Lo sé, Lejour; lo supe desde que empecé a leer esas cartas. El que las ha escrito debe haber conocido a fondo la personalidad de Arany.

—¿Y sabe bastante francés como para haberlas escrito?

—Ya lo creo. Habla francés admirablemente y sé que lo lee, por los libros que vi sobre su mesa. Sí, no hay duda de que las puede haber escrito ella.

—Y solo una persona que conociera muy bien a Arany podía tocar su punto más sensible sin peligro de equivocarse —persistió Lejour—. ¿Qué otro, si no Mitzi?

—Pero… aun admitiendo que tuviese algún misterioso resentimiento contra Garrison y Searle, hubiese sido monstruoso sacrificar a un viejo amigo, un hombre que la ayudó enormemente en su carrera y que le era ciegamente adicto. —Mientras hablaba, Clive sabía cuál sería la respuesta. Esta no se hizo esperar.

—¡Pero, *cher ami*!, ella prácticamente le confesó que los celos y las exigencias de Arany la irritaban y que solo un sentimiento de

gratitud la mantenía unida a él. ¡Qué oportunidad inmejorable para cortar un vínculo que la ahogaba! Aunque siempre con la condición de que Arany fuese condenado por el crimen. En caso contrario… bueno, pues paciencia. Por lo menos Garrison estaría eliminado y ya se ocuparía de Arany a su debido tiempo. ¡Me parece todo tan claro…! —concluyó Lejour casi quejumbrosamente.

—*Es* claro —replicó Clive—. Es tan infernalmente claro que yo soy probablemente el asno más grande que ha pretendido llamarse a sí mismo criminólogo. Estas cartas le confieso que han hecho tambalear seriamente mis teorías iniciales. Una de las particularidades más comprometedoras que contienen es la forma hábilmente diabólica con que presentan a Mitzi como una víctima indefensa en sus relaciones con Garrison, a fin de que la ira de Arany se oriente hacia Garrison y no hacia ella. Si Mederlinck, por ejemplo, hubiese sido el autor de las cartas, ¿se hubiera preocupado por proteger a Mitzi? No puedo negar que ese es un punto fuerte en contra de ella. Pero, antes de proseguir, quisiera que usted hablara con ella y juzgara por sí mismo.

—Eso es precisamente lo que le pensaba sugerir. Mi idea es interrogarla sobre Arany, como si fuese una simple formalidad, a fin de no ponerla en actitud de defensa, y luego sacar a relucir repentinamente las cartas y observar su reacción. Me imagino que estará probablemente preparada para cualquier eventualidad, pero siempre puedo hacer la prueba. ¿Cree usted que Arany haya sospechado que ella escribió esas cartas y que haya sido ese el verdadero motivo de su suicidio, más que el temor por su seguridad personal?

—Eso también es posible —admitió Clive.

—Ni siquiera le he preguntado qué sacó de su entrevista con ella esta mañana.

Clive le hizo un fiel relato de su conversación con Mitzi, solo que ¿cómo dar a Lejour una idea de la mirada sincera de Mitzi, de su valor y de su aparente deseo de ayudarlo, aun a su propia costa? Se daba cuenta perfectamente de que todo lo que le había dicho podía ser interpretado en más de una manera y de que Lejour lo contemplaba como si hubiese sido embaucado por una actriz consumada. Volvía a oírse a sí mismo diciéndole a Copeland: «Puede que sea todo lo inocente que usted dice…». Y luego había

visto a Mitzi. Quizás fuera una buena idea que Lejour la conociera también.

—Es una mujer asombrosamente inteligente —dijo Lejour cuando Clive hubo terminado—. Pone de manifiesto el remordimiento necesario por haber permitido que Arany sintiese celos de Garrison y sin embargo deja entrever que alguna influencia extraña puede haberlo llevado a creer más de lo que ella le dijo; de modo que si encontrábamos las cartas ella podía decir: «Eso era lo que yo temía; alguien lo ha estado usando como instrumento». Probablemente espera que Arany haya destruido las cartas, como lo haría cualquier persona sensata, pero sabe demasiado bien que él no lo era, de modo que debe tener en cuenta esa posibilidad. Exterioriza un ardiente deseo de ayudarnos a aclarar el misterio; y al mismo tiempo tres hombres yacen muertos a causa de ella, aunque ninguno por sus manos. Es formidable —agregó, casi con entusiasmo—. ¡Qué mujer!

—¡Oh, sí! —dijo Clive tranquilamente—. Es una gran persona. Me alegro de que vaya usted a verla —Lo cual era la pura verdad.

Llamó el teléfono. Lejour mantuvo un breve y entrecortado intercambio de preguntas y respuestas y luego colgó el auricular con una expresión de alivio.

—Todo marcha bien —dijo—. El hombre de la tienda de música ha identificado a Arany como el comprador del disco del *Capricho Vienés*; y Jani, aunque no puede decir nada del rostro de Arany, afirma que su sombrero y su abrigo son como los del desconocido que vio el jueves por la noche, y que la estatura y el aspecto físico son aproximadamente los mismos…

—¿Así que Jani terminó por sernos útil? Creo que le puedo decir a mi valet que ya no necesita sacrificarse más en aras del deber, convidando a beber a comunistas en el *Lapin Rouge*. Me imagino que, por el momento, su informe se limitará a manifestar que en Arany usted cree haber encontrado al asesino de Peter Garrison y que las cartas permanecerán en secreto hasta que se produzcan nuevos acontecimientos…

—Pues, si —replicó Lejour después de una pausa—. Sí, supongo que será mejor no hablar de ellas hasta que podamos probar quién las escribió.

—Cosa que costará bastante trabajo, ¿no opina así? Ahora debo

informar al embajador de las novedades. ¡Pobre hombre! Será un golpe muy fuerte, ya que es él quien pidió a Arany que tocara el *Capricho* anoche. Además quiero ver al *comte* d'Urval.

—¿El *comte* d'Urval? —Los ojos de Lejour se abrieron desmesuradamente—. ¡¿No pensará usted que está implicado en esto?!

—¡Oh, no! —contestóle Clive desde la puerta—. Pero hay una o dos cosas que quisiera preguntarle. Y ya que va usted a entrevistar a Mitzi, podría tratar de averiguar dónde compró su máquina de escribir… y si sabe usarla.

CAPITULO XXII

—¡Pero, mi querido muchacho, todo esto me parece perfectamente claro! —dijo el conde.

Había invitado a Clive a almorzar y juntos habían examinado el caso punto por punto, deteniéndose especialmente en aquellos párrafos del diario de Garrison que continuaban atormentando a Clive. En la serena belleza de la biblioteca, bajo la mirada tolerante del Van Dyck, había releído la desconcertante frase final, preguntando luego desorientado:

—¿No tiene usted idea de quién era la persona a que se refería?

—Si la tuviera, se lo hubiese dicho. Peter discutía a menudo sus problemas conmigo; hasta llegué a creer que exageraba el valor de mi opinión. Sea lo que fuere, debe haber pensado que cometería una gran indiscreción mencionándolo. Pero… —

d'Urval

repitió aquello de que todo le parecía perfectamente simple.

—¿Entonces usted piensa que la «M» significa Mitzi?

—¿Y quién si no? No interesa que la primera alusión a «M» figura antes de haberlo oído cantar, eso no demuestra nada.

—¿Y qué explicación da usted a esa referencia a la lealtad pública y el deber cívico? ¿Qué relación puede tener con Mitzi?

—Eso no es difícil de aclarar. Mitzi posee un tipo especial para actuar como agente secreto; es sumamente atractiva, habla varios idiomas y su profesión la lleva de un país a otro. Conozco una gran cantidad de gente que piensa que la espía vampiresa es una invención de Phillips Oppenheim, pero existe en la vida real; y si Peter había descubierto algo así referente a Mitzi, nada más natural que se sintiera impulsado por el sentido del deber a denunciarla y que vacilara ante el recuerdo del pasado.

—¿Y Searle?

—El mismo argumento puede aplicársele. Y, lo que es más,

estaba en situación de dar amplia publicidad a esa información. Si la *Sûreté* de París puede encontrar un hombre del tipo de Arany, neurótico y fácilmente impresionable, que conozca a Mitzi Schramm, estará en condiciones de arrestar al asesino de Walter Searle. Solo que no será el verdadero criminal, como tampoco lo fue Arany.

—Pero es que… ella no puede ser así —protestó Clive, contrariado—. Es simplemente imposible.

Su anfitrión sonrióse benignamente.

—Mi querido Donald, he leído todos sus libros con el mayor interés y los he hallado sumamente instructivos y amenos; pero fue en *La ecuación personal* en el crimen que encontré esa compenetración casi apasionada con su tema, del escritor que ha creado una teoría propia después de un considerable trabajo de investigación. ¿Está seguro de que su ofuscación ante la ecuación personal no lo lleva a veces a conclusiones erróneas?

—Aunque le parezca extraño, eso me ocurre muy raramente —Clive reclinóse en los almohadones de terciopelo color cobrizo del sillón en que se hallaba sentado y contempló las azules espirales de humo que se elevaban de su cigarrillo—. En este caso particular reconozco que quizás he sido engatusado por una excelente actriz. No cabe duda de que Mitzi es actualmente la persona sobre quien recaen las mayores sospechas, pero sigo manteniendo que no es este el tipo de crimen para ella. Mitzi es una joven de temperamento franco e inteligencia despejada, que si se viera en la necesidad de eliminar a alguien lo haría con sus propias manos y en forma probablemente tan eficiente que su víctima parecería haber muerto de un ataque al corazón o haberse suicidado. Además, nunca hubiese empleado el rebuscado detalle del disco.

—Pero resultaría más peligroso hacer una cosa así por sus propios medios que buscarse un cómplice como Arany que, aun sabiendo que era ella la autora de las cartas, hubiese sido incapaz de traicionarla. Recuerde lo segura que estaba de él.

—Tiene usted tanta razón en lo que dice —repuso Clive— y es tan probable que sea ella la persona que andamos buscando, que no sé por qué no puedo creerlo. El razonamiento me dice que puede ser culpable, pero ¡al diablo con todo!, la intuición, el sentido común me afirman lo contrario. Por otra parte, si la «M» del diario

es Mitzi, ¿por qué la otra alusión a Mitzi Schramm *in extenso*, y el modo despreocupado de referirse a ella?

—Lo ignoro —admitió el conde—. Pero tenga presente que aún no estamos seguros de que el contenido del diario tenga algo que ver con el crimen, aunque yo creo que es así. Pero es el asunto de las cartas lo que me ha convencido. Deje a un lado su intuición, muchacho, y razone un poco.

—Me parece que eso es lo que tendré que hacer. Pero, de cualquier modo, será sumamente difícil de demostrar. Ahora bien, en cuanto a la máquina de escribir… —Clive se detuvo y miró inquisitivamente a
d'Urval
—. Si usted tuviese la intención de escribir algunas cartas anónimas a máquina, ¿cómo procedería?

—¿Yo? Probablemente cometería la barbaridad de escribirlas en mi vieja y destartalada máquina, para recordar demasiado tarde que los entendidos pueden identificar los caracteres.

—Sí, pero si lo recordara a tiempo y se diese cuenta de que no sería posible utilizar su propia máquina, ¿qué haría?

—He aquí una pregunta interesante. Veamos, realmente, ¿qué haría? —El conde contempló pensativamente el cielo raso—. Alquilaría una, supongo. ¡Pero no! Eso sería demasiado peligroso. Compraría una nueva.

—Sí, pero en ese caso es muy fácil averiguar quién la compró.

—Es cierto, a menos… —su rostro iluminóse súbitamente—, a menos que la comprara en algún negocio que tuviese muchos modelos distintos; en ese caso elegiría una de las menos caras, la conservaría unos pocos días y luego la devolvería, diciendo que preferiría comprar otra mejor. Difícilmente rechazarían la oportunidad de realizar una venta más ventajosa y tomarían gustosos de vuelta una máquina apenas usada; y una vez puesta en el salón de ventas junto con una cantidad de otras del mismo modelo, ¿no estarían todas las probabilidades a mi favor?

—¡Ya lo creo! Ha tenido usted una idea realmente excelente. ¿No le molesta que me interese conocer cómo trabaja el pensamiento de la gente? Bueno, ahora debo dar la noticia al embajador. La señora de Wilcox no estará nada de acuerdo con la hipótesis acerca de Mitzi.

—¿Por qué? —preguntó d'Urval con presteza.

—Mitzi la conquistó por completo. Lo primero que dijo fue que, sea quien fuere el culpable del crimen, no podía ser Mitzi. Y Copeland está de acuerdo con ella.

—No me extraña. Los hombres son hombres al fin, no lo olvide. Pero la señora de Wilcox… eso es otra cosa. El concepto que una mujer puede tener de otra siempre tiene valor; y esta es una de las mujeres más inteligentes que he conocido.

El señor Wilcox había salido. Un almuerzo oficial seguido de la visita a una fábrica. Precisamente, comentó Copeland compasivamente, el tipo de cosas que el embajador más detestaba. Preguntó si podía serle de alguna utilidad y Clive le contó lo ocurrido. Copeland escuchó serenamente, y cuando habló lo hizo con voz algo emocionada.

—Mis felicitaciones, Clive. Ha hecho usted un buen trabajo. ¿Le importaría decirme cómo supo que era él el culpable? No me imagino qué lo puede haber hecho sospechar de él.

—Cuestión de temperamento. Era el único en nuestra lista de sospechosos que parecía encajar. Pero él fue solo el instrumento del crimen. El verdadero asesino aún anda suelto.

—¿Qué quiere usted decir?

Clive le comunicó las novedades.

—Entonces fueron los *Capricieux*; solo que prefirieron escudarse detrás de otro. Deben de tener un agente aquí en Bruselas.

—Copeland —díjole Clive amablemente—, es usted un detective peor que mi valet Hippolyte, que está convencido de que Jani es el criminal porque tiene cara de patíbulo. En primer lugar, ¿por qué habrían de querer los *Capricieux* atraer la atención sobre sí mismos? Segundo, la sociedad ya no existe, según nos ha informado la policía de Viena. Y, por último, cuando existió estuvo compuesta de monárquicos y no de comunistas. Aparte de estos detalles triviales, su teoría no sirve para nada.

La consternación de Copeland fue tan cómica que Clive estalló en una incontenible carcajada.

—Anímese, amigo; todo el mundo parece haber estado bajo la impresión de que eran comunistas. Arany debe haber pensado así…

y Mitzi también.

Hubo algo en el tono de su voz que obligó a Copeland a mirarlo vivamente.

—¿Mitzi? ¡No querrá usted decir que ella está complicada en esto!

—¿Complicada? El término me parece algo suave. ¡Todo el crimen parece girar a su alrededor! Arany lo cometió porque se le hizo creer que Garrison aún era su amante. Esa misma noche, y en la misma forma, otro hombre que también había sido su amante fue asesinado en París. Como dice Lejour, hacia cualquier lado que giremos, encontraremos a Mitzi.

—¡Oh, sí! Sí, ya veo —dijo Copeland después de una pausa—. Por un momento pensé que se sospechaba que ella fuese una cómplice, lo cual sería demasiado absurdo.

—La policía sospecha que sea algo mucho peor que una cómplice —díjole Clive premeditadamente.

—No comprendo.

—Lejour cree que ella escribió las cartas incitando a Arany a cometer el crimen.

—¡Pero eso es una idiotez! —exclamó Copeland. Se puso a golpetear nerviosamente el escritorio—. Por supuesto, no he visto las cartas, pero ¿no hubiesen podido hacer que Arany la matara a ella, en lugar de Peter?

—No, precisamente ahí está lo más curioso; hállanse redactadas en forma tan hábil que Mitzi aparece desde el principio hasta el fin como la víctima inocente y Garrison como el villano cruel y sin escrúpulos. A usted o a mí puede parecernos un vulgar melodrama pasado de moda, pero quien las escribió conocía bien a Arany.

—Sin embargo, mucha gente conocía a Arany —arguyó Copeland—. ¿Sabemos si no hay un integrante de su orquesta que sea un agente de Moscú y que haya estado a la espera de matar a Peter durante años?

—Un agente de Moscú no hubiera confundido a los *Capricieux* por miembros de su propio partido.

—¿Por qué no? Cada célula comunista no está indefectiblemente enterada de la existencia de las demás, y este individuo puede haber oído mencionar vagamente a los *Capricieux*, como todos nosotros, y presumido que se trataba de camaradas. La idea del disco

fonográfico es justamente algo que encantaría a un músico medio chiflado; y, como comunista, hubiese podido valerse de Jani para obtener datos necesarios acerca de las costumbres de Peter, la llave del departamento, etc. Y, a propósito, ¿por qué no puede ser Jani el autor de esas cartas?

—Su francés es muy deficiente.

—¡Ah! Me había olvidado que estaban escritas en francés. Pero no veo por qué se excluye a Jani como posible coautor. Es posible que me ponga en la misma categoría que Hippolyte al decir esto, pero nunca me gustó la cara de ese chofer.

—Y menos a mí —convino Clive—. Por eso me he interesado tanto en él. Pero no estoy nada seguro de que esté metido en este asunto. Sería un pésimo cómplice y tengo un concepto demasiado elevado de nuestro asesino como para pensar en él… o ella, pudiera enturbiar un crimen bastante ingenioso con superfluidades.

—¡Bastante ingenioso! Para un humilde profano como yo, es simplemente genial. Pero no me agrada la idea de relacionar a Mitzi con todo esto —insistió Copeland—. Porque, aun admitiendo que, por alguna razón inimaginable, hubiese querido suprimir a Peter, ¿cómo conciliar tal cosa con su teoría de que esa muerte está ligada con la de Searle? Es imposible que ella tuviese algo que ver con eso.

—Efectivamente, habla usted como un perfecto profano y omite precisamente el punto que más me preocupa. Digo «preocupa» porque tengo tan pocas ganas de ver condenar a Mitzi como usted. Es una persona que sinceramente me agrada y uno de los rasgos que más me impresionan en ella es su franqueza. Pero hoy me han dicho dos hombres cuya opinión tengo en gran estima, que estoy permitiendo que mi *hobby* por la ecuación personal prime sobre mi razón. ¿No ve usted que el asunto Searle solo sirve para empeorar la situación de Mitzi? Ella es el único vínculo que conocemos entre Garrison y Searle.

—Ambos fueron sus amantes… si es que se refiere a eso… Caramba, no es que quiera parecer ofensivo, pero si Mitzi empieza a exterminar a todos sus examantes, la mortandad va a aumentar en forma descomunal. Además, ¿por qué habría de hacerlo?

—Eso es lo que tenemos que averiguar. Es mi deber tratar de descubrir lo que esos dos hombres significaban para ella.

—Pero eso ya lo sabe. Los amó y los dejó; o bien, ellos la

dejaron a ella. No interesa cómo fue. No creo que haya vuelto a pensar en ellos después que abandonaron Viena. Mitzi es un encanto, pero tiene un corazón comparable a un cuarto de hotel: —apenas un pensionista se va, lo apronta para recibir al próximo.

—Lo cual le da más poder. Pero, Copeland, piense detenidamente: ¿Está usted seguro de que nunca oyó a Garrison decir nada que indicara que sabía algo sobre Mitzi que esta deseara mantener oculto… aunque fuese una simple observación que pareciera darlo a entender?

—En absoluto —replicó Copeland con firmeza—. De ser así, sin duda lo recordaría. No le había oído nombrar a Mitzi desde hacía años, hasta que ella llegó a Bruselas, entonces me dijo con perfecta calma que la había oído cantar y que estaba más bonita que nunca; eso fue todo.

—¿No dijo nada acerca de Arany?

—Solo que le hacía recordar los viejos tiempos el ver a Arany acompañándola y fulminando con la mirada a todo hombre que aplaudiera con demasiado entusiasmo.

—Mm… Bueno, eso no nos lleva a nada concreto. Le ruego que transmita mi informe al embajador y le diga que quizás tendré que irme a París por unas pocas horas, ya sea esta noche o mañana por la mañana, pero que no estaré ausente mucho tiempo. A propósito, según leí en el diario de Garrison parece que pasó un fin de semana en París no hace mucho tiempo. ¿Sabe usted algo?

—Sí, creo que fue para Pascua… más aún, estoy seguro, pues yo estaba pasando unos días con unos amigos en Chantilly y me encontré con Peter en un almuerzo —Copeland ardía evidentemente en deseos de conocer el motivo de ese inesperado viaje a París y Clive tuvo compasión de él.

—Siento necesidad de averiguar algo sobre las actividades de Mitzi en París y creo que sé de alguien que podrá darme algunos informes.

—Bueno, tenga usted lo que tenga en contra de Mitzi, sigo sin creerlo —dijo Copeland, sin dar su brazo a torcer.

—Y yo tampoco —replicóle Clive, imperturbable—. Es por eso que voy a París: simplemente para asegurarme.

CAPITULO XXIII

Antes de regresar a su hotel, Clive hizo una visita al inspector, al que encontró presa de un conflicto de emociones. La entrevista de Lejour con Mitzi no había dado los resultados que aquel esperaba. Ella había respondido a todas sus preguntas con perfecta compostura y paciencia admirable; su historia había sido exactamente la misma que había suministrado a Clive y se había mostrado verdaderamente estupefacta y horrorizada al saber que se sospechaba que hubiese sido ella quien había impulsado a Arany a cometer su crimen; ya que, si bien el inspector no lo había manifestado abiertamente, su rápida inteligencia se había percatado enseguida del alcance real de sus indagaciones. Seguía creyéndola culpable, pero era lo suficientemente honesto como para admitir que en tal caso su simulación de inocencia era admirable. Su único consuelo era el haber comprobado que indudablemente Mitzi sabía bastante francés como para haber escrito las cartas.

Para reanimarlo, Clive le transmitió la hipótesis de d'Urval de que Mitzi podía poseer algún oscuro secreto que Garrison y Searle conocían. Lejour convino en que eso tenía mucha semejanza con un argumento cinematográfico, pero se mostró profundamente interesado en la ingeniosa sugestión del conde con respecto a la máquina de escribir y prometió hacer que un experto determinara qué tipo de máquina había sido empleado para escribir las cartas y luego efectuar una inspección minuciosa de las agencias de venta.

Ensimismado en sus pensamientos, Clive casi no prestó atención al joven sencillamente vestido que recorría el pasillo frente a la puerta de su departamento en el *Astoria*; y fue con gran sorpresa que encontró a Mitzi cómodamente instalada en un sillón del saloncito, acariciando a Dagobert que ronroneaba deleitado. Al

entrar Clive, se levantó, con el gato aún en brazos. Por la puerta entreabierta pudo divisar a Hippolyte que desde el dormitorio observaba a la visitante con mirada desaprobadora.

—Perdóneme que lo moleste —dijo Mitzi en inglés—. Su criado me dijo que volvería usted pronto; de modo que lo esperé. Su gato es delicioso.

Clive inclinóse sin poder pronunciar palabra. Dagobert agradeció la lisonja hundiendo la nariz en el cuello de Mitzi y brindando una imitación bastante aproximada de un aserradero.

—Haga el favor de sentarse —díjole Clive, hallando por fin su voz—. Temo no tener mucho tiempo para dedicarle, pues debo hacer un rápido viaje a París; pero si puedo serle de alguna utilidad…

Mitzi se sentó nuevamente, con gato y todo. Con su austero traje negro desprovisto de toda alhaja excepto una hilera de perlas, su pequeño sombrero negro y sus elegantes guantes y zapatos, tenía un aspecto más distinguido que muchas de esas damas aristocráticas que se ven almorzando en el *Ritz*.

—¿Lo lleva con usted a todas partes? —preguntó, interesada. (¡Maldito gato!).

—No, lo trajo mi criado. Parece que no pueden vivir separados.

—Debe ser un buen hombre su criado. ¡*Ja, ja, liebchen*! —(esto último dirigido a Dagobert)—. He venido porque me fue a ver *de police*
l'inspecteur
. Usted lo sabe, por supuesto, como también sabe que me están siguiendo. Sí, sí, *natürlich*, el inspector tiene que cumplir con su deber, pero está perdiendo el tiempo. *Il fait fausse route*, se lo aseguro.

—¿Y usted quiere que yo se lo comunique?

—Usted ya le habrá dicho todo lo que le parecía conveniente —respondió Mitzi con toda tranquilidad—. Pero es a causa de lo que me dijo Lejour que estoy aquí. Habla de unas cartas que alguien envió al pobre Sandor, cartas diciéndole Dios sabe qué mentiras acerca de Peter Garrison y yo. Él cree que yo las escribí para hacer que Sandor matara a Peter. ¡Oh, no! no me lo ha dicho; pero un niño de cinco años se daría cuenta, por las preguntas que me hizo. ¿De dónde sacó esa idea, señor Clive? ¿No creo que sea de usted?

¿No se quitaría nunca esa costumbre irritante de ir directamente al grano? Una cosa era cierta: por mayores que fuesen sus defectos, no había ninguna doblez diplomática en Mitzi.

—No… la idea fue enteramente suya —contestóle Clive con sinceridad—. Pero comprenderá usted que fue muy natural.

—Natural, quizás, pero ¡tan estúpida! Si yo hubiese querido que Sandor (*que Dieu ait son âme!*) matase a alguien para complacerme, por qué escribirle cartas sin firmar, cuando lo único que hubiera precisado era decirle: «Sandor, ese hombre me ha insultado; es un malvado; no merece vivir»; entonces, Sandor quizás lo matara, quizás no, pero por lo menos estoy segura de que nunca me traicionaría. El secreto permanecería siempre entre nosotros dos.

—Pero… usted sabe perfectamente bien que usted nunca haría una cosa tan disparatada —replicó Clive—. Como bien dice, el secreto quedaría siempre entre ustedes, pero ¡qué situación tan terrible sería esa!

Desconcertada, Mitzi se puso a hacer cosquillas a la oreja de Dagobert.

—¡Cuánta razón tiene! No sería un proceder muy inteligente. Pero el otro tampoco. Lo primero que pensaría la policía sería: «Esa Mitzi Schramm, quiere deshacerse de dos hombres que la estorban, y hace matar a uno por el otro». ¿No? Y eso es justamente lo que la policía está pensando; de modo que no tengo miedo, pues nunca podrán probar lo que jamás ocurrió. Pero, señor Clive, mientras ellos pierden el tiempo tratando de demostrar que yo escribí esas cartas, el verdadero autor está ganando tiempo y es por eso que he venido a verlo, para que trate usted de persuadir a ese *monsieur* Lejour de que se ha equivocado de camino. Usted sabe que esas cartas yo no las escribí; es usted un hombre demasiado inteligente para creer una cosa tan… tan monstruosa.

Clive tuvo una visión fugaz de la mirada decepcionada de d'Urval y de su sonrisa suavemente cínica. Después de todo, ¿qué tendría más poder? ¿Su inteligencia o el atractivo de Mitzi?

—Me hace usted un gran honor, *mademoiselle*. Pero debe reconocer que la policía no carece de lógica.

—Dije que era natural, no lógico. Mas, pensándolo bien, es

ridículo. No soy ninguna *femme fatale*, señor Clive. No pretendo ser lo que el mundo llama una mujer honesta, pero nunca en mi vida he hecho mal intencionadamente a nadie. ¿Y por qué iba a desear la muerte de Peter Garrison? ¿Cuáles suponen que fueron mis motivos?

Clive la contempló reflexivamente, ocupación nada desagradable por cierto.

—Eso —admitió— no pasa hasta ahora de simples conjeturas. Pero hay una o dos teorías bastante interesantes al respecto. Por ejemplo, Garrison podía estar enterado de algo acerca de usted que no hubiese usted querido divulgar. Lo mismo puede haber ocurrido con Walter Searle.

¿Era realmente una actriz maravillosa, como sostenían Lejour y el conde? Y ese súbito fulgor en su mirada ¿ocultaba quizás un espasmo de temor? Clive hubiese jurado que se trataba de simple furor; pero todo era posible.

—¿Walter Searle? —repitió. Dagobert emitió un débil maullido al sentirse apretado por su brazo. Lo tranquilizó con una caricia—. ¿De modo que también me creen responsable de eso? *Lieber Gott*, me deben creer peor que toda la familia Borgia. ¿Y de quién me valí para matar a Walter? ¿Creerán que tengo agentes por toda Europa?

—Esperamos que no —Clive no pudo reprimir una ligera sonrisa. Hubiese sido mejor que no apelara constantemente a frases ingeniosas.

—Me complicaría terriblemente la vida, ¿no le parece? —dijo Mitzi con un toque de amargura en su voz—. ¡Pobre Walter! ¡Hace tanto tiempo que ni siquiera pienso en él! Me pregunto qué podía saber él acerca de mí; y también Peter. Ya sé que usted no me lo va a decir y comprendo sus razones, pero tengo que aclarar esta situación y es por eso que estoy aquí. No sé quién impulsó a Sandor a que matara a Peter, pero no fui yo. Y sea quien sea el culpable, tiene sobre sí la responsabilidad de dos muertes, la de Peter y la de Sandor. Dejo a Walter a un lado porque no sé nada del asunto. Pero dos hombres han muerto aquí, en Bruselas; dos hombres que yo apreciaba mucho y que no merecían morir. Que la policía me arreste, si quiere, para que yo no pueda hacer daño; pero ¡por el amor de Dios!, que no pierdan el tiempo tratando de probar mi culpabilidad mientras el verdadero criminal queda sin castigo.

—¿Tiene usted alguna idea sobre quién puede ser el asesino?

La peculiar suavidad que Mitzi advirtió en la voz de Clive hizo que lo mirara con atención. Vaciló antes de contestar.

—No —dijo por fin—. Esto es demasiado grave para darle impresiones que puedan ser erróneas o para hablarle de *féminine l'intuition*, si es que tal cosa existe. ¡Si solo pudiera recordar…! Pero ¡hace tanto tiempo! Es algo que Walter Searle me dijo en Viena —Se sobresaltó al oír un fuerte suspiro de Clive. Este le hizo un gesto para que prosiguiera, pero ella sacudió la cabeza—. No, no le puedo decir nada de lo que no esté segura; sería terrible si me equivocara. Déjeme pensar un poco más. Esta noche no canto, por respeto al pobre Sandor; de modo que pasaré la noche sola, tratando de recordar, paso por paso, a ver si logro hacerlo volver a mi memoria. Ese es el mejor sistema, ¿no es cierto? Y ahora no lo voy a detener por más tiempo…

—Siento mucho tener que aceptar esta espera. Mas debo marcharme a París. Solo será hasta mañana. Y… no puedo perder el avión.

Mitzi frotó su mejilla contra la cabeza de Dagobert. (¡Gato afortunado!).

—Adiós, *liebchen*. Eres un buen gato. Cuando sea demasiado vieja para cantar, alquilaré un lindo departamento en Viena y tendré dos gatos y un *dachshund*.

A Clive le costó cierto trabajo conservar la seriedad ante esa inesperada visión de la vida futura de Mitzi. La acompañó hasta la puerta. Ella se detuvo un instante en el umbral.

—Adiós y buena suerte —dijo—. Supongo que no sería nada correcto que le dijera a ese pobre muchacho que me está siguiendo que tome el té conmigo. La suya debe ser una manera muy dura de ganarse la vida…

CAPITULO XXIV

—De modo que esta es la situación en Bruselas —dijo Clive—. Veamos ahora qué ocurre en París.

Él y Jimmy estaban terminando de cenar en el *Laurent* y Clive acababa de rendir un informe completo del caso, incluyendo su reciente entrevista con Mitzi.

—Debe ser una mujer estupenda —dijo Jimmy admirado—. Espero que venga pronto a París.

—No sería raro, pues su galán vive aquí. Pero no te aconsejo que te entusiasmes demasiado; hay mucha competencia. ¿Hallaste alguna referencia a ella en los papeles de Searle?

—Ni un ápice. He revisado una por una las anotaciones del portafolio y no he encontrado nada más que referencias triviales a las otras ciudades que usted mencionó, pero bastante acerca de Viena. No es fácil seguir el hilo, ya que las notas estaban aún en un estado embrionario; simples apuntes en su mayor parte; y la mayoría de las veces ni siquiera figuran nombres, sino iniciales. Pero deduzco que Searle había olido algún asunto sucio durante su permanencia en Viena, relacionado con ciertas concesiones de petróleo en los Balcanes, que algunas personas de altos círculos habían explotado para su propio y considerable beneficio. Desgraciadamente no figuran nombres, pero alguien debe haber cobrado fuertes sumas para que las concesiones cayeran en determinadas personas. A propósito, ¿tiene usted alguna idea sobre quién puede ser S. C.?

—¿S. C.? Me resulta completamente nuevo. A menos… ¿Cómo figura S. C. en el asunto?

—Simplemente observa que S. C. puede estar complicado. ¿Decía usted algo?

—Nada, excepto que S. C. podrían ser las iniciales de *Société*

Continentale. Este caso se complica día a día.

—¿*Société Continentale*? ¡Ah! Entonces tendríamos a Mederlinck, ¿no es así?

—Así es. Pero prosigue.

—Le he clasificado los papeles para que los pueda revisar mañana por la mañana. En cuanto a las personas que conocieron bien a Searle son infortunadamente muy pocas; pero he puesto en orden lo que he podido averiguar. Wells, el hombre de quien le hablé, asistió a una comida íntima hace cosa de un mes, a la que concurrieron Searle, un par de escritores importantes, nuestro amigo Tisdale de la embajada y… —aquí Jimmy hizo una pausa, para dar mayor efecto a sus palabras— Peter Garrison.

—¡Ah…! —murmuró Clive—. Eso habrá sido durante las vacaciones de Pascua, si no me equivoco.

—Es muy probable. ¿Estaba Garrison en París en esa época?

—Sí. Recuérdame que alguna vez te diga qué buen ayudante eres.

Jimmy se sonrió y el rubor que encendió su rostro lo hizo parecer aún más joven.

—Lo tendré presente para alguna oportunidad en que esté disgustado conmigo. Con todo, pensé que no haría mal a nadie invitar a Wells y a Tisdale para almorzar mañana. Los llamé tan pronto como recibí su mensaje anunciándome su llegada, y afortunadamente ambos estaban libres. Bar *Crillon*, a la una. ¿Le parece bien?

—Me parece espléndido. Y dime, ¿quién es el tal Wells? Creo conocer el nombre, pero no lo puedo localizar.

—Brian Wells, periodista especializado en economía. Hace poco que está en París; anteriormente estuvo en Londres, Berlín y en todos los lugares donde la situación financiera estuviera complicada. Aparentemente es uno de los pocos amigos íntimos que tuvo Searle. También ha conocido casualmente a Garrison durante años por haberlo encontrado en distintas partes del mundo.

—¡Qué regalo de Dios! ¿Cómo lo fuiste a encontrar?

—Preguntando a todo estadounidense que veía o que podía llamar por teléfono si sabía quiénes habían sido los amigos de Searle. Con uno de ellos me encontré en el *Crillon* mientras tomaba una copa en compañía de Wells, a quien me presentó como la

persona que más podía saber sobre la vida de Searle. Cuando Wells suyo que yo trabajaba para usted, casi me abraza. Lo admira muchísimo.

—¿Y tiene alguna teoría acerca de la muerte simultánea de Garrison y Searle?

—Todo lo que dijo fue que le parecía sumamente extraño y que se alegraba de que estuviese usted a cargo de la investigación, pues era uno de esos casos que ninguna policía del mundo era capaz de resolver, con la posible excepción de la Scotland Yard. Ha vivido mucho tiempo en Inglaterra y siente una tremenda admiración por la Scotland Yard.

—Y con toda razón. Aunque la *Sûreté* también tiene sus méritos. Y, ahora que recuerdo, ¿conseguiste la información que te pedí en mi telegrama de anoche?

—Creo que tienen algo. Padoux no estaba cuando llamé poco antes de venir a encontrarlo a usted, pero había dejado dicho que tenía algunos datos para nosotros y que deseaba verme mañana a las nueve de la mañana.

—Iré yo mismo —dijo Clive— ¿Ha hecho algún adelanto en el caso Searle?

—Creo que no mucho. Estaba furioso la última vez que lo vi; me dijo que nunca había encontrado un caso con menos pistas. Se animó un poco cuando le dije que usted esperaba hallar un motivo en los manuscritos y me abrumó con preguntas cuando le formulé su pedido. Le dije que las cosas marchaban bien en Bruselas y que usted estaba convencido de que existía una conexión entre los dos crímenes. Por mi cuenta le pregunté si la *Sûreté* sabía algo acerca de una tal Mitzi Schramm y la respuesta fue negativa. La gente podrá llegar al crimen por Mitzi, pero ciertamente ella sabe eludir a la policía.

—No creo que haya hecho nunca nada que pueda interesar a la policía —sugirió Clive, mientras pedía la cuenta al mozo—. Y ahora creo que un poco de sueño no nos vendrá mal. He tenido un día agotador.

A las nueve de la mañana siguiente, Clive se hallaba en el Quai de l'Horloge,
estrechando la mano del inspector Padoux, que se parecía a un rollizo y apacible alcalde de una pequeña aldea francesa y cuya viva

inteligencia le permitía tocar al instante el fondo de cualquier problema.

—¿De modo que ya saben quién fue el autor material del crimen? *Tant mieux, tant mieux!* Ojalá pudiera decir yo lo mismo con respecto a este infernal caso Searle. ¿Forbes no ha encontrado nada en esos papeles que nos pueda ayudar?

—Puede ser que sí —replicó Clive con cautela—. Se remonta a unos cuantos años atrás, cuando Searle estaba en Viena trabajando en su libro sobre Austria y no se lo puede llamar prueba, aunque concuerda bastante con algunas cosas de las que me enteré en Bruselas.

—¿De modo que la policía de Bruselas sospecha de la cantante Mitzi Schramm? Es por eso, entonces, que. Forbes quiso saber si figuraba en nuestros archivos. El panorama se presenta bastante negro para ella, si es que fue la amante de los dos asesinados y también del músico. Por lo que puedo adivinar, la principal preocupación de usted actualmente consiste en determinar cuál fue el motivo, ¿no es así?

—Una vez encontrado el motivo, la búsqueda del hombre se hace mucho más fácil, *pas?*
n'est-ce
—respondió Clive con una sonrisa—. No es difícil imaginarse un motivo en el caso de la Schramm, pero una cosa es sospechar y otra es probar. Y ya que no parece tener antecedentes policiales en ninguna parte, todo no pasa de simples conjeturas. ¿Pudo averiguar algo con respecto a la consulta que le hice ayer?

—Ya lo creo que sí —repuso Padoux con aire de satisfacción—. Hay momentos en que me siento sinceramente orgulloso de mis hombres; algunos de ellos saben verdaderamente usar el poder de observación que Dios les ha dado. —Tomó una hoja de papel que estaba sobre su escritorio—. Usted me pidió datos referentes a un auto, con su descripción, que podría haber sido visto en la noche del jueves pasado en las inmediaciones de la place de la Concorde o de la rue de Vaugirard. Mucho me complace poder informarle que tengo datos muy concretos con respecto al primero de esos lugares y otros menos precisos acerca del segundo.

—Esto es mucho mejor de lo que yo esperaba —exclamó Clive —. Lo felicito y le doy las gracias, *cher ami.*

Padoux, radiante de alegría, ajustó unos enormes anteojos de carey sobre una nariz que no parecía muy adecuada para sostenerlos.

—No puedo negar que en todo esto ha intervenido el factor suerte —dijo—. Afortunadamente para nosotros, el vigilante que esa noche estaba de turno en
l'avenue
Gabriel era no solo un joven notablemente observador, sino que también tenía muy buen gusto en materia de automóviles. Se fijó en el que nos interesa, en las primeras horas de la noche (cree que entre las nueve y las nueve y media), porque la carrocería despertó su admiración. El coche estaba estacionado cerca de un farol; de modo que pudo examinarlo con toda atención y ver el número de la chapa. Aquella misma noche, un poco más tarde, observó el mismo auto nuevamente, pero no precisamente en el mismo lugar, o sea, que, en lugar de estar del lado del farol más cercano a la rue Boissy
d'Anglas,
se hallaba del lado de la rue de
l'Elysée.
Está bien seguro de esto, ya que la segunda vez pudo admirar ciertos detalles de la carrocería que no había podido advertir la primera vez, a causa de la poca luz.

—Un muchacho realmente admirable —comentó Clive algo agitado—. Merece que lo asciendan en su carrera hasta que un día pueda comprarse un Hispano-Suiza.

—O por lo menos un Citroën. Sí, cuando encuentro hombres que saben usar tan bien sus ojos me nacen esperanzas para el futuro del Departamento. Pero me temo que nuestro informante de la otra orilla sea menos exacto. Con todo, una persona que vive en la rue Bonaparte recuerda haber visto un auto que responde a esa descripción, a unos cien metros de la rue de Vaugirard, más o menos entre las diez y las once del jueves a la noche. No se fijó en el número de la chapa e ignora por completo si el coche era francés o extranjero, pero lo notó debido a sus líneas singulares. Estaba estacionado enfrentando la rue de Vaugirard, como si hubiese venido por la rue Bonaparte desde el río.

—El hombre que el chofer de taxi vio entrar en la casa de Searle venía caminando de la rue Bonaparte, si no me equivoco…

—Exacto. Enseguida pensé en eso. Y ahora, *mon cher*, que le he dicho todo lo que sabía, dígame ¿a quién tengo que arrestar?

—Desgraciadamente no le puedo decir nada tan concreto hasta que no haya hablado con algunas personas más. Pero cuando esté en condiciones de decírselo, espero que consiga un ascenso para cierto agente de
l'avenue
Gabriel. Gracias a él mi caso ha dado un gran paso hacia adelante. ¡Oh! Y, a propósito, tengo entendido que encontró usted una pequeña perla en el departamento de Searle. ¿Podría verla?

—Su joven Forbes fue quien la descubrió —dijo Padoux escrupulosamente—. He ahí otro que sabe usar sus ojos (a mí casi se me pasa inadvertida sobre el dibujo de la alfombra). —Sacó un pequeño papel blanco, doblado, de la caja fuerte, y lo abrió cuidadosamente—. Esta es. No creo que sirva mucho como prueba.

Clive contempló durante un instante la pequeña esfera lustrosa.

—No mucho, quizás —respondió en un tono que hizo levantar la vista a Padoux—; pero puede ser suficiente para condenar a alguien por dos de los crímenes más inhumanos que he tenido la mala suerte de encontrar. Le estoy inmensamente agradecido, mi querido amigo. Tendrá noticias mías tan pronto tenga algo que comunicarle. Espero que será para pronto.

Sentado en un tranquilo rincón del *Crillon*, Clive estudiaba con disimulo al individuo llamado Wells. Era un hombre delgado, de cabello color pajizo, diminuto bigote, ojos azules y esa mirada lejana e inocente que se observa a veces en personas cuya capacidad de observación es sumamente penetrante, pero que no parecen darse cuenta del hecho. Su edad era indefinida; a los cincuenta probablemente tendría el mismo aspecto que a los veinticinco.

Wells, por su lado, se mostraba abiertamente interesado en Clive, y Tisdale, a su vez, quiso saber inmediatamente qué pensaba Clive sobre la «asombrosa coincidencia» de que Garrison y Searle hubiesen sido asesinados el mismo día.

—Creo que es asombroso y que no es una coincidencia —repuso simplemente Clive.

—¡No querrá usted decir que la misma persona cometió los dos crímenes! —Tisdale estaba visiblemente agitado.

—Tengo mis momentos de locura —respondióle Clive, consciente de un destello de humor en la vaga mirada azul de Wells — y he leído algo acerca de la bilocación, pero aún me resisto a creer que una misma persona pueda estar en dos lugares a la vez. Por otra parte, estamos prácticamente seguros de que un húngaro de nombre Arany mató a Garrison y de que el día en que lo hizo no estuvo ni siquiera cerca de París. Se suicidó antenoche.

—¿Dice usted que está *prácticamente* seguro? —preguntó Wells.

—¡Oh! Creo que fue él. Pero instigado por una influencia extraña; y, a menos que esté en un camino completamente errado, esa influencia extraña es también responsable de la muerte de Searle.

—¿Pero quién puede haber querido matar a los dos? —quiso saber Tisdale.

—En el caso de Searle, espero que el señor Wells pueda arrojar alguna luz sobre el asunto. Forbes me dice que estuvieron ustedes dos en una comida con Garrison y Searle hace alrededor de un mes.

—Sí —respondió prontamente Wells—. Más aún; soy yo quien dio la cena, en *Larue*. Carstairs, el novelista inglés, y Grant, el periodista, se encontraban en la ciudad, y yo estaba seguro de que a Searle le agradaría conocerlos. Era un tipo de temperamento solitario, aunque sin llegar a ser un misántropo, pues le gustaba estar en compañía de gente que supiera conversar. Luego, el mismo día de la comida, me encontré con Peter Garrison en el bar del *Ritz* y lo invité a él.

—¿Se conocían de antes él y Searle?

—Aparentemente, sí. Hablaron algo de Viena.

—Y durante la comida ¿mencionó Searle su proyecto de escribir un libro sobre sus memorias?

—Bueno, verá usted, la conversación giró todo el tiempo en torno a un mismo tema. Éramos todos escritores, excepto Tisdale, de modo que nos pusimos a discutir los libros más recientes. ¿Ha leído usted esa obra anónima de memorias llamada *Lo digo, aunque no debiera*?

—¡Ya lo creo! Muy divertida. Se cree que la escribió… pero ¡bah!

—Exactamente. Bueno, alguien hizo una observación acerca del tremendo éxito que esos libros están teniendo hoy en día y Garrison

opinó que las memorias resultan siempre entretenidas, especialmente cuando son anónimas, porque uno piensa que algo tan indiscreto que no pueda ser firmado debe ser realmente sabroso. Le insinué que él habría visto bastantes cosas interesantes como para llenar varios volúmenes y me contestó que estaba escribiendo un libro de ese tipo, pero que saldría a la luz abiertamente. Y ahí fue donde Searle entró en la conversación.

—¡Ah! ¿Cómo?

—Miró enigmáticamente a Garrison y dijo: «Usted *podría* escribir unas cuantas cosas sorprendentes si quisiera, ¿no es así? Yo también… y no estoy muy seguro de no hacerlo». Entonces todos comenzamos a hacerle bromas a Searle sobre sus confesiones de don Juan, y le preguntamos a quién dedicaría el capítulo más largo, si a la reina María de Rumania o a Greta Garbo. Searle dijo que no se trataría de ese tipo de escándalo, sino de abusos políticos y financieros que nunca habían sido divulgados, pero que eran más vergonzosos que muchas cosas de las que salen en las primeras páginas de los diarios. Insinuó uno o dos secretos del *Quai d'Orsay* que al gobierno francés no le agradaría propalar y luego dijo a Garrison: «Recuerde aquel asunto de las concesiones de petróleo en los Balcanes… Eso se tramó mientras estábamos los dos en Viena».

Jimmy miró a uno y a otro y Wells prosiguió:

—Garrison pareció al principio desconcertado y luego dijo: «¡Oh! Ahora recuerdo que esas concesiones fueron otorgadas en forma un poco inexplicable y en aquella época pensé que sin duda había existido un considerable intercambio de dinero para lograrlas. Pero no tenía idea de quién podía ser el responsable. —Entonces Searle observó—: ¿De veras? Bueno, ese incidente ocupará un buen espacio en mi libro, si es que lo escribo, pues es esta una de esas cosas que me resultan sumamente desagradables. Ciertas personas deben mantener limpia su reputación. El latrocinio privado es bastante grave, pero los funcionarios públicos deben ser desenmascarados cuando traicionan su cargo». Luego, como Garrison pareciera preocupado, Searle le preguntó si no le parecía extraño que personas de medios moderados mejoraran repentinamente su situación. Garrison respondió que ello podía obedecer a distintas causas; una herencia, por ejemplo u otra cosa semejante. Y Searle respondió: «Lo sé, pero es que me tomé la

molestia de investigar este caso».

—¿Y durante todo ese tiempo no se mencionó ningún nombre?

—Ninguno. Entonces ambos parecieron pensar que los demás estaríamos aburridos y cambiaron la conversación. En aquel momento no presté mayor atención al asunto, pero, tras la muerte de Searle, se me ocurrió que podía haber unas cuantas personas que preferirían que sus memorias nunca llegaran a manos del editor.

—¿Sabe usted si Garrison y Searle se volvieron a encontrar? —preguntó Clive.

—Lo ignoro. Garrison solo permaneció aquí unos pocos días.

Clive dirigióse a Tisdale:

—¿Vio usted alguna otra vez a Garrison durante ese tiempo?

—Sí, lo encontré en un almuerzo que el embajador dio al día siguiente. Los concurrentes eran en su mayoría personal de la embajada y además estaba Copeland de Bruselas y otro diplomático más. Garrison regresaba a Bruselas ese mismo día.

—¿Mencionó Garrison en algún momento su conversación con Searle?

—Creo que no, recuerdo que casi no hablamos más que de política.

Clive decidió que los periodistas constituían unos testigos inmejorables.

—¿No recuerda nada que se haya dicho acerca de Searle y su futuro libro? —insistió.

—Posiblemente —replicó Tisdale, no muy seguro—. Sí, creo que yo mismo lo mencioné, pues la idea me había parecido muy interesante y de grandes posibilidades. Pero nadie habló mucho del asunto, fuera de que Searle debía escribir un libro sobre lo que los nazis estaban haciendo de Alemania. Creo que eso fue todo.

—Muchas gracias —dijo Clive—. Ambos me han sido de una gran ayuda.

—No me incluya a mí, Clive —protestó Tisdale—. Yo no le pude decir nada de interés.

—Nunca se puede saber… —repuso Clive oscuramente.

Más tarde, cuando Tisdale se había despedido y Jimmy había salido para hacer una diligencia, Clive volvióse hacia Wells, quien también se estaba disponiendo a partir.

—Un momento, Wells —díjole Clive muy seriamente—. Ahora

recuerdo cómo oí mencionar su nombre; fue solo en parte como periodista.

—¿Sí? —dijo Wells, sonriendo amablemente y sin ninguna expresión en sus ojos azules.

—Yo también pertenecí al… Servicio.

—Permítame entonces que le diga que fue una gran lástima que lo dejara.

—Es usted muy amable. En realidad nunca perdí por completo el contacto, y cada vez que puedo, trato de ayudar. Pero ahora es su ayuda la que necesito.

CAPITULO XXV

Nuevamente en Bruselas aquella noche, Clive halló un mensaje encareciéndole que llamara al *comte*
d'Urval
tan pronto llegara.
D'Urval
estaba en su casa y acudió enseguida al teléfono.

—¿Cómo está usted y qué tal le fue en París?

—Bien, a ambas preguntas; muchas gracias. Me enteré de algo que tenía sumo interés en saber acerca del caso de París; en realidad supe varias cosas y algo que liga a Garrison con Searle. Mi viaje valió realmente la pena. Mañana por la mañana veré si Lejour ha podido comprobar que la idea de usted sobre la máquina de escribir era buena. No lo llamé esta noche porque tuve la impresión de que necesitaría un poco de descanso.

—¿Mi idea con respecto a la máquina de escribir? Caramba, eso no fue más que una simple teoría, usted lo sabe. El hecho de que yo hubiese podido planear un crimen de esa manera no significa que otro pudiera tener la misma idea.

—Es posible. Pero ¿quería usted decirme algo?

—¡Oh, sí, ya lo creo! Sucede que ayer, después que usted se fue, tuve la impresión de que me había comportado estúpidamente. Le di un consejo paternal referente a su tendencia a sobreestimar la importancia de la ecuación personal en el crimen y se me ocurrió que eso era semejante a indicar a Napoleón cómo se dirige un ejército. No, no —murmuró ante la protesta de Clive—; el hecho es que usted sabe perfectamente bien lo que hace y yo discutía basándome en un razonamiento abstracto, sin conocer a la persona que acusaba. De modo que resolví ir a ver a *mademoiselle* Schramm.

—Yo no me atreví a insinuar esa solución —manifestó humildemente Clive.

—No, la pensé yo solo —dijo el conde con voz de satisfacción—. Tengo un sobrino que… hm… sale bastante y que por consiguiente conoce muy bien las personalidades más interesantes de la vida nocturna. De modo que le pedí me invitara hoy a almorzar con la joven en cuestión. Por supuesto, yo le pagué el almuerzo.

—Me parece muy interesante —fue lo mejor que se le ocurrió decir a Clive—. Los sobrinos también pueden tener su utilidad.

—¡Oh, por cierto que sí! Pobre muchacho, naturalmente no le expliqué el motivo de mi repentino deseo de conocer a una persona tan encantadora y temo que haya quedado bajo la impresión de que soy un viejo pícaro. Probablemente esto dé lugar a un consejo de familia.

—¿Me imagino que *mademoiselle* Mitzi no habrá compartido esa mala interpretación?

—¡Oh, no! Es muy inteligente… ¡asombrosamente inteligente! Y eso es precisamente lo que más me llamó la atención en ella. Cuando se llega a mi edad uno ha conocido un sinnúmero de mujeres bonitas, pero ¡se encuentran tan pocas realmente inteligentes…! Es una persona admirable. Yo recordaba lo que usted me había contado acerca de la impresión que le produjo a la señora de Wilcox. Usted ya me había dicho que Mitzi era inteligente. Pero ¿de dónde diablos saca ese porte tan distinguido?

—Si la policía vienesa está bien informada, su padre fue un archiduque.

D'Urval emitió un silbido de satisfacción.

—¡Ahí está! Bueno, bueno, quizás yo sea nada más que un viejo pretencioso, pero sabía que la nobleza de su cabeza me recordaba algo, y era el busto de María Antonieta, por Houdon. Sea como sea, hablé con ella de una gran variedad de temas y creo que logré obtener una impresión bastante exacta de su persona. Y el resultado de mi observación fue que tiene usted toda la razón del mundo, mi querido Donald. Si Mitzi Schramm creyera necesario tener que asesinar a alguien, no lo haría con tantos rodeos. Como usted dice, eso no es para ella.

—Me alegra muchísimo oírselo decir, señor. Pero ¿qué me dice de la teoría de que pudiese ser un agente secreto?

Esta vez la respuesta no llegó tan espontáneamente.

—Eso no es fácil de determinar. Aunque no cabe duda de que sería una espía perfecta, con su equilibrio, su perspicacia y su conocimiento de idiomas. Pero dudo mucho que aceptara un tipo de espionaje puramente mercenario, como el de Mata Hari. Tendría que ser por una causa en la que ella realmente creyera; por su propio país… Al menos, esa es mi impresión.

—Y la mía. Y… *entre nous*, ¿sigue usted creyendo que la «M» del diario significa Mitzi?

—No —respondió el conde— no lo creo.

Lejour saludó efusivamente a Clive cuando este fue a verlo al *Bureau de Police* de Ixelles a la mañana siguiente.

—¿Espero que su viaje a París haya sido de utilidad?

—Sumamente útil —contestó Clive, sacando su cigarrera—. Ahora sé quién mató a Walter Searle y sé cuál fue el motivo, como así también que el mismo motivo dio origen a la muerte de Garrison. Pero me veo obligado a informarle que ni el motivo ni el crimen parecen tener ninguna relación con Mitzi Schramm.

—¿Así que ya sabe quién mató a Searle? ¿Quiere decir que ya ha sido definitivamente probado, que se ha detenido a alguien?

—Aún no se ha detenido a nadie, y, al decir que sé, quiero decir que sé todo lo que se puede saber acerca de un crimen que no tuvo testigos y cuyas únicas pistas están constituidas por un disco fonográfico y una pequeña perla. Sé que una coartada aparentemente perfecta no tiene ningún valor y sé que Peter Garrison y Walter Searle cenaron una vez juntos en París en el mes de abril, en cuya oportunidad mantuvieron una conversación sumamente extraña. Es por eso que digo que valió la pena ir a París. ¿Y aquí qué ha pasado?

—No mucho. Mederlinck y Srb no han hecho nada que nos pudiera interesar. Pero le sorprenderá saber con quién almorzó ayer la Schramm.

—Con el *comte d'Urval*. Él me lo dijo. Quería ver con sus propios ojos cómo era ella, y siento mucho comunicarle que se ha pasado a las filas de los pro-Mitzis.

—¡Qué mujer! —suspiró Lejour—. Indudablemente hay algo en ella que atrae. Ahora bien, hice examinar esas cartas detenidamente en busca de algún indicio. El papel es del tipo que no retiene las

impresiones digitales, aunque se ven algunas muy débiles que parecen ser de Arany. La máquina empleada es una Remington portátil nueva, equipada con acentos para escribir tanto en francés como en inglés. No hay muchos comercios que tengan este modelo y mis hombres los recorrieron todos. No se han efectuado muchas ventas últimamente, pero hubo una transacción en un establecimiento situado cerca de Sainte Gudule que tiene una curiosa semejanza con lo sugerido por *monsieur* d'Urval.

Una máquina fue comprada al contado, guardada durante unos días y luego devuelta a fin de ser cambiada por un modelo más caro, con la explicación de que la original era demasiado liviana y ruidosa. Se pagó la diferencia, siempre al contado, y la primera máquina fue devuelta en perfecto estado, por lo que la agencia no tuvo ningún inconveniente en aceptar el canje. Mi hombre probó la primera máquina, que había sido puesta nuevamente en el salón de ventas y no cabe duda de que las cartas fueron escritas con ella.

—¿Y no tienen el nombre y dirección del comprador?

—¡Oh, no! —respondió tristemente Lejour—. El comprador se llevó con él su máquina; lo más que pude obtener fue una descripción del hombre. Aquí la tiene.

Le entregó una hoja de papel que Clive estudió cuidadosamente pero sin demostrar sorpresa.

—Todos cometen algún error —comentó finalmente—. No es que este lo haya sido, ya que había muchas probabilidades de que nunca se llegara a descubrir. Pero supongo que realmente no existe lo que se llama un criminal perfecto. Este dio por sentado que los *Capricieux* eran comunistas, sin tomarse la molestia de verificarlo; fue descuidado al estacionar su coche; y no tendría que haber perdido una perla en un lugar tan comprometedor.

—Usted mencionó antes una perla. ¿Dónde estaba?

—Sobre la alfombra de Walter Searle, en la rue de Vaugirard.

—Entonces —preguntó Lejour frunciendo el ceño— ¿usted cree que el asesino de *monsieur* Searle es el autor de las cartas a Arany?

—Así es. No podía estar en dos lugares a la vez, pero quería hacer las cosas más confusas logrando que los dos crímenes fuesen cometidos en forma prácticamente simultánea; de modo que a Arany le tocó ser el instrumento para el de Bruselas. Tengo unas

pocas, solo unas pocas cosas más que hacer y luego lo llamaré por teléfono. Por ahora no puedo adelantarle nada más; pero no se preocupe.

De vuelta en el *Astoria*, Clive decidió, después de charlar un rato con Hippolyte y con Dagobert, que no era demasiado temprano para llamar a Mitzi. Estaba levantada y su cálida voz sirvió de bálsamo a sus nervios en tensión.

—¡Ah! ¿Cómo está usted, señor Clive? ¿Supongo que habrá tenido éxito en París?

—Sí, mucho más de lo que esperaba. Creo que pronto va a dejar de molestarle ese joven que la ha estado siguiendo.

—¡Bah, pobre muchacho! Así lo espero, pues debe estar agotado. ¿Era quizás un amigo suyo ese señor anciano que conocí ayer a la hora del almuerzo?

Clive sonrióse.

—Sí. Pero yo ignoraba que fuera a verla. ¿Cómo lo adivinó?

—Pues bien, verá usted: su sobrino, el *prince* de Bray, me dice que su tío tiene grandes deseos de conocerme; de modo que pienso: he aquí un horrible *vieux roué* que cree que me va a conquistar como conquistó a Cléo de Mérode y a la Polaire antes que yo naciera. ¿Y con qué me encuentro? Pues con un encantador caballero que me trata como si yo fuese la emperatriz Zita y que me habla de música, de literatura, de política y de todas esas cosas de las que los viejos *roués* generalmente no conversan. Entonces me digo: Mitzi, hija mía, este señor no tiene interés en conocer cantantes de *cabaret*, *pour leurs beaux yeux*; además no es un hombre que pueda ser enviado por la policía; de modo que debe ser un amigo de Clive. No creo que sea tan difícil, ¿no le parece?

—No lo es para quien sepa usar su cabeza tan bien como usted, *mademoiselle*. ¿Me permite agregar que el *comte*
d'Urval
quedó prendado de usted?

—¡Es encantador! Dudaba de mí, *pas?*
n'est-ce
Y quería ver cómo era yo. Pero ¿por qué está tan interesado?

—Fue uno de los amigos más íntimos de Peter Garrison.

—¡Ah! Nunca pensé en eso —Su voz se oscureció—. Mañana es

el funeral de Sandor, ya lo he arreglado todo y ese *monsieur* van Eck me ha ayudado. ¿Sabe usted algo más acerca de esas horribles cartas?

—Creo que sí. Y usted… ¿ha logrado recordar lo que Searle le dijo en Viena?

—Sí. ¿Puedo decírselo ahora? Temo que no sea mucho.

—Dígamelo. No necesita mencionar nombres. Yo comprenderé.

El rostro de Clive estaba pálido cuando abandonó el teléfono.

—Un eslabón más en la cadena —murmuró en voz alta.

—¿Miau? —repuso Dagobert, interesado.

—Un eslabón más, mi gatito. Y ahora veré si nuestro amigo Mederlinck puede concederme unos pocos minutos de su precioso tiempo.

Monsieur Mederlinck podía y así lo hizo. En realidad, había ahora muy pocas cosas que *monsieur* Mederlinck no hubiese hecho para mantenerse en buenos términos con Clive. El descubrimiento de un pequeño amorío tiene un efecto intimidante en el hombre más fuerte.

Después de una conversación breve pero informativa con dicho caballero, Clive ingirió un solitario almuerzo en su departamento, mandó a Hippolyte al cine, trató de interesarse en una novela y se estremeció al oír sonar el teléfono. Pero su voz contestó clara y serenamente.

—¿Sí?… ¡Ah! ¿Es usted, Wells? ¿Acaba de llegar…? Bien. Esperaba noticias suyas antes de llamar al embajador, pero ahora le preguntaré cuándo puede recibirme. Mejor véngase al *Astoria*… Hasta luego.

Quedóse un momento sentado mirando abstraídamente el vacío. Luego, con toda calma, llamó a la embajada estadounidense y preguntó por su excelencia.

—¿Sí, Clive? ¿Alguna novedad?

—Tengo unas cuantas cosas para decirle, señor, y le agradecería que me recibiera esta misma tarde.

—¡Por cierto que sí! David Garrison está aquí y quiere conocerlo. Está muy agradecido por todo lo que usted ha hecho.

—Tendré sumo gusto en conocerlo; y si Copeland está libre sé que le interesará mucho lo que tengo que decir. Y le quisiera pedir un favor: ¿puedo decirle al *comte*

d’Urval
que vaya también si no tiene otro compromiso?

—¡Pero por supuesto, mi querido amigo, por supuesto! ¿A las cinco?

—A las cinco —respondió Clive.

El gato frotóse cariñosamente contra su pierna.

CAPITULO XXVI

Clive no estaba solo cuando se presentó en la embajada, pero dejó a sus dos acompañantes para que mataran el tiempo en una antesala mientras él entraba al estudio del embajador. Encontró a los demás ya reunidos. Wilcox, cuya mirada le brillaba de ansiedad, lo presentó a David Garrison, un hombre alto y apuesto, de cabellos plateados y aspecto distinguido. Clive los saludó uno por uno; a aquel Garrison cortés y agradecido; al conde, paternal y afable; a Copeland, alerta e interesado. Para aquellos que lo conocían, Clive estaba notablemente pálido, aparentaba más edad que de costumbre y se percibía en forma distinta ese ligero arrastramiento de las erres que traicionaba su educación extranjera.

—Excelencia… caballeros —comenzó, tomando la silla que Wilcox le indicó y colocándola de modo de enfrentar a sus cuatro oyentes—: Tengo un deber muy desagradable que cumplir, pero es la tarea para la cual fui llamado a Bruselas; de modo que no puedo eludirla. Si me pongo a recapitular algunos hechos ya familiares para ustedes, no es con el deseo de aburrirlos innecesariamente, sino porque solo reviendo paso por paso las pruebas descubiertas podré explicar por qué he llegado a ciertas conclusiones.

»Su excelencia me solicitó que encontrara al asesino de Peter Garrison. El martes por la mañana el problema pareció resuelto, al suicidarse el músico Sandor Arany después de su extraordinario comportamiento en *Le Hibou* el lunes a la noche cuando el señor Wilcox le pidió, a indicación mía, que ejecutara el *Capricho Vienés*. No parecen existir dudas de que Arany haya asestado el golpe que mató a Garrison; pero ahora sabemos que los enfermizos celos que sentía por su víctima fueron el resultado de una campaña sistemática y hábilmente urdida para envenenar su mente en contra de Garrison por medio de una serie de cartas anónimas que fueron

halladas en el cuarto de Arany.

»No he tenido oportunidad de hablar con su excelencia desde el descubrimiento de esas cartas, y las notas que le dejé anteayer fueron breves, debido a mi próxima partida a París, La mayoría de nosotros conoce algo acerca del carácter e historia de Arany, pero el señor Garrison lo ignora; de modo que se me permitirá dar alguna información al respecto. Era un músico excelente, con el temperamento sensitivamente neurótico que tan a menudo acompaña a los talentos excepcionales; y, en lugar de buscar la fama que le correspondía, entrelazó voluntariamente su vida profesional con la de Mitzi Schramm, junto con la cual permaneció estos últimos diez o veinte años; ella afirma abiertamente que Arany la ayudó muchísimo en su trabajo y que le estaba profundamente agradecida. En qué consistían sus relaciones personales es algo que no está muy claro; pero podemos suponer sin peligro de equivocarnos que eran amantes; al menos esporádicamente, y que Mitzi le daba frecuentes motivos para sentirse celoso. Y uno de tales motivos fue años atrás, Peter Garrison.

El señor Garrison sobresaltóse imperceptiblemente. Clive continuó con calma.

»Dado su temperamento exageradamente sensible, los celos en él no eran una emoción normal, sino que asumían los caracteres de una obsesión peligrosa; durante años Mitzi tuvo que apelar a todo su tacto y paciencia para mantenerlo más o menos aplacado. Este aspecto de la naturaleza de Arany, debo repetir, era evidente para cualquier persona observadora. Yo mismo lo adiviné incluso antes de conocerlo, con solo ver cómo miraba a Mitzi —volvióse hacia Copeland, quien asintió con la cabeza—. Con un hombre de ese tipo, era fácil para cualquiera que tuviese los conocimientos más rudimentarios sobre psicología jugar con sus sentimientos y llevarlo a un extremo de enajenación tal que lo hiciera capaz de realizar actos que ninguna persona normal soñaría consumar.

»Las cartas son evidentemente obra de una persona sagaz, pues actúan sobre las fibras más emotivas de Arany con verdadero virtuosismo. Siento no tenerla aquí para leérselas, pero están en poder de la policía. Su contenido tiene por finalidad recalcar que Mitzi nunca dejó de ser la amante de Garrison, que durante todos

los años transcurridos desde el comienzo de sus relaciones en Viena, ella había seguido viéndolo con toda la frecuencia posible y que todos los demás presuntos amantes habían sido un simple *camouflage*. Se la pinta a Mitzi, aunque sintiendo un verdadero afecto por Arany, como irresistiblemente fascinada por la fortuna y posición de Garrison, y hasta se llega a insinuar veladamente una atracción casi hipnótica. Y el estribillo de cada carta es: ¿Por qué deja usted vivir a ese hombre? Gradualmente, las misivas se hacen más precisas y el *Capricho Vienés* entra en escena, como el símbolo de una célula comunista que podría tener interés en liquidar a Garrison. El detalle de llegar hasta a tocar el disco fue probablemente insertado porque, a menos que alguien oyera la música, el disco en el fonógrafo podía fácilmente pasar inadvertido.

Wilcox lanzó un ligero suspiro de satisfacción.

—¿De modo que eso fue lo que ocurrió? —dijo—. Me he estado preguntando por qué diablos el asesino corrió el riesgo de atraer la atención de los criados antes de alcanzar a escapar.

—Esta no es más que una mera suposición, por cierto, pero me parece lógica. No era probable que el mayordomo acudiese corriendo simplemente por haber oído que su amo estaba tocando el fonógrafo, pero sí lo era que al ser interrogado más tarde recordara haber oído música, con lo cual se llamaría la atención sobre el disco. Lo mismo puede decirse del crimen de la rue de Vaugirard… pero ya llegaremos a eso. Volviendo a las cartas, la elección de un vulgar cuchillo de cocina fue también un toque ingenioso. Lejour ha tratado de determinar la procedencia del arma, pero hay tantos comercios que venden ese tipo de cuchillos, y se venden tantos cada día, que la tarea ha resultado infructuosa. Con todo, no hemos necesitado esa prueba, pues ya sabemos que Arany compró un disco del *Capricho*, que ciertamente no quería para su uso personal, ya que no hemos podido encontrar ningún gramófono entre sus cosas. La última carta, a más de referirse a una llave maestra que indudablemente fue remitida con la anterior, sugiere el día y la hora del crimen. Los detalles del mismo son completos y la mente torturada de Arany estaba preparada como un terreno arado y sembrado; todo lo que le quedaba por hacer al autor de las cartas era sentarse y ver si Arany actuaba de acuerdo a sus instrucciones. Si no lo hacía, si perdía el coraje o resolvía entendérselas

directamente con Mitzi, bueno, entonces se haría necesario tomar otras medidas.

La atmósfera estaba cargada de expectativa cuando Clive hizo una pausa.

—Ahora bien, en cuanto al autor de las cartas —prosiguió— la hipótesis más probable era que Mitzi Schramm las hubiese escrito. Esta era la idea de Lejour, ya que ella parece estar actualmente envuelta en un serio problema sentimental y, en ese caso, no podría soportar la existencia de un hombre que estuviese al tanto de una cantidad de detalles comprometedores sobre su pasado que, de ser revelados, destruirían la fe que su amante tenía depositada en ella. Era una teoría bastante romántica para un policía, pero por ciertas razones yo podía aceptarla; me parecía que en un caso así la primera persona que tenía que desaparecer era el mismo Arany, que estaba al corriente de tantas cosas de su vida privada. Una conjetura mucho más interesante fue la que me suministró el *comte* d'Urval —el susodicho caballero agradeció con una sonrisa y una inclinación de cabeza—, quien sugirió que una mujer con la inteligencia y el atractivo de Mitzi podría ser muy útil como agente secreto, y que Garrison y Searle, que la habían conocido muy bien y que estaban en situación de recoger toda clase de informaciones, podían haber descubierto que ella era pagada por alguna fuerte potencia y que, por miedo, había decidido matar a ambos. Me veo obligado a mencionar a Searle, puesto que los dos crímenes están incuestionablemente ligados entre sí. Encontré dos objeciones a la teoría de *monsieur* d'Urval: la primera, con la cual ahora está él de acuerdo, era que no tiene nada que ver con la personalidad de Mitzi; y la segunda que, en tiempos de paz, ¿por qué se iban a preocupar tanto Garrison y Searle por una mujer que para aumentar su fuente de ingresos transmitiera ocasionales informes a…? ¿qué país? No sería a Rusia, pues se sabe que Mitzi es monárquica. ¿Alemania o Italia? ¿Y qué podían hacer dos estadounidenses, aunque no estuviesen de acuerdo con aquello? Existía, es verdad, cierto pasaje en el diario de Garrison —Copeland y David Garrison lo observaron levantando las cejas, mientras que Wilcox y el conde intercambiaban miradas

vagamente inquietas— que podía ser interpretado como refiriéndose a Mitzi. Pero eso tampoco tenía consistencia.

Copeland pareció a punto de formular una pregunta, pero lo pensó mejor y sonrió como queriendo disculparse.

—La creencia de Lejour se basaba en su mayor parte en la presunción de que las cartas solo podían haber sido escritas por alguien que conociera íntimamente a Arany, lo cual era bastante lógico; pero Arany no era un individuo difícil de analizar (cualquier persona con un poco de sentido común podía formarse un juicio acerca de él). Es verdad que Mitzi podía haberlo inducido a hacer cualquier cosa, desde componer una sinfonía hasta cometer un crimen, es decir, cualquier cosa que no implicara separarse de ella; pero solo la imaginación nos guía a suponer que tuviese alguna razón para hacerle matar a Garrison. Y debo hacerles notar nuevamente la extraordinaria coincidencia (si es que podemos llamarla así) del asesinato de Walter Searle en París el jueves pasado por la noche, ocurrido casi a la misma hora de la muerte de Garrison en Bruselas y con una asombrosa similaridad de detalles: ambos hombres estaban solos en el momento del crimen, ambos fueron apuñalados por la espalda, no hay signos de lucha y en los dos casos se encontró el *Capricho Vienés* en el fonógrafo. La característica más notable de ambos crímenes es que las dos víctimas conocieron a Mitzi Schramm en Viena más o menos en la misma época. El otro rasgo saliente es el *Capricho*, al que se tomó como el símbolo de una célula comunista vienesa; pero, mediante el simple expediente de enviar un telegrama al comisario de policía de Viena, pude descubrir el error en que incurrió el asesino. No solo ya no existe la sociedad secreta que utilizaba el *Capricho Vienés* como señal, sino que, lejos de ser una célula roja que bien hubiese podido querer suprimir a un anticomunista como Garrison y al representante de un periódico conservador como Searle, era un club monarquista. El asesino había cometido su primera equivocación.

La voz tranquila de Clive dio a estas últimas palabras un tono de solemnidad que provocó un ligero estremecimiento nervioso entre sus oyentes. El embajador jugaba distraídamente con un lápiz al que hacía girar entre sus dedos ágiles y delgados. El conde estaba inmóvil, con la vista fija en Clive con muda admiración. Garrison se hallaba, evidentemente, concentrando toda su atención en las

palabras de Clive. Copeland, sentado con el cuerpo ligeramente inclinado hacia adelante fumaba lentamente un cigarrillo, mientras su mirada penetrante estudiaba pensativamente a Clive.

—Y ahora debo rogarles que tengan un poco de paciencia mientras retrocedo unos cuantos años —prosiguió Clive—, precisamente a ese año en que Walter Searle pasó varios meses en Viena recolectando material para su libro *Las consecuencias austríacas*. Europa se hallaba aún en un estado bastante caótico después de 1920, tratando de acostumbrarse a los nuevos límites que le habían sido impuestos por los tratados de Versalles, Neuilly y Trianon; había países completamente arruinados, otros con una riqueza floreciente, y los cazadores de concesiones revoloteaban como buitres aguardando su presa. Viena se hallaba cómodamente a mitad de camino, a una distancia conveniente de Hungría, Checoslovaquia y los estados balcánicos. Algunas de las concesiones, que incluían minas, terrenos petrolíferos, material ferroviario, etc., eran legalmente concedidas sin trampas políticas; pero eso no era lo que ocurría en todos los casos. Y, muy en particular, la adjudicación de cierta concesión de petróleo en los Balcanes del norte dio lugar a muchos comentarios y especulaciones en aquel momento; nadie podía entender por qué había ido a parar a la sociedad que la había obtenido, y la única conclusión que se podía sacar era que había existido presión de las altas esferas y que para concertar el negocio se habrían entregado fuertes sumas de dinero. Pero hasta el presente, por lo que he podido saber, nadie ha revelado quién fue el verdadero intermediario que buscó las influencias y se embolsó los billetes.

Hizo una pausa para sacar un sobre de su bolsillo y lo contempló reflexivamente.

—Una de las empresas competidoras fue la *Société Continentale de Belgique*, cuya oferta resultó más baja que la de la compañía que recibió la concesión y he podido recoger algunos datos sumamente curiosos que me suministró su vicedirector, *monsieur* Gustave Mederlinck, quien, naturalmente molesto por esos métodos comerciales irregulares, se tomó el trabajo de profundizar la cuestión. Es un hombre muy astuto, este Mederlinck —entregó un sobre al embajador—. He aquí un extracto de lo que *monsieur* Mederlinck me dijo, como así también una copia de ciertas

anotaciones que Searle había hecho sobre el asunto.

Se oyó una exclamación ahogada, pero Clive, mirando fijamente a Wilcox, no le prestó atención.

—Searle era un periodista admirable, que estaba siempre a la pesca de noticias, para las que tenía un olfato maravilloso. Cómo pudo llegar a enterarse de este escándalo en particular probablemente nunca se sabrá; pero tenía toda clase de amistades en los lugares más increíbles, como debe suceder con todo buen reportero, y sacaba a la luz infinidad de noticias que su periódico se negaba a publicar y que él no podía insertar en sus libros, en previsión de los juicios por difamación que se le podrían plantear. Pero, con el correr del tiempo, acumuló una enorme cantidad de datos sobre escándalos políticos, financieros y diplomáticos que nadie había pensado que llegarían a ser divulgados alguna vez; y por último concibió la idea de publicarlos bajo la forma de un libro de memorias anónimas. Esto no hubiese agregado nada a su celebridad personal; pero parece que esto le inspiraba una suprema indiferencia y que tenía la convicción de que su deber consistía en informar al mundo con respecto a la conducta de varias personas que ocupaban puestos de responsabilidad. Hemos leído muchos libros de ese tipo en estos últimos años, con la diferencia de que la mayoría de ellos se ocupaban especialmente de los amores de un duque con una mucama o de una reina con un cantante. El de Searle estaba destinado a ser una cosa completamente distinta.

—Fue hace poco más de un mes (durante las vacaciones de Pascua, para ser más preciso) que Searle mencionó su proyecto en una pequeña reunión ofrecida en *Larue* por un periodista estadounidense llamado Wells. En la comida estuvieron presentes Tisdale, de la embajada estadounidense en París, una o dos celebridades literarias que no nos interesan ahora y Peter Garrison. La conversación tocó el tema de la epidemia de memorias indiscretas a que acabo de referirme y Searle delineó su plan de escribir un nuevo tipo de libro. Mencionó de paso diversos incidentes turbios ocurridos en París y otras ciudades y luego habló más detalladamente acerca del asunto de la concesión de petróleo, creyendo aparentemente que Garrison estaba al tanto de la cuestión. Este se mostró primeramente desconcertado y luego molesto, como si se hubiese dado cuenta de que Searle se estaba

refiriendo a alguien que ambos conocían, aunque ningún nombre había sido citado. La conversación no duró mucho, pues los otros no se hallaban especialmente interesados en el tema, pero fue lo suficientemente prolongada como para firmar la sentencia de muerte de dos hombres que aún tenían por delante unos cuantos años de vida útil.

David Garrison inclinóse hacia adelante y miró a Clive con aire perplejo. Su actitud era respetuosa y hasta deferente.

—Perdone que lo interrumpa, pero no comprendo muy bien. ¿Quiere usted decir que una de las personas asistentes a esa comida estuvo implicada en el escándalo petrolífero hasta el punto de estar dispuesta a cometer dos crímenes antes de permitir que su secreto se descubriese?

—En esa cena, no —respondió Clive—. Pero al día siguiente el pobre Tisdale envió inconscientemente a la muerte a dos de sus amigos. Almorzando con Garrison y otras personas de las cuales solo una nos interesa, mencionó la conversación de la noche anterior, y, aunque Garrison lo hizo callar lo más rápidamente que pudo, el mal ya estaba hecho.

La voz de Copeland cortó el aire como un latigazo.

—Esto ya ha ido demasiado lejos —dijo ásperamente—. ¿Qué es lo que está tratando de insinuar, Clive?

El rostro de Clive tornóse aún más pálido, pero su voz serena no vaciló y una luz extraña iluminó sus ojos cuando se encontraron con los de Copeland.

—No insinúo nada —contestó—. Lo acuso a usted de haber asesinado a Walter Searle y de haber instigado a Sandor Arany para que matara a Peter Garrison.

CAPITULO XXVII

El silencio que siguió a estas palabras fue tan absoluto que pareció cubrir la habitación como una neblina, haciendo la atmósfera pesada e incómoda para los cinco hombres. El embajador dejó caer el lápiz de sus dedos y contempló a Clive con una mirada de asombro tal que, por un instante, su expresión inteligente llegó a parecer casi estúpida.

D'Urval

bajó la vista hasta que descansó sobre sus viejas y frágiles manos. Los labios de Garrison dejaron escapar un sonido apagado y miró azorado primero a Clive y luego a Copeland, quien, después de haberse querido levantar se había dejado caer pesadamente en su silla, presa de evidente irritación.

Wilcox fue el primero en recobrar el uso de la palabra, aunque cuando habló lo hizo con voz insegura y como queriendo medir lo que iba a decir.

—Mi estimado Clive —protestó—, ¡no hablará usted en serio! Esta es una acusación monstruosa…

—Y es un crimen monstruoso el que estoy revelando, señor. Dije que tenía un deber muy desagradable que cumplir; pero, desagradable o no, sigue siendo mi deber. Usted me encargó que descubriera al asesino de Peter Garrison y, aunque comprendo lo penoso que le resultará encontrarlo en su propia embajada, no puedo dejar que esa consideración me impida decir la verdad.

—¿Y cómo pretende usted justificar esta insólita manifestación? —preguntó suavemente Copeland. Había recobrado su dominio con extraordinaria rapidez y parecía completamente tranquilo, a no ser por una desacostumbrada palidez y un leve temblor en su voz. Logró hasta esbozar una débil sonrisa satírica y su mirada desafió a la de Clive—. Hacen falta pruebas muy sólidas, ¿sabe usted?

—Por cierto que no me hubiese aventurado a formular una

acusación tan grave a menos que estuviera plenamente preparado para exhibir pruebas suficientes para satisfacer a su excelencia, al señor Garrison y… a dos miembros del servicio de informaciones de los Estados Unidos que están esperando afuera. Justamente, uno de ellos, Wells, tiene un interés personal en el caso, ya que en su pretendido papel de periodista fue él quien dio esa comida fatal en París. Enseguida comprendí que esto traería complicaciones legales que sobrepasarían las atribuciones de la policía de Bruselas o de París, aunque he informado tanto al inspector Padoux de París como al inspector Lejour de Bruselas sobre las medidas que estoy tomando.

Por primera vez la mirada de Copeland fue a posarse inquietamente en el sobre que estaba encima del escritorio del embajador. Estaba a punto de hablar, cuando Wilcox, nuevamente sereno, intervino.

—Si realmente tiene usted pruebas de lo que nos ha adelantado, señor Clive —dijo con tono algo severo—, debemos sin duda oírlas; y luego el señor Copeland nos brindará su versión. Admito que me resulta increíble, pero antes que ninguno de nosotros pueda emitir cualquier opinión, debemos estar al tanto de todos los hechos.

—Así es, y estoy dispuesto a darles una relación detallada de mis investigaciones con los datos que en mi opinión no dejan ninguna duda con respecto a la culpabilidad del señor Copeland. —Clive extrajo su libreta de notas para consultarla de tanto en tanto en el curso de su exposición. El conde levantó por fin la vista y la fijó en el rostro de Clive, de donde no se movió.

—Para comenzar, su excelencia encontrará en esas notas de Searle amplias pruebas de que el entonces secretario de la embajada estadounidense en Viena, Copeland, fue el intermediario que, mediante una suma sustanciosa, concertó la entrega de la concesión de petróleo a la empresa cuya oferta fue menos ventajosa que muchas otras. Searle llegó a ver pruebas documentales de esto, gracias a un empleado indiscreto de esa compañía. No dejaba de ser un hecho significativo que desde ese período hubiese mejorado considerablemente la situación económica del señor Copeland que, hasta ese momento, había sido decididamente modesta; por lo que sabemos, había estado viviendo de sus ingresos, y nadie ignora que el ministerio no es lo que se puede decir generoso en ese aspecto.

Searle refiere hacia el final de sus notas que esta operación fue solo la primera de una serie de otras similares mediante las cuales Copeland logró aumentar su fortuna, pero no da detalles sobre las demás, aunque he tratado de encontrar anotaciones sobre Varsovia, Lisboa y Bruselas, las capitales donde Copeland estuvo destinado luego de abandonar Viena. Pero este asunto es más que suficiente para dar lugar, en el caso de ser descubierto, a la destitución de cualquier agente diplomático que incurriese en un abuso de confianza semejante.

—¿Puedo preguntarle en qué se basa para hablar del acrecentamiento de mis bienes? —inquirió Copeland.

—Usted fue el primero que me lo hizo notar. Me dijo que en Viena vivía en un pequeño departamentito, lo cual me extrañó, por parecerme incompatible con su actual tren de vida. Mitzi Schramm también afirma que usted nunca ocultó sus aprietos económicos la primera vez que lo conoció en Viena. Por último, Searle refirióse precisamente a eso en la comida de Wells y, cuando Garrison insinuó que podía usted haber cobrado una herencia, Searle respondió que se había tomado la molestia de averiguarlo y que no era ese el caso. Todo esto no es concluyente, lo admito, pero es bastante significativo. Que Garrison se sintió hondamente perturbado por lo que Searle le dijo está demostrado en ciertos párrafos de su diario, que he copiado.

Con voz reposada Clive comenzó a leer; e inclusive Wilcox y d'Urval, que ya conocían su contenido, se mostraron profundamente afectados.

—El último asiento, como ven, está fechado el día de su muerte y es la última línea que escribió en su diario. Después del suicidio de Arany y del hallazgo de las cartas, la opinión del inspector Lejour y, en un principio, de *monsieur* d'Urval fue que la «M» significaba Mitzi; pero yo presentí desde el comienzo que se trataba de un hombre y no de una mujer. También recordé que el nombre de pila de Copeland es Martin y que era muy probable que Garrison lo llamara así. A menos que me encuentre en un grave error, su excelencia advirtió también ese detalle cuando le mencioné lo del diario; y tuve la impresión de que la misma idea

cruzó por la mente de *monsieur* d'Urval.

—Fue pura intuición —protestó el conde—. Yo no tenía ningún motivo para pensar así.

—Yo tampoco —agregó Wilcox—. Solo que cuando usted me preguntó si recordaba algún amigo íntimo de Peter cuyo nombre comenzara con M, pensé instintivamente en Martin Copeland, pero ¡me pareció tan absurdo…!

—Y sin embargo ambos consideraron la posibilidad. La intuición es algo que no debe ser despreciado, especialmente en personas cuya experiencia les ha dado cierta visión de la naturaleza humana. Esto en cuanto al diario. Tuve así la prueba concreta de que Garrison había estado intensamente preocupado por algo, o alguien, durante las semanas que precedieron a su muerte. Tanto *madame* Mederlinck como *monsieur* d'Urval había notado que parecía inquieto y deprimido; pero cuando interrogué a Copeland al respecto insistió en que Garrison se había conducido normalmente y que parecía alegre y despreocupado. El testimonio de la servidumbre y de la gente que lo veía menos a menudo no era tan importante; pero me llamó la atención que dos de sus amigos más cercanos hubiesen percibido una depresión mental en él y que un tercer amigo, igualmente íntimo, no hubiese advertido nada. O bien Garrison había hecho un esfuerzo muy especial para ocultar su preocupación a Copeland, o bien Copeland mentía.

—¿Y por qué había necesariamente de mentir? —inquirió mansamente Copeland— ¿No podía haberse tratado de una falta de observación de mi parte?

—Supongo que sí, pero yo lo tenía por una persona bastante observadora… aunque después pude comprobar que sufre… momentos de distracción. Pero no deja de ser posible que Garrison realizara realmente un esfuerzo por ocultar sus sentimientos cuando se encontraba con usted —El semblante de Copeland se puso rígido. Clive lo contempló un instante y luego dirigióse al embajador—. Volviendo al encuentro de Garrison y Searle en París: el día siguiente a la comida, Garrison almorzó, como ya he dicho, con Tisdale y Copeland, entre otros, y Tisdale repitió bastante de lo que

Searle les había contado como para prevenir a Copeland de que se hallaba en un grave peligro. Garrison se hallaba perturbado por la revelación de Searle y su inquietud debió ser evidente para una persona que lo conocía tan bien como Copeland. Por otra parte, Copeland debió haber comprendido que un hombre con los altos principios y el gran sentido del deber público que tenía Garrison, una vez iniciado en una idea como esa, no dejaría de ahondarla hasta dar con la verdad. Aparte de esto, el mismo Copeland me dijo que Garrison sabía juzgar excepcionalmente a las personas. Una combinación sumamente peligrosa en un hombre que había encontrado en su camino un secreto que a toda costa debía ser mantenido oculto. Copeland adivinó al instante que tanto Garrison como Searle constituían una seria amenaza para su seguridad personal y que, por consiguiente, debían ser suprimidos.

Copeland lo interrumpió.

—Toda esta historia es ciertamente grotesca, pero debo destacar que un hombre con la lealtad de Peter jamás hubiese soñado con traicionar a un amigo. Wilcox lo miró con inquietud y Clive dijo: —Ya oyó lo que dice el diario.

—Por cierto que sí, pero sostengo que la persona llamada M. no puede haber sido un amigo verdaderamente íntimo. Usted sabe muy bien —dijo, dirigiéndose a David Garrison— que Peter era capaz de cualquier sacrificio por un amigo.

—Exactamente —respondió Garrison con una mirada inescrutable—. Y por sus principios también.

Clive tuvo la impresión de que con el tiempo llegaría a sentir un gran aprecio por el señor David Garrison. Prosiguió:

—De modo que Copeland comenzó a hacer sus planes valiéndose de una curiosa coincidencia. Ustedes ya se habrán dado cuenta de que desconfío mucho de las coincidencias aparentes, pero esta era verdadera y Copeland no la podía dejar escapar. Mitzi Schramm y su inseparable Arany habían llegado a Bruselas. —Todo el mundo se agitó en sus sillas—. Me imagino que al volverlos a ver concibió todo el plan de su doble crimen tal como más tarde fue realizado. La amenaza que pesaba sobre él había tenido su origen en Viena: pues bien, entonces daría a Viena toda la importancia que se merecía. Mitzi había tenido relaciones muy amistosas con Garrison y con Searle; ¡qué casualidad si sus dos examantes fuesen

asesinados aproximadamente a la misma hora y bajo idénticas circunstancias!… Tan extraño, que la policía se vería obligada a notarlo si se le llamara la atención sobre el hecho. Pero aquí nos encontramos con otro conflicto moral que habla a favor de Copeland. —El caballero aludido hizo una irónica reverencia—. Él no quería complicar demasiado a Mitzi, pues la estimaba y no deseaba verla castigada por un crimen del que era completamente inocente. De modo que, una cosa sugiriendo la otra, recordó a los llamados *Capricieux* y cometió lo que ha llamado su primer error al suponer que eran comunistas y resolviendo hacer caer la culpa sobre ellos. Y siempre quedaría Mitzi, en el caso de que las cosas saliesen mal. Fue, como ya he explicado, un juego de niños lograr despertar en Arany el instinto criminal; Copeland lo conocía bastante como para saber cuál sería su reacción; de modo que el crimen de Bruselas fue relativamente fácil de planear. Pero para escribir cartas anónimas es preciso tener una máquina de escribir no identificable, ya que los caracteres escritos a máquina pueden ser reconocidos por los peritos lo mismo que los escritos a mano.

—Me alegro que se haya referido a este asunto —dijo Copeland —. Acabo de comprar una nueva máquina portátil y solo pido que comparen su tipo de letras con el de las cartas.

—Sí, ya lo sé. En realidad, acaba usted de comprar dos máquinas nuevas, una después de la otra, habiendo devuelto la primera a los pocos días porque prefería un modelo más caro —
D'Urval
lanzó una exclamación—. Sí, señor, no creo que se me hubiese ocurrido esa ingeniosa idea, de no haber sido por su realmente inspirada sugestión.

—Pero, mi querido muchacho, si no fue más que una mera suposición…

—Sí, pero le pregunté a propósito cómo hubiese procedido usted en esa situación, pues quería comprobar cómo encararía el problema una mente entrenada en la diplomacia. Ciertas profesiones hacen pensar siguiendo una línea determinada y el diplomático de carrera rara vez piensa en la solución más obvia, lo sé; yo mismo fui educado en el ambiente.

—Pero no era la primera vez que exponía mi idea. Durante un banquete que tuvo lugar aquí, en la embajada (creo que hace

alrededor de un mes), empezamos a hablar de un caso de envenenamiento que había salido en los diarios, donde las cartas estaban compuestas de palabras recortadas de periódicos, y yo insinué que me parecía un método demasiado laborioso y expuse mi propia teoría.

—¿Copeland estaba presente?

—Sí —admitió a pesar suyo el conde.

—Gracias —Clive volvióse hacia Copeland—. No necesito añadir que la máquina que usted devolvió es, sin lugar a dudas, la que sirvió para escribir las cartas. Por otra parte, usted me confesó prácticamente que las había escrito.

Esta vez se advirtieron signos inequívocos de alarma en la expresión de Copeland, quien hizo un visible esfuerzo por controlar su voz.

—¿Qué diablos quiere usted decir?

—Le hice mención de las cartas cuando vine el martes por la tarde a informar al embajador de la muerte de Arany y usted me recibió en su ausencia. No le proporcioné ningún detalle sobre las cartas fuera de que habían sido concebidas para llevar los celos de Arany hasta el extremo de una pasión homicida y que proponían el indicio falso del disco fonográfico. Usted dijo entonces —Clive recurrió a sus notas— que algún comunista podía haber utilizado a Jani para averiguar cuándo Garrison estaría solo, como asimismo obtener una llave del departamento, etc. Yo no le había dicho que las cartas contenían estos datos, como tampoco en qué idioma estaban escritas; sin embargo, un momento más tarde, cuando mencioné que el francés de Jani no era bastante correcto como para haberlas escrito, usted comentó: «¡Ah, sí, había olvidado que estaban escritas en francés!». ¿Cómo podía olvidar algo que nunca había sabido?

Copeland tragó saliva.

—Supongo que habré dado por entendido que era así —dijo—. Empleé la palabra «olvidado» sin darme cuenta. En cuanto a los detalles de la llave y de encontrar a Peter solo… bueno, era evidente que debían estar incluidos en las cartas.

—¿Ah, sí? —Estas dos palabras fueron pronunciadas con toda calma, pero un ligero estremecimiento pareció recorrer el cuarto—. Tuve la impresión de que había cometido otro error, y muy grave.

Bien, esta es la historia del crimen de Bruselas tal como lo veo. Pero antes de pasar al de París quisiera agregar que Mitzi Schramm recuerda claramente que Searle le contó algo acerca de su complicidad en el escándalo del petróleo.

—¡Mitzi! —Copeland lanzó una áspera carcajada y enfrentó con aire desafiante al embajador—. ¿Y su excelencia está dispuesto a tolerar que la palabra de una mujerzuela austríaca sea tenida más en cuenta que la de un diplomático estadounidense?

La elección de los términos no fue muy feliz. El semblante bondadoso de Wilcox, un tanto demacrado por la ansiedad, se endureció.

—Mi deber es escuchar ante todo la declaración de Clive —replicó escuetamente.

—Pues bien, como dije anteriormente —continuó Clive—, de Arany dependía el actuar de acuerdo al consejo de las cartas o no, según fuese el caso. La preocupación más inmediata de Copeland consistía en procurarse una perfecta coartada para la noche del crimen, la que le fue suministrada por la invitación que recibió para concurrir a la fiesta que ofrecía la embajada estadounidense en París, lo cual le daba una excusa excelente para tomarse unos días de licencia. Pero el gran golpe de suerte fue el descubrimiento de que Garrison pensaba pasar esa noche solo en su casa.

—¿Ha escapado acaso a su atención —preguntó Copeland— que en la noche en cuestión estuve en la embajada desde las ocho y media hasta después de medianoche, hora en que abandoné la reunión precisamente en su compañía? Tengo cantidades de testigos que lo pueden probar.

—Y yo tengo un testigo para demostrar que no fue así.

Por un instante los ojos de Copeland despidieron un destello de pánico y los demás tuvieron la impresión de que sus manos estaban crispadas, no tanto por la ira como en un esfuerzo por dominar su temblor. Pero su voz seguía siendo tranquila.

—¿Y quién es ese testigo si se puede saber?

—Un policía. Fue una coartada hermosa, Copeland, y ¡tan sencilla!: todo el mundo daría por sentado que usted no había dejado en ningún momento la embajada, ya que estuvo presente durante la comida y fue visto a intervalos durante todo el resto de la velada. ¿Hay una sola persona que pudiera jurar no haberlo

perdido de vista entre las ocho y media y las doce? Por supuesto que no; sería enteramente imposible, dada la aglomeración que hubo esa noche. Y si hubiese sacado su sombrero y su abrigo del guardarropa al salir y los hubiese vuelto a dejar al regresar, ¿quién se hubiera dado cuenta? Había una gran cantidad de personal ajeno a la embajada a cargo del vestuario, que hubiese sido incapaz de recordar un rostro entre los cientos que pasaron por su vista en el curso de la velada. Como coartada, debo reconocer que es una de las mejor logradas que he conocido. Solo que, desgraciadamente, el error que cometió a continuación la echó a perder por completo.

La cara de Copeland había tomado un color ceniciento, pero habló con bastante calma, en un tono de fina ironía.

—¿Otro error? Muy interesante. ¿Puedo saber cuál fue?

—¿Por qué demonios no tomó un taxi para ir hasta lo de Searle?

—¿Y correr el riesgo de que el chofer atestiguara en contra de mí?… ¡Oh, Dios mío!

Había ocurrido. Al darse cuenta Copeland de lo que había dicho en su apresuramiento, lanzó un gemido ahogado y desplomóse hacia adelante, hundiendo el rostro entre sus dos manos. Wilcox miró angustiado a uno y a otro. El conde emitió un prolongado suspiro y se dejó caer hacia atrás pesadamente. Garrison quedóse mirando a Copeland con una mirada llena de espanto e incredulidad. Solamente Clive parecía conservar la serenidad; pero la mano que alisó sus cabellos lo hizo temblando un poco y cuando habló, el tono de su voz hizo que

d'Urval

levantara la vista para mirarlo con inquietud.

—Hubiese sido arriesgado, es verdad; pero no necesitaba tomarlo en la place de la Concorde, como tampoco llegar hasta la misma rue de Vaugirard. Pero ya que prefirió usar su propio coche, tendría que haber tenido más cuidado al elegir el lugar donde lo estacionó.

Copeland alzó su rostro y la mirada que dirigió a Clive reveló más curiosidad que cualquier otra emoción.

—¿Qué quiere decir? —preguntó simplemente.

—En primer lugar, tendría que haber recordado que su auto es muy fácil de identificar, con su carrocería especialmente construida y la chapa diplomática belga, y que llama la atención de cualquier

persona observadora en una ciudad extranjera. Usted dejó su auto en
l'avenue
Gabriel, estacionado cerca de un farol, donde fue advertido por un policía entre las nueve y las nueve y media, hacia el lado de la rue
Boissy-d'Anglas.
Un poco más tarde, el mismo policía volvió a ver el coche, pero esta vez estaba estacionado hacia el otro lado, o sea, enfrentando la rue de
l'Elysée.
Está bien seguro de ello porque tiene el *hobby* de los automóviles y aprovechó que había mejor luz para examinarlo por todos los costados.

Y en el intervalo entre ambos estacionamientos un hombre vio un auto que respondía a esa descripción en la rue Bonaparte, no lejos de la rue de Vaugirard. Realmente tendría que haber pensado un poco más antes de hacer una cosa así, Copeland.

Copeland había recobrado un poco su compostura y contestó con un toque de sarcasmo.

—Y hubiese tenido que pensarlo por lo menos tres veces antes de transmitir el mensaje del embajador para usted. Le hubiera tenido que decir que usted estaba enfermo o de viaje, o muerto…; cualquier cosa antes de permitir que viniera a Bruselas. Supongo que llamará a ese mi último error.

—No —contestóle Clive con un dejo de tristeza—. Su último error consistió en no hacer reponer la perla en los gemelos de su camisa.

—¿Perla? —repitió Copeland roncamente.

—Fue hallada sobre la alfombra, al lado del cadáver de Searle. Admito que era imposible de identificar, pero el lunes a la noche, cuando usted encendió el cigarrillo de la señora de Wilcox, vi que faltaba una perla en sus gemelos. Usted habrá notado —añadió Clive, dirigiéndose a Wilcox— que los gemelos de camisa y los botones del chaleco de etiqueta de Copeland son de platino con una pequeña perla en el centro. Examiné después la perla encontrada en el departamento de Searle y corresponde perfectamente con las de Copeland.

—La moraleja de todo esto —dijo Copeland, con una especie de

sombría locuacidad— es no postergar nunca el arreglo de algo que está roto…

—¿Pero, cómo…? No comprendo cómo pudo matar a Searle y volver a la embajada sin que se notara su ausencia —dijo Garrison.

—Fue todo extraordinariamente sencillo —explicó Clive—. Esta es mi reconstrucción del crimen: Copeland dejó su auto en l'avenue Gabriel cuando llegó a cenar a las ocho y media, con el disco del *Capricho Vienés* escondido en él. Entre las diez y las diez y media, cuando los invitados a la recepción estaban comenzando a llegar a montones, salió disimuladamente, pidió su sombrero y su abrigo a un empleado ocupadísimo, que ni siquiera lo miró; subió al auto y cruzó el río hasta la rue Bonaparte, que está a dos o tres minutos de marcha de la casa de Searle en la rue de Vaugirard. Uno de los inquilinos del edificio y un chofer de taxi que pasaba por allí lo vieron pasar, aunque solo pudieron proporcionar una descripción muy vaga de su persona. Lo ignoro, pero supongo que primeramente se aseguró de encontrar a Searle en su casa por el sencillo expediente de llamarlo por teléfono y anunciarle su visita, valiéndose de algún nombre que no hiciera entrar en sospechas a su víctima —Miró a Copeland, quien asintió silenciosamente—. Al llegar a casa de Searle le dijo simplemente que quería hablar unas palabras con él, cosa que no le hizo sentir ninguna alarma, sino más bien sorpresa. Mientras lo precedía a la sala, Copeland lo atacó por la espalda con el cuchillo que tenía en el bolsillo. Luego revisó rápidamente un fichero lleno de manuscritos, donde no encontró lo que buscaba, colocó el disco en el fonógrafo, lo puso en marcha y se fue. A los pocos minutos estaba nuevamente en l'avenue Gabriel; estacionó el coche (según creyó) donde lo había dejado anteriormente, entregó el sombrero y el sobretodo a un empleado distinto del que lo había atendido unos minutos antes y se mezcló con la concurrencia, que para entonces ya era muy compacta. Todo había ido como sobre ruedas, con la excepción de que no le había sido posible hallar los apuntes sobre el negocio del petróleo. Pero en realidad no tenía la certeza de que esas notas existieran; Searle podía haber confiado enteramente a su memoria.

—¿Tendría algún inconveniente en decirme —preguntó

Copeland— dónde fueron encontradas las notas?

—En un portafolio que estaba sobre la biblioteca.

—¡Maldición! —exclamó Copeland.

—Usted no tuvo tiempo de buscar por todas partes —recordóle Clive—. Pero al día siguiente cometió un nuevo error muy serio, al asociar con una rapidez tan asombrosa el detalle del disco fonográfico con una célula comunista vienesa de la que presumiblemente no había vuelto a tener noticias desde hacía unos diez años. Eso me desconcertó desde un principio, aunque no me era posible especificar qué era lo que me extrañaba. Supongo que habrá sido ese pequeño toque superfluo, ese floreo innecesario, que hizo parecer la solución demasiado perfecta para ser verdadera. Otra vez la ecuación personal, sin duda; era propio de usted complicar las cosas.

Entonces, sintiéndose completamente agotado y deprimido, levantóse, guardó nuevamente la libreta en su bolsillo e hizo una inclinación de cabeza al embajador.

—El resto queda en manos de su excelencia —dijo—. Esta embajada es territorio norteamericano y el señor Wells y su colega están a su disposición para ayudarlo a resolver las formalidades legales. Le tendré listo un informe completo de la investigación para mañana. Solo puedo agregar que lamento sinceramente este desenlace.

Sintió que una mano lo tomaba suavemente del brazo.

—Venga a casa conmigo, Donald —díjole el conde—. Me imagino que a su padre le gustaría saber que estuvo conmigo esta noche.

F I N

Notas

[1] A. E. F.: American Expeditionary Force: Fuerzas estadounidenses enviadas a Europa y otros frentes durante la Primera Guerra Mundial. (N. de la T.). < <

[2] O. T. C.: Officers Training Corps: Cuerpo de Adiestramiento de Oficiales. (N. de la T.). < <